

★ ALEX CARTIER ★

MOVIE STAR

«¡He besado a un actor
de Hollywood!»



Índice

Portada

Sinopsis

Diario de Ophélie, 8 de agosto de 2014

Diario de Ophélie, hace un año, 8 de agosto de 2013

9 de agosto de 2013

10 de agosto de 2013

10 de agosto de 2013, 16.45 h

11 de agosto de 2013, 15 h

12 de agosto de 2013

13 de agosto de 2013

14 de agosto de 2013

15 de agosto de 2013

Viernes, 16 de agosto

Lunes, 19 de agosto

Martes, 27 de agosto

Jueves, 29 de agosto

Viernes, 30 de agosto

Sábado, 31 de agosto

Noche del sábado 31 al domingo 1 de septiembre...

Domingo, 1 de septiembre

Lunes, 2 de septiembre

Martes, 3 de septiembre

Miércoles, 4 de septiembre, 20 h,

Jueves, 5 de septiembre, 10 de la mañana

Jueves, 5 de septiembre, 22 h

Martes, 10 de septiembre de 2013

1 de abril de 2014

14 de abril de 2014

6 de mayo de 2014

14 de mayo de 2014

25 de mayo de 2014

Miércoles, 30 de julio de 2014

Sábado, 2 de agosto de 2014

Jueves, 7 de agosto

Viernes, 8 de agosto de 2014

10 de agosto de 2014, 8 de la mañana

11 de agosto de 2014, 10.30 h

12 de agosto de 2014, 15.30 h

13 de agosto de 2014

13 de agosto de 2014, 23 h

14 de agosto de 2014, 14.45 h

14 de agosto de 2014, 16.30 h

Notas

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Ophélie es una joven asistente de prensa que trabaja en el mundo del cine. Vive en París con su gato Romeo, su pez rojo Julieta, un novio ideal, sus encantadores padres, su mejor amiga (totalmente ninfómana) y su fantasía erótica de toda la vida: Michael Brown, uno de los actores más taquilleros y más sexys de Hollywood.

Una vida corriente, hasta el día en que su jefe la envía a Deauville. Este será su primer festival de cine y allí se encontrará frente a frente con Michael. Ese es el principio de una historia de amor tan ardiente como peligrosa. Ophélie se convertirá entonces en el centro de todos los focos por ser la nueva chica corriente que aparece del brazo de una de las estrellas más sexys del mundo.

Diario de Ophélie, 8 de agosto de 2014

¡Lo he besado! He besado al hombre más sexi del planeta, quizá incluso del universo, el actor de los dos Óscar. He besado a una estrella. ¡Soy una estrella!

De hecho, para ser totalmente sincera, más bien ha sido él quien me ha besado, pero eso no cambia gran cosa. El resultado es el mismo, realmente increíble.

Se pude decir que cuando se ha besado a alrededor de treinta chicos en la vida, como yo (¿o es más bien cerca de cuarenta o de cincuenta?), la sensación siempre será más o menos la misma, pero no es verdad.

Con él fue exactamente *amazing*, no creo que exista una palabra en mi idioma para describir lo que he experimentado. Fue a la vez supertierno y superexcitante. Ya lo sé, puede parecer contradictorio, pero es así.

Estábamos visitando el yate y me estaba enseñando todas las cabinas, empezando por el puesto de pilotaje. Es un barco enorme. Hay un salón, un comedor, un gimnasio, un espacio para cine y muchas habitaciones.

En un momento dado abrió una puerta y era la de su dormitorio. Hay una cama grandiosa, inmensa, y a cada lado un cuarto de baño con una ducha. Los dos baños están unidos por un *jacuzzi*. Me dijo que le gustaban los baños burbujeantes, que le sientan bien a la espalda, sobre todo cuando ha jugado mucho al golf.

Espuma de afeitado, perfume para hombre, visiblemente me encontraba en el lado de él... De pronto, miré al otro lado del *jacuzzi* y vi el cuarto de baño de ella. Para mí fue un impacto... Y no obstante sabía que ella existe: he visto sus películas, sé cómo se han conocido. He leído prácticamente todos los artículos publicados sobre ellos en estos últimos años en *Voici*, *Gala*, *Elle*, *Cosmopolitan*, *Première*... La pareja de oro, con tres estatuillas doradas y dos palmas de Cannes.

Sé todo eso y aun así me ha chocado ver todos los productos de belleza, Dior, Chanel y hasta una crema de noche Clarins, como la que me regaló mi madre por mi último cumpleaños.

Me sentí incómoda, como si me hubiera quedado bloqueada en un ascensor. Creo que él lo notó y comprendió el motivo. No dijo nada, se hizo a un lado para dejarme salir. No me detuve en la habitación, fui directamente al pasillo. No me volví pero oí que él cerraba la puerta al salir.

No quería caminar deprisa para no dar la impresión de estar huyendo. Sin embargo, esa era mi intención: huir, escapar de aquella situación molesta.

Cuando llegué al final del pasillo, al ir a subir la escalera, me cogió la mano. Era la primera vez que me tocaba. Me volví. Creo que debía de tener una expresión rara, me sentía completamente perdida. Cuando estoy muy confusa, a veces bizqueo. En esos casos no me sirve de mucho tener «unos bonitos ojos color azul grisáceo».

Estoy segura de que en ese momento bizqueaba. Tenía la sensación de estar dentro de una película. Allí estaba él, delante de mí, en la penumbra, guapo, demasiado guapo. Me miraba con expresión profunda, con una sonrisa tenue encantadora. Creo que estaba bizqueando al máximo, debía de estar horrible. No obstante no pareció espantado por el monstruo que tenía enfrente. Me cogió la otra mano. Debimos de estar así medio siglo, con mis dos manos en las suyas. Hay manos que matan, en sentido positivo, claro. Y entonces, muy despacio, me atrajo hacia él. Era todo tan suave, todo sucedía tan despacio que parecía una película lenta en la que las imágenes se van deslizando una tras otra.

Después fue muy parecido a lo que se siente en un accidente o una caída, muy lento y muy rápido a la vez, como si cada centésima de segundo durase una eternidad. Me acuerdo de cuando tenía dieciséis años, un día salí de casa en ciclomotor y un camión de pescadería salía de un garaje en marcha atrás. Era amarillo, el sol me daba directamente en la visera y no veía gran cosa, no tenía ninguna posibilidad... Retrocedió, yo lo vi en el último instante y frené. Demasiado tarde, impacté contra el parachoques posterior. Todo parecía pasar tan despacio, sentí que salía volando, de cabeza, y fui a estrellarme contra la puerta trasera de la camioneta. A continuación, todo pasó muy deprisa, me encontré en el suelo, vino gente a ayudarme y llegó una ambulancia. Por suerte, no me pasó nada e incluso fui al instituto esa misma tarde.

En fin, evocar esto es en cierto modo una digresión. Me recuerda el comienzo de *El guardián entre el centeno* cuando el profe del protagonista, Holden Caulfield, pide a los alumnos que hagan una composición sin digresiones y uno de los compañeros de Holden no es capaz.

Una digresión más. También, un diario es para uno mismo, así que uno debe poder darse permiso para este tipo de cosas. De este modo, cuando vuelva a leerlo dentro de veinte años, recordaré no solo las cosas que hice sino también lo que sentí cuando las estaba escribiendo.

Pero volvamos al asunto, al yate: me tenía cogidas las manos, me atraía hacia él. Tengo la impresión de que esto duró horas y luego, una millonésima de segundo más tarde, me estaba besando. No sé si fue él quien se acercó, si fui yo o si fuimos los dos a la vez. Fue todo más rápido que la velocidad de la luz. En realidad, creo que más bien fui yo quien le besó. Le besé como una loca, de manera desenfrenada, como había besado a Charles-Édouard a punto de empezar las vacaciones en tercero de secundaria, solo que ¡ahora tengo veintiséis años!

Empujé sus labios con la lengua para buscar la suya, estaba en su boca, en él. Era todo muy intenso, no podía controlarme. Mi lengua había logrado por completo la independencia y trataba de hacer mía su boca.

Ahora me da cierta vergüenza, no estoy segura de que eso fuera lo que él quería. Ni yo tampoco, pero era una especie de locura, de necesidad irreprimible.

Soportó la prueba que le imponía durante un momento, después retrocedió y me contempló con una mirada muy dulce. Después me soltó, me acarició la nuca y acercó mi cabeza a la suya con la mano.

Esta vez fue sencillamente el momento más erótico de mi existencia (quizá en empate con algunos momentos tórridos que viví con Christophe). Solo que en ese momento era tan solo un beso y no obstante tenía la fuerza de un orgasmo. Literalmente me derretía, tanto física como psicológicamente.

Sus labios estaban delicadamente posados sobre los míos. Me besó el labio inferior y después pasó al superior. Después, su lengua vino con suavidad en busca de la mía (que tras sus recientes hazañas había vuelto prudentemente a su sitio) y ambas comenzaron un vals a dos, un vals de mil tiempos que me pareció que duraba cien años.

En realidad no sé durante cuánto tiempo me besó. Seguro que no más de unos minutos. No tiene importancia, fue el instante perfecto.

Después subimos y él me soltó la mano. Sentía que era hora de marcharme del barco, quiero decir del yate (verdaderamente tengo que habituarme al lujo y llamar al pan, pan y al vino, vino), para regresar al camping.

El resto del día es una especie de enorme nebulosa.

Es tarde, más de medianoche. Estoy escribiendo el capítulo más largo de la historia del diario que comencé al final de la primaria y, por cierto, es también el más importante de mi vida.

No es el capítulo de una muchacha de veintiséis años sino, más bien, el capítulo de un cuento de hadas con príncipe y princesa.

En fin, no hay que entusiasmarse, tengo que mantenerme con los pies en la tierra.

De momento, el castillo en el que vivo es un piso pequeño en el distrito XVIII de París, que comparto con Christophe y mi gato *Romeo*, desde hace cuatro meses.

Y Christophe se encuentra a menos de cincuenta metros del lugar en que estoy escribiendo, en la tienda de campaña, seguramente dormido.

Diario de Ophélie, hace un año

8 de agosto de 2013

Hoy es un gran día: no solo cumpla veinticinco años sino que también he vuelto a descubrir mi diario íntimo. Es una versión más moderna tecnológicamente hablando, ya que al cuaderno azul lo ha sustituido mi nuevo iPhone. Es mi regalo de cumpleaños: ¡estoy loca de contento!

He ido a casa de mis padres en Saint-Germain-en-Laye para celebrar mi veinticinco aniversario. Ir allí es toda una expedición. Salí a las once y media, un poco tarde, sin duda (pero no da tiempo a nada, siempre llego por los pelos...). Desde casa, diez minutos andando hasta el metro, línea 4 hasta el RER A, el tren de cercanías, que me ha llevado a mi destino en treinta minutos.

En el tren tengo dos ocupaciones: la lectura y el encuentro con el príncipe azul (aunque bien puede una preguntarse qué haría el príncipe azul en el RER entre Les Halles y Saint-Germain-en-Laye). Esta mañana, al entrar en el tren, he empezado por echar un vistazo discreto. Igual que siempre, o casi, no hay ni sombra de la sombra de ningún príncipe azul.

No hay más que gente gris, señores barrigones que pasan de los cincuenta (o quizá los cuarenta, pero en todo caso para mí son viejos), chicos de secundaria y algunos frikis que juegan con sus teléfonos inteligentes.

Siempre lo mismo. Otra vez mis esperanzas se quedan en nada. Tan lejos de lo que actualmente estoy leyendo. Empecé *Cincuenta sombras de Grey* hace diez días. La protagonista, una estudiante, conoce a un hombre de veintisiete años. No tiene nada especial, solo es superguapo, superrrico, supersensacional. Bueno, también es aficionado al sadomasoquismo. *Nobody's perfect* (citando al millonario pretendiente de Jack Lemmon en *Con faldas y a lo loco*, una de mis películas preferidas).

Además, ¡esa cretina con suerte es virgen! Soy un poco dura con ella, pues me cae bien, Anastasia Steele. Es agradable y divertida.

Pero ¿por qué le sucede eso a ella y no a mí? Yo también soy mona, soy alta (1,72 m) más bien delgada (lamentablemente, no tanto como desearía en el trasero), tengo un pecho no demasiado imponente pero muy bonito y, sobre todo, tengo unos ojos grandes de color azul grisáceo.

Puedo rivalizar con Anastasia claramente, en fin, eso creo... Pero Christian Grey le ha tocado en suerte a ella, no a mí.

El martes pasado, al volver del trabajo, estaba leyendo ese libro en el metro cuando un hombre se dirigió a mí.

—¿Le gusta?

—¿Perdone?

—¿Le gusta el libro?

Lo miré a través de mis gafas Tom Ford (nuevas, fantásticas y que no me han costado nada, gracias a la mutua estupenda de mi oficina) y lo estuve evaluando.

Para ser sincera, mi radar no lo había localizado especialmente cuando subí al metro. Un poco mayor para mí, seguramente unos treinta y cinco años, no muy alto, menos de un metro ochenta, pero aunque no era muy sexi, tampoco estaba mal, Moreno, ojos castaños, bien vestido al estilo ejecutivo, traje y corbata.

—No está mal (soy bastante lacónica cuando no conozco a mi interlocutor y no es Christian Grey).

—A mí me gustó.

—¿Lo ha leído?

—Sí, ¿por qué no? ¿Los hombres no tienen derecho a leer la trilogía de E. L. James? ¿Está reservada a las mujeres? ¿Los hombres tienen que conformarse con el género de novela negra y criminal o de espionaje?

—No, no necesariamente, pero en general, cuando le hablas a un hombre de *Cincuenta sombras*, no sabe qué es o te toma por una jovencita frívola y romántica.

—Yo lo he leído, Anastasia...

¡Vaya! ¡La artimaña era muy burda, llamarme por el nombre de la protagonista! ¿Se toma por Christian Grey este idiota?

Pero aquel día me pilló de un humor apacible, sin duda por el buen tiempo y por la jornada inmejorable que había tenido en el trabajo. No le planté cara, lo cual le animó a continuar.

—Me bajo en la próxima estación. ¿Aceptaría tomar algo conmigo? Podríamos hablar del libro.

No era precisamente el ataque más refinado del mundo y, sin embargo, por algún motivo que aún no logro analizar del todo bien, acepté.

—*Why not?* No conozco mucho el barrio.

Estábamos en Porte Maillot, para entendernos: muy lejos del distrito XVIII, en la otra punta del mundo, el barrio de los burgueses.

Salimos del metro y nos encontramos en medio de miles de vehículos en dirección al Arco de Triunfo.

—¿Conoce el bar del Concorde Lafayette?

—No.

—Ya verá, hay unas vistas preciosas.

Cruzamos el atasco a través de los coches. Me tomó del brazo. Reconozco que no soy demasiado sensible al tacto con las personas que no conozco. No me gustó demasiado su manera arrogante de agarrarme.

En cuanto cruzamos, liberé el brazo con la mayor tranquilidad posible.

Llegamos. Invitarme a beber algo en el bar de un hotel no es nada extraordinario, podría haber elegido un bar de moda. Además debería ponerse al día: el hotel ya no se llama Concorde Lafayette sino Hyatt Regency Paris Étoile. Y se lo hice notar. Ya lo sé, es un poco mezquino, pero empezaba a preguntarme por qué no había seguido tranquilamente mi camino para reunirme con *Romeo*, mi gato cartujo.

Es un hotel gigantesco. En el vestíbulo caben cientos de personas; en el centro tiene dos enormes sofás redondos de cuero negro de casi cinco metros de diámetro que recuerdan a hamburguesas muy hechas. En cada uno de ellos estaban aposentadas unas diez personas, una mezcla

de japoneses, hindúes y europeos del Este: todo muy ecléctico. Había también sentadas dos muchachas con atuendos bastante equívocos. No se sabía si estaban esperando al novio o a algún posible cliente.

En todo ello no había lo que se dice mucho glamur. Más bien daba una impresión de vieja gloria, de *has been*. Si tenía intención de impresionarme, la cosa empezaba mal.

Subimos en el ascensor, en el que cabían, por lo bajo, unas quince personas. A pesar de la presencia de extraños junto a nosotros, siguió hablándome de *Cincuenta sombras*.

—Se acuerda de lo que le dice Christian a Anastasia sobre el efecto que producen los ascensores en las parejas...

De verdad que empezaba a cansarme. No le contesté. ¿Es el único libro que ha leído en su vida o qué? A mí me gusta mucho *Cincuenta sombras*, pero de ahí a que sea la referencia absoluta en materia de citas literarias... Además, cuando Christian habla del efecto de los ascensores es después de ver a una pareja besarse apasionadamente y no como aquí, rodeado de un matrimonio chino, un japonés con una enorme cámara Nikon y una familia del Oriente Próximo con tres niños. Aquí hay un pequeño matiz para tener en cuenta, mi querido señor «Cito-cincuenta-sombras-todo-el-tiempo».

Cuando llegamos al piso treinta y cuatro, reconozco que las vistas me dejaron asombrada. Todo París ante mí, con la torre Eiffel como emblema de la belleza de la capital. ¡Cómo me gusta París!

El bar se llama Las Vistas, un signo más de sutileza y sofisticación. Al menos, el turista común no puede equivocarse: sabe dónde está. El problema es que precisamente el turismo común no me dice mucho.

El bar tiene unas inmensas cristaleras de diez metros de alto. Hay dos niveles. El primero con mesas altas y taburetes y el segundo, más bajo, con mesas y asientos alineados a lo largo de los ventanales.

—¿Prefieren estar cerca del ventanal o en el primer nivel?

—¿Anastasia?

Me doy cuenta de que no nos hemos dicho cómo nos llamamos. No es que me muera de ganas de hacerlo, pero si quiero cortar su ensoñación delirante, ese es el medio más seguro.

—Ophélie.

—¿Qué?

Cuando se tiene un mínimo de educación no se dice «¿Qué?», se dice «¿Perdone?» o «¿Cómo dice?». Además no se necesita haber estudiado en la Escuela Politécnica para entender que acabo de decirle mi nombre.

—Me llamo Ophélie. Sentémonos junto al ventanal.

Después de sentarnos, estuve mirando un buen rato París a mis pies. Treinta y cuatro pisos es una altura enorme. Vistas sublimes.

—Ophélie, Ophelia. Yo, Rodolphe.

La verdad es que no está de suerte. «Rodolphe», detesto ese nombre. De momento, todo el test le da error, rozamos el cero en la puntuación. Solo lo salva París, le deja llegar al uno o uno y medio sobre un máximo de diez. Como mucho, un dos.

Confieso que no me acuerdo muy bien de la conversación. Era verdaderamente aburrida. Me dijo que trabajaba para una compañía de reaseguros. Las compañías de seguros me suenan, pero ¿compañías de reaseguros?

Debería haber fingido que lo sabía, de verdad que debería... Un error de principiante. Tuve que aguantar un curso completo sobre reaseguros. Los dos puntos que tenía los había perdido. Ahora estábamos por debajo de cero. ¿Hasta qué punto podía bajar? Casi podía llegar a ser fascinante la perspectiva de observarlo en su descenso infernal.

Es gracioso, en algunos momentos no está uno verdaderamente dentro de su propio cuerpo, se encuentra por encima y observa la escena como si fuera un espectador.

Por desgracia (o por suerte), al cabo de diez minutos cayó en la cuenta de que me había perdido, que mi atención se había echado a volar para planear sobre el Panteón y la cúpula de los Inválidos. Trató de hacerme volver a nuestra mesa.

—Y usted, ¿qué hace en la vida? ¿Cuáles son sus aficciones?

Creo que casi habría preferido el curso sobre los reaseguros. No tenía ganas de hablarle de mí. Dije lo mínimo imprescindible, trabajo, gato (sin decirle el nombre) y baile.

—Por lo que veo, su gato es su compañero.

—El mío es más inteligente, más dulce, más guapo, más independiente y también más leal que todos los hombres que se puedan conocer. Además, tiene una cola hermosa y gruesa.

Ya lo sé. Normalmente no soy grosera. Sería la copa de champán, el aburrimiento, la altura... Me solté.

Habría hecho mejor callándome. Cuando ya estábamos instalándonos juntos en nuestro intercambio gris y tranquilo, desperté a la bestia.

—Si hablamos de belleza y de dulzura, no podría opinar, no conozco a su gato. En cambio, si hablamos del resto... No ha debido conocer a hombres con un gran talento.

«Un hombre con un gran talento.» Acabamos de entrar en la estratosfera de la alusión sexual torpe y barata.

Lo sé, fui yo la que empezó, pero esa no es razón para caer en mediocridades. Si al menos fuera ingenioso... No es que yo me ponga a las alusiones sexuales, no soy como mi abuela, pero esto...

Debí haberme levantado y marchado. Es lo que debía haber hecho, pero a pesar de todo habría sido un poco duro plantarlo así.

Opto por ignorarlo y proseguir con el tema baile. Él me ha dado un curso de diez minutos sobre reaseguros, de modo que yo le suelto un rollo de veinte minutos sobre el baile: danza clásica, jazz moderno, capoeira... No falta nada.

Y funciona. Al cabo de un rato se disculpa y se levanta. Si ha ido a pagar, podrá recuperar algunos puntos. Soy una muchacha moderna pero no me molesta un poco de galantería a la antigua. Por el contrario, si ha ido al lavabo...

Vuelve y me pone delante una tarjeta de plástico de ocho por cuatro centímetros con una fotografía del hotel. Adivino lo que es, pero no me atrevo a creerlo.

—¿Es la llave de una habitación?

—Las habitaciones con instrumentos de sumisión, cruz grande de madera y esposas estaban todas ocupadas, así que he optado por una con espejo en el techo. Para empezar, creo que será suficiente.

Sin decir palabra, me levanto y me voy. No corro, pero casi. Sin duda sorprendido (es para preguntarse por qué), se lanza detrás de mí.

—Ophélie, era una broma. Pedí la tarjeta en el bar. ¡Esta es falsa!

Va a alcanzarme dentro de unos segundos, quizá a cogermelo del brazo como al cruzar la plaza de la Porte Maillot. Creo que si me toca se va a ganar una bofetada. Él, el aficionado al sadomaso, va a tener la experiencia del sumiso.

Hace un momento rozó la copa con la cara, pero yo ya lo había bebido todo. Ese es el problema cuando a uno le encanta el champán rosado. Después se queda desarmado.

El ascensor no está lejos, pero mientras llega a esta planta, él me habrá alcanzado. Aquí está. Las puertas se abren y la gente sale. Son demasiados, estoy perdida.

En ese momento, el camarero, como un caballero andante, me salva.

—¡Por favor, señor, no ha pagado!

Si estuviera loco, si realmente quisiera seducirme, no debería ceder a esta conminación. Entraría en el ascensor, correría el riesgo de que el camarero llamara a la policía, se habría lanzado sobre mí y me habría besado.

No lo hizo.

Al mismo tiempo, sería injusto por mi parte reprocharle que no hubiera hecho algo que yo no quería que hiciera.

Sola, volví a coger el metro y me pregunté sobre los motivos que habían podido impulsarme a seguir a ese tío que en realidad no me gustaba (y que muy poco después en realidad me disgustaba).

Me hizo pensar en la «teoría de la relatividad según Ophélie», una teoría que elaboré después de una historia que le ocurrió a mi amiga Marie. Un día, estábamos tomando una copa y ella me hablaba de una cita que tenía con un tío.

—Nos encontrábamos en el ascensor y alucina, trató de besarme. ¿Te imaginas? Di un salto de diez metros.

—Pero ¿habíais salido juntos varias veces?

—Sí, algunas... Pero en plan amistoso.

—Es evidente que no para él... ¿Entiendes que quizá para él no era tan solo amistoso?

—De acuerdo, pero aun así, ¡besarme en el ascensor! ¡Qué jeta!

—Si te gustara, si te hubiera parecido mono, lo habrías encontrado romántico.

—Puede ser, pero no me gustaba, era un amigo, nada más.

Fue después de esta conversación cuando inventé el concepto de «relatividad según Ophélie»: Si un hombre intenta besarte en un ascensor, es romántico si él es muy atractivo; si no, es algo que está fatal.

Todas estas digresiones me alejan de mi cumpleaños y de la visita a casa de mis padres. Hoy no he traído el tercer tomo de *Cincuenta sombras*: no me imagino leyéndolo con mis padres y mis abuelos por allí cerca. Me daría miedo que mi abuela me preguntara de qué trata.

—¿Está bien el libro, cariño?

—Sí, abuela.

—¿Y cuál es el tema?

—Lo que pasa, abuela, es que es una muchacha que está enamorada de un chico sadomasoquista que se pasa el tiempo queriendo darle azotes. Ah, se me olvidaba, también quiere que pruebe el vibrador anal.

Para nada el tipo de lectura del que se puede hablar con una abuela.

Dicho esto, una colega en el trabajo me ha dicho que su madre, catedrática de Letras de sesenta y cinco años, se lo pidió prestado en su última visita.

—Está realmente mal escrito. No comprendo cómo puede tener tanto éxito.

—Estás exagerando, es divertido. Quizá no has leído lo suficiente. ¿Has leído al menos cincuenta páginas?

—Pues la verdad es que lo he leído entero. ¿Sabes? No tenía sueño y pensé que sería mejor terminarlo. No me gusta dejar un libro a medias.

Según las últimas noticias, en la siguiente visita a su hija se lanzó sobre el segundo tomo. ¡Qué hipócrita!

Mi padre me esperaba cuando llegué a la estación de Saint-Germain-en-Laye.

—¿Cómo te va, cariño? Tus abuelos ya han llegado. Tu madre ha preparado un cuscús.

—¡Preparar! Eso son palabras mayores, papá. Por suerte tenéis al lado el restaurante marroquí. Quieres decir que lo ha puesto a calentar.

—Ophélie, no seas sarcástica, eso no está nada bien, no eres muy amable con tu pobre madre.

En casa me esperaban mis abuelos y mi madre: yo era la reina de la fiesta.

Para el aperitivo, champán. Una botella de Moët & Chandon rosado que había traído mi abuelo.

Mi abuela me abordó rápidamente sobre el tema sentimental.

—Pensábamos que a lo mejor venías acompañada. ¿No tienes novio?

No quise decirle que, si tuviera novio, me guardaría mucho de llevarlo a mi fiesta de cumpleaños en familia.

—No, abuela, no hay un chico lo bastante bueno para mí. Ya no los hacen como el abuelo. Tú has tenido suerte, después se rompió el molde, te ha tocado el último que quedaba.

La abuela ha levantado los ojos al cielo.

—Sabes, idealizas a tu abuelo. No es tan maravilloso como dices.

—¿Estáis hablando de mí? Para bien, ¿no?

—Claro, Georges, yo siempre hablo bien de ti, ya lo sabes.

Y se volvió hacia mí para continuar la investigación.

—Además, está perdiendo oído... Pero ¿ya no te ves con Cyril? Era un encanto ese chico. Inteligente, bien educado, bien vestido.

Esta es la razón por la que no invito a los chicos a las fiestas familiares. Una vez cometí el error de pedir a Cyril que viniera a buscarme después de la comida para celebrar mi veintiún cumpleaños. Le invitaron a tomar el café. Yo habría preferido que se quedara cinco minutos pero se quedó una hora. Y aun así, esa hora me pareció que duraba tres. Desde entonces, es la gran referencia para mis abuelas, sobre todo para esta.

—Abuela, lo dejamos hace tres años. Eso es agua pasada.

—Pero ¿por qué lo dejasteis? ¿No era bueno contigo?

Cómo explicar a una abuela que no tenía nada que ver con ser bueno. Cyril fue mi primera relación larga, casi dos años. Efectivamente era mono, inteligente, lleno de humor y muy amable. Tenía veinticinco años y yo veinte. ¿Demasiado amable quizá?

Es horrible reprocharle a alguien que sea demasiado amable. Además, ese no era el problema, era algo físico.

Recuerdo que caí en la cuenta una tarde de domingo de diciembre. Fuimos a pasear a Montparnasse. Me invitó a La Coupole. Yo no había ido nunca a esa cervecería, que es magnífica si te gusta el *art déco*. Y a mí me encanta.

Cyril me explicó que era el lugar de encuentro de artistas, pintores, escritores, cantantes... Man Ray, Picasso, Simenon, Joséphine Baker, Aragon, Matisse, Henry Miller y otros. Cyril es muy culto.

Él tomó un plato de marisco y yo un lenguado, mi pescado favorito. Esta vez estaba delicioso.

Fue una comida con mucho encanto.

Después, como hacía buen tiempo, paseamos por el jardín de Luxemburgo. Fue estupendo.

Volvimos a su piso, en la calle Leriche, poco antes de las cinco. Empezaba a refrescar, el sol empezaba a desaparecer.

Subimos andando los tres pisos (no había ascensor).

Cuando íbamos a entrar, durante una fracción de segundo me pregunté si mi deseo no era volver a Saint-Germain-en-Laye. Pero entré.

—¿Quieres un té? Acabo de comprar un *darjeeling snow*, es un té blanco. Tengo también *earl grey* y un té de vainilla.

Cyril es un adepto al té de la marca Mariage Frères.

Sé que para el *five o'clock afternoon tea*, la costumbre es tomar *earl grey*, pero yo no soy precisamente una fan de la bergamota.

—Vainilla, por favor.

El té de vainilla lo ha comprado para mí. A él le parece que el té de vainilla no es un té de verdad, que la vainilla echa a perder el sabor del té. Puso agua a calentar en el hervidor y me abrazó.

—Te quiero.

Me besó, sus labios buscaron los míos y su lengua fue al encuentro de la mía.

Pero aquel día mi lengua se mostraba reservada o, incluso, reticente. No obstante, besar ha sido siempre mi práctica sexual preferida. Durante mucho tiempo fue incluso mi única práctica sexual. Tenía fama entre mis amigas cuando salíamos de fiesta. Siempre encontraba un chico más o menos guapo que besar. Era una verdadera profesional, me encantaba.

Una noche, en un club nocturno de Dinard, hasta me enfadé con mi prima y sus amigas. Salimos las cuatro y yo conducía el Polo de mi madre. Estuvimos bailando, yo encontré un tío bastante guapo y muy pronto nos dedicamos a un intercambio de saliva sostenido.

Hacia las dos, mis compañeras quisieron marcharse. Yo estaba de acuerdo, pues había terminado la exploración bucal de mi víctima. Les dije que me esperaran en el coche mientras iba a buscar mi bolso al guardarropa.

Cuando ya me iba, lo vi. Rubio, ojos azules, buenísimo. Me puso a cien.

Tenía que conseguirlo.

Al cabo de dos minutos nos besábamos con pasión en un diván. No sentí pasar el tiempo. Veinte minutos más tarde llegó mi prima, furiosa. Las chicas me habían estado esperando durante todo ese tiempo, pasando frío, en el parking. Encima, el gorila no quería dejarla entrar en el club, pues debido a la afluencia, «el que sale ya no entra». Tuvo que emplear toda su persuasión y encanto para que la dejara entrar a buscarme.

Gracias a ese gorila, había ganado diez minutos de besos. ¡Brutal!

A la salida, las chicas estaban furiosas. Me cayó una buena. Por suerte, yo tenía las llaves del coche. Si no, se habrían ido sin mí.

Aun así, fue un momento supremo, un no va más.

Pero en esa triste tarde en la calle Leriche, interrumpí el beso.

—Cuidado. El agua va a hervir.

No todo el mundo lo sabe pero el té debe hacerse con el agua a noventa y cinco grados, de modo que no hay que dejarla hervir. Cyril sí lo sabe.

Nos preparó una taza para cada uno, *earl grey* sin azúcar para él y vainilla con leche y azúcar para mí.

Conseguí volver a una conversación normal. No creo que notara mi reticencia cuando nos besábamos.

Tanto es así que después del té quiso ir más lejos. Me cogió de la mano y me llevó a su habitación. Me echó sobre la cama. Yo me dejé hacer.

Nos abrazamos. Yo trataba de participar un poco más pero sentía que no estaba de humor. Quizá no debí seguir pero ya era tarde, ya no había forma de argumentar una jaqueca. Parar le habría herido y no dan ganas de herir a alguien amable. Ese es el problema con la gente amable.

Estaba sobre mí y yo sentía su erección contra el muslo a través de nuestros respectivos tejanos.

Se desplazó ligeramente para poder acariciar mi cuerpo con su mano derecha sin dejar de besarme. La deslizó dentro del jersey, pasó bajo el sujetador y me alcanzó el seno izquierdo. Cogió mi pezón entre los dedos y lo cosquilleó. Normalmente, mis senos son una zona muy erógena. No digo que pueda tener un orgasmo solo con dejar que me acaricien los pechos (a diferencia de otras, ¿no es así, Anastasia?), pero siempre tiene repercusiones muy positivas en mi nivel de excitación.

Además, Cyril lo sabía y ahora se dirigía a mi entrepierna para comprobar en qué estado me había puesto. Ese es también el problema cuando se está en pareja desde hace tiempo. Uno se da cuenta de que acaba haciendo el amor siempre de la misma manera. «El tedio nació el día de la uniformidad», como tan bien expresara el poeta Antoine Houdar de la Motte. (No tengo mérito alguno, lo he mirado en la Wikipedia. Durante mucho tiempo creí que lo habían sacado de una fábula de La Fontaine y, de todos modos, no lo escribió pensando en la manera de llegar al orgasmo.)

Así que, según su costumbre, la mano de Cyril dejó mi pecho, me rodeó el ombligo y sin detenerse demasiado fue directamente al botón de mi tejano, lo desabrochó con mucha habilidad y deslizó muy rápido la cremallera. Jugó unos instantes con la goma de la braga. Es gracioso, ese corto instante puede resultar muy erótico. Ese día, yo esperaba con ansiedad lo que vendría después. Presentía que no iba a salir bien.

La mano fue más abajo, a mi pubis, y alcanzó el sexo.

Normalmente en esa fase yo estoy completamente mojada, él desliza un dedo, cada vez más hondo, y vuelve para cosquillearme el clítoris. Pero en este caso nos encontrábamos en plena sequía, como el calentamiento global de principios del siglo XXII.

Mi espíritu no tenía muchas ganas de hacer el amor y, en cuanto a mi cuerpo, no tenía ninguna.

Estábamos al borde del drama. Había que hacer algo. No hay nada más hiriente que comprobar que la otra persona no te desea.

Eso sin contar que no sabía cómo le iba a poder recibir dentro de mí. Sin lubricación era imposible (o muy desagradable) aun cuando él no tiene un pene enorme.

Por suerte, sé tomar iniciativas y tengo mis recursos. Antes de que llegara a la zona sensible, le di la vuelta y me puse sobre él. Instintivamente retiró la mano. Le tomé las dos, las encerré en las mías y las mantuve por encima de su cabeza.

—¡No te muevas!

Le desabroché la camisa, mi mano corrió por su pecho, me tocaba a mí ahora estimular su pezón; después, en dirección a la bragueta con botones. Uno, dos, tres, cuatro, todos abiertos ya. Su erección tensaba el bóxer. Claramente no estábamos en el mismo estado.

Mi mano toma el camino más corto. Lo sostengo con firmeza y suavidad. Mi mano sube y baja bastante deprisa. Sé lo que quiero conseguir. El efecto de mi mano se siente. Redoblo mi (simulada) pasión en los besos.

Sé que no resistirá mucho tiempo. Él también lo sabe y trata de interrumpirme.

—Espera. Cuidado, vas a hacerme llegar.

No le hago caso. No tiene ninguna posibilidad de parar, le he excitado demasiado. Unos segundos más y se corre en mi mano y sobre su vientre. El esperma traza una línea irregular entre el pene y el esternón. Estaba muy excitado.

No estábamos en consonancia. Me cuesta creer que haya podido ponerle en ese estado sin sentir nada yo misma.

Si hubiera sido más cordial lo habría tomado en mi boca, pero para eso hay que estar mínimamente inspirada y yo no lo estaba.

Cyril se levanta. No dice nada. Va a darse una ducha. No me propone que le acompañe.

Voy a lavarme las manos en la cocina. Mientras enjabono la mano derecha llena de esperma, me digo que se acabó, que no podré seguir con él. Me cae bien pero ya no le quiero. ¿Le he querido alguna vez? Esta relación, ¿era algo más que una simple amistad con derecho a roce?

Me siento en una silla. Le oigo secarse el cabello. Minutos más tarde llega, con la mirada sombría.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué quieres decir?

—Lo que ha pasado, ¿no querías hacer el amor?

—No tuvimos tiempo, me parece. Esprintaste hacia la meta.

Estoy actuando con mala fe. Él está muy nervioso. La atmósfera está cargada de electricidad.

—¿Te estás cachondeando? Sabes muy bien que me has hecho una paja para desembarazarte de mí.

Tiene más comprensión de la sensibilidad femenina de lo que yo creía. Sin embargo, me horroriza el lenguaje vulgar y él lo sabe.

—No te he hecho una paja. Te he acariciado hasta el orgasmo. No parecía tan desagradable, ¿no?

—Una paja es la palabra correcta. Lo siento mucho si no te gusta. Y claramente, tú eres igual que las otras, no has comprendido nada. Crees que basta con hacerme eyacular para complacerme. No es tan sencillo, preciosa.

Está muy agresivo. No importa: de hecho, me hace un favor, me facilita la tarea para anunciarle lo que viene a continuación.

—Lo siento muchísimo. No podía, no quería hacer el amor, Cyril. Creo que ya no te quiero. No podemos seguir juntos.

Las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas. Él me mira, incrédulo. Esperaba una buena disputa, no esto. Es un cataclismo, se queda destrozado.

—Pero no es posible. Hemos pasado una mañana y una tarde estupendas. ¡Porque hoy no tengas ganas no vamos a tirarlo todo por la borda! No podemos dejarlo así, hace casi dos años que estamos juntos. Te quiero.

—Lo sé pero no puedo hacer nada, no puedo seguir adelante. Lo nuestro ha terminado. Más vale cortar antes de que empecemos a pelearnos por tonterías.

—Pero si nosotros no nos peleamos nunca, es casi la primera vez.

—Sí, y por eso debemos dejarlo. No quiero discutir contigo. No podemos seguir. Retrasar la separación no cambiaría nada. Podríamos ganar tres meses, seis en el mejor de los casos. Además, eso no sería ganar sino perder seis meses. Yo no construiré mi vida contigo, más vale dejarlo ahora. Algún día me lo agradecerás.

—Darte las gracias porque me dejas...

—Voy a volver a Saint-Germain-en-Laye.

—De acuerdo, necesitas reflexionar. Te acompaño al metro.

—No, está bien así. Nos llamamos, te llamo mañana.

Era de noche, hacía frío. Yo lloraba y no podía parar. Lloraba por la pena que le estaba infligiendo, por el tiempo perdido, por mi nueva etapa de celibato, por la complejidad de las relaciones amorosas... Tenía veintidós años y me encontraba perdida.

Al día siguiente le llamé, tal como le había prometido. La conversación fue amistosa. Dijo que quería volver a verme. Me repitió que debíamos darnos otra oportunidad. Fui un poco cobarde al no insistir en que todo había acabado. Le dije que necesitaba un poco de tiempo para pensarlo. No dije la palabra pausa, porque sabía que no habría segunda parte después del descanso.

No la hubo. Hablamos varias veces por teléfono. Acabó por comprenderlo. Solo volví a verle una vez en un café, en la plaza de la Convención para que me diera algunas cosas más que había dejado en su casa.

Lo más gracioso es que, meses más tarde, me enteré por una amiga común de que había conocido a alguien. Habían transcurrido menos de seis meses desde nuestra separación. Yo tenía razón: fue por su bien.

Ese día, cuando supe que me había reemplazado, sentí una punzada en el corazón.

«Nada es más común entre el bello sexo que no querer que otra aproveche lo que ella rechaza», como bien ha dicho Antoine Hamilton, un escritor escocés del siglo XVIII que escribía en francés, muerto en Saint-Germain-en-Laye, no lejos de mi casa.

En aquel momento estaba sola en casa de mis padres, estaba sola en la vida y, una vez más, derramé algunas lágrimas.

Hoy celebro mis veinticinco años con mis padres y mis abuelos. Cyril tiene treinta, está casado y tiene un bebé.

La comida familiar era el colmo de la vuelta al nido. Estar rodeada de tanto amor es para sentirse feliz, es volver a los diez años, es la vida sencilla: ser la reina del mundo.

No podían mimarme más: un MacBook para sustituir mi viejo Acer que se ha vuelto muy lento y un iPhone. Mi familia desvalijó el Apple Store de Parly 2. Soy la hija y la nieta más feliz del mundo.

Además, el cuscús del restaurante marroquí es verdaderamente delicioso. Repetí dos veces, la primera por gula y la segunda por complacer a mis dos abuelos, que me encuentran muy delgada.

Hacia las cinco papá me llevó a la estación de Saint-Germain-en-Laye. Mamá me había dado los dos últimos números de *Elle*.

En el segundo número hay diez páginas sobre Michael Brown con ocasión de su cuarenta y cinco cumpleaños. Michael es mi actor preferido desde siempre. He seguido toda su carrera, he visto todas sus películas. Le han dado dos Óscar aunque merecería uno por cada una de sus interpretaciones. Es el hombre perfecto.

Es guapo de verdad. Hasta el pelo que se le empieza a tornar plateado le queda bien. Tiene un enorme sentido del humor, se percibe en sus entrevistas. También es muy humano, muy cercano a la gente.

Su único defecto es que está casado desde hace doce años con Carolina Sanchez, una actriz de origen latinoamericano (en realidad es de nacionalidad norteamericana, de segunda generación). Hay que reconocer que es una mujer estupenda, sobre todo para quien le guste el estilo con muchas curvas.

Cuando recibí la noticia de la boda tenía trece años y estaba en plena crisis de adolescencia. Aún no tenía pecho y no soportaba ver a esa tonta exuberante y vulgar con sus enormes tetas quitarme a mi Michael querido. Rompí el periódico y todas las fotos que tenía de él, todo ello acompañado de los gritos más fuertes que pude dar.

Mis padres se presentaron espantados en mi habitación. Me echaron un buen rapapolvo.

Desde entonces, me fui calmando y acepté ese matrimonio. Además, son la pareja perfecta. Doce años más tarde están tan enamorados como el primer día. La prensa rosa no tiene nada que decir sobre ellos. No hay peleas, no hay amenazas de ruptura, no hay aventuras extra matrimoniales. ¡Nada, *rien*!

No tienen hijos y quizá sea ésta la única sombra en ese cuadro del idilio perfecto.

Deben de tener un problema, o ella o él. En las entrevistas nunca se menciona esta cuestión. Es curioso, como si los periodistas dieran muestras de pudor... No suelen ser así.

En cambio, hacen mucho en favor de los niños en el mundo. Organizan cenas para apoyar a organismos internacionales, como Unicef.

Yo conozco su historia y su vida actual por publicaciones de cine o revistas femeninas. Antes de cumplir los dieciocho años, recortaba todos los artículos dedicados a Michael e hice con ellos un álbum. Ahora me basta con guardar los artículos más importantes que voy almacenando en una caja.

Creo que estas diez páginas de *Elle* van añadirse a mi colección. Aunque no aporta ninguna novedad, sobre todo para una especialista como yo, este artículo contiene muy buenas fotos de él, sacadas para la ocasión. Se le ve a orillas del océano Pacífico. Está cayendo el día, lleva una camisa tipo Burberry de cuadros rojos y grises, un pantalón tejano y botas de *cowboy*. Resulta muy cliché, pero precisamente esos clichés (vaya juego de palabras, ni siquiera lo he hecho a propósito, debo de estar muy cansada o también puede que sea el vino) son magníficos.

Al menos me entero de que tiene el proyecto de hacer una película con David Fincher. Fincher es sin duda uno de los más grandes realizadores de Hollywood. Me encantó *La red social* (me dije que debería haber hecho un esfuerzo cuando estaba en el instituto para ir a estudiar después a Harvard), *Seven*, *Alien 3*, *Zodiac*, *El Club de la lucha...* Otras tantas obras maestras.

Me alegro de que Michael ruede con él, se dirige a su tercer Óscar. Carolina tiene también un papel en la película de Fincher. Es la primera vez que van a rodar juntos, a la prensa le va a encantar y va a ser un éxito.

En el artículo hay fotos de la fiesta de cumpleaños de Michael. La organizaron en el hotel Mondrian, en el Skybar, un lugar de moda en Los Ángeles. He visto tantas fotos año tras año y he leído tanto sobre él que tengo la impresión de haber estado allí.

El Skybar tiene una vista panorámica sobre Los Ángeles que es impresionante, pero a diferencia del bar Hyatt Regency de París, no está en el punto más alto del edificio. En realidad está en la planta baja y es el hotel lo que sobresale en relación con el *downtown* de Los Ángeles.

Hay una piscina iluminada de noche, divanes marrones y mesas entre los árboles frutales y las plantas. Es sencillamente magnífico.

Y esa noche estaban allí todas las estrellas, actores y actrices como George Clooney, Matt Damon, Angelina Jolie de la mano de Brad Pitt, Charlize Theron... Realizadores como Steven Spielberg, Ridley Scott, Michael Mann... Cantantes, jefes de estudios, agentes, jugadores de baloncesto de los Lakers y de fútbol americano. La única sorpresa: Paris Hilton, cuya presencia desentona. Sin embargo, ¿no es el Mondrian un hotel del imperio de su padre?

Siempre he pensado que yo debería encontrar un modo de formar parte de ese mundo mágico, estoy fascinada. Durante mucho tiempo me he dicho a mí misma que conocería a Michael, que sucumbiría a mi encanto y que él haría lo posible para que yo saliera de Francia y disfrutara del sol californiano.

Más tarde, me dije que era más seguro seguir mi propio camino y así fue como me convertí en secretaria de prensa en el sector del cine. Lamentablemente, de momento me dedico más a la salida de pequeños filmes franceses que de los éxitos de taquilla estadounidenses. Es normal, estoy debutando en el oficio... Ya es mucho haber encontrado un puesto en Ciné Organisation.

La lectura de *Elle* me ha ocupado todo el trayecto.

Ahora estoy en el apartamento. *Romeo* está junto a mí, tumbado sobre mi jersey (le encanta echar la siesta encima de algo mío). Cuando lo acaricio ronronea. Qué maravilla de gato.

Ha sido un bonito día. Y ahora, mi querido *Romeo*, es hora de irse a la cama.

9 de agosto de 2013

Hoy mis compañeros de oficina me han dado una pequeña fiesta, cuando no tengo ni un año de antigüedad en el trabajo. Es un detalle muy guay. Hasta Bertrand, el jefe, estuvo con nosotros un momento. Me hizo una broma al estilo Bertrand, con su sonrisita de medio lado.

—¿Celebramos los cumpleaños de las jóvenes en prácticas?

—Bertrand, yo no estoy en prácticas. ¡He firmado con usted un contrato de trabajo indefinido!

—Pero ¿ha pasado el período de prueba?

—Claro que sí, hace tiempo.

—¿Y yo no se lo he renovado? Me estoy haciendo viejo, me estoy volviendo blando... ¿Y qué le han regalado sus amables colegas? ¿La biografía de Michael Brown? ¡Ah, sí! Usted es su fan. Imaginaba que ya la tendría... Yo también tengo una sorpresa para usted. Va a venir al festival de Deauville este año, su agente me lo ha confirmado. Va a tener ocasión de hacer que le dedique ese libro...

Como sorpresa, vaya si lo es, un verdadero regalo (y Bertrand estaba en lo cierto, ya tenía la biografía, pero no podía decirlo; mis colegas se habrían decepcionado).

Como Ciné Organisation organiza el festival de cine estadounidense de Deauville, los secretarios de prensa van a estar en primera línea. El problema es que no tengo en absoluto la certeza de que vaya a ir. De hecho, lo más probable es que no vaya.

Lo hablé con Laure, una chica que lleva aquí tres años.

—¿Crees que tengo alguna posibilidad?

—Quizá...

—Si no, podría tomarme unos días libres e ir a título personal.

—Eso no te lo aconsejo. Bertrand no lo tomaría bien. No le gustan nada las grupis.

—¡Vaya! ¿Qué puedo hacer?

—Ve a verlo y pídeselo. Hoy o nunca. El festival empieza el 30 de agosto. Bertrand tiene que finalizar ya la organización de los equipos. Tiene pinta de estar de buen humor. Puedes intentarlo.

Normalmente no soy muy valiente para este tipo de cosas y no me gusta pedir favores, pero esta vez no tengo otra opción: es una ocasión única de conocer a Michael, o al menos verle de cerca.

Durante los últimos diez años, solamente lo tuve cerca una vez, en un preestreno.

Acercarse, además, es una palabra exagerada. Ocurrió en los Campos Elíseos, en el cine Le Normandy.

Tenía diecisiete años y logré convencer a mis padres para que me dejaran coger el RER con una amiga para ir de Saint-Germain-en-Laye a la estación Charles-de-Gaule-Étoile. Étoile. Estrellas, eso era lo que yo tenía en los ojos ante la idea de conocerlo al fin. A las estrellas les sucedieron las gotas de lluvia: hacía un tiempo verdaderamente asqueroso y la lluvia nos pilló de improviso. Tras diez

minutos caminando llegamos junto a una multitud de, por lo menos, un millón de personas que estaban esperando. Habían llegado antes de la hora y por tanto estaban bien situadas y muchas llevaban paraguas.

Cuando llegó Michael caía una tromba de agua. Salió de la limusina y una persona que lo esperaba con un paraguas gigante se precipitó hacia él. Michael hizo un gesto de saludo con la mano en dirección a sus fans y desapareció en la entrada del cine. Más rápido que el récord del mundo de Usain Bolt en los cien metros. Con las cinco filas de personas que había delante de mí, debí vislumbrarlo veintidós milésimas de segundo.

Me habría echado a llorar de rabia.

Y de rabia lloré, sí, después de que mi amiga y yo nos separáramos en la estación de Saint-Germain-en-Laye. Diez minutos andando hasta mi casa, diez minutos en los que habría sido difícil distinguir las lágrimas de la lluvia de las de mi cara.

La única ventaja es que eso me permitió disimular mi decepción cuando entré en casa, al menos delante de papá. Mamá es más perspicaz, adivinó que había habido algún problema. No dijo nada, se dio cuenta de que no era un buen momento.

Papá tiene menos delicadeza y se puso a reprocharme que no llevara ropa adecuada con esa lluvia, que iba a pescar una pulmonía, bla, bla, bla...

Esa fue, por así decir, la gota de agua que colmó el vaso. Pagué con él toda la frustración de aquella tarde.

—En esta casa no se habla más que de salud física, «no vas bastante abrigada», «te vas a dormir muy tarde», «no comes lo suficiente», «estás demasiado delgada»... No solo existe lo físico en la vida. ¿Os interesáis por lo psicológico? ¿Freud te dice algo? Y la felicidad, ¿te interesa saber si soy feliz?

Y me escapé arriba, deshecha en lágrimas, dejando a mi pobre padre confuso delante de mamá.

—Pero ¿qué he dicho de particular? Tengo razón, ¿o no? No puede salir con un tiempo como este sin impermeable y sin paraguas. ¿Martine? Tengo razón, ¿verdad, Martine? Podría haber cogido un buen resfriado.

En esos casos, el dilema es más bien a cara o cruz. Mamá podía darle otro repaso o absolverlo. Optó por la segunda solución.

—Déjalo. Creo que la tarde no ha resultado como ella esperaba. Tú no tienes la culpa.

Mamá puede ser una gran psicóloga llegado el momento. Papá tampoco lo hace tan mal en el aspecto de pronósticos de salud: en efecto, cogí un buen catarro, una semana sin ir a clase. Papá no hizo ningún comentario.

Durante aquellos días en los que batí el récord de consumo de pañuelos de papel (el setenta y cinco por ciento para absorber lo que me sale de la nariz y el veinticinco por ciento para las lágrimas), me juré a mí misma no volver a comportarme como una grupi común, ni siquiera por Michael.

Pero el festival cinematográfico de Deauville no es lo mismo. Esta vez es por mi trabajo, esta vez estaré al otro lado de la barrera, en el lado adecuado. Pienso en eso cuando llamo a la puerta de Bertrand.

—¡Sí!

—Hola otra vez, Bertrand. Eh..., quisiera pedirle una cosa...

Está sentado detrás del escritorio de estilo imperio que encontró en la tienda de un anticuario en Normandía (en calidad de jefe, Bertrand es el único que puede permitirse amueblar su despacho con mobiliario personal en Ciné Organisation). Su humor frío y su mirada penetrante detrás de las gafas Hugo Boss me impresionan bastante. Claramente, está revisando la maqueta del folleto del festival. Levanta tranquilamente los ojos hacia mí.

—¿Tiene algo que pedirme?

Esboza una sonrisa de medio lado.

—Eh, sí.

—¿Quiere irse de vacaciones o tomarse unos días?

—Eh..., no, gracias, Bertrand, me he ido quince días en julio.

—¡Se ha ido de vacaciones! ¡Y además en julio! ¿Quién estaba en la oficina para preparar la salida de las películas de septiembre? Fue Christine quien firmó su solicitud de vacaciones. Estoy seguro de que fue Christine, es muy típico de ella, conceder vacaciones a alguien que está en período de prueba.

La conversación empieza mal. Al mismo tiempo, no da la impresión de estar furioso. Sigue con esa sonrisa. Ahora me quedan dos soluciones: o le digo que fue él y no Christine, la directora adjunta, quien me ha dado los días libres, o bien me olvido de eso y enlazo directamente con el motivo de mi presencia aquí. En estos casos, siempre elijo la peor solución, me falta psicología. Me lanzo. Que sea lo que Dios quiera.

—En realidad, Bertrand, es usted quien fue tan amable de aceptar que me fuera a descansar quince días. Me vino muy bien, el primer semestre fue realmente duro...

Ay, me estoy metiendo por el terreno resbaladizo de la justificación. Si tiene la impresión de que me quejo, acabaré pagándolo. Hace unos meses, Laure le indicó que habíamos trabajado once días y medio en un período de dos semanas y él le leyó la cartilla sobre el tema de la vocación, de la suerte que teníamos de trabajar en el sector del cine, de trabajar en Ciné Organisation, de trabajar para él...

Si menciona mi observación, ¡buena la he hecho! Soy una idiota. El corazón me late a ciento ochenta pulsaciones por minuto cuando él prosigue:

—Es verdad, lo había olvidado. De verdad que soy débil cuando se trata de usted: hacerla trabajadora indefinida, dar vacaciones sin discusión, tiene suerte... ¿Y desea pedirme algo?

—Eh..., sí...

—Déjeme adivinar... un aumento. ¡Quiere un aumento! No, no es posible. Con un año de antigüedad, no tentaría su suerte para pedir un aumento, ¿verdad? Es usted valiente pero no inconsciente. Así que no es eso. ¿Un coche de empresa? No, no tiene sentido. No para una secretaria de prensa de veinticinco años.

Sigue con la sonrisita. No sé qué actitud adoptar. Me siento como en la clase de tercero cuando la señora Leroy, la profe de mates, me pedía que explicara las identidades notables. Es esos casos, intento adoptar un aire inteligente pero reservado, lo cual, en realidad, debe de dar la impresión de tener delante a una retrasada mental.

—Espere, ya está, creo que ya lo sé, le encanta el cine y le gustaría participar en un festival.

Mi cara se ilumina con una gran sonrisa. Este hombre es un jefe maravilloso.

—Sí, yo...

—No me interrumpa, creo que sé lo que lo que la haría feliz. Como le gusta el esquí y es un poco *geek*, desearía ir al festival de cine fantástico de Gerardmer. Ya se lo aviso, no podrá esquiar más de media jornada, al fin y al cabo estará allí para trabajar.

Mi sonrisa desaparece, al igual que mi opinión sobre este hombre.

—No, en absoluto, yo...

—Entonces es el vino, es una hedonista. Le gusta el borgoña y piensa que disfrutar de las bodegas de Beaune y ver al mismo tiempo grandes películas policíacas es una feliz coincidencia en una carrera profesional. No puedo reprochárselo, hace gala de un gusto excelente. Además, ya sabe que este festival de cine policíaco siempre se ha asociado al consumo de alcohol: antes tenía lugar en Coñac.

Su sonrisa se ha hecho más amplia. Ya entiendo, es un sádico: este hombre está jugando sin el menor reparo con mis nervios.

No sé qué decir. Juega conmigo pero no sé adónde quiere llegar. Si es para negarme mi oportunidad única es verdaderamente repugnante.

De modo que no digo nada.

—¡Pero qué tonto soy, usted quiere conocer a Michael, claro! Tranquilíceme, ¿no es para obtener un *selfie*? ¿No es para tuitear ni para intercambiar fotos en Instagram o Snapchat o cualquier otra creación tecnológica, mediática y perversa a la que su generación es tan aficionada? Porque eso no lo toleraría.

—No, no, se lo prometo, no sacaré ninguna foto.

—¿Ni siquiera una petición de autógrafo? ¿Ni una dedicatoria de su libro?

Estoy dispuesta a prometerle la luna o vender a mis hermanos y hermanas de las ganas que tengo de ir (no me costaría mucho, soy hija única). En cuanto a la firma de la biografía, es un poco repugnante, dado que él mismo me dio la idea hace una hora, pero bueno...

—No, no, nada de eso, seré muy profesional, se lo aseguro.

—Bueno, ya que es su cumpleaños, supongo que puedo llevarla con nosotros. A pesar de su falta de experiencia tal vez pueda sernos útil.

Sigue con su sonrisa. En realidad, es una sonrisa afable. Bajo su apariencia tosca es un *mánager* bastante humano.

Siento que los ojos se me llenan de lágrimas. Es un problema que tengo, no soporto las amabilidades ni los halagos. De inmediato me echo a llorar, ¡qué rabia! Cuando Christine hizo mi evaluación, al final del período de prueba, fue un auténtico desastre.

Estaba estresada y ella alabó mucho mi inteligencia, mi profesionalidad y mi implicación. Como consecuencia directa tuvimos que aguantar una especie de cataratas del Niágara. Ella estaba bastante sorprendida y yo pasé mucha vergüenza. Intentaba decirle que no tenía importancia, que no era culpa suya, pero no lo lograba e iba de mal en peor. Por último me dijo que me tomara unos minutos para serenarme y que volviera.

Me hicieron falta unos buenos diez minutos en el lavabo para recuperar un rostro humano (tenía una BB Cream en el bolso). Al volver pude articular unas palabras de disculpa y ella puso fin al suplicio.

Curiosamente, cuando me echan una bronca, incluso al borde del insulto, todo va mucho mejor. Sé encajar. No es que no me afecte en absoluto, pero despierta en mí el instinto de lucha. Me digo que mi interlocutor es un sucio cabrón y eso me hace más fuerte. Si está a mi nivel, quiero decir, en edad o en categoría jerárquica, le devuelvo el doble de lo que él me ha echado encima. Si no, me pongo la armadura y espero a que el huracán termine de pasar. En cualquier caso, no lloro. Sé que tal vez debería consultar a un psicólogo; debe de ser una versión opheliana del sadomasoquismo.

En el caso de la entrevista con Bertrand, para evitar el ridículo necesito huir.

—Gracias, Bertrand, le dejo trabajar.

He conseguido articular cinco palabras, estoy progresando. Bueno, creo que debería salir ya del despacho a mitad de la frase pero, como diría mi abuelo, «Si la embriaguez es nuestra, ¿qué más da la botella?» (es de Alfred de Musset).

Vuelvo a mi despacho, que comparto con Laure. Parece preocupada, debe de ser por mi cara.

—¿Y bien?

—*Yes!*

—*Top!*

A veces, la calidad de nuestras comunicaciones se aleja bastante de la literatura proustiana. Son más concisas, más resumidas.

—¿Te das cuenta? Voy a conocerlo de verdad...

—*Ye s*, ya verás, como festival Deauville es *top*. Es muy pequeño. Vamos a pie de los hoteles a la sala principal. ¿Conoces Deauville?

—Seguramente fui con mis padres, pero fue hace mucho tiempo. Fuimos por toda la costa, Cabourg, Trouville, Deauville... No nos quedamos mucho tiempo porque mi padre quería visitar las playas del desembarco y el cementerio estadounidense de Colleville-sur-Mer.

—Nos quedaremos en la misma habitación, nos vamos a divertir.

Nos quedan por gestionar algunos emails pero el ambiente ya no es muy productivo. Como me costaba concentrarme, no me fui del despacho hasta las ocho menos cuarto.

No importa; solo *Romeo* me espera en casa.

Ahora son más de las doce. Terminó de contar lo sucedido en el día y voy a acostarme. Estoy muy contenta. Voy a tener la oportunidad de conocer a Michael, y viceversa.

10 de agosto de 2013

Tengo que tratar de transcribirlo todo de la mejor manera posible.

Todo empieza durante un *casting*. No obstante los *castings* no son lo mío, no soy actriz.

Pero en este caso era una película con Michael, una escena de amor...

El problema es que en el momento en que me tocaba intervenir, vi al tío que iba a darme la réplica, ¡era horrible! Bajito, sin pizca de seducción, ojos castaños... Todo lo contrario que Michael. Tenía toda la pinta de un perverso y era con él con quien tenía que interpretar una escena romántica.

Estaba aterrorizada, tenía que concentrarme para intentar hacer creer en el amor que vinculaba a nuestros personajes.

De pronto intervino el director.

—Pasamos a la escena del beso. Ophélie, quiero mucha sensualidad.

Me dije que no iba a funcionar. El enano me tomó en sus brazos.

Pensé que estaba perdida cuando alguien nos interrumpió.

—Déjeme dar la réplica a esta joven.

Volví la cabeza en dirección a aquella voz grave y seductora, pero ya sabía a quién pertenecía. ¡Michael Brown! Había venido para asistir al *casting*. Prosiguió, con una sonrisa.

—Al fin y al cabo es a mí a quien tendrá que besar...

Me encontré entre sus brazos musculosos. Su mirada azul se encontró con la mía.

El realizador lanzó la palabra mágica.

—¡Acción!

Ese intercambio amoroso con Michael era fácil. Las palabras fluían con total sencillez. Llegamos al instante en que los dos personajes se besan.

La manera de besar en el cine ha evolucionado casi tanto como la técnica. Ahora se filma y se proyecta en digital, el sonido es en THX. Queda lejos aquella *Llegada del tren a la estación de La Ciotat*, que provocó un gran pánico entre los espectadores a principios del siglo xx. En cuanto a los besos, la modalidad labios contra labios de un James Stewart o un Cary Grant cedió el puesto a algo que se acerca a los que ahora se intercambian en la vida real. Incluso ambos rodaron con Grace Kelly, que por cierto era la mujer más hermosa del mundo. Al mismo tiempo, no debieron de sentirse frustrados puesto que ambos eran gays.

Con Michael, supuse que iba a adoptar una técnica «años cincuenta» puesto que no era más que un *casting*. Pero el solo hecho de apretar mis labios contra los suyos era ya un sueño inesperado. El corazón me latía a mil por minuto. Acercó el rostro y sentí su boca sobre la mía. Yo tenía razón: su beso mantuvo el autocontrol, pero la sensación casi me hace perder el sentido. Mientras yo disfrutaba de este dulce asedio, se oyó un grito, el del director.

—¡No, no, no, corten! No es así. Entre vosotros no está pasando nada. Nada de emoción, nada de sensualidad. Da la impresión de que sois hermanos. Michael, si no lo sientes, si esta joven no te va, más vale dejarlo ahora que esperar al rodaje.

Mi corazón dejó de latir. Bastaba una palabra de Michael para que se acabara la aventura. Me miró sonriente. De sus ojos emanaba una calidez reconfortante.

—No, James. Creo que podemos hacerlo mejor, mucho mejor. Ophélie, intente imaginar que está enamorada de mí, más enamorada que de ninguna otra persona.

Tenía ganas de decirle que ese era el caso, que hacía quince años que estaba enamorada de él, pero antes de que pudiera pronunciar ni una palabra, el director lanzó la segunda toma.

—¡Acción!

Esta vez hasta el diálogo era diferente. Ya no estaba interpretando el papel de la heroína: yo misma era el personaje. No sentí angustia en el momento fatídico. Esta vez, cuando sus labios vinieron hacia mí, los míos estaban ya entreabiertos para recibirle. Casi se sorprendió, pero eso no duró más que una fracción de segundo hasta que su lengua llegó al contacto con la mía. Nos besamos larga y profundamente, fue delicioso. Mi cuerpo se acurrucó contra su torso musculoso. Abrí los ojos para disfrutar de la belleza de los suyos. Sentía el placer creciendo en mi interior: disfrutar, esa era la palabra.

El director puso fin a mi felicidad.

—¡Corten! Excelente, chicos. Habéis estado estupendos.

Cuando yo esperaba que Michael interrumpiera nuestro momento de intimidad, puso las manos en mi nuca y me volvió a besar con más entusiasmo.

James reiteró sus consignas.

—Michael, gracias, por mí ya vale.

Pero Michael no prestaba atención alguna a su realizador. Solo tenía ojos para mí y desencadenó la furia del director.

—¡Corten! ¡He dicho corten!

Al fin, Michael se detuvo.

—Ophélie, ¿está dispuesta a fugarse conmigo?

—Será un placer, Michael.

Me cogió de la mano y echamos a correr. Me acuerdo de esa carrera desenfrenada, de los perseguidores que venían pisándonos los talones y sus gritos.

—¡Detenedlos! ¡Cerrad las puertas! ¡No los dejéis marchar!

Pronto me encontré sin aliento, pero Michael me tenía cogida de la mano, brindándome un apoyo tanto moral como físico.

Perdí la noción del tiempo.

Abrió una puerta, me cogió en sus brazos para hacerme cruzar el umbral. Era una habitación, su habitación. Ya no había nada que temer. La cerró con el pie. Volvió a besarme. Era algo dulce, sensual... Sentí que la distancia entre una estrella internacional y una joven originaria de Yvelines se difuminaba.

Me posó con delicadeza sobre la cama.

Los movimientos se sucedieron, rápidos. Él, quitándose la camisa y desvelando un torso bronceado y musculoso. Luego, su cuerpo desnudo contra el mío, el calor de su sexo a la entrada del mío. Mi cuerpo se tensa anticipando lo que va a venir. Veo que sus ojos azules reflejan la intensidad de su deseo en el momento en que entra en mí. La sensación es tan fuerte que creo perder el sentido.

Levanto las piernas y las cruzo sobre su espalda lo más alto posible, para ofrecerme a él. Su pelvis se mueve en perfecta armonía con la mía, mi placer aumenta. En una sincronización perfecta entra dentro de mí y su eyaculación me provoca el orgasmo. Mis piernas se paralizan, me falta el aliento y cierro los brazos para sentirlo más cerca.

Sabía que hacer el amor con Michael sería lo más hermoso del mundo pero no podía imaginar la fuerza de ese momento.

Cuando reposo mi cabeza en el pecho de Michael, siento una bola peluda que se frota en mi espalda y se pone a maullar.

—*Romeo*, este no es un buen momento, estoy con Michael.

Los maullidos continúan. Examino el lugar en la penumbra: estamos en mi apartamento. Me incorporo. ¡Michael no está a mi lado! Mi gato, que sigue frotándose contra mí, me confirma que estaba soñando.

Los sueños pueden a veces parecer de una realidad turbadora y pienso que las líneas que acabo de escribir me permiten expresar la intensidad de lo que creí haber vivido.

Al reflexionar, recordando algunos detalles, uno se da cuenta de que estaba soñando. Huir y que te persiga el *staff* de un director histórico era poco realista. Pasar de un plató de rodaje directamente a la habitación de Michael era totalmente inverosímil. La sucesión de los hechos en el sueño era una mezcla de romanticismo descabellado y sexualidad contenida. No nos enfrentamos a las dificultades de lo real: el momento en que nos desnudamos o en que uno se pregunta si el compañero tiene un preservativo. Nada de nerviosismo, incluso consiguió hacerme disfrutar sin preliminares, únicamente besándome durante un par de minutos. Me siento muy atraída por él pero no estoy segura de que fuera todo tan sencillo en la vida real... Lástima.

Cuando pienso que he tenido que salir de ese mundo onírico debido a mi gato, que reclamaba su cena... ¡Vaya chasco! Mirándolo bien, lo que ha provocado esta conmoción nocturna es la noticia de la venida de Michael a Deauville. Noto las consecuencias en mí. Estoy tan mojada como si Michael me hubiera besado realmente.

Por un instante pienso en acariciarme para alcanzar el mismo orgasmo que en mi sueño, pero *Romeo* es inflexible y no me deja ningún respiro. Después de levantarme y de sentir el olor del paté Gourmet, ya es demasiado tarde para sacar provecho de ese sueño maravilloso. ¡Qué le vamos a hacer! Tendré que reservarme para el verdadero encuentro con Michael.

10 de agosto de 2013, 16.45 h

Esta noche habrá *party time*. Mi prima Sophie, su amiga Alexia y yo organizamos una gran velada por nuestros cumpleaños. Somos tres leonas, las tres nacidas bajo el signo de Leo. Sophie es del 31 de julio y acaba de cumplir veintiocho años. Alexia es del 13 de agosto y tiene un año menos que Sophie. La fiesta será en casa de los padres de Sophie, en el Vesinet. Tienen una casa grande, con un jardín inmenso y una pista de tenis.

Van a ser las cinco. Laure ha sido muy amable al ofrecerse a venir a buscarme. Para ir hasta allí es mucho más práctico. En transporte público es un infierno.

Hoy no tengo gran cosa que escribir pero prefiero hacerlo ahora, ya que no creo que vuelva ni antes del amanecer ni en condiciones de poder hacer algo.

Mi atuendo está listo, tengo un vestido Victoria Beckham genial. En realidad no es un Victoria Beckham de verdad: no tengo tanto dinero como para gastar tres mil euros en un vestido. Es un Victoria Beckham chino que encontré en la web de Aliexpress. Ya sé que es una falsificación y, en general, estoy en contra de esto, pero en este caso no he podido resistirme. Es un vestido estupendo.

Por suerte, me acordé de colgarlo en el armario y lo he sacado en el último momento para ponérmelo. No cometí el mismo error que el año pasado, ya que puse el vestido sobre la cama por la mañana y *Romeo* pasó el día tumbado encima. Cuando caí en la cuenta ya era tarde, no era más que un trapo arrugado cubierto de pelos. Un irreparable error. Tuve que ponerme otro vestido.

El de este año es de color burdeos y negro, con escote a caja y mangas que llegan casi hasta el codo. Es supercorto, con un volante negro que apenas llega hasta medio muslo y realza las piernas, por no hablar de mis zapatos de tacón. ¡Voy a medir un metro setenta y cinco! Esta noche todos se van a volver locos por mí.

11 de agosto de 2013, 15 h

Estoy terminando el *brunch*. He bebido por lo menos cuatro tazas de té, tres zumos de naranja y un café *espresso*. Meforcé a comer un biscote con miel de Córcega. No tenía mucha hambre pero hay que saber obligarse. Mañana trabajo.

Me gustaría conocer la composición del brebaje que preparaba Jeeves para el nobiliario Bertram Wooster en los libros de P. G. Wodehouse que leí en mis últimos años de adolescencia. A primera vista, esa mezcla a base de huevos crudos, salsa Worcester y pimienta roja era un remedio infalible contra la resaca. Bien me habría venido esta mañana.

La velada, ¡qué velada! ¡Impresionante!

Llegamos un poco antes de las seis. Había que ayudar a Sophie a prepararlo todo. Habíamos decidido que la fiesta empezaría a las diez, para no tener que alimentar a los invitados, por dos motivos: el primero, económico, y el segundo, logístico. Los canapés lleva tiempo prepararlos y se comen muy rápido. Nunca hay bastantes, todo el mundo se queda frustrado.

Laure y yo nos ofrecimos para preparar las bebidas y los dulces.

—Sophie, ¿quieres que empecemos a colocar las botellas?

—Gracias, preferiría que alguien empezara por despejar el salón, apartar los muebles para preparar la pista de baile.

—¿No crees que deberíamos esperar a que llegue algún tío y se encargue de hacerlo? Creía que Alexia vendría acompañada.

—Sí, pero no va a llegar antes de las nueve. Sería mejor avanzar antes. Si se retrasa, va a ser un lío para acabar de preparar la sala y recibir a los invitados.

—¿Que no llega hasta las nueve? ¡Vaya, qué jeta! ¿Quién es el tío que la acompaña?

—No lo sé, ha estado muy misteriosa al respecto. Vamos, sacamos los muebles más ligeros. El piano, lo deslizamos de lado. Los muebles más pesados los dejamos para después.

Finalmente, al cabo de tres cuartos de hora la estancia está lista. Al preparar los cuencos de cacahuetes, galletas saladas, fresas tagada y de malvaviscos he picado algo. No es lo mejor para el volumen de mi culo pero es una droga, no puedo luchar.

Por suerte, Sophie viene a salvarme.

—Chicas, vamos a la mesa.

—¿Has preparado comida?

—Solo una ensalada y un poco de salmón ahumado. Más vale comer un poco si queremos beber y disfrutar.

Mi prima es verdaderamente una chica formidable: incluso una cosa sencilla, como una ensalada, ella la convierte en un plato delicioso.

Cenamos afuera, en el jardín, charlamos y nos demoramos. Apenas son las ocho y cuarto cuando terminamos los yogures y frutas.

—¿Un café, un descafeinado, un té?

—Café para mí.

—Té para mí.

Suena el timbre. ¿Es ya el primer invitado? Sophie está preparando los cafés.

—Ophélie, ¿puedes ir tú?

—Ya voy.

Voy a abrir y es Alexia. Llega temprano, o más bien antes de la hora en relación con su retraso. Típico de Alexia, incapaz incluso de respetar el retraso previsto. Ni siquiera son aún las ocho y media. Fiel a sí misma, está resplandeciente para la velada. Generalmente es tirando a pelirroja y ser pelirroja no siempre resulta bonito. Pero cuando sale, Alexia se hace un marcado con secador que es una locura y transforma su cabellera rojiza en una melena rojo fuego. Lleva un vestido de cuero con la parte de arriba cerrada por una cremallera. El escote es muy sexi. En cambio, en el tema pecho no está muy bien equipada, yo le gano con mucho tanto en forma como en volumen. Lo sé porque la he visto en *topless* en la playa cuando pasamos unos días juntas en el País Vasco. Pero esta noche parece tener una 85C. Ha debido ponerse un sujetador que le levanta todo. La muy cabrona ¿al menos no le habrá puesto relleno? Los artificios deberían estar prohibidos. Para completar el cuadro, se ha puesto unos tacones de diez centímetros. Con suela plana apenas llega al metro sesenta y cinco y ahora es casi tan alta como yo.

Con el tiempo que me ha llevado el examen no he podido mirar al individuo que la acompaña.

No me da la oportunidad pues ella se echa en mis brazos para besarme.

—¡Hola, preciosa, feliz cumpleaños! Estás espléndida.

—Tú tampoco estás mal.

Así está bien, de este modo guardo las formas de cortesía sin decirle que está guapa. Además, yo la calificaría más bien de espectacular que de guapa. Alexia no es mi estilo, ni física ni mentalmente. Ella siempre es un poco *too much*. Nunca me ha encantado. No sé por qué Sophie y ella son amigas. Creo que se conocen desde la primaria. Esa debe de ser la razón: es, ante todo, una cuestión de fidelidad.

Terminados los agasajos, al fin puedo echar un vistazo al chico que la acompaña. No está mal pero tampoco es tan atractivo. Alto, yo diría uno ochenta y cinco, cabello y ojos castaños, vestido correctamente, bonitos zapatos: tampoco para entusiasmarse.

—Ophélie, te presento a Christophe. Christophe, Ophélie.

—Hola.

—Hola.

El beso. Es normal. En la región de París se dan dos, uno en cada mejilla.

El beso es como los huevos al plato: algo totalmente estándar pero es increíble la cantidad de gente que no sabe cómo hacerlo. Algunos, sobre todo algunas, se dan oreja contra oreja, al estilo «querida, querida», el estilo sofisticado que minimiza los intercambios de bacterias. También está el estilo contrario, el beso del caracol que deja un poco de baba lo más cerca posible de los labios de la otra persona. Si hay que elegir, prefiero el del roce de orejas. En fin, para la gran mayoría es un acto insignificante que no deja recuerdo alguno, que no tiene olor ni sabor.

Christophe forma parte de las excepciones. Besos frescos, delicados, que te llaman la atención. Además, huele bien, me gusta su perfume. Ahora puedo entender por qué está con Alexia, aunque yo creo que la pareja que forman se parece un poco al matrimonio de la carpa y el conejo que cuenta la fábula.

En el fondo qué más me da, no me gusta de verdad. Lo que me fastidia es ver que todo el mundo está en pareja. Todo el mundo menos yo. ¿El problema soy yo o son los otros?

No tengo tiempo de pensar en eso. Hay que acabar las preparaciones después de tomar el café.

Alexia y Christophe se reúnen con nosotras en el jardín. Un hombre y cuatro monumentos; bueno, más bien tres monumentos y Alexia. Tiene suerte el *boyfriend*.

Hacia las nueve, volvemos al trabajo.

Parece que Alexia no está decidida a hacer muchos esfuerzos. Tengo que ponerme a ello con su chico.

—Christophe, ¿me ayudas con el piano?

—Claro, ¿qué hay que hacer?

—Hay que empujarlo a ese rincón de allí.

—De acuerdo, *let's go*.

El piano es mucho más manejable de lo que creía o quizá Christophe es más fuerte de lo que parece.

—Pongámoslo aquí.

—Espera. Démosle la vuelta, por si alguien quiere tocar esta noche.

Ya sabía yo que este chico era raro. Cree que alguien va a tocar a Chopin en mi fiesta de cumpleaños.

—Sabes, el tipo de música esta noche es más bien Italo Brothers, Pink o Lady Gaga. Mozart estaba bien para Viena, para los bailes en los salones del rey en el siglo XVII.

—XVIII.

—¿Perdona?

—Mozart, siglo XVIII, no XVII.

Este chico es un tostón. No es muy guapo y, encima, tostón.

Naturalmente, ha sido un lapsus. XVIII, claro.

—Era un emperador, no un rey. Reinaba sobre todo el Sacro Imperio Romano Germánico. El que encargó a Mozart su ópera *El rapto en el serrallo*, José II. Fue también él quien autorizó la creación de *Las bodas de Fígaro*.

Ya lo pillo, este chico es un farsante. Ya vale. Yo también he visto *Amadeus*. Solo que él ha debido volver a verla hace menos tiempo que yo. Alexia y él van a formar la pareja perfecta: el señor Pretencioso y la señora Pelandusca.

En estos casos, me cierro como una ostra. ¿Por qué dejarme humillar por un desconocido?

Él percibe la incomodidad. Intenta cambiar de tema.

—Es un piano estupendo. Un media cola Steinway; tienen suerte los padres de Sophie. ¿Crees que puedo probarlo?

Yo me encojo de hombros. Es la respuesta más elocuente que podrá obtener de mi parte. El monólogo continúa.

—Me lanzo. Hace tiempo que no toco. En París no tengo piano.

Se sienta y hace crujir los dedos antes de tocar unas escalas.

—De acuerdo, estoy listo. Dime si lo conoces y si te gusta. No es reciente pero es una buena pieza instrumental.

Se puso a tocar, bien, incluso muy bien. Conocía la pieza y me gustaba mucho.

—*Song for a guy* de Elton John. Era una de las canciones preferidas de mi madre, la he escuchado durante toda mi juventud.

—Yo también, era uno de los artistas favoritos de mis padres. Aprendí a tocar el piano con piezas clásicas pero cuando quería complacer a mi madre tocaba a Elton John. O esta... ¿la conoces también?

—*Candle in the wind*.

—¿Una canción dedicada a...?

—... a Marilyn Monroe y adaptada por Elton John para el entierro de la princesa Diana en la abadía de Westminster.

Contesté como si estuviera en la final de un concurso televisivo. Bip, fui la primera en pulsar el botón para dar la respuesta. Estaba muy orgullosa de mí, había reparado la metedura de pata con lo de Mozart. Pero bueno, es muy normal saber algo así. A la muerte de Lady Di yo tenía nueve años, una edad en la que las princesas aún son muy importantes para las niñas. Vi la misa de funeral con mamá en la televisión. Me acuerdo muy bien: Elton John, solo, sentado al piano y por una vez vestido de manera sobria. Su voz se eleva en la inmensa abadía:

Adiós, rosa de Inglaterra

Que crezcas siempre en nuestros corazones.

Fue precioso, muy conmovedor. De vez en cuando, cuando estoy baja de ánimo, veo y escucho la canción en YouTube. Curiosamente, cuando veo los cientos de miles de ingleses que escuchan a Elton John en el exterior de la abadía, el recogimiento en ese dolor colectivo, con esa mujer rubia que llora apoyada en una barrera, dejo de pensar en mis propias neuras. Es una especie de sublimación de mis problemas personales.

La interpretación de Christophe es magnífica. Por un instante había olvidado dónde estaba. Alzo los ojos, me está mirando. No es que sea muy guapo pero a pesar de todo tiene encanto.

Va a tocar el final de la canción.

—¿Quieres cantar el final?

La última estrofa siempre me ha removido profundamente. Puedo canturrearla pero no cantarla en público, ni aun cuando el público fuera una sola persona: Christophe.

—No, no, canto como un pato afónico.

Me mira con amabilidad y se arranca.

Tiene una voz preciosa. Es superconmovedor. Describe exactamente lo que yo quisiera vivir: «...como una vela en el viento, que no se disipa a la puesta del sol, cuando llega la lluvia... tu leyenda permanecerá por siempre». ¡Tiene muchísima intensidad!

Es un momento muy hermoso. Un gran regalo de cumpleaños de este muchacho al que solo conozco desde hace una hora.

Pero la vida puede ser también como los cuentos de hadas. En *La bella durmiente del bosque*, cuando las hadas buenas acaban de dar su bendición y expresar sus deseos para el bebé que está en la cuna, llega el hada Maléfica con su maldición. En la vida, Maléfica se ha enfundado el traje de cuero de Alexia. Es lo mismo pero en versión siglo XXI, con menos clase, más vulgar.

—¿Así que en cuanto me doy media vuelta os ponéis a flirtear? ¿Cuál es la próxima canción del programa? ¿*Your song*? ¿Christophe va a decirte que ha olvidado si tus ojos son verdes o azules, pero que lo importante es que tienes los ojos más bonitos que ha visto nunca?¹

¡La muy cabrona! No puede dejarnos ni dos segundos. Hay que reconocer que conoce el repertorio de Elton John. Por otra parte, es increíble que tres jóvenes que aún no llegan a los treinta puedan tirarse así de los pelos utilizando palabras que alguien escribió cuando nuestros padres aún no eran adultos.

Enseguida me viene a la mente una reflexión. Hay momentos en los que pensamos cosas que no tienen en absoluto nada que ver con las situaciones que estamos viviendo. Al mismo tiempo, me siento incómoda, como si me leyeran la cartilla. No es el caso de Christophe, que se echa a reír con toda la tranquilidad del mundo.

—La idea tiene sentido. A mí también se me ha ocurrido. Tienes razón, Ophélie tiene los ojos muy bonitos, pero la canción no va con ellos. Conozco exactamente su color, no son ni azules ni verdes, son azul grises.

Esto ya es demasiado. A su chica la va a poner furiosa y eso nos va a aguar la fiesta. Por cierto, no hay que olvidar que es mi cumpleaños, pero también el de Alexia.

Solo farfullo un «Os dejo» y me voy a ver a Sophie.

Divertida, me mira irrumpir en la cocina.

—¿Se acabó la clase de piano?

¡Ah, no, ella no! ¡Sophie no va a meterse en esto también!

Eludo la cuestión, quiero decir, lo intento.

—No me gusta asaltar a hombres casados.

—No están casados.

—Sí, bueno, quería decir parejas formales.

—No sé si son verdaderamente una pareja formal...

—De todas maneras, él no me gusta. Bueno, no estoy aquí para parlotear al modo de *Voici* ode *Gala* sobre la sección sentimental del Vesinet. He venido a echarte una mano.

Nos lleva muy poco tiempo arreglar la presentación de unos cuencos de golosinas y los primeros invitados ya empiezan a llegar.

No tenemos DJ profesional, pero nuestro amigo Max es casi mejor. Conoce todas las piezas y hace unas mezclas de los años setenta, ochenta y 2014 sin ningún problema.

Les dijimos que había que traer una botella de champán. La mayoría obedecieron la consigna. Otros trajeron vino o incluso alcohol más fuerte.

Yo decido no mezclar. La última vez que mezclé champán, vino y gin me pasé el domingo en el lavabo, una experiencia que por nada del mundo quiero volver a vivir. Incluso creo que me voy a ceñir a las grandes marcas, Laurent-Perrier, Moët, Mumm. No es esnobismo, pero hay marcas que pueden dar fuertes dolores de cabeza.

Hacia las diez y media hay ya bastante gente para bailar. Sophie y yo nos lanzamos a la pista. Bueno, pista es una palabra demasiado grande. Está claro que no estamos en un club nocturno de Ibiza, sino en el salón de una casa al oeste de París, pero no importa: a mí me encanta bailar cuando estoy de humor y esta noche tengo ganas de divertirme. El altercado con Alexia ya está olvidado.

El salón se llena muy pronto. Hemos dejado el ventanal abierto por completo (esa es la ventaja de cumplir años en agosto y no en diciembre) y también hay gente bailando afuera. Como siempre, hay más chicas que chicos. Un amigo me explicó una vez que no veía ningún interés en balancear el cuerpo con ritmo si no es «para ligarse a una tía». Por suerte no todos los chicos son así, pero hay que reconocer que nosotras, las chicas, somos siempre las más asiduas.

Me da igual, esta noche no pienso en chicos. De hecho, no hay ninguno realmente atractivo y tampoco tengo ganas de comerme el coco el día de mi cumpleaños.

Hacia la medianoche es la hora de la tarta. Siempre fastidia interrumpir la velada pero las tradiciones lo son por algo: cumpleaños implica tarta, esto no se deja atrás, ya se tengan veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años.

El tradicional *Happy birthday to you* lo cantan sobre todo las amigas (que tienen más sentido de la amistad que los chicos). Todas nos rodean a las tres, resulta muy bonito. Cortamos la tarta, una pequeña porción para cada uno y segundo *round* de la velada. El descanso no ha durado más de diez minutos. No lo bastante para romper el ritmo y el ambiente general.

Hago frecuentes y rápidas incursiones para pillar una copa de champán. Me hidrato y al mismo tiempo me alcoholizo tranquilamente. Estoy sobre una nube, no borracha pero sí achispada. En un momento dado ya no me encuentro tan bien. ¡La una y media ya! No es de extrañar que tenga un bajón. En estos casos, el remedio contra el alcohol y la fatiga es sencillo. Es necesario un vaso grande de Coca Cola con hielo. No la sin azúcar ni sin cafeína, hace falta la auténtica, la roja. De todos modos, estoy bastante delgada. El lunes volveré a la sin azúcar. Esta Coca Cola voy a tomarla fuera, a disfrutar del jardín. Además de las sillas de jardín, hemos sacado las tumbonas. El problema es que, a esta hora, están todas ocupadas. Alguien me llama.

—¡Ophélie!

Es Christophe. Está tumbado perezosamente en una silla de playa, con un cigarrillo en una mano y una copa al alcance de la otra sobre una mesita baja. Hay otra silla libre al otro lado de la mesita.

¡Vaya! ¿Qué hago? Había olvidado por completo a este hombre después del altercado con Alexia. Si me invita a sentarme junto a él, estamos listos para el vodevil *Ménage à trois*.

Por otro lado, no puedo aparentar que no lo he oído. Está a menos de diez metros. A mi edad, aún no llevo audífono y va a pensar que estoy colocada por completo.

Me decido por un prudente acercamiento a distancia (a unos dos metros de la silla libre) y a la vez audaz en el aspecto oral. No he olvidado nuestro torneo verbal del principio de la velada.

—El cigarrillo y el whisky ¿no resultan un poco cliché, al estilo Humphrey Bogart? Si añadimos el piano, nos encontramos de lleno en *Casablanca*. Ya solo falta la chaqueta de esmoquin blanca.

—Aunque en *Casablanca* el que toca no es Humphrey Bogart sino Dooley Wilson.

Es gracioso, este chico es un puntillista. Al principio es exasperante pero una se acostumbra pronto.

—¿Quieres sentarte?

—Eh... ¿Y Alexia? ¿No es su silla?

—Alexia está bailando en este momento.

—Pero ¿no te da miedo que se ponga furiosa cuando vuelva?

—No hay ningún motivo.

—Hace un momento piropeabas mis ojos. Ahora me invitas a sentarme a tu lado. Si fueras mi chico me volverías loca.

—Pero no soy tu chico.

—Ya lo sé, quiero decir que Alexia es tu chica y...

—Alexia tampoco es mi chica.

Con esto sí que me quedo con la boca abierta. Seguro que tengo pinta de idiota. Debo de parecerme a mi pez rojo (al que le puse el nombre de *Juliette* en un momento de confusión, imaginando una pareja improbable con mi gato).

Me sale una frase un poco pobre.

—Alexia no es tu chica.

—No, es una amiga, bueno, una amiga y algo más.

—¿Qué es una amiga y algo más?

—Es mi amiga y a veces pasa, o más bien nos pasa, que nos acostamos juntos.

—Es una follamiga, ¿no?

—No me gusta esa forma de decirlo, me parece reduccionista, pero en cierto modo, sí, se puede llamar así. Ante todo es una amiga. ¿Te parece bien sentarte ahora?

Debería abstenerme, pero estoy bajo el efecto del *shock*, de modo que me siento, o más bien me tiendo, pues es una silla de playa.

Por otro lado, me pregunto por qué me ha chocado. Ese chico no me gusta, bueno, no de verdad. Tiene encanto, una bonita voz y toca bien el piano pero no es muy atractivo.

—¿Quieres un cigarrillo?

En esto también me pasa lo mismo. Normalmente no fumo, pero digo que sí. Solo fumo unos seis cigarrillos al año, cuando salgo y he bebido mucho.

Esta noche no he bebido mucho, pero igualmente fumo. Vete a saber por qué...

Además, creo que no trago el humo, bueno, eso es lo que dicen mis amigas. Así que debo de tener una expresión bovina, pero qué importa, si al fin y al cabo no me gusta.

—Los follamigos no son lo mío. Soy más romántica que todo eso. El problema es que los follamigos es la última moda. Vosotros, los tíos, habéis logrado que ese concepto pase a formar parte de las costumbres. A vosotros ya os va bien. Se acabó el problema del compromiso, se acabó el problema de la separación. Pequeños detalles divertidos y sin complicaciones. La diferencia entre vosotros y nosotras es que nosotras tenemos una sexualidad sutil, mezclamos lo físico, lo mental y lo sentimental. Actúa en tres niveles. Aquí, aquí y aquí.

No sé qué me pasa. Le señalo los tres niveles, mi entrepierna, mi corazón y mi cabeza. Ya está. Me he vuelto loca, llamad al hospital psiquiátrico. Pero aún no he terminado.

—Vosotros, los tíos, de la cintura para arriba no conocéis. *I don't understand*.

—Tienes una opinión muy formada del sexo fuerte. ¿Has hecho un estudio exhaustivo?

¿Qué quiere decir con eso? ¿Que soy una desvergonzada, una *voulez-vous-coucher-avec-moi-ce-soir?*, ¿o bien ha dado por hecho que he conocido a chicos que únicamente querían revolcarse conmigo?

Debería detenerme aquí pero, claro, continúo. Le suelto un rollo sobre el género masculino sacando varios ejemplos de mi vida sentimental o la de mis amigas y, de pronto, me acuerdo de Cyril. Freno en seco en mi *speech*. Me doy cuenta de que lo que estoy diciendo no se sostiene: no todos los hombres son unos obsesos sexuales.

—No tengas en cuenta lo que te he dicho. No tiene ningún sentido.

—No, no estoy de acuerdo, es muy exagerado y parcialmente injusto para nosotros, pero no es del todo falso. Además, es divertido y cuando te enciendes estás muy bonita.

Me horroriza cuando mezclan un piropo y un defecto en la misma frase. No se sabe cómo reaccionar. Me halaga cuando habla de mi belleza pero, al mismo tiempo, califica mi ira de «divertida».

Afortunadamente, antes de que decida la respuesta, Alexia viene a salvarme.

—Christophe, vamos a marcharnos, es tarde. Ophélie, buenas noches y feliz cumpleaños.

Se va claramente agotada y ahora, ya totalmente apaciguada.

Christophe y yo nos levantamos. Se acerca a mí. De pronto me digo que va a besarme en la boca. No sé por qué esta idea me pasa por la mente. ¿Será que tengo ganas?

No me da tiempo a seguir preguntándomelo: me besa en las dos mejillas, igual de bien que la otra vez.

—Bueno, pues... Buenas noches. Seguro que nos volvemos a ver en alguna velada en casa de Alexia.

Es el colmo de la granjería: este tío me hace perder la mitad de la velada, hablándome sin ton ni son de estúpidas teorías sobre las relaciones entre hombres y mujeres cuando estaba bailando tranquilamente (ya sé que esta es una versión bastante parcial de las cosas, pero nada me obliga a ser objetiva la noche de mi cumpleaños) y, al final, se despide dejándome con un: «Seguro que nos volvemos a ver». ¿Y el móvil para qué está, para echárselo a los perros? No te estoy pidiendo tu identidad completa, no es una «atracción fatal». Al menos podrías pedirme mi número.

Debo de estar poniendo una cara un poco rara, porque él prosigue, un poco incómodo:

—¿Querías darme tu número de teléfono?

—No, tienes razón, dejemos que sea el destino quien decida si nos veremos o no.

Debería haberle dado esta respuesta. Habría estado brillante y una justa retribución después de todas las afrentas de la noche, pero no he tenido el coraje suficiente. Simplemente le doy mi número y él lo anota en su Samsung Galaxy.

Después se va y me deja como una tonta. Tengo que ir a buscar a Laure para volver a París. Me la encuentro besando a un chico que no conozco.

—Laure, siento mucho la interrupción. ¿Nos vamos pronto?

—Contaba con quedarme un poco más y me gustaría llevar a Hugo. ¿Te importaría regresar con su amigo Emmanuel? Vive en el distrito IX, podría dejarte en tu casa, le cae de camino.

Ya comprendo, hay una que va a incrementar las cifras de ventas de Durex esta noche. No tengo más remedio, no quiero ser plasta.

—¿Dónde está Emmanuel?

—Está allí. Espera, voy a llamarlo. ¡Emmanuel!

Llega junto a nosotros, es un chico bastante anodino, de aspecto un poco decadente, como si fuera el último de un linaje, pero en fin, yo solo quiero un chófer.

Las presentaciones son rápidas. De acuerdo. Nos despedirnos y nos vamos. Abrazo a Sophie, unos cuantos besos aquí y allá y ya estamos en el coche, dirección París.

Mi chófer me da conversación. Le respondo de forma indolente... Rodeamos París y entramos en la capital por la Porte de la Chapelle.

Al fin llegamos delante de mi casa.

—Gracias por haberme traído.

Me inclino sobre él para besarle según la costumbre. Él gira la cabeza y busca mis labios. Dentro del coche, doy un salto de diez metros. Yo tenía razón, los tíos son todos unos obsesos.

Y no se detiene ahí.

—¿Puedo subir y dormir contigo?

—Lo siento de veras. Cuando llevo a un tío a la cama no es para dormir. Además, está *Romeo* esperándome.

—¿Tu chico?

—No, mi rottweiler, no le gustan nada las visitas y es feroz.

Con esta magnífica respuesta le dejo plantado. Está claro que a las cuatro de la mañana sigo teniendo capacidad de réplica. Lástima no haber tenido tanto ingenio con Christophe.

Al cabo de veinte minutos estoy en la cama con *Romeo*. Este sí es un macho guapo y fiel para compartir mi lecho. No necesito más para ser feliz.

12 de agosto de 2013

Hoy regreso al trabajo. Como el festival de cine estadounidense de Deauville empezará dentro de menos de tres semanas, Bertrand ha organizado una reunión con todo el equipo.

Esta reunión, que hace una semana me habría resultado indiferente, ahora es el acontecimiento más importante de mi vida.

Obligué a Laure a estar en la sala a las once menos diez, cuando la reunión no empezaba hasta las once. Tenía empeño en no llegar tarde, máxime cuando Bertrand es muy estricto con la puntualidad.

A las once estaba allí. A las once y cinco empezó una presentación en Powerpoint. Esta utilización de las nuevas tecnologías es una novedad. El año pasado lo hizo a la antigua, con una charla de cuarenta y cinco minutos. Como lo hace relajado y con mucha facilidad, no nos pareció largo en absoluto.

Esta novedad seguramente se la debemos a nuestra directora de comunicación. Curiosamente, al principio de la presentación no parece tan cómodo, tiene dificultades con el mando a distancia y le cuesta mantener un buen tempo.

A nosotros muchos elementos nos resultaban ya conocidos. El jurado lo presidirá Vincent Lyndon, también estará Pierre Lescure, el creador de Canal + y la magnífica Famke Janssen. Ella era mi personaje preferido en *X-Men*, la doctora Jean Grey. En una palabra, estaba sublime: guapa, inteligente y con una mezcla de fuerza y fragilidad.

Es curioso. Pensándolo bien, tengo algo que me lleva al gris: mis ojos, Christian Grey y Jean Grey.

En el festival estará presente otra mujer extraordinaria, Cate Blanchett, para el estreno de *Blue Jasmine*, de Woody Allen. Es una película que de verdad tengo ganas de ver. En primer lugar, soy una fan de Woody Allen y de su humor judío-neoyorquino. También me pregunto qué tal lo hará en una comedia la actriz que tan bien interpreta a Galadriel en *El señor de los anillos*.

Otros actores que recibirán honores son Nicholas Cage, Larry Clark, John Travolta y, lo sabemos desde el pasado viernes, Michael Brown.

Tras detallar el programa día a día, del viernes 30 de agosto al domingo 8 de septiembre, Bertrand se pone a explicar cómo vamos a ocuparnos de las estrellas y quién va a hacer cada cosa.

A fin de cuentas, es un poco como las nominaciones a los premios César o a los Óscar. Cada vez que anuncia el nombre de una estrella, esperamos con impaciencia saber el nombre de la secretaria de prensa que va a encargarse de él. Bertrand juega a ser el maestro de ceremonias.

—Para los homenajes, Géraldine se encargará de Nicholas Cage; Marie, de Larry Clark; Laure, de John Travolta...

Laure da un salto en su silla y no puede evitar decirme por lo bajini a pesar de la proximidad de Bertrand:

—¡Síiiii! ¡Voy a bailar con él, como Uma Thurman en *Pulp Fiction*!

—Shh, Bertrand no ha terminado.

—... y Vincent tendrá la pesada tarea de encargarse de Michael.

Un momento, he oído mal. ¿Puede repetir, por favor? Bertrand, se le ha trabado la lengua, usted quería decir: «La deliciosa y competente Ophélie se encargará de Michael».

Pero Bertrand no se vuelve atrás, sigue inexorablemente hacia delante. Estoy en estado de *shock*, me hace ir con ellos a Deauville, conoce mi pasión por Michael Brown y va y se lo confía a Vincent, el único secretario de prensa masculino.

Por suerte, estamos en penumbra y no puede verme la cara.

—Por último, Cate Blanchett quedará confiada al cuidado de Ophélie. Ophélie, supongo que habla australiano.

El resto de la reunión transcurre para mí en una especie de niebla. Solo me quedo con que se supone que también yo ayudaré al jurado que elige a la revelación Cartier.

Al final de la reunión, Laure, que me conoce bien, me lleva a nuestro pequeño restaurante para ponernos mutuamente al día. Estoy furiosa.

—De verdad, es un tarado. Primero, el viernes se divierte poniéndome de los nervios durante una eternidad, finalmente me dice sí y hoy me dice: «Ve y que te zurzan».

—No exageres. El viernes Bertrand te invitó a venir al festival, no a encargarte de Michael. Hoy te confía a Cate Blanchett, que no es poca cosa. Se rumorea que su papel en *Blue Jasmine* podría hacerle ganar un Óscar.

—De hecho, la única cosa positiva es que al encargarme del jurado de la revelación Cartier, quizá me toque una pulsera o un reloj...

—Escucha, Ophélie, basta ya, la amargura no va contigo. Serénate. De todos modos, gracias a Bertrand, vas a conocer de verdad a Michael. No es como tu patética excursión a los Campos Elíseos hace diez años...

Laure es una amiga de verdad. Es capaz de decirme cuándo estoy desbarrando. No me apetece admitirlo, pero tiene razón. Me quedo rumiando otros diez minutos con la ensalada delante y después decido pasar a otra cosa.

—De acuerdo. De todos modos, cuando me vea se va a caer redondo y le va a exigir a Bertrand que sea yo quien me encargue de él. Bueno, ¿cómo ha ido con Hugo? ¿Valió la pena echarme y confiarme a un desconocido obseso sexual que habría podido violarme?

—¡Quiso violarte!

—No. En fin, quiso besarme.

—¿Y...?

—Le puse en su sitio... sin ninguna contemplación.

—Ya me lo imagino. En realidad no eras tú quien estaba en peligro cuando le pedimos que te acompañara, sino él.

Consiguió hacerme reír. La decepción Michael/Deauville había pasado.

—Y bien, Hugo, no me lo has contado. ¿Os acostasteis?

—Naturalmente, no iba a dejarte plantada solo por unos cuantos besos. Aunque... ¡fíjate, quizá habría sido mejor!

—Ah, ¿no estuvo bien?

—Digamos que fue un poco accidentado. Cuando llegamos a casa, le llevé rápidamente a la cama. Volvimos al punto en que lo habíamos dejado en casa de Sophie. No besa mal, pero al cabo de diez minutos seguíamos aún los dos totalmente vestidos y ya eran las cuatro de la mañana. Me apetecía acelerar el movimiento, así que le cogí la mano para ponerla en mi pecho. Comprendió el mensaje y me desabrochó la blusa. Íbamos por buen camino... Pero la segunda etapa parecía que iba a tomar tanto tiempo como la primera. Me levanté, me quité el sujetador, el pantalón, me quedé en bragas, de pie, delante de él y aún seguía sin moverse. Entonces le obligué a levantarse para quitarle la camisa. Empezaba a decirme que si seguía tan poco activo iba a echar de menos un pequeño *tête-à-tête* con mi conejo.

El conejo en cuestión es un juguetito sexual llamado Rabbit que le regalaron sus amigas cuando cumplió los veinte años. Ese juguete es el modelo que Eva Longoria regalaba a todas sus amigas. Por aquel entonces declaró: «No aprecié el sexo antes de empezar la masturbación. Antes, no era realmente sexual. Es una pena que no lo haya descubierto antes. Ahora les doy el Rabbit a todas mis amigas. Se ponen a chillar cuando abren el paquete. El regalo más bonito que puedo hacerles es un orgasmo».

Después de esta declaración de la actriz de *Mujeres desesperadas*, siempre he temido que Laure me regale uno. Incluso he tenido que hacerle prometer que no me lo regalaría este año. Me dijo que era un error rechazarlo y que el Rabbit procuraba un «orgasmo clitoriano y vaginal». Gracias por las aclaraciones, Laure. Gracias pero no, no lo necesito. En todo caso, no estoy tan suelta con el sexo como Laure, no lo bastante como para tener un Rabbit.

Así que Laure echaba de menos a su Rabbit.

—No era un chico muy espabilado. De pronto le pregunté si tenía preservativos. ¡No tenía!

—¿Tú tampoco tenías?

—No. Los había usado todos y se me había olvidado comprar. Además, no deja de ser ante todo una cosa de tíos el acordarse de este aspecto. Me puse a abrocharle la camisa y le expliqué cómo ir a buscarlos abajo, al expendedor automático de la farmacia. Trató de decirme que estaba limpio y que no los necesitábamos, pero pronto comprendió que era inútil intentar convencerme, que no tenía la menor posibilidad. Bajó a buscarlos. Esperé diez minutos. Volvió con el rabo entre las piernas, nunca mejor dicho, pues la máquina se había tragado la moneda sin dar los tres preservativos prometidos. Como no tenía más monedas, subió para pedirme una.

—¡Vaya tela tu historia!

—Sí, ya estaba a punto de abandonar, pero como había hecho el esfuerzo de bajar y volver a subir la primera vez, le di la moneda. La segunda vez funcionó. Trajo los tres preservativos. Durante su ausencia puse música y regulé la iluminación para que nos fuera más fácil recuperar el estado de ánimo inicial. Volvimos a besarnos. Le desvestí. Él seguía sin acercarse a mis bragas. Por su parte, el calzoncillo estampado con palos de golf no era precisamente irresistible. Sinceramente, tampoco estaba lejos de la publicidad engañosa, visto el tamaño de su pene. No era enorme ni tampoco demasiado vigoroso. No era competencia para mi conejo. Como soy una buena chica, hice para él el plan «te tumbo en la cama, te lo acaricio con mi pelo y me lo como sin dejar de mirarte con la mirada de zorra licenciada». Esto siempre funciona y él no fue la excepción a la regla. Cogí un preservativo, que abrí con los dientes sin dejar de masturbarle para que se mantuviera bien recto, otro pequeño

toque con la lengua, acerco el preservativo para ponérselo y... pffuiitt, ya era tarde, el señor mana como un géiser del parque Yellowstone. Yo estaba desesperada, cansada y frustrada. Me dijo que lo sentía muchísimo, que yo le motivaba mucho y que no había tenido relaciones sexuales desde hacía tiempo, pero que estaba seguro de que si esperábamos veinte minutos, la segunda vez sería mucho mejor. Creo que si no hubiera dicho nada y se hubiera concentrado en un buen *cunnilingus*, buscándome el punto G con los dedos, habría tenido una segunda oportunidad. Pero a las cinco de la mañana, las justificaciones de un eyaculador precoz no son para mí. Le dije que estaba cansada y que lo haríamos en otra ocasión, mientras le pasaba el pantalón y la camisa para que mi mensaje no diera lugar a equívocos. Ni hablar de que se quedara a dormir.

—¿Crees que le volverás a ver?

—Eh... La verdad es que creo que me equivoqué al darle mi número de teléfono.

—¡Menuda putada!

—No, no, solo me equivoqué en una cifra: una entre diez no es un error muy grave.

—Pero reduce muchísimo sus posibilidades de encontrarte. ¿Has pensado cuántos números de teléfono tiene que marcar antes de dar contigo?

—Sí, creo que hay un millón de combinaciones. Estadísticamente, si tarda treinta segundos por llamada y lo intenta durante doce horas al día, necesitará alrededor de un año.

—Eso no le deja muchas oportunidades.

—Es verdad, pero si lo logra, eso demostrará que de verdad se interesa por mí. En ese caso, te prometo que tendrá derecho al *pack* completo. Si no ha hecho trampa, le dejaré incluso el culo.

Laure me gusta, es una gran amiga, pero a veces es vulgar y creo que lo hace a propósito, para escandalizarme.

No tenía ganas de hacerle ninguna observación. Discutir sobre sodomía en los postres no es lo mío.

Volvimos a la oficina. Su historia me había relajado, ya no lo veía todo negro. Tiene razón Laure. Lo importante es ir a Deauville y conocer a Michael.

La tarde transcurrió apaciblemente. A las ocho recibí una llamada en mi precioso iPhone 6, que me encanta, desde un número desconocido. Como estaba tranquila, sola con Laure en el despacho, contesté.

—¡Hola!

—¡Buenas tardes, Ophélie!

—Buenas tardes...

No me gusta nada cuando la gente no se identifica. La voz no me era desconocida, pero no la pude identificar. Un hombre, joven...

—¿No me reconoces? Te voy a ayudar. Abadía de Westminster, Diana...

—¡Christophe! ¿Sueles molestar con tus adivinanzas a las jóvenes en su puesto de trabajo?

Laure va siguiendo la conversación. El problema en la oficina es que no hay mucha intimidad, sobre todo en esos doce metros cuadrados. Es una suerte que Laure sea amiga mía. Por cierto, interviene directamente levantando un pulgar en señal de aprecio. No le hago caso y me concentro en lo que me dice Christophe.

—Solo con las que merecen la pena. ¿Qué tal el viaje de vuelta?

—Sin problemas. ¿Y tú? ¿Fue bien el regreso? Y Alexia, ¿pudiste quitarle el pantalón? El cuero aprieta, se queda pegado. Sobre todo cuando se tienen curvas. No quiero decir que tenga el culo gordo, pero bueno...

No sé qué me ha pasado pero esas palabras llenas de hiel salen de mi boca. Creo que es por lo que ha pasado con Bertrand, por mi decepción a propósito de Michael, pero igualmente por la forma en que se terminó la noche del sábado, su marcha precipitada, su falta de empeño en pedir mi número de teléfono...

Hasta Laure está sorprendida. Me hace señas con el dedo en la sien imitando a Obelix: «Están locos estos romanos», y también me envía señales de calma.

Pero Christophe tiene los nervios bien templados y mi salida no le ha sobresaltado, como el enfado de Alexia el otro día. Se ríe.

—No, me fui a casa. Tienes razón: los pantalones de cuero son difíciles de quitar. En cambio, no estoy de acuerdo contigo en lo de su pompis. Está muy bien.

«Pompis.» Este chico tiene un vocabulario anticuado de verdad. Toca temas de Elton John y habla como en el siglo XX, incluso el XIX. Además, le falta psicología femenina. No sé lo que quiere, pero mal vamos si empieza haciendo apología del físico de Alexia.

—Si lo prefieres así... Me llamabas para...

—Para invitarte a cenar. ¿El miércoles por la noche te va bien?

No tengo ninguna razón para facilitarle la vida. Frunzo el ceño.

—¿Una cena? Sabes, en este momento tengo mucho trabajo. El festival de cine estadounidense está al llegar, me levanto temprano y vuelvo a casa tarde.

—Por eso, el miércoles es perfecto.

—¿Por qué?

—Porque el miércoles es 14.

—¿Y?

—Y el 14 es la víspera del 15. Y el 15 es festivo, es la Asunción, la fiesta de la Virgen.

No irá a darme un curso de teología, no en este momento, con Laure ahí delante, que no para de hacer el tonto desde que ha oído la palabra «cena». Me hace una figura de corazón con las dos manos, da besos y caricias haciendo mímica. Es imparable. Ahora que lo pienso, tal vez sería mejor estar con alguien que no me conozca tanto: estaría más tranquila.

Christophe muestra todas las cartas para arrancarme un sí.

—A menos que ya te hayan invitado a la fiesta de San Val.

—¿San Val?

—Sí, el 14 de agosto cae exactamente a seis meses del 14 de febrero. Así que es un medio San Valentín. De ahí lo de San Val.

—Como chiste es muy malo, si es que es un chiste.

—Deja de hacerte la diva. ¡Vente!

A mí me gusta hacerme la diva. ¿Por qué iba a ceder tan fácilmente? Sobre todo, pensando que estuvo a punto de no pedir mi número de teléfono.

Mientras estoy dudando sobre la respuesta que debo darle, se produce literalmente un «Salvados por la campana», como en la serie de televisión. Christine entra en el despacho. Si añadimos la presión de Laure (aunque inmediatamente dejó de hacer tonterías cuando entró Christine), no me quedan muchas opciones.

—Vale, está bien. Tengo que dejarte. Nos vemos el miércoles.

Christine se queda con nosotras al menos un cuarto de hora para darnos consignas sobre el trabajo que tenemos que preparar para Deauville: hay que sacar las biografías de los invitados y preparar fichas, entre otras cosas.

En cuanto se va, Laure se abalanza sobre mí.

—Cena con Christophe. Vaya, miss Ophélie tendrá que hacerse una buena depilación a la cera. Tienes deberes.

—Laure, ¿qué pasa contigo? En primer lugar, tendría que haber dicho que no. Si Christine no hubiera llegado y tú no me hubieras hecho todo ese circo, eso es lo que habría hecho. En realidad, no me gusta.

—¡Estás de broma! Te has pasado la noche con él. Te conozco lo bastante para saber que no te es indiferente.

—Vale, ¡pero no por eso tengo que acostarme con él!

—¿Y por qué no? ¿Cuándo te acostaste con un tío por última vez?

—Pues... hace un tiempo.

—Sí, un tiempo bastante largo. ¿Con cuántos tíos tuviste relaciones después de tu Cyril?

—Tres, quizá cuatro. ¿También cuentan si no nos hemos acostado?

—Pues claro que no.

—Entonces, dos. ¿Sabes? Yo no puedo acostarme con todo bicho viviente.

—Entre acostarse con todo bicho viviente y acostarse con dos tíos en dos años hay un buen trecho. Debes de tener telarañas ahí abajo.

—Laure, no seas desagradable. Encima, sabes que tengo fobia a las arañas.

—Haz un esfuerzo: Christophe es mono y tiene sentido del humor. Además, su ex, Alexia, parece una calentorra de las buenas.

—No es su ex, es una amiga. Bueno, para ser exactos, es una follamiga.

—¡Ah, una follamiga! Aún mejor que una ex, quiere decir que es bueno en la cama. Ya lo intuía. Es un buen partido. Te irá bien un poco de ejercicio. Cuando pienso que ni siquiera me dejas que te regale un Rabbit... ¿Cómo haces para estar sola tanto tiempo sin juguete? ¿Al menos te masturbas?

—Joder, Laure, no respetas nada. Estamos en la oficina. ¡Imagínate que vuelve Bertrand!

—Primero, Bertrand no vuelve nunca y segundo, la masturbación no es nada sucio. Al contrario, es muy sano, muy bueno, tanto para el cuerpo como para el espíritu.

Basta. Tengo que encontrar el modo de detenerla, de desviar su atención o, si no, me va a dar todo un discurso sobre la importancia de una sexualidad regular para una vida equilibrada.

—Si me acuesto con Christophe sería un poco como engañar a Michael.

—¡Eres una verdadera mitómana! ¡Michael ni siquiera sabe que existes!

—Eso pronto va a cambiar.

—Vale, mientras tanto, vas a esa cena, seduces a ese tío y vuelves a la acción.

«Volver a la acción» es una expresión romántica de verdad. Típico de Laure en el enfoque del tema. Es gracioso que estemos tan unidas como amigas siendo tan diferentes de carácter.

Christine vuelve en ese momento para pedirnos otras cosas urgentes. Ya no es posible seguir divagando. Mejor para mí.

El día se ha acabado con unos cuantos mimos con mi *Romeo*. Tengo que confesar que el bribón no los ha aceptado hasta que terminó su paté Gourmet. ¿Será mi gato un aprovechado?

13 de agosto de 2013

Día gris en el trabajo. Aburrido pero no inactivo. Al contrario, ha habido infinidad de cosas que hacer. Pero yo estaba taciturna. Creo que todo se debe a la cena a la que he aceptado ir mañana por la noche. Me irrita. Le he puesto mala cara a Laure. Bueno, solo a medias, pero no he dicho nada. No tenía ganas de oír otro sermón.

Ya he recibido instrucciones sobre lo que debería ponerme: sexi, elegante, esto, lo otro... Pensaba que al marcharme de Saint-Germain-en-Laye me libraría de la autoridad materna, pero al parecer no es así. Tengo una sustituta en la oficina. ¡Qué importa la ropa! Ya lo decidiré mañana por la mañana.

14 de agosto de 2013

Un día largo que no ha carecido de interés.

Empecé por elegir qué ponerme esa noche. En vez de elegir fue más bien un no elegir. Como no estaba inspirada, me puse los vaqueros con una blusa azul claro. Nada del otro mundo, pero si no le va bien, allá él.

De hecho, no es necesariamente una buena idea, pero no por Christophe sino por Laure.

—¡Tú no estás bien! ¿Qué pinta es esa de saco de patatas? ¿Quieres ser una solterona toda la vida? ¿Quieres renunciar a toda forma de sexualidad? ¿Piensas tomar los hábitos?

—Estás exagerando. Quizá no es la bomba, pero tampoco está mal.

—No, no es posible. Al menos deberías ponerte una falda, para que te vea las piernas. ¡Tienes unas piernas estupendas!

—Ya es tarde, no me dará tiempo a pasar por casa. No es tan importante, ¿sabes?

—Te paso mi falda a última hora de la tarde, antes de salir de la oficina.

—Vale, ya veremos.

He conseguido librarme de las garras de mi amiga la tigresa, al menos de momento.

El día pasa a toda velocidad gracias a, o por culpa de, la organización de Deauville. No hay tiempo ni para comer. Solo para una Coca Cola sin y tragar una compota de las que se beben, como la que tomaba de postre cuando era cría.

Hacia las seis llega un SMS. «Hola, aquí Christophe, nos vemos a las ocho enfrente del Crillon. Estación Concorde. Para ti, transbordo en Saint-Lazare y coges la 12. Nueve estaciones en total. No es muy largo. Hasta ahora, Christophe.»

Llegó en mal momento: yo estaba en plena relectura de las biografías de todos los miembros del jurado Cartier para el dossier de prensa de Deauville. Ya no tenía ganas de ir ayer, ni esta mañana, y ahora nada de nada.

Golpe de suerte. Laure no está en el despacho, no ha oído la llegada del SMS de Christophe. Así puedo contestarle lo que quiero.

«Hola, Christophe, problema de trabajo urgente “para ayer” en la oficina. Tengo que acabar un dossier de prensa. Lo dejamos para otro día. Besos. Ophélie.»

Jaque mate. Si te he visto no me acuerdo. He aplazado la cita *sine die* y Laura no lo sabe. Voy a poder regalarme una noche a solas, mano a mano con *Romeo*, paté Gourmet para él y salmón ahumado con ensalada para mí mientras veo *True Detective* en *streaming* en mi Mac. Seguramente compartiré el pescado con mi amor. Le encanta el salmón.

Ahí fue cuando cometí un error. Presión en toda la cancha. Cuando salgo del servicio para lavarme las manos, entra Christine. Los baños de chicas se convierten en una especie de anexo de la oficina. Me pregunta cómo voy con las biografías y yo la tranquilizo. Todo estará listo para la imprenta el viernes por la tarde como estaba previsto.

A mi regreso, Laure está allí con cara rara.

—¿Dónde estabas?

—En el servicio.

—Deberías haberme avisado. Habría ido contigo para pasarte la falda.

En ese momento tengo dos opciones: o adoptar el papel de la mujer fuerte e independiente y confesarle el cambio de programa, o lanzar balones fuera.

Elijo, por supuesto, la segunda opción.

—Ah, sí, es verdad, debería haberte esperado.

—Podemos cambiarnos aquí, si quieres. A mí me importa un comino, no me incomoda. De todas maneras, no hay muchos chicos en el equipo y la mayoría son gays.

Empiezo a sentir malestar.

—Aquí está bien.

—¿Sigues necesitando la falda?

¡Mierda! Pregunta envenenada: debe de sospechar algo. ¿Cómo lo hará? ¿Es bruja o qué? De pronto el *flash*, ya entiendo. Cojo mi iPhone. ¡Mierda! Ha llamado mientras estaba en el servicio. Como no indica «llamada perdida», eso quiere decir que Laure ha contestado. ¡Me muero! Lo sabe todo. El cabrón ha debido de ponerme a caldo. En esos casos, la mejor defensa es un buen ataque.

—¿Has cogido mi teléfono! ¿Será posible? Quejarse de mí ante ti...

—No me ha dicho nada de tu cobarde abandono y tu patética excusa. Cuando oyó que no eras tú, me ha pedido solamente que le devolvieras la llamada. Como me parecía sospechoso, leí vuestros mensajes de SMS. ¿Acaso pensabas darle plantón sin decírmelo? Eso no se le hace a tu mejor amiga.

—Y leer los SMS, ¿no es acaso invadir mi privacidad? Dudo mucho que la Corte Internacional de La Haya no tenga nada que decir sobre este tipo de comportamiento.

—Olvídalo. Le llamas y le dices que has terminado las biografías. De hecho las has terminado, acabo de comprobarlo.

Ya veo que esto es peor que *Secret Story*, o que *1984*, si se prefiere una historia de George Orwell a los *reality shows*. ¡Estamos vigilados!

—No tengo ningunas ganas de ir. Ya lo has visto, es un friki. Ha contado las estaciones de metro desde aquí hasta Concorde. Ni siquiera le había dicho dónde trabajo. ¡Es un maniático del control!

—Creí que te gustaban los maníacos del control. En tu libro de cabecera, *Cincuenta sombras*, Christian Grey es uno de ellos, ¿no?

—No tiene nada que ver. Christian es guapo y millonario; Christophe no es ni lo uno ni lo otro. Y por cierto, ¿cómo ha sabido dónde trabajo?

—Seguro que por Alexia. Ella sabe dónde trabajas, ¿no?

Esa chica es lo peor: odio su melena roja y sus pantalones de cuero.

—Sí, debe de ser eso...

—Vale, de acuerdo, ahora le llamas y le dices que vas.

—Tengo cero ganas.

—Entonces por SMS. Pásame tu iPhone.

Y lo coge. Esta chica no retrocede ante nada. Para su desgracia, no puede desbloquearlo. Apple ha inventado el sistema de seguridad por huella digital.

¡Mierda! Está tecleando un mensaje. ¿Se está echando un farol o qué? No es posible, no puede haber burlado la seguridad de Apple. Empiezo a preguntarme si, cogiendo mi taza y aplicándole una fina capa de cola, no habrá calcado mi huella. No, no es posible. He visto demasiado *Misión imposible*. Debe de ser un farol. En esta no me pilla. Le dejo jugar con mi iPhone. No hay ningún peligro.

—¡Ya está! Tienes cita en Concorde a las ocho delante del Crillon. Si ha reservado habitación en ese gran hotel, que sin duda es el más caro de París, se merece todas las posturas del *Kama-sutra*.

Le arranco el teléfono de las manos. ¡No puede ser! Le ha enviado un mensaje. «Buenas noticias, acabo de terminar. Encantada de cenar contigo. Un abrazo. Nos vemos a las ocho. Ophélie.»

Esta mujer es peor que el KGB y la CIA juntos. ¡Ha sido capaz de entrar en mi iPhone!

—No puedo creerlo. ¿Cómo has hecho con la huella digital?

—Ya sabes que Apple te permite entrar también con el código confidencial.

—Pero tú no tienes mi código.

—No, es verdad, pero se me ha ocurrido que alguien que ha nacido el 8 de agosto podría tener un código como el 0808.

—¡Eso no se hace! ¡No puedes entrar a la fuerza en mi iPhone!

—Quizá. Pero eso de mentirle a tu mejor amiga tampoco se hace. Vamos juntas. Te acompaño hasta Concorde. Voy de compras por los Campos Elíseos.

¿Por qué habré elegido a este *pitbull* como mejor amiga? No puedo creerlo. No me soltará, ni en sentido propio ni en el figurado. Capitularé, qué le voy a hacer. Acudiré a la cita con Christophe.

—De acuerdo, aquí.

—¿Aquí qué?

—Podemos cambiarnos aquí.

Nos cambiamos. Hay que reconocer que Laure es una amiga de las de verdad. ¡Mira que aceptar ponerse mis tejanos cuando va a ir de compras por los Campos Elíseos! Y eso que yo mido siete u ocho centímetros más que ella y no le quedan precisamente bien.

—¿Estás segura de querer prestarme la falda?

Laure se pone fatalista.

—Una cosa es segura: tengo tantas oportunidades de follar como tú de llevarte a la cama a Michael algún día. Al menos yo tengo a mi conejo. ¡Orgasmo asegurado! No obstante tú estás estupenda. La falda te queda un poco corta, pero te da ese puntito de zorra que te falta.

—De acuerdo. Vamos. Mejor acabar cuanto antes.

En el metro, Laure está imparable.

—Tengo curiosidad por saber cómo irá vestido. La ropa da una idea muy acertada del tío. A veces puede incluso hacerte cambiar de idea con relación a él. Un día, había quedado con un tío que había conocido en un club nocturno. Me vestí como un saco de patatas, no estaba muy motivada igual que tú hoy. Él salía de la oficina, iba con traje y corbata. En general no es mi estilo, pero tenía mucha clase.

No tomo en cuenta su ataque a mi ropa de hoy. A ella le encanta esa expresión, «saco de patatas». No es muy moderna, debe de venir de su abuela.

—¿En qué trabajaba?

—Era corredor de bolsa. Forrado de pasta.

—¿Lo disfrutaste?

—No por mucho tiempo. La primera noche, como era muy atractivo, lo hicimos de pie, al entrar en su casa, un ático con cocina americana. ¡Lo más! Fui al cuarto de baño a quitarme las bragas. Al salir se las metí en la mano mientras le miraba directamente a los ojos. *Match ball*. La ventaja con los pantalones de tejido ligero es que cuando el tío se empalma lo ves enseguida. Y allí, puedo decirte que su pantalón estaba tenso como la lona de una tienda de campaña Decathlon montada en cinco minutos. No tuve necesidad de arrodillarme y hacerle una de mis legendarias mamadas. Le besé mientras le desabrochaba el cinturón, el pantalón y el calzoncillo. Él me subió la falda hasta las caderas. Me colgué de su cuello, con las piernas a horcajadas, apoyada contra la barra de la cocina americana y, hala, estaba dentro de mí. Tal y como estaba no hacían falta ni preliminares ni lubricación. En cinco minutos tuve un superorgasmo.

Hay momentos en que me pregunto si Laure es una ninfómana o una mitómana. Esa historia era demasiado. Como sacada de una peli porno. Pero, en fin, puede que las cosas pasaran realmente así. Al fin y al cabo, el Rabbit lo tiene ella y me lleva mucha ventaja en materia de experimentación sexual.

—¿Y estuvisteis mucho tiempo juntos?

—Tres meses, lo necesario para probar todas las posturas en los mejores hoteles de París. Mucho dinero, bien dotado pero nada de cerebro. Aproveché todo lo que pude. Después ya no fue posible. A pesar de todo, no somos animales. Se necesita un mínimo de conversación. No se puede solo follar.

¡Vaya una confesión viniendo de Laure! ¿Será también una romántica disimulada bajo esa apariencia libertina?

Tras un corto instante rememorando esa aventura, volvió a su tema del día: Christophe.

—Y Christophe, ¿a qué se dedica?

—No tengo ni idea. No hablamos del tema.

—Es una situación divertida, como una cita a ciegas. Me dan ganas de intentarlo con adoptauntio.com. Las citas a ciegas molan.

—No tiene nada que ver con una cita a ciegas. Le conocí en la noche del sábado.

—Ya lo sé. Es casi como una cita a ciegas, ni siquiera sabes lo que hace en la vida. Además, tienes la ventaja de saber que es mono. Fue por eso por lo que dejé de estar inscrita en Meetic.com. Hay tantos tíos que utilizan fotos falsas... Es espantoso. Pensándolo bien, quizá no me registre en adoptauntio.com.

—No lo necesitas. Conoces a tíos constantemente. ¿A cuántos este año?

—¿Follados? Ocho.

—Ocho en menos de ocho meses. Eso es más de uno al mes. ¡Es muchísimo!

—¡Bravo! En matemáticas vas bien. Pero bueno, si he tenido ocho es porque no he conocido al adecuado.

Ahí la he ofendido, cree que la estoy tomando por una ninfómana. Está enfurruñada. Da igual, no voy a justificarme. Solo empeoraría las cosas. Por suerte, ya llegamos a Concorde.

En lo que apenas nos llevó salir de la estación, Laure recobra su sonrisa. Tiene buen carácter y está impaciente por conocer a Christophe. ¡Mucho más que yo por volver a verlo! Es ella quien debería tener esta cita con él.

Ya está, ya le veo, en frente del Crillon, como estaba previsto. Tenemos que esperar a que el semáforo esté en verde para los peatones y cruzar. La plaza de la Concorde no se puede atravesar con los coches circulando: hay al menos cinco mil por minuto. La ventaja es que puedo examinarle de lejos sin que se note.

No lleva traje y corbata. ¡Uf! No es un corredor de bolsa. Recuerdo que le encanta explicar cosas y no me apetecía nada un curso sobre materias primas o el tipo de cambio yen/dólar.

Lleva una camisa en tejido vaquero, o algo similar, azul claro, un pantalón beis arremangado por encima del tobillo, zapatillas a juego con la camisa y un jersey ligero atado a la cintura.

Laure le ha examinado igual que yo.

—Va a la moda, ¿no crees?

—Sí. El pantalón arremangado, no estoy segura...

—Sí, está muy mono.

Cruzamos. Christophe nos ha visto. Por un instante frunce el ceño. Debe de estar sorprendido al vernos a las dos. Claramente no parece tener intención de hacer un plan a tres. Ver que eso le produce cierto estrés: me divierte y me relaja. A la vez, es obvio que tiene intenciones con respecto a mí. Bien mirado, no es ninguna sorpresa: entre los piropos a mis ojos y la invitación a cenar, habría que ser tonta para no percibir que hay algo más, que hay gato encerrado, o como decía Sophie en caso de total evidencia, hay más bien un tigre encerrado.

Laure, con su perspicacia legendaria, ha comprendido el potencial malestar y trata de disiparlo de inmediato, antes incluso de darle un beso.

—Hola, Christophe, no te inquietes, no me quedo con vosotros. Vengo a darte un beso y me voy de compras, estoy loca por H&M: es como una droga. Tengo que ir al menos una vez por semana.

—Hola, Laure, al verte me asusté por si venías de carabina.

—No, solo quería estar segura de que Ophélie no se despistara. No quería que os perdierais esta cena. Es un detalle por tu parte invitarla por su cumpleaños.

Laure va a fondo. Él no me ha invitado en absoluto por mi cumpleaños. Me adelanto a Laure para ser la primera en besar a Christophe y de paso corto la fantasía.

—Buenas tardes, Christophe.

¡Increíble! Lo confirmo: es el rey del beso. Además, huele bien, huele fresco. ¿Acaba de salir de la ducha o qué?

—Buenas tardes, Ophélie.

Besa a Laure a su vez.

—Buenas tardes, Laure. Lástima que no puedas quedarte con nosotros.

—¡Qué cuentista! Bien que te fastidiaría si yo cambiara de planes. Y además mira qué suerte tienes, cenas con las piernas más bonitas de París.

Me siento ligeramente una mujer objeto. Un objeto que Laure trata de vender. Podría lanzarle una mirada asesina para que se calle, pero con Laure ya lo he probado y no funciona: no acusa recibo. Decido secuestrar a Christophe.

—Christophe, ¿nos vamos?

Laure se da permiso para la última puyita:

—Pasad buena noche, tortolitos. Portaos bien.

Lo siento por ella, no le daré un beso de despedida. Trato de alejarme lo más deprisa posible.

La despido con un gesto de la mano.

Me siento un poco incómoda al encontrarme sola con Christophe. Seguramente es por Laure. ¿O será por Christophe? ¿Me gusta o no me gusta? Estoy más indecisa que antes. No iré tan lejos como Laure, no lo calificaré de «muy mono» aunque no está mal.

Decido entablar una conversación pragmática.

—¿Adónde vamos?

—Cruzamos la plaza y vamos al jardín de las Tullerías.

—¿Has pensado en un picnic?

Mi broma le hace reír. Este chico tiene buen gusto en materia de humor. Un punto a su favor.

—No, pero si quieres saber dónde vamos a cenar, no te lo diré: es una sorpresa.

No es que me disgusten las sorpresas, pero me gustaría saber qué restaurante es. Un punto negativo. Vuelve al cero. Ah, me olvidaba del beso. Eso bien valía tres puntos. Más otros dos por la vestimenta. Vale, tiene cinco puntos. Por cierto, ¿cuántos puntos necesita para gustarme de verdad? ¿Cincuenta? ¿Cien?

Llegamos a los jardines.

—¿Conoces el jardín de las Tullerías?

Está claro que Christophe también ha decidido empezar la noche con una conversación ligera, sin implicaciones.

—Sí, he debido venir una o dos veces. Una vez para ir al Louvre y otra, con unos amigos, para subir a los tiovivos.

Lo de los tiovivos no es tan glamuroso como el Louvre, pero soy una chica sincera, no oculto nada. Christophe está más en el registro cultural.

—¿Sabes por qué se llama el jardín de las Tullerías?²

—No.

No me gustan demasiado los concursos culturales. Espero que este no dure mucho.

—Porque antes aquí había una fábrica de tejas.

¿Una fábrica de tejas? ¿Se ríe de mí o qué? Si sigue así vamos mal. Tengo sentido del humor pero no me gusta que se rían de mí, sobre todo cuando es un tío y, además, es nuestra primera cita.

No obstante no puedo decir nada. Si es verdad, pareceré una estúpida. Le dejo continuar.

—... el palacio de las Tullerías lo hizo construir Catalina de Médicis en el siglo XVI. Los jardines de estilo francés los creó Le Nôtre un siglo más tarde.

—¿Le Nôtre o *le vôtre*?

—André Le Nôtre, el jardinero de Luis XIV.

Este chico, o no tiene sentido del humor o no tiene cultura cinematográfica popular. *La verdad si yo miento 2* se estrenó en 2001. ¿Acaso no había cine donde él vivía? Empieza a preocuparme. ¿Este chico se ha criado en el monte? Vamos a tener que poner las cosas en su sitio. No quiero pasar por una inculca. En todo caso, cinco puntos negativos. Vuelve a estar a cero.

—Lo conozco, gracias; el jardinero que diseñó los jardines de Vaux-le-Vicomte, pero no hablaba de eso. ¿«Le Nôtre, *le vôtre*» no te dice nada? ¿En el cine? ¿Una comedia?

—¡Ah, sí, *La verdad*, muy divertida!

—Demasiado tarde. ¿No practicas la escucha activa en tu vida personal? ¿Y en el trabajo? ¿Nadie te ha dado *feedback* sobre este tema?

Esto le hace reír. Al menos no es susceptible.

—*Touché*. Efectivamente, es uno de mis defectos. «Cualidad de escucha insuficiente, sobre todo en épocas de estrés o de presión.»

Es interesante saberlo. Da la impresión de controlar pero en realidad está un poco nervioso. Me estoy regodeando: soy yo quien le produce ese efecto. Eso me gusta y, en consecuencia, él me gusta. Le tranquilizo.

—No pasa nada, está bien. Yo lo de las tejas de las Tullerías no lo sabía.

En este momento estamos delante de un estanque.

—Tiene ocho lados, es un estanque octogonal.

Aquí también me pregunto durante unas décimas de segundo si se está riendo de mí, pero creo que cuando hace de guía se lo toma muy en serio.

Me lleva a visitar todo el jardín. Vamos a ver el busto de Le Nôtre. Le propongo que vayamos a ver *El beso* de Rodin.

—Me encanta Rodin. El original de esta escultura es un mármol magnífico que está expuesto en el museo Rodin. ¿Has estado alguna vez?

—No, pero me gustaría. ¿Me llevarás?

—Sí, si tú quieres.

La conversación se vuelve más íntima. Finalizan las bromas y las clases magistrales. Recorremos todo el jardín por la alameda central. Es precioso, hay un arco del triunfo que no recordaba. Para ser exactos, no es propiamente un arco de triunfo, es más pequeño, es el arco del Carroussel. Christophe y yo jugamos a los turistas.

Llegamos al gran estanque circular. Christophe mete la mano en el agua y chapotea en dirección a mí, aunque sin llegar a alcanzarme. No es mi juego preferido.

—¡Si haces eso eres hombre muerto!

—Hace calor. ¿No quieres que te refresque?

—Depende de si quieres cenar solo o no...

Al fin capitula y llegamos al final del jardín. Al otro lado de la calzada está la pirámide del Louvre.

—¿El restaurante está por aquí?

—Sí, es el Café Marly. ¿Lo conoces?

—No, no he estado nunca.

—Es agradable, ya lo verás.

Como agradable, es agradable. Incluso es bonito. Está justo enfrente de la pirámide. Hay una terraza bajo los arcos, mesitas de madera y coquetos sillones con tela blanca y ribetes burdeos. Nos recibe una joven bastante guapa con un lindo vestido negro, muy corto. Se dirige a Christophe con una gran sonrisa.

—¿Han reservado?

—Sí, Christophe Marquet.

Vaya, Marquet, ahora sé su apellido. Pienso que si me caso con él me llamaré Ophélie Marquet, *madame* Marquet. Bah, ni bien ni mal. Un instante después cuestiono mi capacidad para poner el carro delante de los bueyes. Ni siquiera nos hemos besado (y no es seguro que eso llegue a ocurrir) y me veo llevando su apellido. Hija mía, vas un poco rápido, ¿no?

—¿Quieren una mesa en la terraza? ¿Uno al lado del otro, frente a la pirámide o uno frente al otro?

—Uno frente al otro.

La camarera nos acomoda. Christophe me deja el mejor sitio, él queda de frente al restaurante. Me siento un poco molesta.

—¿Estás seguro?

—¿Bromeas? Soy yo el que tiene las mejores vistas.

Es un piropo un poco ridículo pero, al mismo tiempo, agradable. No puedo evitar ponerme colorada. Cuando enrojezco, siempre empieza por las orejas. Siento que se calientan. ¡Mierda! No debería haberme hecho una cola de caballo. Tiene la delicadeza de aparentar que no lo ha notado, aunque sonrío ligeramente. Bueno, un piropo que me saca los colores ¿es un punto positivo o negativo? Decido que es positivo. Es gracioso. Este chico es distinto a los demás. Es un pelín anticuado en su actitud, pero eso no es necesariamente desagradable.

La noche transcurre mejor de lo previsto. Podría habérmelo imaginado, pues ya no es la primera. El sábado también se estableció el contacto de manera muy natural.

No obstante le lanzo una pequeña indirecta a propósito de su SMS y el número de estaciones entre mi trabajo y Concorde.

—¿Cómo es que conoces las estaciones entre mi oficina y Concorde? ¿Trabajas en la oficina de Información General o qué?

—En absoluto. Me lo dijo Alexia.

—¿Y no se ha preguntado para qué la querías?

—No, no exactamente. Yo le había dicho que tenía la intención de invitarte a cenar, así de sencillo. Es una amiga de verdad, compartimos muchas cosas.

—¿Y estaba contenta?

Se ríe. Me gusta su risa, se ve a la legua que es muy positivo.

—Sinceramente, no demasiado.

—¿Hizo algún comentario? ¿Dijo cosas de mí?

—Eh... Dijo que sería algo bueno para ti.

—¿Algo bueno para mí?

—Dijo que no salías mucho con chicos, que ibas un poco de solterona.

¡Será guarra! No puedo creérmelo. ¡La muy cerda!

—¿No te incomoda salir con una solterona atrincherada? Es cierto que, con relación a ella, todo el mundo es solterona. Tiene acciones en Durex, ¿no? Y Meetic le ha hecho un perfil propio del tipo: «Si se siente solo, llame a Alexia, bola ocho al agujero esta misma noche».

—No seas injusta con ella, aunque reconozco que lo que opinaba de ti no era precisamente amistoso. Mírale el lado bueno, debe de estar celosa. Por otra parte, yo no pienso eso de ti en absoluto.

¡Está celosa! Eso me gusta, tiene su gracia. ¿He competido con ella alguna vez por un tío? No recuerdo. Pero no competimos realmente por Christophe. Vuelvo a la información que ha obtenido sobre mí.

—¿Te ha dicho algo más?

—Que hace unos cuatro años estabas con un tío, un tal Cyril. Y que desde entonces estabas soltera.

Voy a matarla y a arrancarle los ojos (lo que ciertamente no sería una pérdida, pues son de color marrón y un poco saltones).

No solo le cuenta a la gente mi vida privada, sino que además su información es inexacta: con Cyril la cosa no duró.

—No deberías fiarte de Doña Maruja Radiopatio, ¡son chorradas! Y no es justo. Yo no sé nada de ti.

—Adelante. Dispara.

—Vale. Vamos a empezar por lo fácil. Tú sabes en qué trabajo, pero ¿tú, qué haces?

—De hecho no sé cuál es tu trabajo. Solo sé dónde trabajas.

—Después te lo digo. ¿Y bien?

—Trabajo en una empresa de videojuegos, Ubisoft, ¿la conoces?

—No soy muy fan de los videojuegos. ¿Qué juegos hacen?

—*Assassin's Creed*, *Tom Clancy*, *Los Conejos cretinos*...

—*Los Conejos cretinos*, me suena el nombre.

—Seguramente conoces *Just Dance*.

—Ah, sí, *Just Dance* sí. He jugado en casa de mi prima pequeña en la Wii. ¿Y qué haces en tu trabajo?

—Soy diseñador gráfico. En este momento trabajo en el último *Assassin's Creed*, la acción transcurre en el Caribe del siglo XVIII. Trata sobre piratas, la marina británica y la española. Modelo y construyo La Habana de la época. Ya terminé Kingston y Nassau.

—Parece un buen trabajo. De hecho, haces cosas de Stevenson en videojuego, ¿no?

—Exacto. ¿Y tú? ¿Qué haces?

—Soy secretaria de prensa. Promociono las películas francesas para los estrenos.

—¡Te relacionas con estrellas!

—Con estrellas francesas. Además, como soy nueva, no trabajo con las grandes películas ni tampoco con las grandes estrellas. ¿Tú vas mucho al cine?

—No mucho. Veo más bien las series estadounidenses. Las descargo...

—¡Pero eso es robar!

—Eh... Me fastidia esperar meses para ver las últimas series yankis.

—No exageres. OCS las ofrece al día siguiente del estreno allí.

—Hay que estar abonado a Canal+ y a OCS si se quiere tener acceso a todo. Es complicado.

—No dirías lo mismo si la gente pirateara tu asesino y sus galeones.

—¿Quieres decir si piratearan mis piratas?

Me hace reír. Le leo la cartilla y él me desarma haciéndome reír. Como decía mi abuela: «Si a una mujer la haces reír pronto en tu cama la verás dormir». Un estudio reciente de la Stanford School of Medicine lo confirma: las mujeres son más sensibles que los hombres al humor y por consiguiente deberían dejarse seducir más fácilmente por hombres graciosos.

Pero espera, querido, que aún te falta. Ophélie se ríe pero no está todavía en tu cama. El dicho reza: «pronto en tu cama la verás dormir», de modo que aún tienes deberes.

Decido atacar por el lado personal.

—Y tú, aparte de miss follamiga de todo macho a la redonda, ¿tenías novia?

—He estado con alguien durante seis años. Nos hemos separado hace un año.

—¿Seis años? Pero ¿qué edad tienes?

—Veintisiete.

—No lo parece. Creí que tenías veinticinco, como yo.

Parece ofendido. ¡Ah, el chico tiene puntos débiles! No le gusta parecer más joven...

—Lo sé. Me lo dicen constantemente.

—¿Y te molesta?

—Es una lata. En la oficina siempre creen que soy un becario. Con las chicas, antes de estar con Noémie, me resultaba muy difícil. A ellas les gusta salir con chicos que parezcan mayores. Estaba en desventaja. Me costó mucho esfuerzo, tuve que picar mucha piedra.

—¿Y cómo te las arreglabas?

—Tenía dos opciones: las chicas feas o las locas...

Imaginarlo de maestro cantero me hace gracia. Es capaz de reírse de sí mismo cuando habla de su pasado amoroso.

—¿Y elegías a las feas?

—No, a las locas. Hasta el día en que después de acostarme con una vi que tenía cicatrices en las muñecas.

—Es horrible. ¿La dejaste?

—No me atrevía. Tenía un apartamento de estudiante en el piso trece de su edificio. Tenía miedo de que saltara...

—Es un poco pretencioso, ¿no? Después de tu *performance*, ¿se suicida porque rompes con ella?

—Quizá, pero no quería correr ese riesgo. Además, tenía una ropa interior muy bonita y quería que siguiéramos como amigos. Es raro, una estudiante que se pone ropa interior bonita.

¡Los hombres son tan elementales! Incluso este, que puede parecer más evolucionado, está con una loca de remate y sigue con ella porque se pone ligeros y corsés. ¡Estoy flipando! Debería hacerme lesbiana: así podría salir con un ser evolucionado, no con alguien que tiene el cerebro por debajo de la cintura.

—Así que sigues con una ninfómana suicida por su talento en la cama.

—No era exactamente así. Tenía ropa bonita y casi nunca me dejaba quitársela. A veces, cuando teníamos que salir, se paseaba en bragas y sujetador, pero estaba prohibido tocar.

Cada vez más demencial. Debía de estar muerto de hambre para soportar eso. Es gracioso, contármelo todo de cabo a rabo, sin reservas. Estoy impaciente por conocer el desenlace.

—¿Entonces qué hiciste?

—Me las arreglé para que me mandara a paseo. Una noche me puse a hacer *zapping* en su casa. Le sentó mal, se puso furiosa y nos peleamos. Como tenía muy mal carácter me preguntó si quería que nos separáramos. No lo proponía de veras, no era más que una amenaza. No tuvo suerte. Le tomé la palabra y acepté. Era demasiado orgullosa para volverse atrás.

—¡Pero eso es una cabronada! ¡Es perverso!

—Perverso, no; maquiavélico, sí. ¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

—Vale. Y por eso cuando conociste a Noémie estuviste con ella seis años.

Se ríe sin ganas.

—Tal vez. Era la primera guapa y normal a la vez.

—Y sin embargo ya no estáis juntos.

—Ya no.

—¿Y?

—Fue triste.

—¿Fue ella quien te dejó?

—No, fui yo. Ella era perfecta: guapa, inteligente y educada, pero no era para mí. No para la vida.

—¿Entonces?

—No tenía mucho humor, no compartíamos lo suficiente. Al cabo de cinco años me di cuenta de que no podríamos construir una vida juntos.

—Pero aún seguisteis.

—Me hacía falta tiempo para reunir valor y dejarlo.

Esta historia me acerca a Christophe, pues se parece mucho a lo que yo viví con Cyril. Al final, tomé la decisión acertada.

—A mí me hizo falta solo una hora entre el momento en que decidí romper y el momento de hacerlo.

—¡Una hora! ¡Expeditivo! Bueno, quizá es mejor así.

La conversación nos devuelve al pasado y nos deja pensativos. Estoy confusa por la semejanza de nuestras respectivas experiencias. Este candor y esta sencillez en Christophe me han liberado de mi agresividad al comienzo de la cita. Podría ahondar en esa historia de amistad sexual con Alexia, pero ya no me apetece. Disfrutamos de nuestros platos correspondientes, brazuelo de cordero para él, lubina a la parrilla para mí. La conversación ahora va de nuestros gustos en literatura, cine, televisión, música... Luego, el postre. Yo elijo *coulant* de chocolate y él un pastel de limón y frambuesa. Por cierto, no lo regalan: treinta euros el plato, catorce euros el postre, más la copa de champán en el aperitivo (por mi cumpleaños), el agua con gas y el vino, se va a dejar el sueldo de un mes. Siempre y cuando me invite... ¡Si me propone que paguemos a medias será la última vez que vea mis ojos azul grises! Al fin y al cabo, fue él quien propuso ir a cenar, ¿no?

Se ausenta un momento para ir al lavabo. Tomamos café y un té con leche y luego me propone que nos marchemos.

—¿Nos vamos?

Y se va. Esto me recuerda a Rodolphe persiguiéndome en el Hyatt en la Porte Maillot. Solo que en este caso será más embarazoso si el camarero trata de detenernos.

—Eh... Hay que pagar, ¿no?

—No te preocupes, ya está.

Es muy elegante por su parte. Debí suponerlo. Es lo que ha hecho hace un momento, cuando se ausentó. Había olvidado ese tipo de detalles, quizá porque no salgo mucho. Soy más bien feminista, pero eso no me impide apreciar la galantería *old school*.

Cruzamos la calle en sentido contrario.

—¡Debemos darnos prisa, son las diez y cuarto! El jardín cierra a las once menos cuarto.

—No nos llevará treinta minutos atravesar el jardín.

—Antes tenemos que hacer una parada.

Observo delante de nosotros las luces de la feria. Ya está, ya entiendo. ¡La noria! Quiere que subamos a la noria. Es un poco kitsch, pero al mismo tiempo, ¿no es romántico?

No lo sé, no tengo tiempo de planteármelo. Él ya ha sacado los billetes y nos subimos. Me siento frente a él. Me parece que se siente incómodo. Sigo la dirección de su mirada. ¡Mierda! Había olvidado que llevo la falda de Laure. Como es muy corta para mí y el asiento me obliga a subir las rodillas, tiene delante un panorama que va mucho más allá de mis «bonitas piernas». Debe de ver la parte alta de mis muslos, casi las bragas. Al pobre muchacho le va a dar un ataque o una indigestión. Curiosamente, él está mucho más molesto que yo.

Tomo la iniciativa.

—Voy a ponerme a tu lado. Tendremos mejores vistas...

Él asiente sin decir palabra. Está visiblemente nervioso. Laure tenía razón, mis piernas largas y finas son las más bonitas de París. Estoy encantada.

Mi veredicto sobre la noria: es mucho más romántica que kitsch. Además, ahora estoy sentada junto a Christophe.

Sigue oliendo igual de bien. Hace un poco de fresco. Tiemblo por el frío y por la presencia de Christophe a mi lado.

—¿Quieres mi jersey?

—Gracias, Christophe. Eres muy amable pero no llevas más que una camisa.

No dice nada. Se quita el jersey y me lo pone sobre los hombros. Siento su mano que pasa detrás de mi cuello hasta mi hombro izquierdo para cubrirme con él. Creo que no me opondría pero él retira la mano. Contemplamos París iluminado: el Obelisco de la Concordia, el Arco del Triunfo, el Sacré Cœur, el Arco de la Defensa... Es espléndido.

Christophe me ha cogido la mano. Las suyas son muy bonitas. Estoy contenta. No nos miramos; miramos París. Es un momento muy tierno, muy bonito.

Cuando bajamos de la noria, me suelta. No se atreve a caminar conmigo de la mano. En la noria era otra cosa.

Llegamos a la estación de metro. Demasiado pronto. Hora de separarse.

—Hasta la vista, Christophe. Muchas gracias. He pasado una excelente noche.

—¿Crees que voy a dejarte coger el metro sola después de las once?

—Pero bueno, Christophe, yo cojo el metro de noche muchas veces para ir al distrito XVIII. No es peligroso.

—Bueno, pero esta noche lo coges conmigo. No lo discutiremos.

Tiene gracia. Me recuerda a Christian, el personaje de *Cincuenta sombras*. Él también es muy protector.

Decididamente, es muy romántico. Así las cosas, no protesto más. A la llegada del metro Jules-Joffrin, me acompaña hasta la puerta de casa.

—Buenas noches, Ophélie. Gracias por esta noche.

Se inclina, me besa en las dos mejillas. Reacciono en una fracción de segundo, le tomo la cabeza entre las manos y le beso en la boca. No un beso ardiente y vulgar, solo una pequeña presión de mis labios, pero de mis labios entreabiertos, lo bastante para que pueda saborear un poco de Ophélie. Él puede ser el rey del beso tradicional, pero yo soy la reina del beso. Creo que si Rodin me hubiera conocido, no habría llamado a su escultura *El beso* sino *Ophélie*.

Subí a mi apartamento donde me recibió *Romeo*, que me esperaba tanto como a su paté Gourmet.

—*Romeo*, querido mío, quizá pronto seamos tres.

15 de agosto de 2013

Esta mañana, *day off*. He dormido hasta tarde, me he quedado en la cama hasta las diez. Me ha despertado *Romeo* maullando encima de mi cama. El señor tenía hambre otra vez.

—No olvides que el veterinario te ha prohibido comer más de una lata al día. Si comes ahora la mitad, la otra mitad no te la daré hasta la noche.

Ha maullado una vez para darme su asentimiento. Ya digo, este gato comprende a los humanos. ¡Es muy inteligente!

Me preparé un té y un biscote con miel. Al coger el móvil, de inmediato me pregunté si tendría un SMS de Christophe. Y sí, había uno, pero también otros dos de Laure.

«A ver, ¿qué tal ha ido? ¿Está ahí a tu lado? ¿Tenía yo razón? ¿Ha estado bien?»

Insoportable, ni una pizca de romanticismo. El segundo era peor.

«Si puedes, me envías una foto suya en calzoncillos por Snapchat. Estoy segura de que tiene buen cuerpo, con abdominales como tabletas de chocolate.»

Ahí fue cuando comprendí que me estaba tomando el pelo. Antes de contestarle, leí el SMS de Christophe.

«Gracias por la velada. Me gustó mucho la pequeña sorpresa final. ¿Estás libre esta tarde? ¿Quieres dar un paseo? Christophe.»

Le contesté a él primero.

«Me alegro de que mi sorpresa te haya gustado. De acuerdo con el paseo. ¿Dónde y a qué hora?»

Después, le mandé un SMS a mi amiga.

«Lamentablemente está desnudo y durmiendo boca abajo a mi lado. No creo que le guste mucho que le haga una foto durmiendo y se la envíe a una amiga, pero tiene un culo estupendo.»

Apenas termino mi biscote con miel de Córcega (un verdadero regalo, la mejor), el iPhone suena dos veces.

Uno es de Laure y el otro de Christophe. Cuando se pone a tono, esta Calamity Jane desenfunda más rápido que su sombra.

Decido leer primero el de Christophe.

«Te recojo delante de tu casa a las tres y media. ¿Te va bien?»

«Perfecto. Hasta luego.»

Ahora puedo atender a Laure. ¿Qué me ha escrito mi querida amiga?

«Genial. Anda, mándame la foto. Snapchat no es Instagram, se borra al cabo de diez segundos. Además, yo no soy una simple colega, sino tu mejor amiga. Porfaplis...»

Quería tomarle el pelo y ha esprintado más rápido que Usain Bolt en los cien metros. En realidad no quería hacerle creer que me había acostado con él, era solo una bromita. Pero Laure se lanza tan a fondo..., se lo ha tragado. Voy a continuar un poco, es divertido.

«¿Estás segura? De acuerdo, te la envío por Snapchat.»

Por supuesto que no envío nada, ya que el modelo del retrato y el culo no están aquí, sino en su propia casa.

Al cabo de cinco minutos llega un iMessage. ¡Ah, miss Laure ha cambiado de canal pero no de estrategia!

«¿Me la has enviado?»

«¿No la has recibido?»

«No.»

«Vale, voy a hacer otra. Acaba de levantarse. Está desnudo delante de mí pero puedo hacer una foto con discreción.»

Entonces recordé la expo que van a hacer en el museo de Orsay, dedicada al desnudo masculino en el arte, desde 1800 hasta nuestros días, que se inaugura el 24 de septiembre, *Cosmopolitan* acaba de publicar un artículo sobre esta exposición. Creo que ellos han hecho su propia selección de fotos de desnudos. ¡Necesito encontrar ya el número de *Cosmopolitan* en la pila de periódicos! ¡Bingo! Ya la tengo. ¡Guau! Es mejor de lo que esperaba. Han seleccionado quince fotos. La mayoría no sirven para mi broma, pero encuentro una de Alberto Coto, titulada *Joven desnudo*, que irá perfectamente. Como el nombre indica, se trata de un hombre desnudo, de espaldas, fotografiado desde la base del culo hasta los omóplatos, con la mano izquierda apoyada en la cadera: para mi plan es perfecta. Fotografo la página y se la envío a Laure. Elijo una duración de cinco segundos para que no tenga mucho tiempo y no vea que la decoración no corresponde a mi casa. Ya está, va de camino.

Laure me contesta a los treinta segundos, también por Snapchat.

«Gracias, eres una amiga de las buenas. No está nada mal. ¿Por qué no has puesto duración de diez segundos?»

«Error de manipulación.»

Diez minutos de silencio y nuevo mensaje.

«¿Desde cuándo las paredes de tu cuarto son marrones?»

¡Ay! Para miss Sherlock Holmes incluso cinco segundos son suficientes. Debía de ser una máquina jugando al Memory.

«Seguro que no has visto bien. Cinco segundos no dan para mucho. Mirabas el culo y te equivocaste en el color de las paredes.»

«¿Crees que nací ayer, listilla? He hecho una captura de pantalla con mi iPhone y tengo la foto delante. Las paredes son de color marrón.»

¡Joder, qué lista es! ¿De qué sirve Snapchat si los destinatarios graban las fotos?

Nuevo mensaje.

«Acabo de hacer una búsqueda por imagen en Google. ¡Has cogido una foto del *Cosmopolitan*, sucia traidora! ¿Ahora te dedicas a leer el *Cosmopolitan*? ¿De modo que has fracasado? ¿Quieres batir el récord mundial de celibato? ¿Puedo llamarte sor Ophélie a partir de ahora?»

Debo calmarla. Le envío el *selfie* que hemos hecho en el café Marly, frente a la pirámide del Louvre.

«¿Esta te gusta más?»

«Oh, estáis muy monos los dos. Entonces, ¿aún hay tema?»

Le envío el *selfie* de los dos en la noria cuando estábamos en el punto más alto.

«¿Y en esta? ¿No estamos monísimos?»

«¡Mucho! Pero ¿llevas su jersey sobre los hombros?»

«¿También la has grabado?»

«No, pero tengo ojos. ¡Corrijo! Debería haberlo hecho. Así podría sacarla durante la boda... ¿Te besó cuando os despedisteis?»

«¿En la boca?»

«¡No, si te parece en la mejilla, cretina!»

«No.»

«Lástima.»

«Pero yo, sí.»

«¿Le has besado tú? ¿En la boca?»

«Yes, indeed.»

«¡Guau! Estoy muy orgullosa de ti. ¿Os veréis pronto?»

«Esta tarde.»

«¡Esta es mi Ophélie! ¡Bravo! ¿Hoy jaleo entonces? ¿Te has depilado?»

¡Oooops! Tiene razón. Necesitaría ir a la esteticista, pero no importa. Aún no salimos juntos de verdad. Ayer solo nos dimos un beso. No vamos a acostarnos esta noche.

«No estoy tan segura de eso. De todos modos, yo no me acuesto en la primera noche.»

«No será la primera noche. Os visteis el sábado y ayer. Técnicamente, es el tercer día.»

En ese momento sonó el teléfono. Mi madre.

«Laure, te dejo, tengo que contestar a mi madre.»

«Vale, mañana me lo cuentas todo. Diviértete.»

Esa es la diferencia entre nuestra generación y la de nuestros padres. Nosotros chateamos y ellos llaman por teléfono. Bueno, no es del todo exacto. Yo también llamo por teléfono e incluso puedo tener conversaciones larguísimas con Laure, pero hoy hemos chateado.

Con mamá ha durado lo habitual, poco menos de media hora. Me pasó también a papá. Con él dura menos, entre dos y cinco minutos.

Después me puse a pensar en qué me pondría. Con el pantalón es fácil: me pondré el vaquero rosa salmón que compré en H&M. Para la parte de arriba, me apetece ponerme el top de seda de DDP Paris. Bueno, quizá un poco transparente, pero si me pongo lencería blanca no será un problema. Además, como la seda es ligera, realza más el pecho. Se va a volver loco. Si paseamos, me pondré el sombrero, un panamá de verdad en fibra vegetal. Hoy no me haré una cola de caballo, me dejaré el cabello suelto. Con el panamá queda genial. Además, si me pongo colorada no me verá las orejas.

Me saco una foto en el espejo y se la envío a Laure.

«A ver, ¿qué te parece?»

«Sublime. Se va a caer de culo. ¿Qué vais a hacer?»

«Vamos a pasear. Aún no sé por dónde, no me ha dicho. Pasará a buscarme.»

«Ten cuidado, si vais a caminar mucho, no te pongas tacones o te estropearás los pies y, de paso, la cita.»

Hay que reconocer que esta chica tiene la cabeza sobre los hombros. Es una auténtica profesional de las citas, lo tiene todo en cuenta.

«Gracias, me pondré sandalias de tiras.»

Me hice la remolona hasta las tres y media. A la hora exacta recibí un SMS de Christophe para avisarme de que había llegado. No soy la típica que hace esperar a un tío para subrayar que soy una princesita, así que bajé enseguida. Sé lo difícil que es encontrar sitio para aparcar en el barrio. Además, lo confieso, estoy bastante impaciente por verlo. Cuando pienso que ayer ni quería acudir a la cita... Una noche que salió bordada al pie de la Concorde y que me cambió el estado de ánimo por completo. También pudo influir mi larga temporada sin pareja y la presión de mi amiga.

Al salir, nada de coche delante de la puerta, sino un toque de bocina a mi derecha. Christophe está en un mini negro aparcado en un paso de peatones. ¡Qué coche tan curioso para un tío!

Entro en el coche.

—Hola.

—Hola.

Intercambiamos besos en la mejilla: no era plan de volver al mismo punto en que lo habíamos dejado. Este pequeño paso atrás no tiene nada de ilógico. Solo Laure podría creer que se puede ir directamente a un beso con lengua el segundo día.

No obstante, confirmo que sus besos siguen siendo magníficos y sigue oliendo igual de bien.

—¿Qué perfume usas?

—Cool Water de Davidoff. ¿Te gusta?

—Sí, huele superbién.

—¿Y tú? ¿Qué te pones?

—Nina, de Nina Ricci. ¿Qué te parece?

—Me gusta.

Conversación aséptica, bastante ligera para volver a nuestro nivel de relación de la noche anterior. Ayer hablamos de nuestros gustos culturales, hoy hablamos de perfumes y de olfato. Bien pensado, es un retorno a nuestros instintos primarios, al hombre de Cro-Magnon: nos olfateamos para saber si el otro nos gusta.

Vuelvo al tema de nuestro medio de locomoción.

—¿Hace tiempo que tienes este coche?

Parece sentirse incómodo.

—No es mío.

—¿De quién es?

—De mi hermana, mi hermana mayor, Isabelle.

—Ya me parecía a mí que un Mini negro no va mucho con tu estilo.

—¿Y cuál es mi estilo?

—Un poco *nerd* moderno.

—¿*Nerd*, yo? ¿Cómo puedes decir eso?

—Hay signos que lo indican: la actitud autista del que no escucha a los otros, y a la vez, le gusta dar explicaciones aunque no sean necesarias.

Le he dejado planchado.

—¿Yo soy así?

—*Yes, you are.*

—¿Y tú cómo eres?

—¿Yo? Guapa, inteligente, dulce y con mucho humor. Ah, se me olvidaba: también bastante modesta.

Vuelvo a hacerle reír. Estamos en el coche, no sé adónde me lleva pero no importa, ya estamos flirteando.

Por cierto, ¿y adónde me lleva? Estamos en los Campos Elíseos. La plaza de la Concorde y el jardín de las Tullerías quedan ahora a nuestra espalda. Bueno, cambiamos de ambiente. Vamos hacia el oeste de París.

Vigilo la ruta sin dejar de conversar. He decidido no preguntarle adónde vamos. He aprendido la lección de ayer y sé que le gustan las sorpresas.

Después de bajar la avenida de la Grande Armée, pasamos por la Porte Maillot para penetrar en el Central Park de la aglomeración parisina: el bosque de Boulogne. De acuerdo: calificar el bosque de Boulogne de Central Park es una exageración y una fantasía mía. Para empezar, nunca he ido a Nueva York, así que me sería difícil poder comparar. No obstante, sé que Central Park está en el corazón de Manhattan, mientras que el bosque de Boulogne está en la periferia de la capital.

Un día, quizá cuando esté con Michael, iré de verdad a pasear por Central Park. Por el momento, estacionamos delante de los jardines de Bagatelle. ¡Otro jardín! Este chico, lleva a un jardinero dentro, o como poco, a un ecologista. No tengo nada en contra, es bonito y romántico. Es más divertido que ir al cine, sobre todo cuando hace un tiempo tan bueno como el de hoy.

Además, no conozco los jardines de Bagatelle, nunca he estado aquí. La entrada es de pago, ocho euros la visita guiada y cinco euros la entrada sencilla, con tarifa reducida para menores de veintiséis años.

Christophe tiene la cortesía de pedir mi opinión.

—No necesitamos guía, ¿verdad?

—¿No eras tú el guía? ¿No lo has sacado todo de Wikipedia esta mañana?

—Sí, claro. Dos entradas sencillas de tarifa reducida, por favor.

¿No ha leído el cartel de la entrada o qué? Tarifa reducida hasta los veintiséis años. Yo creía que usted tenía veintisiete, caballero. Mintió a la cajera con la mirada más honrada del mundo. Si le pide un justificante está jodido.

Pero no, su mirada franca, directa y sincera ha surtido efecto. Empiezo a sentirme incómoda: restaurante, noria, jardines, él es quien ha pagado todo desde que nos conocemos. No quiero transmitir la impresión de que soy una mantenida.

Mientras tanto, le doy las gracias a mi manera. Lo cojo del brazo, tiro de él hacia mí y le beso en la mejilla con simpatía, aunque no demasiado lejos de la comisura de los labios. No el beso de una novia, pero tampoco el de una amiga. Un beso que promete mucho.

—Gracias, pedazo de tímido con encanto.

—¿Tímido con encanto? Encanto me parece que comprendo, pero ¿tímido?

—Es muy sencillo: o te has pavoneado delante de mí y no tienes veintisiete años como dices, o has abusado de la pobre cajera. Te aviso, en el primer caso, si tienes veinticuatro o menos te dejo ahora mismo. No tengo fantasías de *cougar* devoraniños en absoluto.

Se ríe.

—Serías demasiado joven para ser una *cougar*. Yo tampoco tengo fantasías con *cougars*, pero si lo fueras podría cambiar de opinión. Y sí, tengo veintisiete años. Te he dicho que aparentaba menos de los que tengo. Deja que me aproveche de vez en cuando, ¿no?

—Eso es lo que yo decía. Entonces eres un timador.

Pincharlo forma parte del coqueteo, así es como funciona. No basta con ser correcta, hay que pasar a la ofensiva. Continúo:

—En todo caso, ahora sé con quién me las veo. Mientes sin rubor alguno. Ya sé a qué atenerme la próxima vez que me digas que tengo los ojos bonitos.

—¡Pero si tienes unos ojos preciosos! Y ayer me fijé en que tienes también unas bonitas piernas. Eres muy hermosa, Ophélie.

Basta. Me está poniendo colorada y van dos veces en dos días. Empieza a ponerse pesadito este chico.

Por suerte, hoy tengo mi panamá y mi pelo suelto para disimular los colores. Pero ¿qué le pasa? ¿Qué es esto de los piropos tan directos? No estoy acostumbrada. Primero, hace tiempo que no tengo una cita de verdad y segundo, él no sigue las normas. Debería hacer como yo, mandarme pequeñas indirectas, un poco de esgrima verbal. Pero no, el señor me piropea y lo peor es que parece totalmente sincero.

—Christophe, no puedes decirme eso.

—¿Por qué?

—Hace menos de una semana que nos conocemos, no hemos pasado juntos ni diez horas en total.

—¿No tengo derecho a decirte que tienes unos ojos bonitos?

—No.

—Aunque lo piense.

—Precisamente por eso. Si no lo piensas, tampoco puedes decirlo. No estaría bien.

—¿Y decirte que tienes unas piernas bonitas?

—Tampoco. Aún peor. Se supone que no debes mirarme las piernas.

—¿En serio? Sería una grosería no darse cuenta, y más con la falda que llevabas ayer.

Me pongo aún más colorada.

—¡Cristophe!

—¿Qué?

—¡No es posible! ¿Aún no sabes ligar como es debido?

—No.

Se queda callado. Y yo también. Los jardines son magníficos. Todo es muy verde. Hay un camino principal y otros más pequeños que lo atraviesan. De pronto, un riachuelo a la derecha. A lo largo, un sendero. Christophe me coge de la mano.

—Pasemos por aquí.

Mi mano está en la suya y de pronto el corazón me late más deprisa. ¡Mierda! No controlo la situación. Había olvidado que un gesto tan sencillo pudiera provocar tanta emoción.

El riachuelo forma una curva y desciende en una pequeña cascada de tres metros.

Hay unos escalones tallados que bajan hasta el pie de la roca y a una pequeña gruta tras la cortina de agua. Se puede acceder desde un lado. Christophe me lleva hasta ella. Ahora estamos aislados del resto del mundo y de la mirada de otros paseantes.

Él repite con una voz muy suave, apenas lo bastante fuerte para ser audible con el ruido del agua.

—¿Y decirte simplemente que eres bonita? ¿Es posible?

—¡No!

—¿Qué me gustas?

—No, es demasiado pronto. Podrás decirlo más tarde.

—Entonces no puedo decir nada. En ese caso...

Me coge en sus brazos y me besa. Sus labios están pegados a los míos, su lengua viene al encuentro de la mía.

Teniendo en cuenta el lugar y el cariz de la conversación desde hace un cuarto de hora, no debería sorprenderme. Y sin embargo a mi mente la pilla desprevenida. Afortunadamente mi cuerpo no lo está. Me arqueo instintivamente para adaptarme a sus brazos. Mis labios responden a los suyos, mi boca saborea la suya y nuestras lenguas inician un vals maravilloso. Ya no me acordaba de lo bueno que era. Nos besamos durante varios minutos. Es él quien se detiene primero.

—¿Y esto? ¿Puedo?

—Eso sí. Incluso puedes continuar.

Y tomo la iniciativa. Huele bien, me gusta su sabor, besa bien... Ahora nos besamos de manera más apasionada, con toda la boca. Es un momento dulce, un momento húmedo, un momento de intimidad, un momento raro...

Transcurrido lo que parece a la vez un instante y una eternidad, nos apartamos el uno del otro. Es curioso sentir que hemos perdido conciencia temporal. Podría definir otra teoría de la relatividad según Ophélie. Cuando uno besa, cuando nos embarga la emoción, el tiempo no transcurre, es rápido, es lento, es una especie de agujero negro. ¿Qué diría Einstein?

Caminamos en silencio por los jardines. La única diferencia es que él me ha cogido por los hombros. Estoy en una especie de niebla. Creo que sonrío aunque no estoy segura. Debe de ser una sonrisa un poco tonta, la sonrisa de alguien que se está enamorando.

Los jardines están preciosos. Hay muchas flores, algunos animales, gansos, pavos reales. Christophe me mira con ojos divertidos.

—Si tuvieran que compararte a un animal de este parque, el ganso no te iría nada bien...

Sin duda me lo tomaría muy mal. «Tonta como un ganso.» ¡Esa no soy yo!

—Estoy de acuerdo. Sería injusto hasta para Alexia.

Mi observación le hace reír.

—...en cambio, con el pavo real hay cierta semejanza.

Me atraganto. Él prosigue.

—Lo digo por tu autodefinición como «guapa, dulce, inteligente».

—Era una broma.

Aunque también pienso que hay mucho de verdad en mi afirmación.

—¿Eres orgullosa?

—No, no especialmente.

—¿Sensible a los piropos?

—Sí, pero no más que cualquier otra. Mi signo zodiacal es Leo. ¿Has salido ya con alguna Leo?

—No, nunca. ¿Es peligroso?

—¡Para los que acarician a contrapelo, muchísimo!

—¿Y piensas que yo no sé?

—Si me comparas con un pavo real, mal vamos.

—Pero hace un momento me decías que el coqueteo empieza por el torneo verbal y me has reprochado que te piropearas.

—Sí, pero lo haces todo al revés. Te explico: antes de salir juntos, pequeñas indirectas. Después, cuando sales con tu chica, los piropos.

—¿Entonces salimos juntos?

—Pensaba que al menos eso lo habías entendido. ¡No cuentes conmigo como follamiga!

—Yo no te quiero como follamiga...

Y entonces me tomó en sus brazos y me volvió a besar. Como es más alto que yo, me puse de puntillas, cogí su rostro entre las manos y durante varios minutos dejé que mi lengua jugara con la suya. Estaba muy excitada. Sentía una agitación física que no había sentido durante mucho tiempo; en ese instante incluso me pregunté si la había experimentado alguna vez. ¿Era por estar sin pareja tanto tiempo o era en verdad algo distinto a todo lo anterior?

Quise invitarlo a tomar un té en el restaurante de Bagatelle, pero me dijo que tenía otros planes. Definitivamente no va a ser fácil pagar nada. Este chico es cualquier cosa menos tacaño.

Fue hasta el coche a coger una bolsa y luego nos dirigimos hacia el lago inferior, el más grande del bosque de Boulogne. Yo me preguntaba qué pasaría, después de la noria del día anterior. Ese punto *old school* de Christophe le da ideas un poco *kitsch*.

Estaba algo inquieta y no sin razón. Después de la noria, paseo en barca.

—Ophélie, ¿has ido alguna vez en barca?

—No, alguna vez me he dejado embarcar en algo, ya sabes, pero eso es lo más cerca que ha estado de una embarcación.

No podía sacar pecho de mi juego de palabras, pero sin ser la broma del año, me parecía simpático. Él no lo notó. Nada, ni asomo de una sonrisa. Esa falta de escucha, ese lado *nerd*, me fastidia un poco. Si no me escucha cuando solo hace media hora que estamos paseando juntos, pronto tendremos problemas.

Está alquilando la barca por dos horas. ¡Dos horas! Pero ¿qué vamos a hacer durante todo ese tiempo? ¿Dar la vuelta completa al lago tres veces seguidas? ¿Estará preparando la prueba de remo de los Juegos Olímpicos? Espero que no cuente conmigo. Me gustan mucho mis brazos, son muy bonitos, no tan finos como los de las supermodelos de los desfiles pero tampoco como los de una nadadora. Aunque estoy bien formada no tengo brazos de deportista; ya está, ya lo he dicho. ¡Si quería a alguien para remar, tendría que salir con Laure Manaudou!³

Cerrado el trato, nos dirigimos hacia una barca. Me instala en la parte de delante. Se encargará él solo del aspecto propulsor. Le pregunto.

—¿Es una salida tipo impresionistas?

—Sí, solo que eres tú quien lleva un sombrero de paja, no yo.

—No es un sombrero de paja, es un panamá. ¿Sabes algo de sombreros?

No responde. Nos deslizamos al ritmo de los remos. Tengo que reconocer que es muy agradable. Dejo mi mano vagar por el agua. Finalmente, se pueden entender todos esos viejos clichés románticos. En el siglo XXI sigue siendo agradable, como si no hubiera pasado el tiempo. Por un momento no hay iPhones, ordenadores, coches ni contaminación. Solo están la barca, el lago y la isla en medio, que precisamente parece ser el destino al que quiere llegar Christophe. ¡Vaya! De modo que no tenía intención de remar durante dos horas. Casi estoy decepcionada, no llevamos ni veinte minutos y ya empezaba a apreciar este entretenimiento anacrónico.

Desembarcamos. Él, mojándose los tobillos, pero se había quitado los zapatos. Yo, totalmente seca. Es la ventaja de estar con un caballero: evita que me moje el calzado. Por lo que respecta a mis sandalias, gracias, me encantan. No es tanto por el precio sino porque ha sido uno de mis mejores negocios en *vente-privée.com*: conseguí el par que quería a mitad de precio.

Christophe ha arrastrado la barca fuera del agua. Al menos estamos seguros de volver a puerto. Chico prudente,

Paseamos durante unos minutos. Al atardecer no hay mucha gente en la isla. Estamos sobre un hermoso césped ligeramente en cuesta con unas vistas preciosas sobre el lago (¡y sobre nuestra barca!). De pronto se para, coge el bolso, saca una manta de tela escocesa roja y gris y la tiende sobre la hierba. Luego, saca un termo y unos dulces. ¡Me parece increíble!

—¡Esto sí que es el *Almuerzo sobre la hierba*!

—En este caso, «Merienda sobre la hierba». Si no recuerdo mal, te gustaba el té. ¿Te sirvo una taza?

Sin palabras. También ha traído tazas. De acuerdo, son de plástico, pero es un detallazo por su parte. Además, recuerda que me gusta el té: un punto a favor para él. Quizá la escucha no es su punto fuerte, pero está bastante atento a tener presentes mis gustos.

Tomamos té acompañado de mantecadas (a juego con la tela escocesa), mientras conversamos. Es una hermosa tarde.

Al final lo recoge todo, restos incluidos, como un ciudadano responsable con el medio ambiente. Otro punto positivo. No soportaría a alguien que descuidara el aspecto ecológico. Mientras tanto, me estiro sobre la manta y contemplo el cielo.

—¿Cuánto tiempo nos queda para devolver la barca?

—Unos cincuenta minutos. Eso quiere decir una media hora más en la isla. ¿Qué quieres hacer?

—Esto.

Y sin más preámbulo lo agarro por la camisa y lo atraigo hacia mí. Estoy debajo, pero yo domino, puesto que soy yo la que decide el programa. No hace falta orden del día. Volvemos a besarnos. Podría besar a alguien que lo hace bien durante horas y Christophe besa bien. No mete la lengua veinte centímetros en el paladar como si quisiera arrancarte las amígdalas. Tampoco es de esos que sabes que tienen lengua porque la han utilizado para galantearte y llevarte precisamente a ese intercambio íntimo. El beso de Christophe es un delicado equilibrio de sensualidad y dulzura. Me encanta. Él es igual que sus besos, solo que, en este caso, es la versión reservada a la novia (bueno, ¡eso espero!). Christophe no está sobre mí, está más bien a un lado. Es una ventaja ya que así no siento su peso, pero al mismo tiempo es un riesgo. Tiene toda la libertad para acariciarme con la mano derecha.

Como no llevo falda, no puede intentar un acercamiento demasiado directo. Tiene la mano a la altura de mi cadera, sobre el pantalón. Es un momento de suspense. ¿Va a ir hacia el sur o hacia el norte? Espero que no se vea tentado de ir hacia el sur; sería grosero. Aún no nos conocemos lo suficiente y estamos en un lugar público. Tras unos minutos, su mano remonta y se desliza bajo mi blusa vaporosa. Cuando toca mi piel desnuda, no puedo evitar sonreír pues involuntariamente me hace cosquillas. No obstante es muy agradable. Me acaricia la cadera con el pulgar y creo que va a subir hasta el sujetador, sobrevolarlo e insertarse dentro suavemente y tocarme el pecho. ¿Voy a darle permiso para ese gesto o voy a impedirselo con suavidad y firmeza? No lo dudo mucho tiempo, le dejo hacer. Besa muy bien, su mano es suave y hace mucho tiempo que ningún hombre me ha tocado.

Va pasando el tiempo. Me acaricia el vientre delicadamente pero no se acerca a ninguna zona erógena. Yo temía que fuera demasiado atrevido y, sin embargo, le falta *punch*. Le voy a animar con uno de esos besos secretos que encienden a los hombres: el Ophélie Kiss. Empiezo un auténtico ballet con los labios y la lengua, como si fuera una exhibición aérea de la patrulla de Francia. No podrá resistirse por más tiempo...

Y de pronto se aparta de mí y se levanta.

—Es la hora, tenemos que irnos.

No puede ser. Este hombre es el anticlímax. ¡Mi Ophélie Kiss no ha dado resultado!

De todos modos, cuando se pone de pie compruebo, por la tensión de su bragueta, que no ha sido su cuerpo sino su mente la que se me ha resistido. Mi honor está a salvo.

El problema de mi O.K. (Ophélie Kiss) es que, como la bomba H, provoca víctimas por todos lados, independientemente de la nacionalidad. Aquí pasa lo mismo. Me siento en un estado imposible, abierta y mojada. La ventaja de ser una chica es que, a diferencia de los chicos, en nosotras no se ve. Es un pobre consuelo porque, en el aspecto de la frustración, diría que estamos al mismo nivel.

Volvemos al embarcadero sin decir ni mu en la barca. En el coche, la conversación no vuelve fácilmente a la ligereza del principio de la tarde. Es como si pasara un ángel... ¿Será debido a mi beso ardiente? Ahora lamento haberlo utilizado. Si no íbamos a hacer nada, entonces, ¿para qué ponerse en tal estado? ¡Mierda! A los veinticinco años debería ser capaz de prever este tipo de problemas. Deberíamos haber flirteado apaciblemente. ¿Estará resentido conmigo? En todo caso no

está muy locuaz. Durante el trayecto me explica que debe llevar el coche a su hermana y que va a cenar con ella, su marido y sus padres, que han venido a París a pasar el fin de semana. Bueno, voy a quedarme sola de nuevo.

No es la primera vez, pero cuando me dejó en la acera delante de casa, y a pesar del agradable beso en la boca y la promesa de llamarme, no pude evitar sentirme sola como rara vez me ha ocurrido. Estaba al borde del llanto e incluso a *Romeo* le ha costado levantarme la moral.

Hace una hora estaba superexcitada y creo que si me hubiera encontrado sola en mi apartamento, me habría masturbado (sin Rabbit), actividad bastante rara en mí. Habría imaginado las manos de Christophe sobre mí, habría cerrado los ojos y creo que no me habría costado mucho llegar al orgasmo. Pero ahora no, gracias; la masturbación triste no es lo mío. Además, voy hacia el fracaso en el aspecto orgasmo.

Así las cosas, he comido unos restos de ensalada y salmón ahumado. A *Romeo* le ha caído en suerte no solo su mitad de paté Gourmet, sino también unos trocitos de salmón y, por último, el resto de mi yogur, una de sus debilidades. Después, se ha acomodado sobre mis rodillas. Él es un macho al que satisfago por completo. Tras ver dos episodios de *Pequeñas mentirosas* en mi MacBook, nos hemos ido a dormir.

Viernes, 16 de agosto

Apenas he llegado hoy a la oficina, Laure se ha abalanzado sobre mí.

—A ver, ¿ya está? ¿Todo bien?

—Va bien, bueno, tal vez no en el sentido en que tú lo entiendes.

—¿No os habéis acostado juntos?

—No, pero creo que salimos juntos.

—Cómo es eso, «crees que salís juntos». O estáis juntos o no lo estáis, estas cosas suelen ser blanco o negro.

Le conté todo en detalle porque es mi amiga, pero también porque lo necesitaba. Y al final, cuando le hablé de mi noche de salmón con *Romeo*, lloré.

Laure, que normalmente tiene la sensibilidad de un carro de combate ruso, me abrazó.

Si Bertrand hubiera entrado en ese momento en el despacho, sin duda se habría quedado muy sorprendido. Por suerte, era temprano, aún había poca gente en la agencia y los que estaban trabajaban en sus expedientes. Nadie nos molestó.

—Pero ¿por qué lloras, mi niña? Vuestra historia me parece que ha empezado muy bien.

—Sí, pero me sentí tan vacía cuando nos separamos...

—Eso es una buena señal.

—Y también me sentó mal cuando nos fuimos de la isla.

—Es normal, tuvisteis una relación muy íntima, muy fuerte, pero la interrumpisteis. ¿Fue él quien paró primero?

—Sí.

—¡Entonces o es gay o era demasiado para él! ¿Te fijaste si estaba excitado?

Ella tan cruda como siempre, pero no se lo digo.

—Sí, tenía una fuerte erección.

—Y hablas de malestar cuando volvisteis a la barca... Imagínatelo. Caminar con una barra de metal caliente apretada dentro del pantalón vaquero.

La imagen me hace reír. Laure prosigue.

—Ves, yo tenía razón. Follar es mejor y también más sano. Imagina a ese pobre chico. Le besas apasionadamente, él con el arma cargada y sin poder disparar. Ha tenido que esperar a volver a casa para aliviarse.

Me echo a reír.

—Ni siquiera. Iba a casa de su hermana para cenar con sus padres.

—¡Vaya tela! Comprendo la tensión entre vosotros. Ya verás, todo irá bien cuando os volváis a ver, pero esta vez habrá que llegar hasta el final, ¿eh?

—No lo sé. No tengo noticias.

Al mismo tiempo que pronuncio estas palabras, el bip de un iMessage resuena como por arte de magia en mi iPhone. Es Christophe.

«Buenos días, Ophélie, ayer pasé una tarde genial. Siento haberte dejado sola. Te he echado de menos. Me gustaría verte esta noche. ¿Es posible?»

Laure se abalanza sobre mí. Ha estado leyendo por encima de mi hombro.

—*Yes, yes, yes!* ¡Te ha echado en falta! *Ye s*, te lleva dentro. Contesta deprisa.

«Vale. ¿Qué quieres hacer?»

«¿Vamos al cine?»

«De acuerdo. ¿Qué quieres ver?»

«*Ahora me ves*, un thriller de magos.»

«Muy bien.»

«Hay una sesión a las ocho y diez en el Gaumon Marignan. ¿Nos vemos delante a las ocho menos cuarto?»

«Vale.»

La ventaja de trabajar en el ámbito del cine es que conoces bien la calidad de las películas. Creo que *Ahora me ves* es de las que no son ni buenas ni malas, pero tiene un gran reparto, con actores que me encantan: Woody Harrelson, Mark Ruffalo y Jesse Eisenberg ¡Todos de primera! Y, además, está Mélanie Laurent. Es mi actriz francesa preferida en este momento. Trabaja muy bien y es sublime. Aunque la película no sea de las mejores, me alegro de verla.

El día ha transcurrido con tranquilidad. Laure tenía una conferencia de prensa a primera hora de la tarde. Ha estado ausente el resto del tiempo, lo cual me ha ahorrado un poco de presión y me ha permitido avanzar en el trabajo. He podido salir a las siete.

A las ocho menos cuarto he llegado puntual a la cita. Christophe ya estaba allí.

Es gracioso, le vi más guapo de lo que lo recordaba. Cuanto más le veo, más guapo lo encuentro. Seguro que es buena señal.

Esta vez he tomado yo la iniciativa del beso, un beso en la boca suficientemente cerca de los labios para dejarle claro que estamos juntos. Un beso no muy ardiente, sin buscar la lengua, para evitar repetir los errores de ayer. Me ha dado la impresión de que lo ha apreciado y de que estaba en sintonía conmigo. En cuanto al cine, he confirmado mi cortés liderazgo al invitarle yo.

Veinte euros... ¡Carísimo! Reconozco que hace tiempo que no pago por ir al cine. Es lo bueno del oficio, siempre estoy invitada.

Tenía curiosidad por saber cómo iba a comportarse Christophe en la sala. Casi nunca he ido al cine al principio de una relación y tengo en mente la imagen de los enamorados besándose durante toda la película.

El problema es que yo, cuando voy al cine, es para ver la película. Un beso mientras aparecen en la pantalla los logos de las productoras, pase, pero en cuanto empieza la ficha técnica, se acabó. Ni hablar de perderse una sola imagen. Incluso durante la publicidad no quiero que me molesten.

Al recordar su prudencia de ayer, en los jardines de Bagatelle, pienso que sería el colmo si quisiera resarcirse durante la proyección. Yo no podría hacer otra cosa que tratarlo con aspereza, y no sería bueno para ninguno de los dos.

Recuerdo haber ido un día a ver una película con Cyril y una pareja amiga. Yo estaba sentada al lado de la chica y el tipo no dejó de acariciarle la mano durante toda la película. Me sentí tan molesta por esos movimientos que percibía mi ojo izquierdo en visión periférica que les pedí, varias

veces y sin éxito, que pararan de hacerlo. Acabé por cambiarme de asiento y de fila. Cuando acabó, pensé que estarían incómodos o enfadados conmigo, pero ni siquiera. Mi actitud les hacía reír. Nunca más volví a ir al cine con ellos.

Christophe, por su parte, estuvo perfecto. No me besó, solo me habló, y muy poco, durante la publicidad y ni siquiera me cogió la mano durante la proyección. Veinte puntos de veinte para el candidato.

A la salida fui yo quien le cogió de la mano.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos a cenar?

—Vale. ¿Tienes alguna idea?

—Esta vez soy yo quien propone. ¿Te va bien escocés?

—¿Escocés? ¿Existe eso en París? ¿Un pub?

—No, un *fast food*.

Me mira intensamente buscando leer mi mente. Cuando ve mi sonrisita, sus ojos se ponen a brillar. Lo ha comprendido.

—¡Ya está: McDonald's! Empiezo a captar el sentido del humor opheliano.

Los dos nos reímos. Acepta y nos dirigimos a la galería de los Campos Elíseos para entrar en el McDonald's.

Menú Maxi Best of Big Mac para él y ensalada César para mí. Tras una corta batalla también consigo pagar eso. Así le quedará claro que lo que Ophélie quiere, Ophélie lo consigue.

Conseguimos una mesa y yo abro el debate sobre la película.

—¿Te ha gustado?

—Sí, mucho. ¿Y a ti?

—Más o menos. El guion es un poco superficial, pero los actores son de lo mejorcito. ¡Qué reparto!

—La francesita se parece un poco a ti, aunque menos guapa.

¡Ooops! Pequeña diferencia entre nosotros. No conoce a Mélanie Laurent y le gusta la película, eso quiere decir que no es cinéfilo. Una pena, aunque no anula otros méritos. Es inteligente. Le descubriré actores y directores y y le enseñaré a diferenciar entre una buena y una mala película.

Bueno, dicho así suena pretencioso, pero qué puedo hacer. El cine es una pasión y entiendo bastante del asunto.

Luego, de buenas a primeras, cambia de tema.

—Me alegro de que hayas podido pasar la tarde conmigo.

—Sí, yo también me alegro de verte...

Me corta.

—Porque mañana me voy.

—¿Te vas? ¿Adónde?

—A Montreal, por trabajo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Dos semanas.

Me quedo impactada.

—Dos semanas, quiere decir que no estarás de vuelta hasta el...

—Llego el 4 por la mañana al Charles-de-Gaulle.

—¡Mierda! Yo estaré en Deauville.

—¿Deauville?

—Para el festival de cine estadounidense.

—¿Y termina...?

—El día 8. Estaré de regreso el 9 a última hora de la tarde.

Silencio. Gran silencio. Los dos caemos en la cuenta de que no vamos a vernos durante más de tres semanas.

—¿Qué vas a hacer en Montreal?

—Trabajar en *Assassin's Creed*. Voy a integrar las ciudades que he creado en el corpus del juego y tenemos que testear in situ las misiones del personaje.

—¿Hablas latín? Soy afortunada: estoy con un *nerd* que habla latín y que se larga a la otra punta del mundo a las veinticuatro horas de empezar una relación conmigo.

La noticia me amarga y la amargura me pone agresiva. Lo sé, es una tontería, él no puede hacer nada si tiene que irse por trabajo. En mi cabeza sucede un poco lo mismo que en la del capitán Haddock: una parte ángel y una parte demonio, ambas aconsejando y en permanente diálogo. Al ser una joven positiva y de buen talante, la parte ángel predomina con más frecuencia. Sin embargo, esta noche el ángel ha ido al cine a la sesión de las diez, dejando al demonio a cargo de las operaciones.

—¿Y vas tú solo a Montreal?

—No. También va mi jefe y dos programadores más. Y también...

Hace una pausa y me mira de manera enigmática. Y continúa:

—... Svetlana y Nadia.

De pronto se me seca la boca.

—¿Quiénes son?

—Dos *top models*. Svetlana es rusa y Nadia es checa. Harán de modelos para dos personajes que tengo que crear.

—¿Son guapas?

—Son *top models*, pero no el tipo de modelos que salen en los desfiles. No tienen dieciséis años ni pesan cuarenta kilos. Para el juego necesitamos chicas que tengan formas.

—Sí, entiendo que hay que procurar sensaciones fuertes a los adolescentes llenos de granos adictos a las consolas y que no tienen chicas al alcance de la mano. De hecho, el mando es una especie de juguete sexual para ellos, ¿no?

No siempre reacciona a mis ataques. Prosigue, imperturbable:

—Sí, realmente tienen un buen físico. Svetlana tiene un pecho increíble y los puntos fuertes de Nadia son, más bien, las piernas y las nalgas. Aunque su pecho, no sea el de Svetlana, tampoco está mal. Sin embargo, no creas que me hace especial ilusión.

Por dentro, estoy echando humo: imposible que él no lo note.

—¿En serio? No termino de hacerme a la idea...

—Pues sí, también nosotros tenemos restricciones de presupuesto y tendremos que compartir habitación. Acabará agotado tras dos semanas en la misma habitación que ellas. Las chicas de Europa del Este están muy liberadas en el aspecto sexual...

Muestra una gran sonrisa. Este cabrón, este canalla infame se ha estado riendo de mí. No puedo creerlo. ¿Me indigno? ¿Me río? Ya no sé. Ambas cosas, probablemente. ¿Qué hago? ¿Le tiro lo que queda de mi Coca Cola sin a la cara o decido reírme? Por fortuna, mi ángel ha terminado su sesión de cine y muy pronto toma la delantera al diablillo.

—En tu fantasía, tu Svetlana y tu Nadia. Y si continúas vas a poder trazar una cruz sobre Ophélie. ¿No te han dicho nunca que no se puede halagar a otras chicas delante de la tuya?

—Quizá, pero era una tentación demasiado grande. Ophélie, voy a Montreal para trabajar, no para divertirme. Mis dos colegas y yo estaremos delante del ordenador quince horas al día. No exagero.

De pronto adopta un tono muy serio.

—Sabes, Ophélie, no quiero separarme de ti ahora que nuestra relación está empezando. Espero que este viaje no sea como una helada que cae sobre este brote de relación naciente.

«Como una helada que cae sobre este brote de relación naciente», es muy bonito. Un poco ingenuo pero muy bonito. Menos mal que no soy Laure. Si le dice esto a ella se gana una chanza de cuidado.

Le miro, tiene una sonrisa afectuosa. Su frase era de secundaria en la forma pero en el fondo era sincera. Tiene razón, si ha de haber algo serio entre nosotros, tenemos que ser capaces de resistir tres semanas de separación.

—Vale. Creo que podré sobrevivir. Pero te prohíbo acercarte a cualquier canadiense mayor de quince años y menor de sesenta y, sobre todo, de menos de ochenta kilos, ¿de acuerdo?

—*Yes, I promise.* Y a los tíos ¿puedo acercarme?

—Si quieres, sí. Eso puede estar bien. Nunca he salido con un «bi».

Se ríe y yo río con él. ¡Uf! De nuevo hay buen ambiente entre nosotros.

Cuando salimos del McDonald's me cogió por el hombro. Nos dirigimos hacia el metro.

Entonces me planteó la pregunta crucial, la pregunta que yo esperaba y a la cual no estaba segura de saber responder.

—Ophélie, ¿quieres venir a mi casa esta noche?

A mí me apetecía pero no quería acostarme con él cuando íbamos a estar sin vernos durante tanto tiempo. Es curioso: el día anterior, en la isla del bosque de Boulogne, me sentí frustrada por no haber podido ir más lejos y ahora tengo miedo de dar el paso. Diría que esto es algo muy femenino, pero no puedo generalizar. A Laure nunca se le plantearía este tipo de problema. La cuestión era saber si Christophe iba a comprender y aceptar lo que iba a decirle. Era difícil. No quería que creyera que lo castigaba por su futura ausencia, ni que no lo deseaba, ni tampoco que no podía.

—Me gustaría mucho pero quisiera solamente dormir contigo. ¿Crees que eso es posible?

—¿Quieres decir como hermanos?

—Sí. Mira, vamos a estar tiempo sin vernos y acostarme contigo esta noche no haría más que agrandar la sensación de vacío después de que te vayas.

Se paró y me miró de frente con una sonrisa amable.

—Dormir con una chica tan bonita sin tocarla será todo un reto para mí. Por suerte estuve en el Tíbet el año pasado y aprendí a hacer meditación budista, que permite separar el cuerpo del espíritu y dominar los instintos. Lo necesitaré...

Me hace reír. Tanto por el alivio como porque estoy tratando de imaginarlo en un lamasterio en posición de loto. Christophe prosigue.

—...pero con una condición.

—¿Cuál?

—No me beses apasionadamente. No como ayer en la isla; si no, no podré respetar mi compromiso. Sabes, en Tíbet me quedé muy poco tiempo. No lo bastante para resistir al ardor amoroso de la joven Ophélie.

—¡Pero a mí me gusta mucho besarte!

—A mí también, pero no hay que exagerar, porque la frustración que se genera sería imposible de soportar. ¿Qué piensas?

Veo que ayer los dos sentimos lo mismo. Es una buena noticia.

—De acuerdo, acepto. Pero de todos modos, ¿podré darte un beso o dos?

—Dos, máximo tres.

—Trato hecho.

Me coge por los hombros y bajamos al metro. Tengo curiosidad por saber si hay un gramo de verdad en lo que me ha dicho.

—¿Has estado de verdad en un lamasterio?

—Sí.

—¿Y te has quedado mucho tiempo?

—Unas dos horas.

—Ah, ya. ¡Qué ligera formación para alcanzar un estado de serenidad!

—Por eso prefiero que no me calientes demasiado.

—¿Que yo te caliento? ¡Qué expresión más fea! ¿Qué quieres decir? ¿Así?

Le agarro de las solapas y le atraigo hacia mí para darle un beso. Con mis labios le cojo el labio superior, lo aspiro con delicadeza y saco la lengua para lamérselo. Hemos superado el beso clásico aunque no llega a ser el Ophélie Kiss. Estamos en una versión menos ardiente pero muy erótica. Es un beso que no se parece a los míos. Un beso un poco zorra: no sé por qué, pero es lo que me apetecía en ese preciso momento. Es sensual, pero también hay en él un mensaje, un mensaje de amor y de complicidad. Mi cuerpo se ha pegado al suyo y sé que no le dejo indiferente. Se separa de mí con dulzura y me mira divertido y conmovido a la vez.

—Exactamente así. Te advierto, uno más y no respondo de mis actos, con o sin promesa. Y si resisto, mañana me abalanzaré sobre mi colega en cuanto lleguemos a Montreal.

Rompo a reír, satisfecha de lo que he provocado.

—¡Ya sabía yo que eras «bi»! Puedes abalanzarte sobre tu compañero si eso te alivia.

Tengo curiosidad e impaciencia por saber dónde vive. Como ayer, no le hago ninguna pregunta. Será una sorpresa. Hacemos transbordo en Hôtel-de-Ville para coger la línea 11 dirección Mairie-des-Lilas. Salimos en Goncourt. Cinco minutos andando y llegamos a la calle Dieu. Pasamos delante del INSEEC, la escuela de comercio. El edificio está justo enfrente. Frunzo el ceño.

—¿El INSEEC no es la escuela en la que reclutan a casi todas las burguesitas del distrito XVI?

—Ni idea.

—¿Nunca te has fijado en las chicas a la salida de la escuela?

—No. ¿Sabes?, yo trabajo. No me paso el tiempo ligando con chicas...

No sé por qué, esta noche estoy celosa de todo. Es ridículo y no es mi estilo. ¿Eso quiere decir que este muchacho se ha convertido en alguien especial para mí? En ese caso, debería parar o corro el riesgo de molestarle. Cambio de tema.

—¿En qué planta está tu apartamento?

—En el último, el quinto. El ascensor llega solo hasta el cuarto.

Llegamos delante de su casa. Estoy estresada y conmovida. Abre la puerta, enciende la luz y me deja pasar delante de él. La impresión inicial es muy positiva. Para empezar y considerando que es el apartamento de un chico, diría que se merece un nueve sobre diez en términos de orden y limpieza. Esto es importante: no me gustaría entrar en un cuchitril ni en medio de un campo de batalla. La distribución del apartamento está muy bien. Tras la entrada, con varios armarios, llegamos a un salón grande con cocina americana. La decoración es más bien minimalista: sofá blanco, pantalla de televisión HD, mesita baja. Al fondo de la estancia principal hay otro pasillo que debe conducir a la habitación.

—Ophélie, ¿quieres acabar la visita o prefieres tomar un té?

—Tomaré un té.

Me intimida la idea de entrar en la última habitación. ¿En verdad es posible dormir con un tío sin que te toque? Es cierto que es más fácil a los quince años que a los veinticinco. Ophélie, *ma chérie*, a veces me pregunto en qué estás pensando.

Nos tomamos el té. Él se sienta a mi lado en el sofá. Estoy tensa y él ha debido notarlo.

—¿Qué tal? ¿Vamos a acostarnos? Mañana salgo temprano.

—¿A qué hora?

—El avión sale a las doce en Roisi. Pensaba salir de casa a las ocho y media.

—¡Es muy pronto para un sábado! ¿Quieres que nos levantemos a...?

—A las siete y media estaría bien. El tiempo de darnos una ducha, aunque si nos la damos juntos podemos ganar tiempo.

Ya sé que está bromeando. No importa, me alivia el estrés.

—Estás de broma. En realidad lo perderíamos. Cuando veas mi cuerpo de diosa quedarás subyugado y embrujado como Ulises por las sirenas y perderás el avión.

—Creía que a Ulises fue el canto de las sirenas lo que le hechizó.

—En mi caso será mi belleza, no mi voz.

—Cierto. No quisiste cantar la noche de tu cumpleaños. Quizá las hadas no quisieron darte el don del canto después de darte el de la belleza, considerando que sería más que suficiente.

Tiene toda la razón, pero en cualquier caso debo castigarle por tanta desvergüenza. Como acabamos de entrar en su habitación, cojo una almohada y le doy un golpetazo en la cabeza. Él finge derrumbarse en la cama pero, al hacerlo, me arrastra en su caída (para las fans de *El Señor de los anillos*, exactamente como cuando Gandalf cae en el abismo en el puente de Khazad-Dûm, con la pierna trabada por el látigo de fuego de Balrog).

Finge que está a mi merced. Le cojo las muñecas y las sostengo a la altura de su cabeza; estoy de rodillas, a horcajadas sobre él.

Por un instante me digo que, si estuviéramos desnudos, sería una posición perfecta para hacer el amor. Deslizaría mi mano por detrás de la espalda para coger su pene bien duro (bueno, eso espero). Lo acariciaría suavemente con la mano, lo llevaría a la entrada de mi sexo y lo frotaría contra el clítoris para aumentar nuestro placer mutuo. Llegado el momento, me levantaría, pondría su sexo en posición vertical, lo metería dentro de mí y, en un movimiento de deliciosa lentitud, volvería a bajar y lo hundiría profundamente en mí. Me mantendría con la espalda recta para que disfrutara de mi bonito pecho. Imagino que me acariciaría los pechos con las manos, que haría girar los pezones entre sus dedos y se pondrían duros. ¡Buff! Subiría y bajaría, siempre muy recta, cada vez más deprisa. Vería como se le desviaba la mirada, concentrado para no gozar demasiado deprisa. Iría entonces a buscar su boca con mis labios. Sin piedad. La dulzura de mi lengua en su boca y el contacto de mis tetas en su pecho acabaría con su resistencia. Sentiría un chorro de esperma en el fondo de mí, un chorro múltiple que desencadenaría mi orgasmo, un orgasmo profundo. Entonces me derrumbaría sobre él, en sus brazos. Lo mantendría dentro de mí mientras él me acariciaría el pelo...

Basta, Ophélie querida, ¿estás en pleno *delirium tremens*! ¿Será el largo período de abstinencia? Recuerda que has decidido no hacer nada más que dormir con él esta noche.

Sigo a horcajadas sobre él y los dos estamos vestidos. Decido hacer algo menos sexual que lo que acabo de imaginar en este mismo instante. Dejo caer mis cabellos en cascada sobre su rostro. Luego me inclino hacia él y le beso. Besos amables, besos enamorados. Él contesta y sus labios danzan con los míos. Esto empieza a caldearme los sentidos. Olvido mi promesa y mi lengua transforma esos dulces besos en una fusión sensual.

Reacciona muy rápidamente, me hace rodar sobre la espalda y me inmoviliza con el peso de su cuerpo. A su vez, me sujeta las muñecas con las manos. Ha apartado la cabeza de la mía, ya no le puedo besar. En cambio, nuestras pelvis están pegadas la una a la otra y percibo su erección. Me debato e intento besarle, pero es demasiado fuerte y su rostro está demasiado lejos. Me riñe.

—Ophélie, te pedí que fueras prudente. Lo habías prometido.

—Pero son solo besos, por favor, cinco minutos más.

—Ophélie, un minuto más y te arranco la ropa y te hago el amor lo quieras o no. Cinco minutos son demasiado.

Eso me calma instantáneamente. Recuerdo lo que me ha dicho Laure sobre la frustración de una erección sin final feliz. En un instante pienso que podría intercambiar nuestra danza de lenguas por una pajita, pero me abstengo, no sería nada romántico. No sé qué me pasa. Estoy supercaliente y al mismo tiempo muy reservada sexualmente: es la mezcla de la lava y el hielo. Tendré que tener una conversación con mi diablillo y mi ángel. Necesito hacer balance y saber qué dirección tomar.

Estoy un poco molesta pero trato de no mostrarlo.

—¿Quieres que vayamos a dormir? ¿Puedo ir al cuarto de baño?

—Sí, claro. Si quieres tengo un cepillo de dientes nuevo, te lo dejo.

—¿Tienes uno para cada amante o lo has comprado para mí?

—Ni lo uno ni lo otro; venían dos juntos cuando los compré. Utilizo uno y me queda otro. Si tuviera uno para mis amantes no sería muy elegante, y si hubiera comprado uno para ti hoy, sería pretencioso por mi parte, ¿no crees?

Punto para él. Obviamente, si así fuera querría decir que había anticipado mi respuesta positiva a su invitación. Después de todo, prefiero que no lo haya elegido para mí. Sigo un poco molesta. Voy a vengarme como quien no quiere la cosa.

Después de lavarme los dientes, me quito el pantalón y me quedo solo con las bragas (preciosas), el sujetador a juego (espléndido) y desabrocho la blusa dejando solo dos botones. Me miro en el espejo. Perfecto. Arriba se ve justo lo imprescindible del sujetador y del nacimiento de los senos. Abajo apenas se ven las bragas. Con este *look* mis piernas quedan totalmente expuestas: como diría Laure, las piernas más bonitas de París.

Cuidadosamente estudiado y planificado el atuendo, me presento ante Christophe. Cuando veo su cara me siento vengada: tiene los ojos desmesuradamente abiertos, como si se hubiera tragado un indigerible coco. Por mi parte, logro mantener la serenidad y le pregunto si tiene una camiseta y un calzoncillo para prestarme. Su respuesta es una sucesión de balbuceos que parecen querer decir «allí, en el armario». A él me dirijo despacio y le doy la espalda, mientras elijo un calzoncillo a rayas azules y blancas y una camiseta de Just Dance con fabulosas vistas al nacimiento de mis nalgas. Sin querer queriendo, arqueo mi cuerpo mientras hago la selección del vestuario para la noche y así dar más relieve a mis curvas.

Al volver al cuarto de baño desabrocho los dos botones de la blusa y la dejo caer al suelo. No puedo observar su reacción pero imagino su cara, ahora que puede verme vestida únicamente con la ropa interior. Para aumentar su frustración y perfeccionar al máximo mi número, cierro la puerta. Solo ha podido entrever. ¡Qué zorra! Creo que Laure estaría orgullosa de mí.

Protesta.

—Ophélie, no me tomes por un principiante, sé perfectamente lo que estás haciendo. Prometí no hacerte el amor, pero no prometí no darte un azote si te lo merecías.

¿Qué les pasa a todos los hombres con el azote en nuestros días? Christian, el protagonista de *Cincuenta sombras*, y ahora, Christophe.

Me pongo el calzoncillo y la camiseta y salgo del cuarto de baño. Deposito un casto beso en sus labios y me deslizo bajo el edredón. Todo eso sin decir palabra.

Me lanza una mirada de reproche y luego llega su turno en el cuarto de baño. Minutos más tarde vuelve a salir. Lleva solo un calzoncillo. Está desnudo de cintura para arriba. Apaga la luz y deja solo la lamparita de lectura para iluminar la estancia.

Estamos en penumbra y lo estudio discretamente: no está mal, nada mal. Un poco blanco, no ha tomado el sol este año, pero por lo que se refiere a los abdominales, pectorales, hombros y brazos, le pondría bien un siete y medio sobre diez (y no regalo la nota). No obstante, el espectáculo más divertido se desarrolla un poco más abajo. Ya sé por qué ha apagado la luz principal al entrar en la habitación. Mi pequeña exhibición y mis besos han producido un efecto que no ha logrado disimular, aun tapándose discretamente con las manos. Laure tenía razón. Los tíos están en clara desventaja con relación a las chicas. Al contrario que el pantalón vaquero, el calzoncillo no consigue ocultar su erección, no comprime el miembro obstinado. La única solución sería una ducha fría. Aunque en vista de los desperfectos, puede que no fuera suficiente: quizá necesitaría una inmersión en cubitos de hielo.

Finjo no darme cuenta de nada mientras él se da prisa en meterse en la cama.

En ese momento, tengo dos posibles soluciones: o portarme bien o volver a los besos, y, en ese caso, no sería justo. Sería inhumano dejarle así.

Esta vez reúno las agallas y la determinación para tomar la decisión que nos evite cualquier derrape, tanto por su lado como por el mío. Nos hemos dormido apaciblemente tras un diminuto beso de gran ternura.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo paso la noche en los brazos de un hombre casi desnudo, lleno de encanto, monísimo, un poco *nerd* pero conmovedor y que podría llegar a ser alguien muy importante en mi vida.

Lunes, 19 de agosto

No he tenido valor para escribir este fin de semana. Hay que reconocer que estas últimas cuarenta y ocho horas han sido muy tristes.

Sábado, levantarse al amanecer con Christophe, ducharse (uno después del otro, nada de juntos), desayunar a la carrera en cuatro minutos de reloj y bajar a la calle a esperar su taxi.

No recuerdo haber dejado marchar a mi enamorado al extranjero. El beso de despedida (en este caso un beso de hasta luego mientras el taxi espera y el taxímetro corre) es justo lo contrario de algo romántico. Aun así, nos hemos besado y me ha dicho que me echaría de menos. Todo pasó muy deprisa. Fui yo quien cerró la puerta de su lado, como si pudiera controlar algo.

De hecho, no sé si eso llega a lo mínimo que marca el convenio. El taxi arrancó, giró al cabo de unos treinta metros y desapareció de mi vista. Me encontré sola sobre la acera, como una tonta. Fui andando hasta el metro para volver a casa. Creo que lloré la mitad del trayecto.

Una vez refugiada en mi casa, al menos pude dormir una larga siesta con *Romeo* (después de su mitad de paté Gourmet). Terminé levantándome a la una y media.

Por la tarde vi cinco episodios de *Homeland* en mi MacBook Air.

Hacia las once de la noche recibí un iMessage de Christophe.

«Hello, he llegado a mi hotel. El vuelo fue bien. La habitación es agradable.»

«¿Al final duermes solo?»

«Sí, he dicho a Svetlana y a Nadia que encontraran otra habitación porque mi corazón tenía dueño.»

«Cuidado, esas chicas no tienen sentimientos, podría ser que se contentaran con tu cuerpo.»

«Cierto. Y más con el horrible suplicio que sufrió anoche.»

«Lo sé, lo siento mucho. Te compensaré cuando volvamos a vernos.»

«Ah, esperaré con impaciencia hasta ver cómo la promesa se hace realidad. Tengo que bajar a cenar, te dejo. Buenas noches. *I miss you.*»

Era corto, muy corto. Es curioso cómo la ausencia de una persona que conozco desde hace tan poco tiempo puede dejar un vacío tan grande. Nuestra conversación no ha aliviado mi sensación de soledad. Más bien lo ha exacerbado. Es duro el celibato, pero estoy descubriendo que lo es aún más cuando la persona con la que sales no está.

En la oficina, temía las preguntas de Laure. Al mismo tiempo, tengo que confesar que tenía bastantes ganas de ver la cara que pondría cuando se enterara de que solamente había dormido con Christophe. Iba a rozar el ataque de apoplejía.

Cuando llegué a la oficina ya estaba hablando con Estados Unidos. Yo fui la primera en atacar en cuanto colgó.

—Buenas, madrugadora. ¿Qué tal?

Se acercó a darme un beso.

—Muy bien. Estaba hablando con L.A. Allí trabajan como locos. ¿Te das cuenta? Han organizado una multiconferencia con Bertrand y la agencia a las siete y media de la mañana. Para ellos son las diez y media de la noche del domingo.

Cuando comprendí que a ella la habían invitado a una multiconferencia con Estados Unidos y a mí no, me dio un pequeño vuelco el corazón. También creo que Laure presume un poco cuando habla de L.A. «L-é», como ella lo pronuncia. Podría decir Los Ángeles y así no sonaría tanto a «me las doy de relaciones públicas en contacto directo con los estudios».

—¿Y de qué trataba la multiconferencia?

—Nuestro coordinador en L.A. nos ha dado indicaciones sobre la llegada de los invitados. Por lo que se refiere a ti, Cate Blanchett llegará a Roissy-Charles-de-Gaulle el viernes por la mañana. Tomará el mismo vuelo que Soderberg y Michael Douglas. En el aeropuerto los esperará la limusina. Tú tendrás que recibirla y hacer el viaje con ella y su secretaria de prensa hasta Deauville. Irá a la cena de la gala de apertura el viernes por la noche y el homenaje que se le dedica es el sábado por la noche. El domingo se irá.

—Muy bien. ¿Y los demás invitados?

—Tengo el *planning* de todos. ¿Te interesa alguien en particular?

Laure exhibe una gran sonrisa. Encima de que no me han invitado a la multiconferencia, ella me tiene aquí en vilo antes de darme la información más importante de mi vida. ¡Me pone de los nervios!

—¿Tú qué crees?

—Déjame adivinar. Es un hombre, entre cuarenta y cincuenta años, actor... Un Óscar... no, dos. Está casado con una actriz que también ha recibido un Óscar. En la cumbre de la gloria, símbolo del encanto masculino, feliz en su matrimonio y aún no sabe que se va a enamorar locamente de una francesita. Amor a primera vista, el flechazo absoluto.

Aunque se burle de mí, no por ello dejaré de entrar a formar parte su historia. Me gusta esa idea de un flechazo con Michael, el sueño de toda una vida.

—Exactamente. Le embrujaré con mis ojos, con la mirada, con mi humor, con mi intelecto y le haré esclavo de mi cuerpo, le haré descubrir un placer sexual que no había imaginado que un día pudiera alcanzar, que no sospechaba siquiera que existía.

—A propósito del mejor orgasmo que nunca se haya alcanzado, ¿no tienes nada que decirme? En una escala de uno a diez, cuánto le damos a Christophe?

—Me has hecho soñar hablándome de Michael y ahora me devuelves a la tierra sin previo aviso. ¡No puedes hacerme esto! ¿Cuándo llega Michael a Deauville?

—No lo sabrás hasta que me hayas informado de este fin de semana. Ya has visto mi delicadeza. Nada de llamadas ni SMS y ya te digo que me moría de ganas. Así que, es hora de pasar por el confesionario. Hija mía, la escucho. ¿Ha pecado usted con Christophe? ¿Le ha hecho trepar al séptimo cielo?

—¿Por casualidad no estarás blasfemando? ¿Asociar el sexo con el paraíso? En cualquier caso, no creo que tú puedas aspirar al sacerdocio...

—Eso, intenta cambiar de tema. Christophe a cambio de Michael. Intercambio de rehenes.

—Christophe ya no está.

—¿Cómo? ¿Se ha acabado ya? ¿Qué pasó?

—No, no se ha acabado pero él se ha ido a Canadá por trabajo.

—¡Ah, mierda! De verdad, qué mala suerte. Aunque al menos habéis tenido el fin de semana para pasarlo bomba.

—Se fue el sábado por la mañana.

—Si montas un circo te crecen los enanos. ¿Al menos has pasado con él la noche del viernes?

—Pues... sí.

—¡Ah, por fin! Empezaba a perder la esperanza.

No digo nada. No la miro. Ordeno mis expedientes. Al cabo de unos minutos levanto la cabeza.

Me está mirando fijamente.

—Así que estabas en su casa el viernes por la noche.

—Sí.

—¿Y habéis desayunado juntos el sábado por la mañana?

—Sí, a toda velocidad porque tenía que coger un taxi para ir a Roissy.

—Para todo ser bípedo no plumífero, llegar por la noche a casa del novio y salir al día siguiente por la mañana implica intercambio de fluidos, habitualmente en este orden: primero saliva y después esperma.

—¡Pero mira que eres obscena! Ni un céntimo de romanticismo.

—Déjame continuar: hablamos de una chica del siglo XXI. Ophélie, ¿eres esa chica moderna y liberada sexualmente?

—Si la pregunta es: ¿lo hemos hecho? La respuesta es no.

—¡No es posible! Aclárame: ¿tenías la regla?

—No.

—No irás a decirme que era él quien la tenía: ¡es fisiológicamente imposible! Bueno, dime, ¿qué pasó?

—En realidad no pasó gran cosa. Como se iba a Montreal, cuando me propuso pasar la noche en su casa, le puse como condición que no hiciéramos el amor.

—¿Y si te hubiera contestado que no te habrías ido a tu casa?

—Sí.

—Así que aceptó.

—Sí.

—Hasta aquí, puedo entenderlo. Te dice lo que quieres oír para atraerte a su cueva. Pero una vez en su casa, cuando os habéis ido a la cama, ¿cómo habéis hecho para desvestiros?

—Por turnos, en el cuarto de baño.

—¡Estoy soñando! No, es una pesadilla. Entonces supongo que no has dormido desnuda, lo que quiere decir que te prestó una camiseta. ¿Es así?

—Sí, y unos bóxers.

—Vale. Sigamos con la locura. ¿Él llevaba...?

—Solamente calzoncillo.

—¿Y no os besasteis?

—Sí, fue muy cálido.

—¿Y no se abalanzó sobre ti?

—No. Lo había prometido.

—No puede ser, no me enfrento a una chiflada, sino a dos. ¡Estamos listos para abrir un manicomio! Pero ¿en qué estado estaba él?

—Digamos que no había que ser una experta para ver que yo no le era indiferente.

—Voy a hacer la pregunta solo por la forma, aunque creo que conozco ya la respuesta. ¿Ni una chupadita para complacer a tu enamorado?

—No.

—¿Ni una pajita, por lo menos, para aliviarlo e invitarle a la reciprocidad?

—Confieso que la idea se me pasó por la cabeza, pero no, nos dormimos así, apaciblemente.

Esta conversación con mi amiga es una especie de juego en el que se expresa nuestra complicidad. Divierte ver cómo su expresión se va descomponiendo a medida que voy dando respuestas, a su entender, cada vez más desoladoras.

—Pero estás enamorada.

—Creo que sí.

—¿Y me prometes que consumaréis vuestra unión antes del matrimonio?

—Lo prometo.

—Porque te juro que no asistiré si no has experimentado al menos veinte posturas del *Kamasutra* con este chico tan mono.

—Sería una pena, porque me gustaría que fueras mi testigo en la iglesia y en el ayuntamiento.

—¿De verdad?

Parece muy conmovida. Las que parecen más duras son siempre las más sensibles. Se abalanza sobre mí y me abraza. Me veo obligada a calmar tanta efusividad.

—¡Eh! Despacio. Todavía no hemos llegado. Entonces, Michael, ¿cuándo llega a Deauville?

—No puedo decírtelo.

—¿Qué me estás contando?

—Como testigo de tu matrimonio con Christophe, no querría suscitar dudas en vuestro incipiente amor poniendo al lobo a cuidar de la gallinita.

—Pues me lo has prometido. Además, así duplicas mis posibilidades de casarme. Si Michael sucumbe y se divorcia, me caso con él. Si no, me caso con Christophe.

—¡Y después dicen que no soy romántica! Eres más retorcida que yo. Vale, te doy su programa, pero no seré responsable de lo que pueda pasar. Michael llegará a París exactamente veinticuatro horas después que Cate Blanchett. Estará en Deauville por la tarde y participará en la cena después del homenaje a Cate. A Michael le harán el homenaje el martes por la noche. Regresará el miércoles.

—De modo que se queda cuatro días en Deauville.

—Si logras seducirlo en dos, te quedarán dos noches con él.

—Estás de broma. ¡Cuento con tener tres, si no son cuatro!

—Ahora ya no te sigo. ¿Christophe tiene derecho solo a unos tristes besos cuando sales con él de manera oficial y Michael tiene derecho de pernada desde el minuto cero? ¿Dónde está la lógica en todo esto?

—No tiene nada que ver. Lo de Michael y yo es algo que viene de lejos desde hace años. El hecho de que él todavía no lo sepa no cambia nada.

—¿Quieres decir que cuando utilizas el vibrador piensas en Michael?

—Sabes perfectamente que no tengo ningún vibrador. Eso no es para mí.

—Ah, sí, es verdad, no acabo de acostumbrarme. Es una actitud tan medieval... Es como si no tuvieras microondas.

—No veo la relación. Además, mi vínculo con Michael es sobre todo sentimental.

—¿Y qué harás las cuatro noches que piensas pasar con él? ¿Escribirle poemas y leérselos?

—Pues... no, no exactamente.

—¿Ves? ¡Eres una verdadera hipócrita! ¿Eres protestante?

—No, católica, pero me hace gracia la pregunta. ¿Sabes? Es una observación que roza la intolerancia religiosa. ¿En qué se basa?

—En mi experiencia con algunos ingleses y estadounidenses. Se hacen los puritanos y son siempre los más salidos.

—¿Y yo soy así?

—Evidentemente. Fíjate que no es una mala cosa, da lugar a muchas sorpresas y abre perspectivas. ¿Sabes? Alfred Hitchcock prefería a las inglesas y las americanas a las italianas, pues les reprochaba que llevaban «el sexo escrito en la cara». Por eso prefirió rodar con Grace Kelly o Eva Marie Saint antes que con Sophia Loren. ¡En el enfoque sexual protestante en su obra Hitchcock es un maestro! Ya me dirás, era la única forma de esquivar la censura. El culmen es aquel tren que entra en el túnel al final de *Con la muerte en los talones*, mientras los dos protagonistas están en una litera.

A Laure se le puede criticar su brusquedad a la hora de decir las cosas, así como su propensión a referirlo todo al sexo, pero no se le puede negar que culturalmente da la talla. Creo que eso es lo que aprecio en su personalidad. Aparte de su amistad y su bondad de corazón hacia mí, también me aporta mucho en el aspecto intelectual.

Así pues, ahora sé que estoy a doce días del encuentro más importante de mi vida. Es extraño, tengo la sensación de que mi vida va a cambiar por completo. Aun cuando las posibilidades de que llegue a haber algo entre Michael y yo sean insignificantes, no consigo deshacerme de la certeza de que eso, precisamente, es lo que va a pasar. Es igual que con la homeopatía: que las dosis sean infinitesimales no quita para que los medicamentos tengan sus propiedades terapéuticas.

Con Christophe salió el buzón de voz y no he podido hablar. Le envié un mensaje corto para desearle buenas noches. Me fui a dormir y aún no había respondido. ¡Maldita diferencia horaria!

Martes, 27 de agosto

No tengo tiempo ni ganas de escribir desde hace una semana. Mucho trabajo.

Christophe y yo nos enviamos mensajes por SMS. Ya no me acuerdo de él con precisión y su presencia se aleja. Ya no sé siquiera por qué salimos juntos.

No debería escribir esto, no es justo. Acabábamos de conocernos; esta separación es una mala suerte increíble.

En cambio, Michael va a llegar pronto a Francia. Curiosamente, cuanto más pasan los días más dudas tengo. ¿Y si no tuviera la oportunidad de hablarle? ¿Y si me ignorara? ¿Y si me viera como alguien sin interés? ¡Mierda! Me olvidé de preguntar si venía con su mujer. Tengo que hablar con Laure.

Jueves, 29 de agosto

Ya está. Es la víspera de mi viaje a Deauville. Ya tengo la maleta preparada con todo bien ordenado. No pasa lo mismo en mi cabeza, en la que reina un caos absoluto: Michael, Christophe, Cate, Bertrand...

Es curioso, tengo la impresión de estar en una montaña rusa. Te subes al vagón, te abrochas el cinturón y el vagón empieza a subir muy despacio. Cuanto más te acercas a la cumbre más ves las bajadas y las volteretas infernales que te esperan. Subes y subes y hay un momento muy breve en el que los vagones que van en cabeza empiezan a bajar, mientras que los de detrás terminan de subir. En ese momento te preguntas qué estás haciendo allí y por qué no estás abajo comiéndote un algodón de azúcar.

Pues bien, ese es exactamente mi estado de ánimo. A partir de mañana las bajadas vertiginosas y las volteretas van a encadenarse. Mi vagón llega a la cúspide de la primera subida. Me pregunto qué tal voy a dormir esta noche.

Viernes, 30 de agosto

¡El día más largo!

Ya no estamos en 1944 pero sí estamos en Normandía y el resultado es el mismo. ¡Gran victoria! Ophélie, comandante en jefe, victoriosa en Deauville. Estoy exagerando, pero sinceramente el día ha ido muy bien y me las he apañado.

El vuelo de Los Ángeles debía aterrizar a las once treinta y cinco. Decidimos que la limusina vendría a buscarme a las nueve y media para tener un buen margen de seguridad. Esperaba subir a un vehículo de diez metros de largo, con cristales ahumados, como suelen verse en los estrenos, pero tan solo era un Espace negro. Aunque era el modelo de lujo con asientos de cuero, estaba nerviosa pensando que Cate Blanchett quizá esperara algo de más prestigio.

A las nueve y cuarto espero el coche delante de mi casa. Llega unos diez minutos antes de la hora. El chófer se llama Richard y debe de tener unos cuarenta años. Casi no habla inglés, lo cual no es buena señal. Subo delante, a su lado. Charlamos, es simpático.

Hay algo de atasco, tampoco demasiado. Llegamos a las diez y veinte a Roissy 2. Hemos obtenido autorización para dejar el vehículo en el exterior de la terminal. Nos escoltará un policía entre la salida del vestíbulo de llegadas y la salida de la terminal. Debe de haber menos de cincuenta metros de trayecto, pero la agencia y las autoridades no han querido correr ningún riesgo y las tres celebridades serán escoltadas hasta que suban a los vehículos.

A las diez y media estoy en mi puesto delante de la salida. Me queda poco más de una hora de espera.

Cuando uno está en tensión, una hora es mucho. Tengo un pequeño cartel «Festival de Deauville–Cate Blanchett». A las once y veinte un policía viene a mi encuentro. Él es quien va a encargarse de la seguridad de Cate Blanchett. Otra persona nos ayudará a transportar las maletas de la estrella y las de su secretaria de prensa.

El avión aterriza con un poco de retraso a las once cuarenta y cinco. Desde ese momento, mi estrés aumenta considerablemente. Vigilo a los pasajeros que bajan por las escaleras mecánicas hasta la cinta de recogida de equipajes a través de las grandes cristaleras de cinco metros de alto. De pronto, veo a una rubia alta y elegante con unas enormes gafas negras, acompañada de una morena bajita bastante seca. La reconozco por la foto que me ha proporcionado Ciné Organisation. Es la secretaria de prensa de Cate, Clara Ferlani. Son ellas.

El policía también las ha reconocido y se dirige hacia ellas; intercambian unas palabras y él les presenta al mozo de equipajes y después se vuelve hacia mí. Seguramente les dice que las espero fuera. Hago una pequeña seña con la mano. Ellas no responden y yo me siento tonta, gesticulando sola con mi pancarta. Vuelven a su conversación y se encaminan hacia la salida. De pronto, el grupo se divide en dos: por un lado, la secretaria de prensa y el mozo y por el otro, Cate y el policía. Los primeros se detienen delante de la cinta giratoria de los equipajes. Por unos segundos desaparecen de mi campo visual. Ya está, es la hora H, el momento del primer contacto.

Cate sale de la zona de llegadas y se dirige hacia mí.

—Buenos días. Soy Cate Blanchett.

Me ha hablado en francés con un acento encantador y una voz increíble, que ya conozco por las películas. ¡Qué clase! Por un instante me siento turbada. No sé si debo responderle en inglés. Una décima de segundo de vacilación y le contesto en mi lengua, para no parecer ofensiva.

—Buenos días, señora Blanchett, soy Ophélie. Encantada de conocerla.

Es curioso. Le respondo en francés pero utilizo un anglicismo. En lugar de decirle «me llamo», le he dicho «soy».

—*Pleased to meet you, Ophélie*. Encantada de conocerla, Ophélie. Prefiero hablarle en inglés si no le molesta.

—Por supuesto, señora Blanchett. Venga por aquí, el coche la espera fuera.

—Por favor, Ophélie, llámeme Cate.

Uy, esto no va a ser tan sencillo. Es encantadora y en absoluto se las da de estrella, pero a pesar de todo es impresionante.

Llegamos y le presento al chófer, que le abre la puerta. Ella entra y se vuelve hacia mí.

—Ophélie, ¿tendría la amabilidad de volver a la zona de llegadas para indicarle a mi secretaria de prensa dónde nos encontramos?

—Por supuesto, señora... Cate.

Es divertido. Me ha hecho una pregunta que de hecho es una orden. Es una manera muy elegante de dirigirse a mí. Su carisma entra en juego y obedezco sin discutir.

Espero unos diez minutos a que salga el mozo con un carrito que lleva tres maletas, dos enormes Louis Vuitton y otra de marca menos prestigiosa y de tamaño más normal.

—Buenos días. Soy Clara Ferlani.

—Buenos días, señora Ferlani. Soy Ophélie.

Me ha hablado en inglés pero, al contrario que Cate, me da la mano. No es corriente en una estadounidense. Debe de ser de origen europeo. Su apretón de manos es inversamente proporcional a su talla. Parece toda una mujer. Con dos personalidades tan fuertes como las de Clara y Cate puede ser difícil, así que más vale no meter la pata.

—Buenos días, Ophélie. Llámeme Clara. ¿Cate está ya en el coche?

—Sí. Venga conmigo.

Llegamos al coche. El chófer abre el maletero y el mozo mete dentro las enormes maletas. La mía me hace sentir vergüenza. Por suerte, Clara no presta atención y me lleva a un lado. Me muestra un billete de veinte euros.

—¿Es bastante para una propina?

¡Mierda! No llevamos siquiera media hora y ya la primera pregunta con trampa. En Ciné Organisation lo hemos preparado todo y hemos mencionado todos los posibles problemas, pero no hemos hablado de las propinas. Supongo que a los organizadores del festival no les ha parecido necesario informarnos sobre este trivial aspecto.

Pues bien, Clara, no tengo ni idea. Ni siquiera sé si es obligatorio. Tanto da. Digo lo que me parece que es una propina decente.

—Está bien, con diez incluso podría bastar.

—Gracias, Ophélie.

Con el maletero ya cerrado, le tiende el billete de veinte al mozo de equipajes, que no debe recibir propinas de esa cantidad con frecuencia. Ella acompaña el gesto con un *merci* en francés con fuerte acento estadounidense. Luego se mete en el coche al lado de Cate.

Por mi parte, me siento delante, junto al chófer. Ya está, estamos en camino. Clara se dirige a mí.

—Ophélie, ¿estamos lejos de Deauville?

—Creo que a unas dos horas y media. Cuarenta y cinco minutos para llegar a la autopista del Oeste y una hora cuarenta y cinco para llegar a Deauville.

—¿En qué hotel estamos? ¿El Royal o el Normandy?

Estoy segura que ya conoce todas esas respuestas. No sé si está probándome o si solo quiere entablar conversación.

—Están en el Royal. Creo que tienen una *suite* con una habitación contigua para usted.

—¿Cree o está segura?

Ay, la metedura de pata. No hay que mostrar incertidumbre. Lo sabía. Será difícil.

—Eh... Estoy segura.

¡Espero que al llegar no haya ningún problema! De pronto Cate rompe a reír.

—No se preocupe, Ophélie, todo va a salir bien. Clara es perfeccionista. Clara, no deberías traumatizar a esta joven. ¿Qué edad tiene, Ophélie?

—Tengo veinticinco años, voy camino de los veintiséis.

Pero ¿qué es esta especie de respuesta tonta que acabo de darle?: «Veinticinco, voy para los veintiséis». Como perogrullada no podía haber salido mejor. ¿Por qué este deseo de parecer mayor? No será con ese tipo de respuestas pueriles como voy a conseguirlo.

—Ah, ¿pronto será su cumpleaños?

—No exactamente.

—¿Cuándo nació?

—El 8 de agosto.

En realidad, no tengo, pues, más que veinticinco años y veintitrés días. ¡Aún muy lejos de los veintiséis! Tiene la extrema gentileza de no hacer comentarios.

—Así que su signo es Leo. ¿Sabes, Clara? Mejor no presionarla. Los Leo son como los gatos grandes, no hay que tomarlos a la ligera.

Clara farfulla algo que no entiendo.

Cate no le da más importancia y pregunta sobre el programa.

—¿La cena de apertura es esta noche? ¿Es después de la película?

—Sí, hacia las once. Para ustedes no debería ser un gran contratiempo, debido a la diferencia horaria con Los Ángeles.

—Y la película, ¿es la de Soderberg?

—Sí. *Detrás del candelabro*.

—En inglés se llama *Behind the Candelabra: My Life with Liberace*. ¿La ha visto?

—No, ¿y usted?

—Tampoco. ¿Puedo verla esta noche?

—Si quiere, puedo pedir invitaciones para Clara y para usted.

—¿Y la proyección de *Blue Jasmine* es mañana?

—Sí, a las nueve de la noche. Justo después de su homenaje.

—¿Y le ha gustado?

La pregunta del millón. ¿Digo la verdad o doy una respuesta política? Vamos allá, me lanzo. De cualquier modo, en cuanto empiezo a desviarme de lo que pienso exactamente, se nota: más claro, el agua.

—Es un Woody Allen un poco huraño. Yo prefiero el Woody Allen de los años ochenta, el de *Manhattan*, más optimista y divertido. *Blue Jasmine* es una película más amarga, más sombría. No es por alabarla, pero ¡usted está fantástica! Es uno de sus mejores papeles. Una interpretación formidable.

—En cualquier caso, gracias por la parte que me toca, Ophélie. Aunque no sé si Woody estaría tan contento.

Y se ríe, con esa hermosa risa de una elegancia y una prestancia increíbles. Y a continuación se dirige a Clara.

—¿Lo ves, Clara? Ophélie es joven, pero tiene opiniones formadas. Y muy buen gusto en lo que atañe a las actrices.

Clara refunfuña una vez más.

—Menos mal que el señor Allen no está aquí y que Ophélie no va a comunicar sus opiniones a la prensa, porque ya se encargarían de enredar y atribuírselas a Cate Blanchett. ¡Menudo lío se formaría!

—Pero Ophélie no hablará a la prensa, ¿verdad, Ophélie?

—No, no, por supuesto. Era solo una respuesta para usted.

¡Con Clara no será tan sencillo! Creo que me van a salir canas. Si se le ocurre contarle a Bertrand lo que he dicho de *Blue Jasmine*, me hace picadillo aquí mismo.

Cate se pone a conversar con Clara. Así al menos no me arriesgo a meter la pata. Circulamos tranquilamente sin encontrar atascos.

Cruzamos la ciudad al llegar a Deauville. Cate mira las bonitas casas con entramados de madera y se queda extasiada. Por primera vez, Clara se relaja y comparte el entusiasmo de la actriz. Llegamos al hotel Royal.

Bertrand espera delante de la entrada principal. Le he avisado de nuestra llegada hace diez minutos por SMS.

Recibe a Cate y a Clara. Es evidente que ya conoce a las dos. Es un encuentro breve pero cortés. Dentro nos espera el director del hotel y nos conduce a los ascensores, demasiado pequeños para que quepamos todos a la vez. Bertrand toma uno, con Cate y el director. Clara seguramente cabría también, pero decide esperar conmigo al siguiente. De hecho, aprovecha para informarme.

—Ophélie, cuento con usted para gestionar esta estancia de la mejor manera posible. Es un homenaje a Cate pero también es una forma de promover la película del señor Allen. Quiero su ayuda para sacar el máximo provecho de nuestras relaciones con la prensa.

—Por supuesto, Clara. Las ayudaré a organizarlo todo poniendo el máximo de mi capacidad.

Sin la presencia de Cate para sostenerme no me hago la listilla. Soy como una niña ante su maestra. Por suerte, el ascensor llega antes de que me dé más consignas.

Mi corazón galopa cuando nos dirigimos a la suite de Cate y la habitación de Clara. Al llegar a la puerta, espero en la entrada. Clara entra para reunirse con Cate y conocer su parecer sobre la habitación.

—¿Todo va bien, Cate? ¿La habitación es de tu agrado?

—Muy bien, Clara. Mira estas vistas.

Se vuelve y me ve en la entrada.

—Puede pasar, Ophélie, no sea tímida. ¿No es una vista espléndida?

Tiene razón, la vista del océano con el magnífico cielo azul y ese sol es fantástica. La suite debe de medir poco más o menos tres veces el tamaño de mi apartamento, pero no es envidia lo que siento, sino más bien alivio. Clara está sonriendo también. ¡Uf!, la presión se atenúa.

Clara se dirige al director.

—¿Alguien puede enseñarme mi habitación? Ophélie, ¿puede esperar con Cate a que llegue el equipaje?

Otra pregunta que no lo es. No me deja tiempo para responderle. Sigue al botones que va a indicarle dónde va a dormir. Minutos más tarde, llega el equipaje.

Clara regresa. Ahora le toca a Cate interesarse por cómo está instalada la secretaria de prensa.

—¿Te parece bien la habitación?

—No tiene vistas al mar, sino al centro de la ciudad. Y no estoy lejos de ti. De todos modos, las *suites* no se comunican con las habitaciones.

Al decir esto, me mira. Una mirada un poco acusadora.

¡Glups! Menudo trago. ¡Mierda! Tenía que haberlo comprobado al principio. Claramente no estoy a la altura para ocuparme de estrellas de este nivel.

Pero Clara no dice nada más. Cuando se dirige a mí, lo hace en el papel de gran profesional.

—Ophélie, tengo su número de móvil. Comprobémoslo para estar seguras. ¿Es el 00 33 7 14 65 36 99?

—Correcto.

—Tenga mi tarjeta. Puede llamarme o enviarme un SMS siempre que quiera. Esta noche, para la proyección de la película de Soderberg, usted se encarga del coche. ¿A qué hora hay que salir?

—A las nueve menos veinte. La película es a las nueve.

—¿No es un poco justo?

—No. La sala está al lado. Cinco minutos para ir y quince para la alfombra roja y para acomodarse.

—Muy bien. Espérenos en el vestíbulo del hotel a partir de las siete y media. Hasta ahora, Ophélie.

—Hasta las siete y media, Clara. Allí estaré. Hasta ahora, señora Blan... Cate.

Salgo antes de oír la respuesta. Termina el primer asalto. Sigo viva.

Bajo por la escalera. Es tan amplia como pequeños son los ascensores. En el vestíbulo, me encuentro con la llegada de Soderberg y Michael Douglas. Venían en el mismo avión que Cate, pero como no les he visto me había olvidado de ellos por completo.

De pronto, una voz autoritaria a mi espalda me sobresalta.

—¿De modo que está haciéndose la turista que viene a ver a las estrellas? ¿No tiene nada mejor que hacer?

Me vuelvo, es Laure. Esta tonta me ha asustado mucho.

—¡Eso no se hace, gritar por detrás así a la gente!

Me abraza y me besa.

—*Cool*, se puede gastar una broma, ¿no? ¿Ha ido todo bien con Cate?

—Sí, todo bien. La *suite* no se comunica con la habitación de su secretaria de prensa, pero aparte de eso, todo bien.

—Bueno, si has acabado podemos ir al hotel a dejar tus cosas.

Laure me coge por el brazo. Recuperamos mi maleta y cogemos un coche del festival en dirección a la residencia Pierre et Vacances Castel le Normand, a menos de un kilómetro de los dos hoteles principales que alojan a los miembros del jurado y a las estrellas invitadas, el Royal y el Normandy. Para nosotras es práctico, podemos movernos a pie de la residencia al trabajo.

No estamos en un hotel con habitaciones sino en apartamentos. Hay una sala de estar y una habitación con una cama grande. Laure me hace de guía.

—¿Ves? Estamos juntas, como nos habían dicho.

—¿Dormimos en la misma cama?

—No, yo no me acuesto con mis amigos y, en general, no me acuesto con mujeres: demasiadas formas arriba y demasiado pocas abajo. Ya ves, al final soy *old school*.

Me hace enrojecer.

—Yo no he dicho «acostarnos» sino «dormir».

—Ni yo. El sofá del salón es un sofá cama. Estarás muy bien.

¡Qué cara tiene! Enviarme al salón...

—¿Cómo es eso que te toca a ti la cama? ¿En qué te basas? Y antes que nada, ¿cómo sabes que el sofá cama está bien?

—Dormí en él el año pasado cuando compartí el apartamento con Christine. Al cabo de diez días me dolía un poco la espalda pero nada del otro mundo. De todos modos, no estás aquí para dormir. Tienes veinticinco años y estás en tu primer Deauville, la prioridad aquí no es tu confort...

No le falta razón. Prosigue.

—Lo malo era que, como Christine era mi jefa, no pude traer a chicos. Ni siquiera pude dormir fuera.

—¿Por qué? ¿Hiciste conquistas?

—Sí, dos veces. Primero con un secretario de prensa estadounidense y después, cuando se fue, con un joven periodista de la región. Ya ves, tienes ventaja en comparación conmigo. Podrás traer a un chico o dormir fuera, lo que prefieras, sin que nadie te diga nada. Incluso prometo dejarte la habitación si tienes un plan una noche.

—Gracias, muy generoso por tu parte.

—Sí, no quisiera que se jodiera la espalda mientras te...

Hay momentos en que es verdaderamente vulgar. A veces es divertida, a veces se pasa. Decido hacerla callar antes de que me suelte otra de sus lindezas.

—Ah, vale, comprendo. Conmigo no corres demasiado riesgo, ¿no?

Sonríe.

—No, es verdad. Además, si haces realidad tu sueño con Michael, supongo que todo pasará en su *suite* y no en nuestro apartamento.

Me da la risa. No le imagino en nuestro apartamento, con este mobiliario estilo Ikea y con paredes pintadas de azul pálido.

Después de un poco de cháchara, guardo mis cosas. El resto del día ha transcurrido como en un sueño. Fui a buscar las invitaciones de Cate y Clara para la proyección de la película de Soderbergh. Después de la sesión informativa de Bertrand, volví a la habitación para cambiarme. Elegí un vestido negro monísimo que encontré en rebajas en Maje. Normalmente queda fuera de mi presupuesto. Más bien suelo operar en el segmento H&M. Pero en este caso, el vestido me vino a buscar a mí. Descuento del cincuenta por ciento, más el quince por ciento con la tarjeta Printemps. Precio inicial: doscientos noventa y cinco euros. Precio final: poco más de ciento veinte euros. Sinceramente, ¿quién se resistiría a tan buen negocio? Me queda genial, con un escote cruzado elástico que se adapta perfectamente a mi silueta y resalta mi busto sin mostrar nada. Para compensar, el escote cuadrado en la espalda es mucho más sugestivo. El plisado abajo que se termina a medio muslo les sienta fenomenal a mis piernas. Con los zapatos Elizabeth Stuart de tacón, no demasiado alto, me siento preparada para vivir mi primera gran noche en el mundo.

A las ocho y cuarto estoy en el vestíbulo del hotel Royal. A las ocho cuarenta exactamente, Cate sale del ascensor con Clara. Se dirigen a mí. Cate está sublime con un vestido negro seguramente firmado por un gran diseñador. De pronto no me siento tan cómoda con mi vestido, que solo llega a medio muslo. Clara lleva también un vestido largo, pero más común.

—Buenas tardes a Cate. Buenas tardes, Clara. El coche las espera.

Salimos por la entrada del lado mar. El vehículo apenas circula unos cuatrocientos metros, ya que la sala de cine está muy cerca. Sin embargo era necesario, ya que Cate lleva tacones muy muy altos.

Llegamos a la alfombra roja justo después de Soderbergh. Como su película es la que se proyecta esta noche, los fotógrafos le acribillan y nos obligan a tener paciencia unos minutos. Durante ese tiempo, Clara me observa con mirada crítica.

—Ophélie, ¿no teme que su vestido sea un poco corto?

Me quedo sin voz y no sé qué responder. Me siento avergonzada, pero Cate viene a rescatarme.

—¡Clara, tiene veinticinco años! ¡Si no enseña las piernas ahora no las enseñará nunca! Ophélie, ese vestido le queda muy bien. ¡Está magnífica!

Clara refunfuña.

—Menos mal que Michael Brown no llega hasta mañana.

Cate se echa a reír.

—Sí, esta noche con Soderbergh podemos estar tranquilas.

Sigo la conversación en un estado de *shock*. Después del ataque a mi vestido, Clara ha hablado de Michael. ¿Qué ha querido decir con «Menos mal que Michael Brown no llega hasta mañana»? ¿Es un comentario malintencionado sobre Michael? ¿Quiere decir que le gusta mirar a las jovencitas? El

corazón me late a toda velocidad. De todos modos, todos los hombres miran a las mujeres bonitas. Pero ¿seré lo bastante bonita? La primera observación de Clara adquiere un sentido positivo gracias a la segunda.

Conduzco a Cate hacia el *photocall* tras la entrada de Soderbergh. Las fotos, entramos en el auditorio y acto seguido Cate y Clara se instalan en sus asientos.

Tengo que quedarme cerca de ellas durante la proyección por si necesitaran algo, pero aun así puedo ir al encuentro de Laure. Necesito contárselo.

Está en la entrada de la sala. Tengo que esperar ante los discursos de inauguración. Primero el de Lionel Chouchan, creador del festival de Deauville. Luego el de Vincent Lindon, presidente de la edición de 2013. Escucho los discursos, que son apasionantes, a pesar de mi urgencia por llegar junto a Laure. Al fin se apagan las luces. Puedo llevar a Laure hasta el pasillo. Le cuento la conversación entre Cate y Clara.

Sorprendentemente, Laura no está tan entusiasmada como yo.

—Y entonces, ¿tú qué piensas?

—No gran cosa. Creo que era solo un poco de mala intención hacia Michael.

—¡Pero a pesar de todo, en el fondo, debe de haber algo de verdad!

—No hay nada nuevo bajo el sol: todos los hombres de más de cuarenta años miran a las chicas guapas. Incluso creo que ni siquiera esperan a esa edad y que no solo miran a las guapas.

Esboza una sonrisa cínica. Me gustaría que contribuyera a alimentar mis sueños, pero lo que hace es pisotear mis ilusiones. Al mismo tiempo, dice lo mismo que yo estaba pensando hace un cuarto de hora. Pese a ello me habría gustado que adoptara un punto de vista diferente, que me abriera un horizonte de esperanza. No es el caso. No se puede contar de verdad con las amigas.

—Así que piensas que no debo hacerme ilusiones de gustarle.

—No. Además, no dejas de repetirme que está casado y feliz en pareja con la sublime Carolina.

Con esto me clava un cuchillo en el corazón. Tiene razón, pero no comprendo por qué lo dice de esta forma. No es su estilo. La observo. Tiene la mirada perdida. Hay algo que no va bien.

—¿Cómo estás? Pareces inquieta.

—Estoy bien, pero acabo de cruzarme con Éric. Se ha casado.

—¿Quién es Éric?

—Mi periodista del año pasado. Adiós a mi rollo de una noche. El año pasado quería acompañarme a París, dejar el trabajo y vivir conmigo. Un año después, está casado. No te puedes fiar de los hombres.

—Pero tú no le querías.

—En París no, pero en Deauville, sí. No es una lumbrera pero tiene buen cuerpo. Además, ha tenido que enseñarme las fotos de su boda. ¡Imagínate!, se ha casado con la típica normanda rubia y con un traje de novia como si toda ella fuera un gran merengue. ¡Creí que tenía mejor gusto! ¿Te das cuenta? No solo no pasará nada este año sino que, encima, ha logrado arruinar mi recuerdo del año pasado. ¡Qué imbécil!

Comprendo por qué no se mostró nada alentadora por mi historia con Michael. Esto calma un poco el desasosiego de mi corazón.

Volvimos a la sala para ver la película. No estuvimos fuera más de cinco minutos. Me siento afortunada: es un excelente Soderbergh y Michael Douglas interpreta su papel con mucha solvencia.

Recuperé un estado de ánimo muy positivo. El final de la película y el resto de la noche transcurrieron sin problemas. Llevé a Cate y a Clara a la cena de apertura que se celebraba en el casino de Deauville. No sabía si los agregados de prensa estaban invitados, pero había una mesa para nosotros. Aparte de Laure, que estaba un poco enfadada, todo el mundo estaba de excelente humor. Hacia la una de la mañana habíamos terminado de tomar los cafés. Acompañé a Cate y Clara a su hotel. Cate me dio las gracias con mucha amabilidad.

—Ophélie, ha estado usted formidable, muchas gracias. He pasado un día excelente. Voy a acostarme.

—Gracias, Cate, buenas noches. Buenas noches, Clara.

Clara no pudo evitar añadir su granito de sal.

—El día importante y complicado es mañana, no hoy. Cuento con usted, Ophélie. Le aconsejo que se acueste pronto para estar a pleno rendimiento.

Al decir esto, me escruta con intensidad. ¡Qué tía! Parece que hubiera oído la exposición que me hizo Laure sobre las noches de Deauville.

Me despedí rápidamente. Ahora necesitaba explicarle a Laure que no podía salir esta noche. Con remotas posibilidades de éxito... Lo que me hizo olvidar que Laure siempre es capaz de sorprenderme. Cuando regresé, ya estaba acostada. Increíble: la reina de la noche estaba ya en la cama. Ni siquiera respondió a mis «Buenas noches».

Mejor, así no habrá ninguna batalla para poder ir a dormir tranquilamente. Para acabar un día casi perfecto, he recibido un SMS de Christophe. Me ha hecho ilusión, pero mi respuesta no ha estado a la altura. No puedo evitarlo, mi mente está en otra parte. Michael en este momento estará tomando su vuelo en Los Ángeles con dirección a Roissy-Charles-de-Gaulle y de ahí a Deauville. Finalmente, dentro de veinticuatro horas justas nos conoceremos al fin. Espero que Clara esté en lo cierto y que él se fije en mí.

Sábado, 31 de agosto

Creo que si pudiera matar a Clara, lo haría. Ha arruinado, tal vez definitivamente, la oportunidad de mi vida. ¿Por qué ha hecho eso? No era a ella a quien le correspondía decidir.

No obstante, el día había empezado bien, aparte del humor sombrío de mi compañera de habitación. Había elegido cuidadosamente un atuendo sobrio pero elegante. Esta vez, nada de vestido a medio muslo, sino un pantalón negro, una blusa blanca y una chaqueta negra. Me había recogido el cabello en una cola de caballo y suelen decirme que este peinado me queda bien. Solo temo que me dé un aspecto aún más joven de lo que soy.

Pero hoy había dos cosas en juego: por una parte, la conferencia de prensa para el homenaje a Cate, y por otra, la llegada de Michael.

La conferencia está prevista para las once, en una sala de recepción del Royal. Desde el punto de vista de la organización es ideal: no es necesario trasladarse.

Debe de haber unos cincuenta periodistas, muchos franceses, algunos europeos y un puñado de estadounidenses.

Ver a Cate instalada junto a su intérprete me estresa. Clara se acerca al estrado muy cerca de mí. Siento cómo sube la presión.

Primera pregunta para Cate:

—Miss Blanchett, ¿cree que su papel en *Blue Jasmine* puede hacerle obtener otro Óscar?

El periodista que ha preguntado es estadounidense. Es un hombre no muy alto, moreno, de unos treinta años, quizá treinta y cinco. Tiene unas gafas elegantes. Como dicen los jóvenes, no es guapo pero tiene estilo. Pregunta en inglés, respuesta en inglés, más sencillo: no se necesita intérprete.

Percibo que Clara está muy atenta a las respuestas. Hay que evitar caer en la trampa. Ni hablar de menciones al Óscar: a los jurados les espanta leer declaraciones de actores en la prensa que aludan a la posibilidad de ganar la estatuilla dorada.

Cate evita la trampa sin problema. Me recuerda a un felino. Responde con elegancia soslayando la pregunta, mientras dedica la más hermosa de las sonrisas a su interlocutor. Le habla de su papel y de su alegría por trabajar para Woody Allen.

El periodista vuelve a la carga:

—Pero ¿usted es consciente de que su interpretación pueden valerle un Óscar?

—Veamos, David, usted sabe que soy actriz, no corredora de apuestas. No estoy cualificada en modo alguno para especular sobre las posibilidades de ganar tal o cual premio.

Es inteligente, le dedica una gran sonrisa. Le ha llamado por su nombre de pila para crear proximidad, pero en el fondo ha evitado utilizar la palabra «Óscar». Él ni siquiera podrá reinterpretar la respuesta a su manera y dar a entender que ella se imagina que podrá ganarlo.

Veo que el periodista vacila antes de volver al asalto por tercera vez. Es un hombre tenaz. Yo en su lugar habría cerrado el pico.

Pero ese segundo de vacilación le resulta fatal. Clara interviene y da la palabra a otro periodista, francés, de *Le Figaro*. Hace la pregunta en nuestra lengua, el traductor tiene que cumplir su misión y David no se irá con la respuesta que esperaba.

La conferencia de prensa continúa sin problemas. Las preguntas se suceden, desiguales, sobre la película, su carrera, el homenaje que se le dedica e incluso sobre Francia. Cate responde de buena gana a todas ellas, siempre con una gran sonrisa.

A las doce y cuarto termina la conferencia y Cate vuelve a su hotel para comer y descansar. Las entrevistas personales no empezarán hasta las cuatro.

Yo, por mi parte, tengo que asistir a la reunión informativa de Bertrand. Allí veo a Laure, cuyo rostro ya se muestra más sonriente. Me dirige la palabra por primera vez en todo el día.

—¿Estás contenta de la conferencia de prensa?

—Sí, todo ha ido bien, aparte la primera pregunta.

—¿La de David Rubinstein?

Me sorprende. Está claro que estaba presente.

—¿Has estado allí? No te he visto.

—Sí, justo al principio, el primer cuarto de hora. David es mono, ¿no te parece?

Eso explica su sonrisa: la mantis religiosa ha encontrado una nueva presa. Laure es una tía increíble. No sé con cuántos hombres se habrá acostado en su vida, debería preguntárselo. No sé si la envidia, pero hay que reconocer que el poder cambiar así un tío tras otro le simplifica la vida.

Antes de que pueda contestarle Bertrand toma la palabra. Por la cara que tiene, mejor no andarse con secretitos por lo bajini mientras informa y hace balance. Le hago señas a Laure de que volveremos a nuestra conversación después de la reunión.

Bertrand está en plan aguafiestas. Tiene muchos reproches que hacernos. Su valoración es negativa sobre prácticamente todo lo que ha pasado en las primeras veinticuatro horas del festival. Nos pide que redoblemos la atención y que «roceemos la excelencia». Tras cuarenta y cinco minutos de charla con preguntas y respuestas, pone fin a la reunión.

Mi estado de ánimo está afectado. Debe de verse en mi rostro ya que Laure me coge del brazo e intenta reconfortarme.

—No te preocupes, ya nos hizo lo mismo el año pasado. Nos jode para que sintamos la presión. Va a ser así durante los diez días y, al volver a Levallois, nos invitará a celebrar «un magnífico éxito gracias a un formidable trabajo de equipo».

—Pero es injusto. Y yo, que estaba tan contenta por la manera en que se ha desarrollado todo. Hasta Clara estaba contenta al final de la mañana. Me ha dado las gracias, ¿te das cuenta? ¿Qué es esa forma suya de gestión prehistórica? Ya no estamos en el siglo xx.

—Te equivocas. Bertrand ha tenido siempre como referente la *Nouvelle Vague*: Truffaut, Godard... Él es un puro producto del siglo xx. Pero basta de hablar de Bertrand. Ven, vamos a comer algo. Pidamos un sándwich en el bar del hotel. Así, si pasa algo, estaremos allí para verlo.

Laure tiene un gran sentido práctico. Como Clara tiene mi número de móvil, creo que voy a quedarme en el vestíbulo del hotel hasta que empiecen las entrevistas, a las cuatro.

Nos sentamos en taburetes. El menú no es muy gastronómico, un sándwich y un agua Perrier para mí y hamburguesa con Coca Cola para ella. ¿Cómo hace para engullir tanta comida basura y seguir tan delgada? No creo que pese más de cuarenta y seis o cuarenta y siete kilos.

En cuanto nos sirven, vuelve a su nuevo tema favorito: el periodista estadounidense de la conferencia de prensa.

—Vamos, dime, ¿no te parece mono David?

—No es mi estilo. Es demasiado bajito para mí, no creo que llegue ni a un metro setenta.

—No importa, yo mido uno sesenta y dos. De todos modos, como decía un gran filósofo, creo que fue Arquímedes, «tumbados no hay altos ni bajos».

Me echo a reír.

—Pero Arquímedes, más que filósofo, ¿no era físico e ingeniero?

—Ingeniero, filósofo... ¡Al diablo! ¿Qué más da?

—Y el principio de Arquímedes, ¿no se refería más bien a los cuerpos sumergidos en un líquido que sufren una presión vertical? Tu principio sobre los cuerpos en horizontal ¿no será más bien el «principio de Laure»?

—Puede ser. Fíjate, me gustaría experimentar el principio de Arquímedes con David. Yo tomaría su cuerpo y, entrado en contacto su sexo con el fluido que desprendiera el mío, produciría un empuje vertical que sería igual a la suma de nuestros respectivos orgasmos. ¿Cómo lo ve la señorita científica? ¿Es correcta la ecuación?

—Laure, estoy intentando disfrutar del sándwich. No me apetece imaginarte copulando con ese David. Eso sin contar que lo encuentro arrogante.

—Un poco de arrogancia no va mal: da seguridad en la cama. Además, por lo que se refiere a David, me apetece probar su pene circunciso.

En esto me atraganto de verdad y no es una metáfora.

—¿Eh? ¿Qué sabes tú?

—¡Pero bueno, Ophélie! David Rubinstein... es judío... ¿lo pillas? Judío igual a circuncisión.

—Reconozco que cuando escuchaba sus agresivas preguntas a Cate no se me ocurrió pensar en el estado de su pene.

—Pues deberías. A mí me gustan mucho los penes circuncisos. Son más bonitos, parecen helados de fresa.

—Ahora sí que estás delirando.

—Además hay una cuestión logística: como no hay prepucio, hay menos frotamiento y *monsieur* puede permanecer más tiempo y llevarte al orgasmo con más facilidad. Yo he experimentado con ambos, circuncisos y no circuncisos, y mis estadísticas personales no me permiten establecer la validez o no de esta teoría. Y a ti, ¿te gustan los penes circuncisos?

—Laure: sobre todo, lo que me gusta es poder comer sin pensar en prepucios. Prefiero...

De pronto me detengo en mitad de la frase, lo que sorprende a Laure.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tienes ese aspecto tan raro, la boca abierta y los ojos desorbitados?

—¡Michael! ¡Michael está entrando en el hotel!

Está aquí, al fin aquí, a menos de veinte metros de mí. Es la primera vez que puedo verle tan bien en carne y hueso como en las pantallas de cine o en las revistas. Su pelo entrecano. Sus hermosos ojos azules, de un azul profundo. Bueno, aquí estoy divagando un poco, pues lleva gafas negras. Pero qué talla y qué elegancia, incluso con unos tejanos, una camisa de *cowboy* y botas camperas.

Laure se ha vuelto para seguir la dirección de mis ojos. Le observa unos instantes y da media vuelta hacia mí.

—Vale, sí, es Michael Brown. No está mal, pero en el segmento de más de cuarenta años, me quedo con George Clooney. Lástima que haya preferido ir a la Mostra de Venecia para presentar *Gravity*.

—Mejor, voy a poder quedarme a Michael para mí. ¿Te das cuenta? Está aquí al lado y puede fijarse en mí en cualquier momento.

—No está a tu lado, está en la entrada del hotel y tú estás en el bar. Es más, yo en tu lugar preferiría que no me viera.

—¿Por qué? ¿Tengo alguna mancha en la blusa?

—No, pero con la boca abierta como una grupi de tercera, pareces tan pringui que saldría corriendo. Pringui guapa, pero pringui de todas formas.

¡Joder! Siento una descarga eléctrica. Si de verdad parezco una simplona, voy a tirar por la borda todas mis posibilidades, así que me enderezo, saco pecho *allegro ma non troppo* y adopto una pose reflexiva.

Aunque lo parezca, no es fácil. Cuando no lo piensas la cosa va bien, pero como quieras dar la impresión de inteligente, es como los trabajos forzados. Mi profe de expresión oral en la facultad nos decía que tratáramos de ser espontáneos, lo que no deja de ser el consejo más estúpido que he oído en toda mi vida estudiantil. Si uno trata de ser espontáneo, por definición, no lo es.

En fin, nos olvidamos y nos centramos en poner mejor cara. Le pregunto a Laure y que me diga.

—¿Mejor?

—La mirada sí, pero no sobreactúes: ni él es Bogart ni tú, por cierto, Bacall. Y de pecho no engañas a nadie: tu 90B nunca será una 90D.

—Yo no tengo una 90B, tengo una 85C.

Sigo su consejo. Mientras hablábamos he apartado los ojos de Michael unos segundos. De pronto, ahora oigo el sonido de su voz. A distancia, no puedo entender lo que dice pero por el tono percibo que está enfadado. Vincent, el secretario de prensa, parece que se está justificando. Le está echando una buena bronca. Michael se dirige al ascensor seguido de Vincent, que parece estar hundido.

Por una fracción de segundo, Michael se vuelve hacia el bar. Tengo la impresión de que me observa, de que nuestras miradas se cruzan y se me para el corazón. Aunque sea un auténtico cliché, esto es exactamente lo que siento.

Cuando caigo en la cuenta, ha entrado en el ascensor.

—Laure, Michael me ha mirado. Bueno, eso creo.

—¿Cómo que «eso creo»?

—Lleva gafas oscuras.

—Ah, ya. «Tal vez sí, tal vez no; lo más probable es quién sabe.» Tiene sentido: estamos en Normandía, la patria de la incertidumbre.

—Tu conocimiento de los comportamientos regionales me importa un comino cuando te hablo del acontecimiento más importante de mi vida.

—Oh, la jovencita saca las uñas cuando bromean con su anhelado objeto de deseo. Bueno, vale, me voy.

—No, no te ofendas, quédate.

—No me ofendo, pero tengo que pasar rápidamente por el apartamento. Te dejo.

Pagamos la cuenta y la acompaño hasta la salida del hotel. He decidido que me quedaré en el vestíbulo y esperaré a Cate para las entrevistas de las cuatro. Voy a ver los correos en el iPhone. Veré si encuentro a Christophe en chat. Con un poco de suerte, estará disponible. Reavivar la llama no estaría mal.

Aún no he terminado de contestar a mi segundo correo cuando irrumpen unos gritos. Esa voz la conozco demasiado bien: en inglés, con sutil acento neoyorquino y mucha clase, una hermosa voz grave y rica: ¡Michael! El ascensor se abre y sale él, seguido de un Vincent en estado lamentable, un guiñapo que intenta desesperadamente seguir a la estrella que tiene a su cargo. No sé lo que pasa, pero no me gustaría estar en su lugar. ¡La cosa está que arde!

Ahora logro oír lo que dice Michael.

—¿Por qué estoy siempre rodeado de gente inadecuada? ¿Por qué tienen que asignarme al secretario de prensa más retrasado mental que existe? ¿No tengo derecho a un poco de consideración? Recorro medio mundo para venir a una pequeña ciudad francesa que organiza un festival estadounidense y me reciben de esta manera... Yo no pedí venir, ¿verdad? ¿No ha sido el festival el que me ha invitado? Parece que incluso me van a hacer un homenaje, ¿o estoy soñando? ¿Quizá relacionado con mis dos Óscar? Venga, responda: usted habla inglés ¿no es así? No muy bien, se lo concedo, pero chapurrea lo suficiente para hacerse comprender.

Yo no creía que eso fuera humanamente posible, pero Vincent se ha arrugado aún más bajo la embestida de Michael. Ha debido de perder unos diez centímetros en toda la operación.

—Michael, se lo ruego, por supuesto que es usted un huésped importante y estamos dispuestos a todo para satisfacerle.

Michael le corta. Le observo, está furioso, pero aun con todo su enfado y su violencia está increíblemente sexi, está imponente.

—Podría empezar por encontrarme una secretaria de prensa digna de ese nombre. ¿Por qué siempre me ponen UN secretario de prensa? Si creen que soy gay se equivocan. Sé que algunos compañeros actores son gays y lo ocultan bajo matrimonios tapadera, pero yo le puedo asegurar que soy cien por cien heterosexual. La profesión de secretario de prensa requiere una habilidad y una finura femeninas que usted no tiene, mi querido Vincent. Ciné Organisation tendrá seguramente secretarias de prensa, ¿no?

En ese momento, no sé lo que me ocurre y me levanto sin pensarlo. Estoy a unos diez metros de Michael. Me he puesto de pie como una alumna cuando la llaman en clase: lo sé, es estúpido, pero es una especie de reflejo. Mi cuerpo ha actuado sin consultar a mi cerebro.

No sé si Michael ha notado mi movimiento, pero vuelve la cabeza hacia mí. Dios mío, qué guapo es. Esta vez, a diferencia de hace un momento, estoy segura de que me mira, larga e intensamente. Ha dejado de machacar a Vincent y se le ha dulcificado el rostro. Hasta creo distinguir el esbozo de una sonrisa.

Se dirige hacia mí. Su sonrisa se hace más amplia, avanza con la flexibilidad de un felino. Bueno, eso es lo que yo siento. Yo soy la gacela, subyugada por el avance del león, que ya no se atreve a moverse. El corazón se me dispara a no menos de ciento ochenta pulsaciones por minuto. Me pongo colorada, tiemblo, tengo calor, me encuentro mal... voy a desfallecer, voy a desvanecerme a sus pies como una idiota. No, por favor, voy a estar ridícula. En este momento necesitaría a Laure.

En pocos segundos está frente a mí. Huelo su perfume, su olor, una mezcla de Bleu de Chanel y sudor. En cualquier hombre normal esta mezcla sería desagradable; en él, embruja. No tengo tiempo de disfrutarlo. Se dirige a mí.

—Buenas tardes. ¿Trabaja en Ciné Organisation?

—Sí, señor.

—Déjeme presentarme. Me llamo Michael. ¿Y usted?

—Yo, Ophélie, señor.

Cada una de mis respuestas termina en un sir, en señal de respeto. Si me atengo a frases cortas, podría salir del apuro honrosamente.

—¿Sabe usted quién soy, Ophélie?

—Sí, señor.

—Llámeme Michael, Ophélie.

¡Vaya! Decididamente a los estadounidenses les gusta el trato directo. Ayer Cate y hoy Michael: de seguir así voy a llamar a todas las estrellas de Hollywood por su nombre de pila. Por suerte, en inglés no hay diferencia entre el tratamiento de tú y el de usted. No sé si sería capaz de cruzar la línea.

—De acuerdo, Michael.

He aceptado llamarle por su nombre pero nada de respuestas de más de dos palabras. Así puedo controlar mis emociones y evito hablar con voz temblorosa, para que no se dé cuenta. *Chi va piano va sano.*⁴

—¿Conoce un poco mi carrera, Ophélie?

—Sí, ha recibido dos Óscar.

De mi boca ha salido una frase entera. No necesariamente inteligente pero tampoco estúpida. Tiene una sonrisa amplia y divertida, una sonrisa que se refleja en sus ojos.

—En efecto, dos momentos de gloria en mi carrera. ¿Ha visto alguna de mis películas?

—Sí, Michael.

—¿Cuántas, aproximadamente?

—Todas, Michael.

Frunce las cejas. Está sorprendido.

—¿Ha visto todas mis películas?

—Sí, Michael.

—¿Incluso *Pánico extraterrestre en Broadway*?

Es su primera película. Tenía diecinueve años. Un verdadero tostón pero él ya era entonces guapísimo y actuaba bien. Bueno, para ser exacta, actúa correctamente, teniendo en cuenta que el guion era horrible.

—Esa también. La tengo en DVD.

Se ríe.

—Hubiera preferido que destruyeran todas las copias. En fin, ¡buenas noticias! Ciné Organisation no solo contrata a secretarios de prensa que parecen contables de extrarradio. También contrata a cinéfilas. Y no solamente a cinéfilas, sino a cinéfilas guapas.

Al decir esto, me lanza una mirada que me cosquillea en lo más hondo de mí y me saca los colores. ¡Joder! Otra vez... Debo de estar tan roja como su Ferrari.

—Ophélie, ¿quiere hacer algo por mí?

—Claro que sí, Michael.

—¿Quiere encargarse de mí durante todo el festival?

—¿Perdón?

No estoy segura de haber oído bien. No parece que esté bromeando.

—Ophélie, voy a tener muchas entrevistas por el homenaje y de verdad necesito a alguien que me ayude. Yo no hablo francés. Usted se desenvuelve igual de bien en la lengua de Molière que en la de Shakespeare. Por favor, Ophélie, ¿acepta ocuparse de mí en estos próximos días?

Oh, Michael, sí que quiero ocuparme de ti, no solo estos próximos días sino también los próximos cincuenta años. En inglés ha dicho *Do you want*: si acepto, debería contestar *Ido*, lo mismo que le diría a un sacerdote el día de mi boda.

Estoy soñando despierta, estoy a punto de darle el «Sí, quiero» a Michael Brown. Lo improbable, lo inconcebible, está ocurriendo.

Pero la vida no es sueño y la llegada de Christine, la adjunta de Bertrand, me lo recuerda bruscamente.

—*Hello*, Michael, ¿puedo hacer algo por usted? Me parece que tiene algún problema.

No, no, Christine, ya no hay problema, ahora él está conmigo.

De pronto, Michael se vuelve más frío.

—Efectivamente tenía un problema con mi secretario de prensa, pero creo que lo he resuelto. Ophélie se ocupará muy bien de mí.

Gracias, Michael, estoy totalmente de acuerdo. Le mimaré.

Pero Christine es de otro parecer.

—Sabe, Michael, no es tan fácil. Ophélie está atendiendo ya a otros invitados, así como a algunos miembros del jurado, de modo que no creo que sea posible.

—Al contrario. Si desean satisfacer a uno de sus invitados estelares, creo que todo es posible. Quiero a Ophélie.

¡Increíble! Al decir esto, me coge de la mano.

Yo, Ophélie Delacour, veinticinco años, natural de Saint-Germain-en-Laye, tengo mi mano en la de Michael Brown. Es demasiado bueno, me embarga un orgasmo emocional. Nunca me he sentido tan bien cogida de la mano con alguien. Hace frente a Christine, no me mira, pero lo más importante

es el lazo físico que nos une. Pierdo el hilo del combate que se está llevando a cabo. Aunque la discusión es virulenta, percibo que Christine está cediendo terreno. No es fácil resistirse al carisma y a la voluntad de Michael.

Desgraciadamente, el desenlace de un combate a menudo se decide con la llegada de refuerzos. Como Napoleón en Waterloo, me habría gustado ver llegar a Grouchy, pero quien surge es Blücher. Y en 2013, en Deauville, Blücher es una minúscula y enérgica mujer: Clara.

—Michael, Christine, ¿puedo ayudarles? ¿Hay algún problema?

De manera súbita e increíble, siento que Michael está más dubitativo cuando vuelve a explicar a Clara que es a mí a quien necesita como secretaria de prensa. Su demanda es más suplicante que imperativa. Hasta su mano me parece menos firme.

Clara, por su parte, es sólida como una roca.

—Michael, Ophélie no puede ocuparse de usted; ya está atendiendo a Cate.

—Clara, ella puede atendernos a los dos perfectamente. Por supuesto, la belleza y el talento tienen prioridad y Cate también.

Él le dedica esa sonrisa que ha hecho derretirse a todas las mujeres en la sala a oscuras. Todas las mujeres excepto una: desgraciadamente, esa mujer es Clara, que mira a Michael con la típica sonrisita fría de mujer a quien nadie se la juega.

—Michel, sabe mejor que yo que Ophélie no puede dedicarse a usted. No sería razonable.

Ella se vuelve hacia mí:

—Ophélie, suba al segundo piso. Le veo allí en un minuto. Tenemos que preparar las entrevistas de Cate.

Pienso en mandarla al diablo y negarme pero entonces pasa algo increíble: ¡Michael me suelta la mano! ¡No puede ser! Con dos frases Clara le ha tumbado y me abandona. Aun así, intenta salvar la honrilla con un último asalto:

—Clara, no puedo tener siempre secretarios de prensa hombres, no entienden nada de prensa.

—Muy bien, Michael, seguramente Christine podrá ocuparse de usted. Christine, antes de ser la adjunta de Bertrand usted era secretaria de prensa, ¿no es así? ¿Podría hacerse cargo de Michael? Basta con preguntárselo a Bertrand. Uy, precisamente aquí llega.

No espero a saber el parecer de Bertrand pues presiento ya su respuesta. Esta horrible mujer ha roto el sueño de mi vida y Michael me ha decepcionado. ¿Por qué se ha rendido tan pronto? Y Clara, ¿cómo ha podido llevarse el gato al agua con tanta facilidad?

Estoy rumiando estos pensamientos mientras la espero delante de los ascensores en la segunda planta.

Llega unos minutos después. Me echa una mirada y juzga mi estado psicológico en un instante.

—Tranquilícese, Ophélie. Es mejor para usted que no se ocupe del señor Brown, créame.

«Créame», ¡y una mierda! Primero, para mí ya no es el señor Brown, es Michael. Usted, Clara, no puede comprender lo que ha podido pasar entre Michael y yo en esos pocos minutos en que hemos estado cogidos de la mano. Al contrario que yo, usted es una solterona amargada que nunca podrá atraer a un hombre como él.

Me gustaría soltarle todo esto, pero asiento con la cabeza y la sigo a su habitación como una cobarde. Estoy en un estado alterado y paso la tarde en una especie de niebla. Me muestro profesional durante las instrucciones de Clara y en las entrevistas de Cate, pero me siento como indiferente. Ni siquiera sé si la gente puede percibirlo, pues soy capaz de sonreír. Sonrisas artificiales pero que tienen el mérito de existir. Solo Clara y quizá Cate, que me ha echado una mirada interrogativa, saben que no estoy en mi estado normal.

Cate es fantástica y sonrío durante las dos horas de entrevistas. Sus respuestas son inteligentes y divertidas. Todo va de maravilla. Al final, Cate me da las gracias. Más sorprendente aún, Clara me dedica un *Well done, Ophélie*. Debería sentirme por las nubes, felicitada por una de las más grandes actrices del mundo. Estoy logrando un magnífico éxito en este primer Deauville y mi carrera está lanzada, pero, sobre todo, tengo la impresión de que mi vida sentimental se tambalea.

Tenemos una pausa de hora y media antes de ir a la ceremonia de homenaje a Cate. Vuelvo al apartamento para cambiarme.

Laure está aquí. La saludo muy brevemente. Parece que desde el principio de la tarde me estoy especializando en parquedades.

—Hola.

—Hola, Ophélie. ¿Qué tal?

—Bien.

—¿Qué cara tienes! ¿Han ido mal las entrevistas de Cate?

—No, todo ha ido sobre ruedas. Hasta Clara me ha felicitado.

—¡Vaya! Eso sí que es excepcional. Desde que estoy en el cine, es la primera vez que oigo a alguien decir que la bruja Ferlani le ha felicitado.

—¿La bruja Ferlani?

—Sí, ese es su apodo en Hollywood, *The Ferlani Witch*, porque por un lado es capaz de hacer cosas mágicas pero por otro es también una sucia arpía.

—No me lo habías dicho.

—No, no quería desanimarte.

—Quizá has hecho bien. En efecto, es una sucia bruja.

—No comprendo. Me has dicho que te había felicitado.

—Es una larga historia pero, en resumen, ha hecho pedazos mi historia con Michael. ¿Puedes creerlo? ¡Me cogió de la mano!

Hablo de una manera un poco histérica, lo veo en los ojos de Laure, se está preguntando si no he perdido todo el control.

—Espera, Ophélie, a ver si te he entendido bien. Michael te ha cogido de la mano... ¿Michael Brown?

—¡Sí! ¡Durante cinco minutos! Hasta que ella dijo que yo no podía ocuparme de él.

—Pero no puedes ocuparte de él. Estás atendiendo a Cate.

—Y dale; gracias por la canción. Ya me la soltó Clara.

—Pero tiene razón. ¿Por qué ibas a encargarte de Michael cuando es a Vincent a quien se lo han encargado?

No es posible: me va a volver loca ella también. ¿Están todos unidos contra mí o qué? Mi voz sube de tono, estoy casi chillando.

—¡Me había escogido! ¡Michel me quería a mí!

Cuanto más grito, más calmada y suavemente habla ella.

—Ophélie, no les corresponde a los actores elegir a los secretarios de prensa, no deben comportarse como niños mimados.

Desde luego, tiene razón. Pero el hecho de que tenga razón es aún más irritante porque, siendo mi amiga, debería apoyarme. Me derrumbo y esta vez sí me pongo a gritar.

—¡Qué me importa! ¡Ha dicho que era una cinéfila, que era competente y que quería trabajar conmigo! ¿Por qué te pones del lado de ellos? ¡Es repugnante! He dejado pasar la oportunidad de mi vida.

Laure me coge las manos y me mira con un aire penetrante. El volumen de su respuesta es casi tan fuerte como el de la mía, pero conserva la calma.

—¡Ophélie, basta! Yo no estoy en tu contra, solo intento mantener cierta objetividad. No podías dejar a Cate justo el día de su homenaje, eso no es posible. Tienes que ser razonable.

Y ahí, de repente, me supera. Toda la emoción que he conseguido reprimir durante la tarde, toda mi estupenda flema británica durante las entrevistas, todo se derrumba y me echo a llorar muy despacio. Mi histeria ha dejado paso a un abatimiento lleno de tristeza.

Laure me abraza.

—Adelante, llora, llora todo lo que necesites. Reconozco que haber cogido la mano de Michael y haber tenido que soltarla es muy mala suerte, de verdad. ¿Y Michael? ¿Te ha dicho algo más?

—Que era guapa, una cinéfila guapa.

—¡Vaya! ¿Michael Brown, uno de los cinco tipos más buenorros del planeta, ha dicho que eras guapa y tú te pones a llorar? ¿No crees más bien que es un día espléndido? Esta mañana no te conocía y esta tarde ha alabado tu belleza. Creo que me voy a poner celosa.

—No, no puedes, tú prefieres a Clooney.

Al decir esto esbozo una pequeña sonrisa. Mi amiga, de verdad, es genial: ha conseguido hacerme entrar en razón y levantarme el ánimo en cinco minutos.

—Vamos, es hora de cambiarse para la velada.

Tiene razón. Hay que ponerse guapa. Seguro que Michael va a venir a la ceremonia. Quiero mostrarle que no soy solamente guapa sino también sublime.

Esta noche, me pongo un vestido de Zara tan corto como el de ayer y lo que piense la bruja Ferlany me la trae al paio. O mejor, ojalá se atragante al ver mis bonitas piernas y la mirada rendida de Michael cuando me vea. Me pongo un maquillaje extrasofisticado; nunca he sido tan mujer fatal como esta noche. Cuando Laure me ve, se queda extasiada.

—*Oh là là!* ¡Bombón a la vista! Michael Brown corre peligro de ataque cardíaco.

—No importa, le haré el boca a boca.

—¡Esa es la actitud y esa es mi chica!

Laure y yo vamos al encuentro de nuestras respectivas estrellas en el hotel Royal. He quedado en la *suite* de Cate. Cuando llego, Clara ya está allí. Me mira pero no hace comentarios sobre mi vestuario. Saludo a las dos, que me contestan un poco distraídas. No soy paranoica y sé que no es

debido al problema de Michael: las dos están hablando de la ceremonia y del discurso que Cate tiene que pronunciar. Por primera vez parece un poco nerviosa.

El trayecto confirma esta impresión. La concentración le da a Cate un aire muy severo. Es increíble, no parece la misma persona. El estrés es contagioso y me alcanza. Y pensar que dentro de unos minutos es la sesión de fotos. ¡Será un desastre!

El coche se detiene. Yo bajo primero y rodeo el vehículo para ir junto a Cate. El chófer le abre la puerta. Bertrand está allí también y le tiende la mano para ayudarla a salir. Bertrand, tan elegante con su esmoquin, tiene muchísima clase cuando quiere,...

La Cate que sale del coche no se parece en nada a la que había en el interior: ahora está radiante. Avanza sola por la alfombra roja, la siguen Bertrand y Clara, conmigo detrás. Su aspecto, con un magnífico vestido blanco de Armani, es el de una reina de verdad, con nosotros de súbditos. Cuando se detiene para las fotos, todos los fotógrafos tratan de atraer su atención, es una locura.

—¡Cate, por favor, Cate!

—¡Cate, aquí a su derecha!

—¡¡¡Cate, Cate!!!

—¡Cate, aquí, a la izquierda!

Se vuelve hacia cada uno de ellos con esa increíble sonrisa, esa sonrisa que ella convierte en única para cada uno. Gran lección de profesionalidad. Durante unos instantes, me olvido de Michael y de mi melancolía.

Pero la tentación no está lejos. Mientras los *flashes* crepitan para captar la belleza y la clase de Cate, llega otro vehículo treinta metros más allá. Christine baja de él, lo que también significa que llega Michael, suponiendo que Bertrand haya ratificado los cambios de secretario de prensa.

Y efectivamente ahí está. Esta vez, ni botas ni camisas de *cowboy*. Sencillamente lleva un esmoquin. Es la imagen perfecta de la clase y la belleza, como un perfecto equilibrio entre James Bond y el gran Gatsby.

Le miro muy brevemente antes de volver a centrarme en mis obligaciones como secretaria de prensa de Cate. Él no parece que me haya visto, lo que, por otra parte, es lógico: está a cierta distancia y yo estoy hacia atrás, en la penumbra.

Intento mirar al frente y resisto como puedo mientras sé que avanza hacia nosotros. Pasado un instante cuento los segundos: si al llegar a cien seguimos bloqueados, echaré un vistazo hacia él.

No, cien no es bastante: habrá que contar al menos hasta doscientos.

Uno, dos, tres, cuatro..., cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta. Tengo la impresión de sentir su presencia a mi espalda, justo detrás de mí. No voy a poder aguantar hasta doscientos. Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro..., noventa y ocho, noventa y nueve, cien. Quizá esté observándome, admirando mis piernas. Me alegro de haber escogido este vestido, espero que no lo encuentre demasiado corto. Comparada con Cate, es cierto que mi estilo parece un poco de zorra... Es muy difícil notarle tan cerca y resistirme a las ganas de mirar hacia atrás. Ciento uno, ciento dos, ciento tres..., ciento sesenta y cuatro, ciento sesenta y cinco, ciento sesenta y seis. Ya no puedo más. De golpe, me vuelvo. He llegado a ciento sesenta y seis, es

mucho más que los cien que me había propuesto al principio. No sé si ciento sesenta y seis tiene algo que ver con el número seiscientos sesenta y seis, que representa al diablo, pero mi pequeño diablo particular me ha dicho que ya era hora de afrontar su mirada y mi destino.

Para no dar la impresión de la típica grupi que mira a la estrella, trato de adoptar un aire de verdadera profesional abarcando la organización de la alfombra roja con una sola mirada.

Como intuía, Michael está a pocos metros, esperando tranquilamente a que Cate salga del *photocall* para poder pasar él. Está charlando con Bertrand. Con las manos detrás de la espalda, es la imagen misma de la paciencia. Ya no es la fiera que rugía horas antes, está sonriente. Por un instante tengo la impresión de que pestañea cuando me ve, pero no estoy segura.

—Venga, Ophélie, vámonos.

Entramos en el auditorio, guío a Cate y a Clara hasta sus asientos y se sientan en el sitio de honor. Al lado del asiento de Cate veo una etiqueta, «Michael Brown». La sala ya está llena. Le recuerdo a Cate rápidamente el desarrollo de las operaciones.

—Lionel Chouchan, el presidente del festival, hará una pequeña charla de introducción e invitará al presidente del jurado, Vincent Lindon, que le rendirá homenaje. A continuación, Lindon le pedirá que vaya a su encuentro sobre el escenario. Pronunciará el discurso y saldrá por los bastidores.

Clara interviene:

—Antes de dejar el escenario, Cate, no te olvides de los fotógrafos que están al pie del estrado.

—Clara está en lo cierto. Tendrá que dejar que le saquen más fotos. Clara y yo nos reuniremos con usted detrás del escenario.

En ese momento siento una presencia a mi espalda y también huelo un perfume, un perfume que he oído unas horas antes: ¡Michael!

Al sentarse en la butaca, su brazo derecho me roza la cadera. Ese contacto apenas perceptible me hace sentir una descarga de cien mil voltios.

Si leyera en una novela que un contacto tan ligero puede provocar semejante efecto en la protagonista, creo que tiraría inmediatamente el libro a la papelera, pensando cómo un autor podría escribir semejantes memeces. Sin embargo, lo siento, es la pura verdad. He sentido algo increíble.

Al mismo tiempo, mi cerebro funciona a dos mil por hora. Me pregunto si lo ha hecho a propósito o si podía haberse sentado sin tocarme. No tengo tiempo de darle muchas vueltas, las luces se apagan. Lionel Chouchan entra en escena. Me alejo unos metros para no interferir en el campo de visión de las estrellas y me agacho para no estorbar a los espectadores.

Lionel Chouchan es claro y conciso, como de costumbre. Nadie sabe cuánto me gustaría sentirme tan a mis anchas cuando me expreso en público. Dicen que es cuestión de costumbre pero pienso que se necesita sobre todo una gran seguridad natural.

A continuación le toca el turno a Vincent Lindon, presidente del jurado. Rinde homenaje a Cate. La fuerza de Vincent Lindon está en que él mismo escribe sus discursos y que, además de ser actor, es de los buenos.

Empieza de manera divertida, imaginando una conversación con Bertrand. La sala se ríe mucho. Luego viene la parte más seria, acerca de Cate, con un minifilm reseñando su carrera, donde se ilustra la increíble riqueza de su recorrido y su talento, un talento que Vincent Lindon elogia de modo

brillante. Dice que ella es la gracia, la inteligencia, la elegancia, el encanto y el excelente gusto de sus elecciones: en suma, que tiene clase.

Puede parecer una tontería pero al oír su discurso estoy doblemente orgullosa: por atender a Cate y por ser francesa y tener a un compatriota capaz de escribir un homenaje tan sencillo como conmovedor.

Invita a Cate a subir al escenario. Michael es el primero en levantarse de la butaca para tenderle la mano, ¡qué *gentleman*! Con su amable sonrisa y sin soltarle la mano, posa la otra sobre el brazo de ella en un ademán amistoso y parece decirle algo muy breve. Consigo leer en sus labios: *Break a leg*. Para alguien no iniciado esto podría sorprender, pero no para mí: en Estados Unidos, en el mundo del teatro, eso significa «buena suerte».

Me cuesta ver en este Michael tan gentil a quien, literalmente, ha destruido a Vincent.

Cate sube al escenario ayudada por Vincent Lindon, que ha ido a su encuentro. Pronuncia el discurso, que es muy hermoso. Se nota que está conmovida aunque domina bien las emociones. Habla de la suerte de ser actriz, de la belleza del oficio. Da las gracias a Deauville, a Ciné Organisation y a Vincent Lindon. A continuación dice unas palabras sobre la película de Woody Allen y luego desea una feliz velada a los espectadores.

Se dirige a los bastidores, olvidando a los fotógrafos. ¡Menos mal que le habíamos recordado el desarrollo de las operaciones hace apenas unos minutos! Pero soy injusta: durante la información, yo también olvidé a los fotógrafos. Fue Clara quien se lo dijo.

Afortunadamente, Vincent Lindon retiene a Cate por el brazo y la lleva hacia los fotógrafos. Se retira unos pasos pero ella le reclama a su lado. El presidente y miss Cate; podría servir como título para una comedia yanqui.

De pronto, Michel se levanta y pasa delante de mí seguido de Christine. Abandonan el auditorio. No verá la película. Ha venido para asistir al homenaje a Cate. Me gusta ese Michael, amable y respetuoso, más que el que montó en cólera con tanta violencia, aunque esto le diera cierta belleza venenosa.

Clara y yo nos reunimos con Cate entre bastidores.

—Clara, ¿cómo ha estado?

—Muy bien, Cate, has estado excelente hablando del homenaje que te han dedicado. Sobre la película, lo que has dicho de tu papel y del placer de rodar con Woody Allen ha estado perfecto. Solo te has olvidado de hablar de los otros actores, como habíamos decidido.

Creo que Clara es muy exigente, Cate ha estado sensacional. Afortunadamente, Cate piensa diferente y acepta la crítica de Clara.

—¡Maldición! ¡Es verdad, lo olvidé! Debe de ser la emoción. ¿Sabes, Clara? Después de recibir el Óscar no pensaba que un homenaje en una pequeña ciudad francesa pudiera conmovirme tanto, pero volver a ver todas esas imágenes de mis películas fue muy curioso, como si estuviera muerta y viera desfilarse mi vida delante de mí. Y también ese discurso de Vincent Lindon, primero divertido y luego más personal. Ha sido muy original, muy *french style*. Puede estar orgullosa de su compatriota, Ophélie.

En mi rostro aparece una amplia sonrisa. Me alegra su comentario. Al principio no me gustó mucho lo que dijo sobre Deauville, «una pequeña ciudad». Suena un poco reduccionista, pero está perdonada.

—Me ha parecido estupendo Vincent Lindon: el mejor discurso del festival.

Clara parece escandalizada. Cate, sorprendida.

¡Mierda! No puedo creerlo, ¿cómo puedo meterme en semejantes situaciones?

—Eh... Quería decir que ha estado a la altura de su cometido. No le comparo con usted, Cate.

Oigo a Clara refunfuñar.

—Menos mal; si no, habría que concederle un Óscar honorífico.

Cate ríe y me tranquiliza.

—No se preocupe, Ophélie, no soy susceptible, al menos no con este tipo de cosas. No ponga esa cara de perro abandonado. No hay ningún problema. *No hard feelings*... No obstante, le sugiero que vaya con cuidado, no todos los actores son como yo. En su oficio, «hay que hacer girar la lengua siete veces en la boca antes de hablar».

Aun con acento australiano, ha pronunciado en francés esta última frase y está contenta del efecto que ha causado.

—Esto es lo que dicen ustedes en circunstancias como esta, ¿no es así, Ophélie? Siempre me ha gustado esa expresión; es mucho más gráfica que el *you should think long and hard before talking* que se dice en inglés. Es una de las pocas cosas que sé decir en su lengua.

Clara nos llama al orden.

—Tenemos que irnos. Hemos quedado en el hotel dentro de media hora, donde nos esperará un coche para llevarnos al restaurante. Apenas tenemos tiempo para cambiarnos.

Vaya, primera noticia: creía que cenábamos en el mismo Royal. Cuando llegamos al hotel acompaño a Cate a su *suite* y la espero con Clara, que no se cambia, en el salón. Cate pide información acerca de la velada.

—Clara, ¿sabes quién viene a la cena?

—No, en realidad no. Fue Bertrand quien la organizó. Sé que no seremos muchos. Vendrán Michael y Vincent Lindon.

¡Michael Brown!, ¡Solo algunos invitados! Estas dos informaciones juntas provocan un nuevo chispazo. ¿Me sentaré quizá a su lado?... O en frente. No sé lo que preferiría. Enfrente, podría jugar con mi pie; al lado, buscar un roce entre nuestras rodillas o, mejor aún, poner su mano sobre mi muslo.

Ya está la pobre muchacha, otra vez desbarrando a la máxima potencia. ¡Tengo una capacidad increíble para montarme mis películas! A veces me pregunto si soy la única que se imagina cosas así o si es una manía compartida por todos los miembros de la especie humana. En caso de no ser compartido sino único, podríamos buscar una denominación psiquiátrica para definir mi tipo de locura: ¿Qué tal «síndrome de Ophélie»? Suena chic, ¿no? Definición: Forma de mitomanía que empuja al sujeto a fantasear con escenarios sentimentales o sexuales ante el mínimo estímulo.

Volvamos a la Tierra. Aun cuando no esté muy cerca de él, tampoco estaré muy lejos; no será difícil hablar con él.

Cate sale de la habitación. Cambiarse... ¡Vaya si se ha cambiado! Lleva un traje pantalón negro. Sin embargo, lo que no cambia es la clase con la que puede llevar cualquier cosa que se ponga.

Es hora de marcharse y las tres cogemos el ascensor. Dos plantas más abajo, Cate sale, seguida de Clara. Yo cierro la marcha.

Él está allí, en el vestíbulo, esperándonos. De momento estoy a la sombra de las dos anglosajonas.

Michael abraza y besa a Cate, además de felicitarla calurosamente por su discurso. Luego saluda a Clara con menos efusión. No da la impresión de que haya un especial *feeling* entre esos dos.

Cate se vuelve hacia mí con la idea de presentarme a Michael.

—Michael, le presento a Ophélie, la maravillosa secretaria de prensa que Ciné Organisation ha designado para ocuparse de mí durante este festival.

Michael me mira sonriente. Sonríe tanto con los ojos como con la boca: verdaderamente, tiene un encanto increíble.

—Ya nos conocemos. Buenas noches, Ophélie.

El cumplido de Cate, la sonrisa de Michael... Como para no ponerse roja como un tomate. Casi no tengo tiempo de contestarle y Cate le lanza una indirecta.

—Es verdad, lo había olvidado. Hasta he oído que la habías confundido con Helena de Troya y habías tratado de secuestrarla.

—Si tengo que hacer el papel de Paris, ¿cuál es el tuyo? ¿Afrodita o Atenea?

¿Quién dijo que los actores de cine no eran cultos? ¡Cate Blanchett actúa también en teatro! Trato de organizar mis recuerdos para seguir la conversación y tratar de comprender el papel de cada cual. Por suerte, en clase de griego hice una exposición sobre la guerra de Troya. Si no recuerdo mal, Paris es un príncipe troyano a quien Afrodita le ofrece el don del amor de la mujer más hermosa de Grecia, a saber: Helena. El problema es que Helena está casada. Paris la rapta, lo que desencadenará la guerra con los griegos y provocará la destrucción de Troya.

Entonces, si soy Helena, quiere decir que... ¡soy la mujer más hermosa del mundo! Es un buen principio. Así pues, si Michael es Paris, va a raptarme y a tener tres hijos conmigo. Eso empieza a parecerse al paraíso; si quiere cinco se los doy también. De todas maneras, siempre podremos mimarnos el uno al otro cuando nuestras respectivas responsabilidades haciendo bebés nos lo permitan. Solo una pequeña diferencia entre Troya y Deauville: Paris estaba soltero y Helena, casada, mientras que en nuestro caso es al contrario, pero no importa, no vamos a pararnos en detalles, volvamos a lo importante.

En cuanto a Cate, si es Afrodita, gracias a ella estaré en los brazos de Michael. Si es Atenea, se opondrá a nuestra unión.

Llega otro personaje al que me cuesta atribuirle un papel: Bertrand.

—Buenas noches. Podemos irnos ya. Algunos invitados nos esperan en el restaurante.

Christine se inclina hacia Bertrand y le sopla unas palabras al oído. Bertrand parece incómodo.

—Tenemos un pequeño problema con las plazas. Hemos reservado mesa para doce y ya hay ocho personas en el restaurante, de modo que somos uno más. Cate, ¿no le importa si la privamos de su secretaria de prensa en la cena?

No puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Este cerdo me está despidiendo de mi primera cena con Michael!

Cate me mira. Ve mi confusión y trata de salvarme:

—¿Podrían añadir un cubierto?

—Va a ser difícil, Cate. Además, a algunos invitados no les gustaría que fuéramos trece en la mesa. Son supersticiosos.

¡Alucino! Hace cinco minutos estábamos en la Grecia antigua y ahora nos regalan supersticiones vinculadas a la muerte de Cristo. ¡Eh, amigos, despierten! Estamos en el siglo XXI. Ya he encontrado el papel que no tenía para Bertrand. Encarna a Judas de maravilla.

Cate está indecisa, Michael no dice nada. Clara toma la palabra.

—Por supuesto, Bertrand. Podemos prescindir de Ophélie esta noche. Ya nos ha ayudado mucho a lo largo del día. Nos vemos mañana, Ophélie.

Se dirige a la salida. Problema resuelto.

Los demás empiezan a seguirla. No es posible, todo el mundo me deja sola, como una mierda.

Cate me besa con mucha amabilidad.

—Gracias, Ophélie, por todo lo que ha hecho hoy. Siento mucho lo de esta noche. Me habría gustado de verdad que viniera a cenar con nosotros.

No soy capaz de pronunciar palabra, de tanta aflicción como siento; apenas una pequeña señal con la cabeza, para mostrarle que le estoy muy agradecida por su atención.

Al cabo de un minuto estoy sola en el vestíbulo del Royal y cinco minutos más tarde estoy en mi habitación. Laure no está. Incluso aquí estoy sola.

Vuelta a la Tierra, alma de cántaro. Pensabas que podías tratarte con actores... ¡Qué sueño estúpido! No eres más que una pequeña secretaria de prensa, nada más.

No merece la pena atormentarse más. Acabaré estas líneas y voy a acostarme.

¡Qué asco de mujer esta Clara!

Noche del sábado 31 al domingo 1 de septiembre, 2 h de la madrugada

Cate es ciertamente una mujer extraordinaria. Más allá de su talento, es una persona maravillosa que se interesa por la gente, incluso la que trabaja para ella.

Lo que acaba de hacer me impulsa a escribir un nuevo capítulo de este increíble día del sábado.

Hace unas horas, estaba sola y desesperada. Ahora, sigo estando sola, pero en un estado de euforia.

Voy a recordar el orden en que sucedieron las cosas.

Después de escribir mi diario, me estiré sobre la cama, vestida. Poco a poco, el sol se puso y la penumbra se apoderó de la habitación. No hacía nada: no dormía, no leía, me quedé simplemente mirando al techo, apenas iluminado por una farola de la calle.

Más tarde, mucho más tarde, oí una llave en la puerta; era Laure. Antes de que encendiera la luz dije:

—Laure, no enciendas, por favor.

—¡Ophélie! Me has dado un susto espantoso, creí que no había nadie. ¿Quieres que me dé un ataque al corazón o qué? ¿Qué haces así en la oscuridad?

Y entonces enciende. La luz me da en plena cara y no es precisamente una bombilla de bajo consumo. Como poco me han abofeteado al menos diez mil watios. Cojo una almohada y me la pongo sobre los ojos. ¿Por qué la gente hará justo lo contrario de lo que le pedimos?

—Laure, nada de luz, *please*, estoy durmiendo.

—¿Cómo puedes dormir? Son apenas las diez y media. Además, sigues vestida. ¿Has cenado?

—No, no tengo hambre.

—¿Te encuentras mal?

—No, pero no tengo hambre.

—Tienes que comer para vivir. Ven conmigo. Voy con David al restaurante.

Y dicho esto, avanza hacia mí y me quita con firmeza mi almohada protectora.

—¡Laure, te lo suplico, déjame!

—¡Ni hablar! Supongo que otra vez se trata de un problema con Michael. ¿O quizá con Clara? Vuestras historias podrían conmover a un ama de casa de menos de cincuenta años adicta a las series de televisión, pero no a mí. ¡Hale, de pie! Te vienes. No se admite discusión.

Cuando Laure se pone así, resistirse es tan eficaz como la caballería polaca frente a los carros alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

—¡No me apetece ir! ¿Quién es David?

—David Rubinstein, el periodista de *Variety*.

—¿El que ha tratado de hacerle la puñeta a Cate?

—Que no, que es muy majo, además de inteligente.

—Ya veo, voy a ser la carabina. ¿Habrá más personas con nosotros?

—No, no creo. Vamos, no discutas. Nos vamos. Nos está esperando abajo.

Pocos minutos más tarde nos reunimos con David en un coche del festival, un Renault, como todos los demás vehículos, fruto de un acuerdo de colaboración entre la marca y Ciné Organization.

—David, te presento a Ophélie. Ophélie, David.

Farfullo un *good evening* sin entusiasmo. Él me responde *bonsoir* en francés con un fuerte acento neoyorquino.

Laure asume la responsabilidad.

—Os llevo al Central, en Trouville. ¿Lo conocéis?

—Sí, voy todos los años al menos una vez. Es un lugar ineludible de Trouville, igual que Les Vapeurs.

¿No será un poco fanfarrón este David? Yo es la primera vez que voy, no sé ni dónde está el McDonald's. No digo nada.

Solo unos cuantos kilómetros separan las dos ciudades normandas. El coche nos deja en el Central.

Pronto nos sentamos a una mesa; me pongo al lado de Laure y David está frente a ella. Es el problema de ser tres a la mesa es que siempre hay uno que se encuentra aislado. De todos modos, no importa; no tengo ganas de entrar en conversación.

Y aun queriendo lo tendría difícil para meter baza: Laure está en plan «pavo real que despliega la cola», aunque debería saber que, normalmente, es el macho el que utiliza la cola para impresionar a la hembra.

David ha intentado integrarme en la conversación, pero sin éxito. Creo que la única vez que ha oído el sonido de mi voz es cuando he pedido el *bouquet* de camarones.

Alterno quisquillas y camarones mientras escucho la conversación, bastante distraída.

El único momento un poco divertido es cuando Laure se lleva a la boca las colas de langostino para absorber la carne que está dentro. Al hacerlo, lanza a David unas miradas tan cargadas de sobreentendidos que el pobre hombre casi se asfixia con un mejillón.

Al final de la cena, David se dirige a pagar y nos deja solas en la mesa. Laure está en un estado imposible, parece un sirope de almíbar azucarado.

—Ophélie, es muy elegante por su parte el invitarnos.

—¿Qué dices! Es *Variety* quien paga. ¿Qué te crees? Pagará con la tarjeta de la empresa.

—Aun así, es muy atento por su parte. Es realmente un cielo, ¿no te parece?

¿Qué es esa expresión asquerosa? Creo que me gusta más cuando se pone vulgar.

—¿Cielo o muy cielo? ¿Será bueno en la cama?

—Ophélie, ¿qué te pasa? ¡No pareces tú! Parece que hubiéramos intercambiado nuestras personalidades. Creo que me estoy enamorando.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que no vas a acostarte con él esta noche?

—No, esta noche no...

David ha vuelto. Laure quiere ir a tomar una copa a un club. ¡Socorro! Yo quiero volver y morir sola y tranquila en mi cama, pero ella es inflexible y me obliga a acompañarlos. Subimos al coche del festival, que nos ha esperado, rumbo al Brummel Club, la discoteca del grupo Barrière. La ventaja es que está pegada al casino y a unos cientos de metros de nuestro alojamiento. Podré volver a pie si consigo huir.

David coge una mesa y pide una botella de champán. Me pregunto si también será con cargo a *Variety*. Se ha sentado entre Laure y yo, lo que, debido al volumen de la música, me impide por completo seguir su conversación. No importa, me da igual. Laure aprovecha la situación desvergonzadamente y se inclina sobre David para «charlar». Mientras tanto, yo tomo mi champán. Tras la segunda copa, me sirvo una tercera sin esperar a que lo haga David. No es muy elegante, pero él está lidiando con una mantis religiosa, o sea, muy ocupado, mientras yo tengo una pena de amor que curar. El champán va bien como remedio pero enseguida me hace ir corriendo a los lavabos, bastante limpios para ser un club. Cuando vuelvo a la mesa, al cabo de unos minutos, lo que encuentro es una maraña de piernas, brazos, bocas, lenguas, en vez de las dos personas que había allí hace un momento. Es curioso lo repugnante que puede ser ver a dos personas besándose con lengua cuando uno no está de humor. Aunque es una actividad que he practicado durante años, en este momento lo encuentro nauseabundo, igual que cuando veía a dos actores besarse en una película antes de cumplir los trece años.

Es la gota de agua que colma el vaso. Me voy sin siquiera despedirme. Avisaré a Laure por SMS.

Salgo del club y ahora hace un poco de fresco. La ventaja de estar en Deauville y no en Nueva York es que una chica puede andar sola por la calle sin peligro en plena noche.

Justo en el momento en que saco el móvil, que está sonando. Tengo un mensaje. Miro el número. Es un número estadounidense que no tengo registrado.

Lo abro. Está firmado Cate. ¡Qué sorpresa!

«Me gustaría visitar los cementerios americano y canadiense mañana por la mañana en las playas del desembarco, antes de abandonar Francia. Iré con Michael. Clara no desea venir. ¿Querría acompañarnos y reservar un coche para los tres? Quedamos en el vestíbulo del hotel a las nueve.»

Leo el mensaje tres veces para estar totalmente segura de que no estoy soñando. Cate ha organizado una salida solo para Michael, ella y yo. Esta mujer es increíble. La adoro.

Qué manera más hermosa de terminar el día y olvidar todos los tormentos anteriores.

Tengo que ir a dormir. Son ya las dos de la mañana. Tengo que levantarme dentro de seis horas.

Domingo, 1 de septiembre

Jamás hubiera creído que habría otro día más emocionante que el de ayer.

Y sin embargo, el domingo lo supera y pulveriza los registros. ¡Increíble!

Empieza el día con un despertar temprano. De tan nerviosa como estaba ante la idea de pasar la mañana con Michael, me costó mucho desconectar y no llegué a dormir más de tres o cuatro horas. Si para estar operativa necesito ocho horas de sueño, con menos de siete no estoy en plena forma, y con menos de seis estoy tan fresca como los pescados de Ordenalfabétix (esto para los que, como yo, son fans de *Asterix* y de su genial guionista, Goscinny).

Cuando suena mi iPhone tengo la impresión de que acabo de acostarme, lo cual nunca es buena señal. Voy corriendo a darme una ducha muy caliente. En los libros y en las películas, los personajes cansados se dan siempre una ducha de agua muy fría a primera hora de la mañana para recuperar la forma. Yo no puedo. Sé que el agua demasiado caliente es mala para piel y que me convertiré en una viejecita antes de tiempo, pero darme una ducha fría es más de lo que puedo soportar.

Al salir de la ducha tengo que elegir vestuario. Quiero gustar sin ir demasiado arreglada, no es tan fácil. Además, vamos a visitar cementerios y la ropa demasiado corta no es lo más apropiado. Decido copiar el modelo de Cate ayer. Elijo un traje pantalón azul marino con un top blanco con escote en forma de V. La diferencia es que lo que ella llevaba era de Armani y lo mío es de H&M. Llevo tantas cosas de H&M que podría parecer que me patrocinan, pero no es el caso: lo cierto es que me gusta mucho el diseño de sus colecciones y sus precios son perfectos para mi bolsillo. Me hace ilusión y no pongo en peligro mi economía. De repente me doy cuenta de que no oigo ningún ruido que venga de la habitación de Laure, pese a todo el ruido que he podido hacer en estos veinte minutos de preparación.

—Laure, ¿estás despierta? ¿Laure?

Si antes no estaba segura, ahora sí.

No hay respuesta. Dos hipótesis: o sigue borracha desde ayer o no ha dormido aquí. Vuelvo a llamar y después entro. No hay nadie y la cama no está deshecha.

En ese mismo instante, se abre la puerta de entrada del apartamento. Laure está de regreso y en plena forma.

—Hola a todo el mundo. ¿Qué pasa, tía?

—«¿Qué pasa, tía?» ¿Qué manera de hablar es esa? ¿Dónde estabas?

Ahhh, la retórica y sus formas: sé perfectamente dónde ha pasado la noche, pero a pregunta idiota, respuesta idiota.

—Estaba en la iglesia para la primera misa. Mala católica... Deberías haber venido conmigo.

—La misa de las siete, eso es nuevo. En lugar de blasfemar, date prisa en cambiarte, he quedado a las nueve en el Royal. No puedes pasar el día con la ropa del día anterior, es asqueroso.

—De acuerdo, será rápido, ya me he dado una ducha y estoy limpia como una patena, aunque no tengo ningún mérito: tenía un asistente para limpiarme y te puedo asegurar que no ha olvidado ninguna parte de mi cuerpo.

—Laure, no quiero saber ni escuchar tus jugosos relatos. Aún no he desayunado.

—Yo sí. He tomado mis vitaminas.

No digo nada; hago una mueca. Laure prosigue.

—No te hagas la remilgada. Es como si nunca hubieras practicado. A veces te pareces a una de esas heroínas vírgenes de tus novelas rosas.

—Escucha, debes saber que solo he leído *Cincuenta sombras*, que es un libro muy entretenido y en absoluto una novela de estación de tren. Es una novela de verdad. Ahora date prisa, al menos me gustaría tomar un café antes de marcharme.

Al cabo de doce minutos, Laure se ha cambiado y estamos en el bar del Royal. Laure me fuerza a tomar un cruasán y un zumo de naranja, además del expreso. Ella pide lo mismo pero le añade un bollito de chocolate.

—¡Qué apetito! ¿No te da miedo engordar?

Me mira con los ojos brillantes.

—Con la noche que acabo de pasar, podría tomar tres bollitos más sin peligro. Creo que he perdido mínimo un kilo.

—Así que te lo has montado con él.

—Pues claro, listilla. No todo el mundo duerme con chicos sin hacer nada con ellos.

Mierda, eso me hace recordar que esta mañana he recibido un SMS de Christophe. Aún no he tenido tiempo de contestarle. No importa, le contestaré en el coche camino de la playa Omaha. De todos modos, en Montreal son ahora más de las tres de la mañana y Christophe debe de estar durmiendo.

—Sin embargo, ayer me dijiste que te estabas enamorando y que no te acostarías con él. ¡Tu palabra y la de un borracho valen lo mismo!

Laure adopta un aire altivo.

—En realidad, no nos hemos acostado: hemos hecho el amor. Creía que alguien tan romántica como tú podría percibir la diferencia.

No respondo a la provocación.

—Supongo que no me podré librar de la narración de tus proezas con David.

—En absoluto.

—¿Sabes? El *Kama-sutra* a primera hora de la mañana, cuando se ha dormido poco, es pelín duro. ¿Me podrías hacer una sinopsis, sin entrar en los detalles?

—¿Para qué sirve una amiga que no quiere oír los detalles más íntimos? Además, te recordará a cosas que viviste en un pasado lejano. Así pues, fuimos juntos de fiesta al club. Besa muy bien: me puso en un estado imposible, terriblemente excitada. Empecé a frotarle la entrepierna con el muslo. Pese al grosor de su tejano, pronto me di cuenta de que sentíamos lo mismo, así que interrumpimos nuestros juegos para salir del club. Fue en ese momento cuando nos dimos cuenta de que habías desaparecido.

—¿Podría ser porque os calentabais como dos obsesos cuando aún no sabíais que me había marchado? Hay que ver hasta qué punto sois exhibicionistas.

—No, bueno, sí. ¡Qué sé yo! No estaba en condiciones de pensar. Toda la sangre había abandonado mi cerebro y fue a refugiarse en mi clítoris.

—Está claro.

—En resumen, por respeto a ti fuimos a su hotel.

—Gracias, sois muy amables.

—Y bueno, también fue porque él se aloja en el Normandy, que es un millón de veces mejor que esto. En el ascensor me encargué de que su pene estuviera *semper fidelis*.

—¿Le hiciste una paja? ¿En el ascensor del Normandy?

—¡Claro que no, no estoy loca! Imagínate que me encuentro a Bertrand, que también está en el Normandy. Le habría dado un ataque cardíaco. Seguí besándole y acariciando su erección por encima del pantalón. Si quieres que un tío siga excitado, con eso ya va bien. Al llegar a la habitación le dije que tenía un regalo para él y, sin dejar de mirarle a los ojos, deslicé la mano derecha por debajo del vestido y me bajé las bragas a lo largo de las piernas. Ya en los tobillos, saqué el tobillo izquierdo y con la otra pierna se las puse a la altura de la mano. Las cogió y luego las dejó caer al suelo. Por la manera en que se disculpó, supe que era un gesto voluntario. Al parecer, el señor estaba tan juguetón como yo. Se agachó para recogerlas, pero al enderezarse empezó a besarme la rodilla y subió por el muslo. De hecho, no exactamente por encima de la rodilla o, más bien, por el interior del muslo. Al final ya no eran besos sino lametones.

Hay que reconocer que cuando Laure habla de sexo, parece que lo estás viviendo. Mientras que a D.H. Lawrence le haría falta una renovación, Pauline Réage vería en ella a una digna sucesora. Me impresiona su relato. Y esto no es más que el principio. Continúa:

—Llegó a la altura de mi entrepierna. Me dio dos besos suaves en la parte alta de los muslos y de repente me lamió la vagina enterita, no solo el clítoris. Experimenté una oleada de placer que debió de hacerme lanzar quejidos. Le cogí la cabeza entre las manos para guiarle aunque, pensándolo bien, no creo que el hombre lo necesitara. En términos de *cunnilingus*, ha entrado directamente en mi top 3. Tuve que agarrarle por el pelo por agarrarme a algo cuando sentí que venía el orgasmo. Fue muy fuerte, de siete u ocho sobre diez en mi escala orgásmica, que es raro en una primera relación y, sobre todo, con nada más que sexo oral.

—Así que después de tu orgasmo tocaba el plano horizontal...

—¿Cómo? ¡Claro que no! Por su parte ni había empezado a disfrutar y, por la mía, me veía preparada para uno o dos orgasmos más. Después del *cunnilingus*, le empujé suavemente hacia atrás para que se sentara en una bonita silla tapizada, una de esas sillas tipo *chauffeuse*.

—No sé lo que es una silla *chauffeuse*.

—Una *chauffeuse* es una silla baja con respaldo alto, con un asiento relleno y muy cómodo, de la época Regencia que se ponía cerca del fuego, de ahí su nombre. El asiento bajo dejaba al ocupante al mismo nivel del fuego y el respaldo arqueado le protegía de las corrientes de aire.

Laure me da un curso sobre los muebles Regencia en medio de una secuencia pornográfica. Esta chica demuestra que está loca o es genial y que se puede ser ambas cosas a la vez.

—Y sexualmente hablando, ¿qué aporta tu *chauffeuse*? En tu caso no era necesaria: tú ya tenías el fuego en el culo.

A veces no puedo evitar dejar caer una expresión ingeniosa. Me siento orgullosa, esta no está mal, aunque Laure no parece valorarla como merece.

—Muy graciosa, pero no sube el nivel. Para una vez que te cuento el principio de una historia de amor...

—Creía que se trataba más bien del zorro nuestro de cada día, pero tú me dirás, no soy especialista.

—Tienes razón: no eres especialista. Por eso, cállate y escucha. La *chauffeuse* es una silla bastante baja. Le hice sentarse y le pregunté si tenía preservativos. Me dijo que los tenía en el neceser, en el cuarto de baño. Al fin un muchacho bien organizado. Cinco segundos más tarde tenía la caja en la mano, una caja azul. Decía «Love sex», conveniente y muy cierto también; «Durex», la marca, y luego «XL, Comfort XL, *extra large for greater confort*». Eso solo quería decir que, o el señor era demasiado pretencioso o yo iba al encuentro de una gran sorpresa. Cuando volví a la habitación me precipité hacia él para quitarle el pantalón y el calzoncillo. Creo que no había estado tan impaciente desde que tenía once años y me lanzaba al pie del abeto de Navidad para abrir mis regalos. En esa época me trajeron la casa de Playmobil, con todos sus muebles dentro. Su polla era la más ancha que había visto en toda mi vida. No muy larga pero gordísima, fuerte como un roble. Me pregunté si podría metérmela en la boca y descubrí que tenía la boca grande de verdad, lo cual me resultó útil para comérmela toda. La mamada es un satisfactorio estado mental. Disfruté ese momento aunque claramente no tanto como él. Le vigilaba porque no quería que se corriera en mi boca. Me apetecía demasiado sentirla dentro de mí. Así que abrí el envase del preservativo y se lo puse. ¿Tú sabes poner preservativos con la boca?

—¿Con la boca? No, no tengo vocación de masticar plástico. O se lo pongo con las manos o se las arregla él solo, como los chicos grandes.

—No es plástico, es látex. Es cierto que el sabor no es extraordinario, pero ¡a ellos les encanta! La talla XL no contingente era necesaria. Si no, el pobre podría haberse estrangulado. Después me senté sobre él, haciéndole entrar en mí, despacito. Por suerte, yo estaba muy excitada y en ese momento estaba la cosa que ardía. Creo que nunca un hombre me había llenado así. Quiso empezar un vaivén pero le dije que no se moviera. Tiró de mi vestido hacia arriba para quitármelo. Yo estaba casi desnuda, no llevaba más que el sujetador y decidí añadir un poco de candela. Esa es la ventaja de la *chauffeuse*: como es baja, podía controlar muy fácilmente el ritmo y la profundidad de la penetración. Es una posición ideal cuando tienes un amante agraciado por la naturaleza. Sentía cómo se acercaba el orgasmo. Me desabrochó el sujetador y empezó a lamerme las tetas, el toque final para llegar a la fusión. De pronto me desató. Creo que estaba gritando como una loca y noté ahí dentro que le había bajado un poco la prestancia, era justo del tamaño ideal. No pudo resistirse a mi ritmo desenfrenado y, a pesar del espesor del preservativo, pude sentir cómo eyaculaba, lo que desencadenó mi propio orgasmo. Y en ese momento le dije algo increíble, dije «Te quiero».

Aquí no pude evitar interrumpirla.

—¿Le dijiste «te quiero»? ¿En francés? ¿Lo entendió?

—Sí, en francés, pero lo entendió. Su bajo nivel en nuestro idioma se vio compensado por su cultura general aunque en muchas lenguas no es algo tan difícil de entender.

—Pero no es propio de ti decir ese tipo de cosas... Sobre todo tratándose de alguien que acabas de conocer.

—No sé qué me pasó, pudo ser el alcohol o el cansancio, pero me di cuenta de que en el momento en que lo decía, lo pensaba de verdad.

—¿Y te contestó?

—Me miró con una sonrisa encantadora y me dijo, con un acento muy fuerte «Yo también te quiero». ¡Es un cielo!

—¡Vaya! Qué fuerte. La parte del sexo en tu historia no me ha sorprendido, pero como dicen en las películas estadounidenses, la conclusión es un auténtico *twist*. Como cuando descubres que Kevin Space, al final de *Sospechosos habituales*, no es el discapacitado que pretende ser, sino que en realidad es el cerebro criminal de la historia. Así que, en resumen, has encontrado el gran amor.

—No lo sé, quizá, todo es posible... ¡Anda!, a propósito de gran amor, no te gires, pero te anuncio que el señor Michael Brown acaba de llegar. Está a diez metros detrás de ti. Parece que está buscando a alguien.

De repente me entran ganas de gastarle una broma a mi mejor amiga.

—Si está buscando a alguien, solo puede ser a mí.

—En tus sueños.

—¿Qué apuestas a que va a venir hacia mí?

—Una botella de champán. Mum o Roederer.

—Vale. ¿Qué está haciendo?

—¡Vaya! Tengo la impresión de que se acerca a nosotras. ¡Caray!, aquí llega.

No me vuelvo, espero hasta sentir su presencia. De pronto, llega hasta nosotras, siempre tan elegante y con tanto estilo, esta vez con traje oscuro. Lo que no ha cambiado son los aromas de Bleu de Chanel que le acompañan.

—Buenos días, Ophélie. ¿Cómo está? ¿Lista para nuestro pequeño periplo?

—Buenos días, Michael, sí, estoy a su disposición. Michael, ¿puedo presentarle a mi amiga Laure, que también es secretaria de prensa en Ciné Organisation?

—Buenos días, Laure. ¿Cómo está?

Los estadounidenses emplean el *How are you?* para todo, más como una manera de saludar que de interesarse por el interlocutor. Por lo que atañe a Laure, puedo decir que me estoy tomando la revancha de sus comentarios venenosos del día anterior. Así, con la boca abierta y la mirada un poco azorada, recuerdo haber visto en los acuarios muchos peces con un aire más inteligente.

Consigue farfullar una respuesta.

—Muy bien, gracias.

No la dejo recuperar el aliento.

—Vamos, Michael. Hasta luego, Laure.

Y salimos del bar. Michael, galante, me deja pasar primero. El coche espera fuera del hotel. Dejo que Michael tome asiento.

—Michael, le dejo que ejercite la paciencia unos instantes en el coche. Voy a buscar a Cate, no tardaré.

—No tenemos prisa, Ophélie. Puede esperarla igualmente conmigo en el coche. Creo que Cate no debería tardar. Así tendremos la ocasión de conocernos...

Al decir esto, me lanza una mirada intensa que siempre hace que me derrita. No es en realidad una mirada de seducción, es más sutil que todo eso. Es un hechizo, una expresión de su carisma que hace difícil cualquier negativa.

Y sin embargo, para mi propio asombro, me quedo con mi idea inicial.

—Gracias, Michael, voy a buscar a Cate, será lo mejor.

Y diciendo esto le planto y cierro la puerta del coche. Un segundo más tarde me pregunto por qué he rechazado como una imbécil ese mano a mano con el que sueño desde hace tanto tiempo.

A veces hacemos justamente lo contrario de lo que nos apetece. Cuando estaba en el último año de instituto, había aquel chico muy majo, Emmanuel. Él era de ciencias y yo de letras, pero entre clase y clase notaba que me miraba con frecuencia. Después de los exámenes finales hubo una gran fiesta y allí estaba Emmanuel. Era muy mono. Me miraba y me seguía de lejos pero no se atrevía a acercarse a mí. Yo tampoco me acercaba a él. Más tarde, a lo largo de la noche, una amiga vino a decirme que Emmanuel tenía muchas ganas de salir conmigo, lo que confirmaba que lo único que él esperaba era mi decisión para que empezara algo entre nosotros. Sin embargo, no me acerqué a hablar con él en toda la noche. Al final, me propuso acompañarme a casa. Bastaba con decir que sí y me habría besado al despedirse. A mí me apetecía mucho y, sin embargo, le dije que no merecía la pena, que Caroline tenía coche y que le quedaba de camino. Caroline no era ni siquiera una amiga, solo una compañera... Contra toda lógica y contra mi propio deseo, rechacé su propuesta. Días más tarde, supe que estaba con otra chica y nunca más tuvimos la oportunidad de salir juntos. Cuando se lo cuento a mis amigas, me dicen que si no acepté fue porque en realidad no me gustaba tanto. En realidad, me encantaba. Ya sé que no tiene ningún sentido lo que digo, pero es así.

Rehusar la oportunidad de charlar con Michael sin Cate es un sinsentido parecido: debería haber dicho que sí, he dicho que no y ya es tarde para cambiar de parecer. A diferencia de la historia con Emmanuel, espero que esta vez pueda tener una segunda oportunidad. Cuando vuelvo al vestíbulo, Laure me intercepta.

—¿Qué es ese plan? ¿Qué vais a hacer Michael y tú? Y en primer lugar, ¿adónde vais?

—Te lo digo pero no puedes decírselo a nadie. Michael quiere acostarse conmigo pero piensa que su habitación en el Royal no es un lugar lo bastante discreto. Por eso he reservado en un *Relais Château*, La granja Saint-Siméon, en Honfleur. He hecho la reserva a mi nombre, pero no te preocupes, es Michael quien pagará en metálico, para no dejar rastro. Tengo que dejarte. Es tan distraído que ha dejado los preservativos en su *suite*. Voy a buscarlos.

Lamento no tener una cámara de fotos para recoger su expresión. Se queda de una pieza. No dice nada.

Cuando llamo a la puerta de la *suite* de Cate, abre enseguida.

—Buenos días, Ophélie, ¿cómo está? ¿Ya ha llegado Michael?

—Buenos días, Cate. Sí, está en el coche.

—Muy bien, bajemos ya.

Cuando volvemos a pasar por el vestíbulo, Laure sigue allí. Su aire desconcertado se transforma en expresión de sospecha cuando me ve con Cate. Le gustaría hablar conmigo pero no es posible. Me muestra el teléfono para hacerme comprender que me va a enviar un mensaje. Asiento con un guiño.

Llegamos al coche y le abro la puerta a Cate. Cuando Michael se inclina para besarla se me oprime el corazón. Es una estupidez, porque simplemente se dan un beso y yo espero mucho más en el futuro, pero de momento me iría de perlas un pequeño *bisou* en la mejilla.

Cate interrumpe mi melancolía.

—¿Cuál es el programa, Ophélie? ¿Empezamos por el cementerio americano o por el canadiense?

—Por el americano, que queda más lejos. El cementerio canadiense está cerca de Caen, en el camino de vuelta a Deauville. Así podremos gestionar mejor el tiempo. No debemos correr riesgos y que pierda el avión esta noche, Cate.

Michael interviene.

—Cate, ¿regresas hoy a Los Ángeles?

—No, sigo en Europa. Presento la película de Woody Allen mañana en Berlín. ¿A qué hora tenemos que salir del hotel, Ophélie?

—El vuelo es a las nueve menos diez. Hay que salir de Deauville a las cinco.

En ese momento, recibo un SMS: ¡Laure!

«¡Hola, amiga mía listilla! ¿Es un plan a tres con Cate y Michael o solo vas a hacer de carabina?»

«¿Por qué no podría ser Cate quien hiciera de carabina?»

«¿Y por qué no Michael? Te haces un plan al estilo *Felpudo maldito* con Cate. En todo caso, reconozco que lo has hecho bien, me has dejado con la boca abierta.»

«Y soy yo quien va a descorchar la botella de champán.»

«Vale, no es justo en la medida en que fue un montaje, pero una apuesta es una apuesta. Fuera bromas, ¿qué hacéis, ahora? ¿Visitáis el cementerio americano?»

Está muy lejos de ser tonta, mi amiga Laura. No le ha hecho falta mucho tiempo para descubrir la verdad.

«Sí, te dejo. Tengo que atenderlos.»

«Vale. Diviértete.»

Michael y Cate están en plena conversación a propósito de unos agentes que no conozco. Aprovecho para enviar un pequeño mensaje a Christophe. Es curioso: me siento como si le estuviera engañando. Es una tontería, ya que apenas hemos salido juntos y por lo que respecta a Michael, aún estoy muy lejos de acostarme con él.

De momento, disfruto de este instante privilegiado. Hace buen tiempo. Michael y Cate hablan ahora de películas que han hecho o de otras que les han gustado. Yo escucho. ¿Qué podría aportar a mis veinticinco años? Me doy cuenta de que soy sumamente privilegiada.

Llegamos al cementerio a las diez y veinte. Ayer envié un email a Christine para que avisara de nuestra visita y, conociendo su celo profesional, no me sorprende ver a alguien que viene a nuestro encuentro: la responsable del cementerio, una mujer estadounidense.

Después de las presentaciones de rigor, nos ponemos en marcha.

—¿Es la primera vez que lo visitan?

Así es en el caso de Cate y en el mío, aunque, para mi sorpresa, Michael es un visitante habitual.

—He venido ya tres veces. Mi abuelo materno está enterrado aquí. Poca gente lo sabe y preferiría que siguiera siendo así.

Michel tiene una expresión grave. Yo asiento con la cabeza. Que nos hable así de su familia me transmite una sensación especial, como que nuestra relación evoluciona, que es más profunda.

Empezamos la visita por el memorial, en el que se eleva una estatua de siete metros de alto. El memorial está enfrente del cementerio, propiamente dicho, con una multitud de cruces blancas alineadas.

—Ophélie, ¿sabe cuántos soldados están aquí enterrados?

¡Ay! Voy a intentar darle una respuesta inteligente. Abarco el cementerio con una mirada. No hay que contar por cientos sino por miles, eso está claro, pero no pueden llegar a algo así como cincuenta mil, es imposible.

—¿Diez mil?

—¡Bravo! ¡Casi! Hay nueve mil trescientas noventa y ocho tumbas. Hay también un monumento a los desaparecidos que vamos a ver dentro de poco. El cementerio está situado encima de la playa Omaha, una de las cinco del desembarco, donde tuvo lugar la batalla más sangrienta. También se la conoce como *Bloody Omaha*.

Estoy muy orgullosa de haber dado una respuesta certera. Y también impresionada por Michael, que conoce casi tantas cosas como un guía profesional. Además, parece que ha adoptado ese papel en relación conmigo. No sé si Cate lo ha hecho a propósito, pero ahora estamos separados en dos grupos, el que formamos Michael y yo y, veinte metros más atrás, el de Cate y la responsable del cementerio.

Visitar con él este cementerio es de una rara intensidad emocional para mí. Me habla del desembarco y de la operación Neptuno, la primera fase de la operación Overlord. Caminamos entre cruces, algunas coronadas por una estrella de David. Michael se detiene delante de una tumba. En la losa dice: «Theodore Roosevelt Jr.».

—¿Sabe quién es?

¡Mierda, otra pregunta más! ¿Por qué los hombres con los que me relaciono se creen en la obligación de jugar conmigo a «¿Quién quiere ser millonario?» ¿Acaso tengo cara de concursante? Sé que Roosevelt era el presidente de Estados Unidos, así que no puede ser él. Doy la respuesta más lógica posible.

—¿Alguien de la familia del presidente de Estados Unidos?

—Exacto, pero ¿cuál? Hubo dos presidentes Roosevelt.

La cosa se complica y prefiero no dar respuesta. Es mi última palabra, como en el concurso de televisión. Michael se compadece de mí y desvela la solución:

—Es el hijo mayor de Theodore Roosevelt, que fue presidente de Estados Unidos justo antes de la Primera Guerra Mundial y también fue sobrino lejano de Franklin D. Roosevelt, que fue presidente durante la Segunda Guerra Mundial. Es uno de los únicos tres soldados de este cementerio que ganaron la *Medal of Honour*, la más alta distinción militar del país.

Escucho religiosamente, porque no sé nada en comparación con Michael. Por lo que respecta a Franklin Delano Roosevelt, solo podría decirle que la avenida que lleva su nombre está por la zona de los Campos Elíseos y que ahí se encuentra uno de los salones más grandes de la peluquería Dessange. Como aporte cultural es muy pobre.

Estamos delante de otra tumba, la de Robert Niland. Esta vez decido anticiparme, antes de que me haga otra pregunta.

—¿Es su abuelo?

Se ríe. Me encanta su risa.

—No. Robert Niland es uno de los cuatro hermanos en los que se inspiró *Salvar al soldado Ryan*, la película de Steven Spielberg. ¿La recuerda? En la película mueren tres hermanos y el gobierno decide repatriar al cuarto para evitar que todos sean aniquilados. En la vida real, uno de los cuatro fue prisionero de los japoneses y solo murieron dos. ¿Qué le pareció Tom Hanks en la película?

—Estaba muy bien. Pero en la película me gustó sobre todo la primera parte, que trata del mismo desembarco.

—Spielberg me contactó para hacer ese papel antes de elegir a Tom.

—¡Qué pena! Habría sido muy especial para usted, por lo de su abuelo. ¿Por qué no lo eligió?

—¿Sabe? No tenía la edad suficiente. Tom es mucho mayor que yo. Espero que no pensara que éramos compañeros de promoción.

Me hace poner colorada.

—No, Michael. Sé que usted es joven.

—¡Ahora sí! Temí que me pusiera en la categoría de los viejos.

Se ríe. No me cansaré nunca de esa risa. Proseguimos con la visita.

—Aquí está, Ophélie, mire, esta es la tumba de mi abuelo.

Leo la inscripción: «Preston Grant, 6/6/1944».

—¿Qué edad tenía?

—Veinticinco años. Había nacido justo después de finalizar la Primera Guerra Mundial, en 1919.

—Veinticinco años, muy joven. Tenía mi edad.

—Sí, no tuvo mucho tiempo para disfrutar de la vida, apenas para conocer a mi abuela y tener una hija con ella, mi madre, aunque nunca llegó a conocerla: murió antes de que ella naciera.

Es difícil hacer un comentario y me siento abrumada al ver que conversa de tantas cosas personales conmigo. Cuando pensaba en la relación que podríamos tener, nunca habría imaginado este tipo de diálogo...

Cate nos ha alcanzado. Michael le enseña la tumba de su antepasado y terminamos la visita todos juntos. La responsable del cementerio retoma sus funciones, que hasta entonces parecieran las de Michael, ahora silencioso y perdido en sus pensamientos, como vinculándose a ese abuelo al que nunca conoció.

Visitamos el jardín de los desaparecidos, donde un gigantesco muro en forma de arco contiene los nombres de mil quinientos cincuenta y siete soldados cuyos cuerpos no se encontraron.

Terminamos en la capilla. En el interior, cuatro banderas, francesa, estadounidense, canadiense y británica enmarcan un altar sobre el que están grabadas estas palabras: «Les doy la vida eterna y nunca perecerán».

Todos tenemos un aspecto serio al salir aunque me alegro de haber venido y haber compartido este momento con Michael, aun lejos de todo romanticismo.

Damos las gracias a la responsable del lugar y volvemos al coche, en dirección al cementerio canadiense de Bénysur-Mer. Ya son las once, no debemos perder mucho tiempo. Dentro del coche, silencio. Cate y Michael están inclinados sobre sus iPhones. Ambos atienden sus correos. Yo aprovecho para hacer lo mismo, pero no hay nada importante: Christine y Clara, cada una por su parte, quieren saber de nuestra pequeña expedición. Quieren estar seguras de que saldremos a la hora para el aeropuerto de Roissy-Charles-de-Gaulle y las tranquilizo: a más tardar estaremos de vuelta en Deauville a las dos, es decir, casi tres horas antes de la salida del hotel en dirección al aeropuerto.

A las doce menos cuarto llegamos al cementerio canadiense. Aquí también nos esperan. El cementerio es más florido y más pequeño, no tan grandioso, pero más bonito, si es que se puede calificar así un cementerio.

Me siento menos implicada que en la visita anterior. ¿Será porque aquí no hay vínculo con Michael? ¿Tal vez estoy cansada de ver tantas tumbas? Ese es el problema de mi generación: la Segunda Guerra Mundial nos queda tan lejos... Para la generación de mis padres, o la de Michael, cuyos abuelos estuvieron implicados, puede decirles algo más, pero para nosotros queda demasiado lejos.

Solo retengo en la memoria que hay poco más de dos mil tumbas, principalmente caídos en la playa de Juno, en un combate importante contra una división panzer, cerca de Caen. Por lo demás, me conformo con escuchar una conversación entre la guía y Cate, quien, pese a ser australiana y haber estudiado allí, parece más interesada que yo.

A las doce y media la visita ha terminado y volvemos a Deauville. Envío un mensaje a Clara y a Christine para informarlas.

De pronto, Michael nos interpela.

—Díganme, señoras, ¿no tienen un poco de hambre?

—Michael, tenemos que volver al Royal. Clara está esperando a Cate.

—Ophélie, usted me ha dicho que tenían que salir de Deauville a las cinco. Tenemos cuatro horas y media por delante. Aunque nos tomemos una horita para comer, estaríamos de vuelta a las tres.

No sé muy bien qué decir, me gustaría aceptar porque tengo hambre pero, sobre todo, porque tengo ganas de prolongar este momento con Michael.

—No sé si es muy conveniente, Michael. Christine podría despedirme al llegar.

Cate interviene con una sonrisa divertida.

—No tendrá ocasión de hacerlo porque Clara ya la habrá despellejado viva para ese momento.

—Sí, me da miedo.

Michael busca entonces el apoyo de Cate.

—Cate, os estoy invitando a comer. ¡No me puedes decir que no!

—Michael, siempre que estemos en Deauville hacia las tres, estoy de acuerdo, pero hay que dejar que decida Ophélie. Ella es la que tiene más que perder. Ophélie, seré franca con usted: Clara no será un problema porque trabaja para mí. En cambio, no puedo garantizarle nada con su jefe. Lo único que podría decirle es que yo estuve de acuerdo sobre esta comida. ¿Qué decide?

Ophélie, niña, te estás jugando la carrera pero, al mismo tiempo, esta comida es un giro en tu vida sentimental, un momento que esperas desde hace tanto tiempo...

—Sería mejor regresar.

Al decir esto, me giro y veo a Cate impasible, pero Michael parece decepcionado. ¡He decepcionado a Michael Brown! Antes de que se me rompa el corazón, mi diablillo tentador irrumpo en la toma de decisiones. En una décima de segundo doy un giro de ciento ochenta grados.

—¡Bueno, de acuerdo, vayamos a comer! Tenemos tiempo.

Cate tiene una expresión interrogativa, casi preocupada.

—¿Está segura, Ophélie?

—Sí, sí. No hay problema. Voy a avisar a Clara y a Christine.

—Avisé a Christine, ya me encargo yo de Clara.

—De acuerdo. Gracias.

Escribo un SMS a Christine, en un gran estado de agitación. Para darme seguridad, intento encontrar una justificación para mi decisión.

—Así aprenderán a no volver a repetir lo de la cena de ayer.

En el mismo momento en que pronuncio esta frase, caigo en la cuenta de su contenido infantil, incluso pueril. La reacción de Michael es inmediata y se echa a reír.

—Tiene razón, Ophélie. Ojo por ojo y diente por diente. ¿Adónde vamos a comer?

¡Vaya! No había pensado en la logística y le pregunto al chófer si conoce algún restaurante que esté cerca. Por suerte, es de la zona.

—Está el Bistro du Port, es pequeño pero excelente. Conozco a los dueños, Marcel y Véronique. Si quieren puedo llamar por teléfono.

Le digo que estoy de acuerdo. Vamos camino de otro cementerio canadiense.

Entonces suena el móvil. ¡Mierda! Es Bertrand. Van a saltar chispas.

—Hola, Bertrand.

—Ophélie, Christine acaba de decirme que van a comer en el cementerio americano y teniendo en cuenta el viaje inminente de Cate, no me parece que sea muy buena idea.

En la dialéctica de Bertrand un «no me parece que sea muy buena idea» significa que es una muy mala idea. En inglés, eso se llama un *understatement*, nosotros lo llamamos eufemismo.

—Sabe, creo que a Michael le hace ilusión y a Cate también.

—Si Cate pierde el avión esta noche será una ilusión muy cara.

Michael me hace una señal para que le pase el teléfono.

—Bertrand, Michael quiere hablar con usted.

—Buenos días, Bertrand. Me gustaría pasar un rato con Cate. Lo cierto es que no tenemos muchas oportunidades de vernos.

No puedo oír la respuesta de Bertrand, pero es corta.

—Sí, Bertrand, Cate está de acuerdo. No perderá el avión, volveremos a tiempo.

—...

—Sí, le paso a Ophélie.

—¿Sí? ¿Bertrand?

—Ophélie, no puedo hacer otra cosa más que permitirles ese improvisado pica-pica, pero usted es responsable del regreso de Cate a Deauville a tiempo. Más vale que lleguen a la hora.

—Sí, Bertrand, llegaremos a la hora.

Y colgó sin despedirse siquiera. Se le notaba muy muy nervioso. En efecto, por la cuenta que me trae estaremos de vuelta a las tres y cuarto, máximo tres y media.

Nueva llamada, esta vez de Clara para Cate y del mismo cariz de la conversación que acabo de tener con Bertrand, pero menos violenta. Es normal: después de todo, Cate es la jefa de Clara. No obstante, Cate debe emplearse a fondo para poner fin a la conversación.

—Escucha, Clara, soy mayor de edad, sé lo que hago y puedo comer con Michael si así lo considero. Estaremos a tiempo para el vuelo, no te preocupes. Hasta luego.

Y cuelga. Hay un momento de silencio y Cate esboza una conclusión a este fuego cruzado.

—Todo el mundo quiere regir nuestras vidas, pero seguimos teniendo derecho al libre albedrío. Lo digo sinceramente: me alegro de tener esta comida fuera de agenda con vosotros dos.

Llegamos a Courseulles-sur-mer en muy poco tiempo. Genial. Nuestro chófer aparca y nos conduce al Bistro du Port, un sitio realmente minúsculo, con espacio para no más de veinte personas; espero que les parezca bien a Michael y a Cate. El chófer va delante de nosotros. Nuestra llegada no ha pasado desapercibida y los propietarios del lugar, Véronique y Marcel, nos están esperando. Nos saludan en un inglés un tanto pobre. Pese a que el restaurante está lleno, nos han reservado una pequeña mesa redonda en la entrada.

Véronique nos instala, se aleja y regresa con un plato de embutido: salchicha francesa, chorizo y salchichón. Michael y yo nos abalanzamos sobre el plato. La salchicha está verdaderamente exquisita, es uno de mis productos favoritos. Quizá no tiene mucho glamur, pero Michael parece estar de acuerdo conmigo.

—¡Es delicioso, Ophélie! ¿Cómo lo llamáis?

—*Andouille*.

Él repite la palabra con un acento encantador.

—*Anduille*.

—No, Michael, *andouille*, no *anduille*. Se pronuncia *ouille*.

—*Anduille*.

Bueno, no vale la pena, no lo conseguiremos. Los angloamericanos no pueden pronunciar el sonido *ou*.

—¿Saben? *Andouille* es también un insulto que significa «idiota». *Quelle andouille!*, por ejemplo, significa «¡qué idiota!».

La dueña interrumpe mis clases de francés. Michael le hace un cumplido.

—¡Bravo por su *anduille*!

Ella está encantada y se nota que es muy habladora. Nos explica que los embutidos son de fabricación casera, hechos por la Trapa. Como ninguno de nosotros la conoce, nos explica que es una fábrica artesanal de Normandía creada por un monje, el padre Marc, y nos explica toda la historia

desde la creación. Después de todo, su inglés es mucho mejor de lo que yo pensaba, aunque hubiera preferido que no fuese así, ya que el tiempo pasa y estoy bajo presión debido al *timing*. Al cabo de un momento, con la delicadeza necesaria, Cate le pregunta si nos pueden traer la carta y regresa acompañada de su marido, Marcel, el chef. Véronique nos dice con orgullo que fue cocinero en Maxim's y que todo es de elaboración casera mientras Marcel nos describe los distintos platos. Los tres pedimos lo mismo: *foie-gras* de la casa, seguido de *vieiras a la courseullaise*.

Mientras Véronique trae la carta de vinos y Michael elige, es ya la una y cuarto. Se decide por un Chablis. Es un entendido.

—Es un primera cosecha Fourchaume de 2009, de Jean-Marc Brocard. Visité la bodega de este viticultor con Carolina hace algunos años...

¡Qué *shock*! Ese nombre me sentado como una ducha helada. Esta escapada dominical me ha hecho olvidar por completo que estaba casado. Entretanto, Michael relata su visita a Borgoña. Cate parece interesada pero yo no tanto desde que ha pronunciado el nombre de su esposa.

—... y tiene una bodega que es una verdadera cueva, excavada en el suelo arcilloso. Brocard es un enólogo extraordinario. Nos ofreció una degustación vertical y horizontal. ¿Sabéis lo que es?

Ya no estoy de humor para jugar a las adivinanzas. No me puedo quitar de la cabeza que si Carolina ha tenido una relación horizontal con Michael, yo no he podido conseguir más que una relación vertical. Una diferencia enorme.

Michael explica que una degustación horizontal se refiere a todos los caldos de un mismo año, mientras que en una degustación vertical, uno se remonta en el tiempo para probar todos los años de un solo vino.

A otra réplica de Cate, Michael vuelve a contar su viaje a Borgoña, el Morvan, la abadía románica de Vézelay y Château-Chinon, cuyo alcalde, Miterrand, se convirtió un día en el primer presidente socialista de la República. Recuerda haber visitado al menos unas diez iglesias románicas y góticas. Cate interviene.

—¿Carolina es católica?

—Sí, y de hecho es bastante practicante, por eso conozco muchas catedrales e iglesias en el mundo. Creo que podría escribir una guía.

Esta observación le hace reír. Se ríe de su propia broma. Por mucho que sea una estrella, debería saber que uno no debe reírse de sus propios chistes. Bueno, quizá soy demasiado dura. Es solo el efecto de mi mal humor debido a la aparición de Carolina en la conversación. Cate le pregunta:

—Pero ¿tú? ¿No eras protestante?

—Sí, eso fue motivo de una pequeña contrariedad para mis padres, pues Carolina quería casarse en una iglesia católica.

A mí, sinceramente, su catolicismo no me interesa: si es tan católica, ¿por qué no se metió a monja? En cualquier caso, bobadas, así podría evitar el divorcio cuando Michael quiera casarse conmigo. ¡Vaya! No había pensado que tendría que casarme con un divorciado: nuestra unión no podrá consagrarse en la iglesia. Mis padres y mis abuelos se quedarán decepcionados, pero no importa; al menos los padres de Michael no tendrán que volver a poner los pies en una iglesia católica.

La conversación se dirige ahora a la familia de Cate; se ve que Michael conoce a su marido, Andrew Upton, dramaturgo, guionista y director, y a sus tres hijos. Después de unos minutos pasando revista a todo el mundo, Cate decide que es hora de interesarse por mí.

—Y usted, Ophélie, ¿tiene algún amigo o un novio?

La pregunta es muy fácil pero la respuesta es muy difícil, por dos motivos: no puedo decir de verdad que Christophe sea mi pareja y, además, no sé si quiero dar a entender a Michael que estoy disponible.

—Eh... ¿Sabe? En París ahora los jóvenes ya no se comprometen de verdad... Tengo algo así como un novio.

Una chispa ilumina la mirada de Michael.

—¿Algo así? ¿Eso quiere decir amor libre?

Ha dicho *amour libre* en francés. ¿Qué quiere decir? ¿Qué soy una jipi o que me acuesto con cualquiera? Por mucho que sea mi Michael, no puedo dejarlo pasar.

—No, Michael, ya no estamos en los años sesenta y yo no soy tampoco una devota de los follamigos. Es complicado, no puede entenderlo.

Michael está desconcertado. Cate se fija en su cara y se echa a reír.

—¡Para que vuelvas a por otra! Mi querido Michael, si me hubieras preguntado, te habría dicho que, al contrario de lo que su aspecto delicado pudiera parecer, Ophélie es una joven de carácter.

¡Ay!, efectivamente, acabo de abofetear verbalmente a Michael. Ophélie, ¿eres tonta o qué? ¿No podías explicarle gentilmente tu historia con Christophe? Se me disparó la respuesta sin que controlara el tono de mis palabras. ¡Bravo por la manera en que aplicas el consejo de Cate! Sin embargo, ella te había advertido que había que tratar con mucho cuidado el ego de los actores. Acabo de suicidarme con Michael, profesional y personalmente. ¿Qué debo hacer? ¿Disculparme?

Michael me mira con aire enigmático, aunque si lo comparo con la cara que tenía cuando machacó a Vincent, no parece verdaderamente enfadado.

—Es verdad, Cate, tienes razón. Debería ser más prudente. Ophélie, le pido disculpas si la he ofendido.

Al pedirme disculpas, tiene una sonrisa que modera lo serio de sus palabras, pero a pesar de ese segundo matiz, ha dado marcha atrás. El 1 de septiembre de 2013 a la una y media de la tarde, Ophélie ha obtenido la rendición completa de Michael Brown, aún más impresionante que la victoria de los aliados sobre los alemanes en el 45.

Bueno, ahora me pongo un poco chulita mientras escribo estas líneas, varias horas después de dicha conversación, pero, en el momento, creo que más bien me puse colorada.

Añadió en francés una pequeña frase que acabó por desarmarme.

—*Je suis une anduille*.

Cuando lo dijo, sus ojos irradiaban inteligencia y humor. Cate se echó a reír y yo me derrumbé ante tanta belleza y tanta clase: si alguna vez lo había dudado, ahora tengo claro que es el único hombre al que podría amar al cien por cien.

La conversación continuó sobre mis padres, mi gato *Romeo* y mis deseos en la vida. Michael ya no me miraba del mismo modo. Incluso tuve la impresión de que, a partir de mi puntualización, conversamos como tres adultos en pie de igualdad. Hablamos mucho de cine y me alegré de poder

compartir mi pasión y mostrarle que mis conocimientos en ese ámbito no eran superficiales, aunque claro, ellos tenían la ventaja de la vivencia y hablaban de anécdotas con directores, actores y agentes. Está claro que hay muchos menos rodajes en Saint-Germain-en-Laye que en Hollywood.

Después del *foie-gras* nos sirvieron las vieiras y, de postre, Michael y yo optamos por la *mousse* de chocolate de Véro mientras que Cate no quiso nada.

A la hora del café, Michael pidió la cuenta y pagó en metálico: un billete de cien y otro de cincuenta. Tenía un fajo en el bolsillo. Me pregunto cuánto podía llevar encima. Yo creo que nunca he usado un billete de cien; de vez en cuando uno de cincuenta... La leyenda urbana que dice que los actores no llevan nunca un céntimo encima acaba de sufrir un duro golpe.

Michael no quiso recoger el cambio. Véronique le dijo que el servicio estaba incluido, pero él respondió que la calidad de la comida merecía ese precio y dejó veinte euros de propina. Marcel y Véronique nos acompañaron a la puerta y nos dieron calurosamente las gracias.

Miré mi reloj en ese momento. Eran las tres menos cuarto y no llegaríamos a Deauville antes de las cuatro, íbamos muy justos. Subimos al coche, donde el chófer estaba escuchando la radio.

—Podemos irnos. Vamos muy justos de tiempo.

Puso el contacto; bueno, lo intentó. Presionó el botón y nada. Una gota de sudor frío se deslizó por mi espalda más rápido que cualquier descenso de los que puedo hacer cuando estoy en Les Arcs, y sabe Dios que soy buena esquiadora.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé, señorita. No puede ser la batería, puesto que la radio funciona.

Michael, y sobre todo Cate, se preocuparon de inmediato por la situación.

—¿Tiene algún problema el coche? ¿Qué podemos hacer? ¿Se puede reparar? ¿Llamar a otro coche a Deauville?

Yo estaba muy pálida e imaginaba a Bertrand despidiéndome. Me veía inscribiéndome en la Oficina de Empleo buscando trabajo. Pero esto no duró más de un segundo.

—Henri, póngase en contacto con el número de la asistencia. Yo llamo a Christine para conseguir otro coche. Cate, quizá podría indicar a Clara que por favor pida al personal del hotel que vayan guardando sus cosas.

Llamé a Christine. Ya no tenía miedo, bueno, en realidad no tenía tiempo de tener miedo.

—Christine, tenemos un problema con el coche. Una avería.

—¿Dónde estáis?

—En Courseulles-sur-mer.

—¿A qué hora debéis salir de Deauville?

—A las cinco.

—Si os envío otro coche, no estaréis de vuelta antes de las cinco y media. Será demasiado justo para el vuelo de Cate.

—Hay que intentarlo. Mándanos un coche y me envías el móvil del chófer por SMS para que pueda coordinarme con él. Quizá podamos reparar la avería del coche si no es muy grave.

Colgamos. Me acerco al chófer para enterarme de las últimas noticias.

—¿Qué pasa, Henri?

—Me han contestado de la asistencia. Me han dicho que en este modelo puede ocurrir que se bloquee la electrónica cuando se utiliza la batería sin que el coche esté en movimiento.

En otras palabras, el coche está parado porque él ha estado escuchando la radio. No sirve de nada ponerse nervioso: de cualquier modo, ya es demasiado tarde.

—¿Y van a enviarnos a alguien de inmediato?

—Es domingo, no pueden prometernos nada. Si tenemos suerte, podemos tener aquí a un mecánico en una hora y media.

¡Eso no nos sirve!

Cate está muda, sentada en la parte de atrás del coche. Michael me pregunta, le explico el problema de la electrónica y se queda pensando unos momentos.

—Ophélie, acompáñeme.

Volvemos al Bistro para explicar lo que nos pasa. Marcel está afligido.

—Les llevaríamos, pero nuestro coche solo tiene dos plazas. Es un coche de reparto.

—No importa. ¿Tienen pinzas de batería?

—Sí.

—¿Podrían acercar su coche al nuestro lo más rápido posible?

—Sin duda.

He hecho de traductora durante toda esta conversación, por supuesto. Dado que no es un problema de batería, no sé muy bien lo que quiere hacer Michael, pero no quiero complicar más las cosas.

A los cinco minutos, la camioneta de reparto está junto a nuestro vehículo y Michael, que se ha arremangado, ha tomado el mando de las operaciones. Mientras tanto, Cate está al teléfono, visiblemente contrariada; debe de estar hablando con Clara.

Pienso en pedir ayuda y decido apelar a la caballería: llamo a mi papá querido, que quizá pueda ayudarnos a llegar a tiempo.

Y el milagro sucede: Michael ha pedido a Henri, el chófer, que ponga de nuevo el motor en marcha, ¡y el coche arranca! Amante como soy de los cochazos, nunca habría imaginado que el rugido del motor de un utilitario pudiera darme más placer que el de un V12 Ferrari.

Michael nos hace señas para que montemos, desconecta los cables, cierra el capó, da las gracias a Marcel y vuelve a subir al coche.

—Funcionar funciona, pero hay que evitar detener el motor hasta Deauville, pues corremos el riesgo de que se vuelva a parar otra vez.

—Michael, ¿cómo lo ha hecho?

—Pensé que si desconectábamos la batería y la volvíamos a poner en marcha con ayuda de otra batería, la parte electrónica podría volver a funcionar. En resumen, es como reiniciar el ordenador cuando se bloquea.

Este hombre es un genio. No solo es buen actor e increíblemente seductor, sino que además es muy inteligente.

—¡Michael, es usted un genio!

Cate a su vez ha recuperado la sonrisa y se siente tan aliviada que le da un beso a Michael.

¡Y yo también quiero besarle!

—Michael, yo le daré un beso en Deauville.

—Cuento con ello, Ophélie, cuento con ello.

La euforia se desata dentro del coche, aunque no hay que cantar victoria tan deprisa. En el mejor de los casos, llegaremos a las cinco menos veinte a Deauville o cuatro y media si Henri olvida los límites de velocidad.

Parece que ha elegido la segunda opción. Le da zapatilla.

En cuanto llegamos a los alrededores de Caen, Henri se vuelve hacia mí bastante agitado.

—¡Tenemos detrás de nosotros a dos gendarmes en moto!

—¿Iba a más velocidad de la autorizada?

—Sí, alrededor de ciento veinte, en lugar de noventa.

Michael ha comprendido.

—Henri, en ningún caso puede detenerse o el coche podría no volver a arrancar.

La inquietud se difunde rápidamente por nuestro vehículo y yo soy la única que permanezco en calma.

—No se preocupe, Henry. Todo va a ir bien.

Un agente en moto se nos acerca y nos adelanta por la izquierda. Cuando llega a nuestra altura, nos hace una señal, no de detenernos sino de seguirle. Y sigue adelante a ciento cincuenta kilómetros por hora.

Todo el mundo en el Espace está desconcertado, todos menos yo.

—¡Adelante, Henri, acelere! Nos está abriendo camino.

En efecto, el segundo agente en moto se ha situado detrás de nosotros. Michael es el primero en pillarlo.

—Ha sido usted la del truco de magia, Ophélie, ¿no es así? ¿Se ha olvidado de decirnos algo? ¿François Hollande es su padrino?

—No. Pero el mejor amigo de mi padre es comandante de la gendarmería en Calvados y probé suerte cuando estábamos con la avería.

Cate ha recuperado la sonrisa.

—Recuérdeme que le dé un beso al llegar.

Michael entra en el juego:

—Cate, yo también le daré un beso a Ophélie.

—Michael, no te aproveches de la situación. Además, puede que a una jovencita como Ophélie no le apetezca que la bese un viejo como tú.

—¿Me tomas por el señor de la Souche y a Ophélie por Agnès?

Esto es peor que jugar al Trivial Pursuit. De momento, consigo entender de qué hablan, está citando *La escuela de las mujeres*. Añado otra cualidad a Michael: conoce a Molière, por lo que apunto la casilla repertorio clásico francés. Decididamente, este hombre es perfecto.

Durante la charla vamos lanzados a casi ciento ochenta kilómetros por hora. El primer gendarme hace que se aparten todos los vehículos y, si es necesario, se acerca a los que no obedecen lo bastante deprisa. Es un verdadero espectáculo de equilibrismo, ¡impresionante!

A las cuatro y cinco estamos delante del Royal. He avisado a Christine por SMS. Nos hemos ganado al comité de recepción al completo: Bertrand, Clara y Christine. Cate es la primera en bajar y tranquiliza a todos.

—Todo en orden. Michael y Ophélie han salvado la situación. Tenemos mucho tiempo. Ophélie, vuelvo a bajar dentro de una buena media hora, lo que me lleve cerrar el equipaje. Clara, ven, acompáñame.

Clara me lanza una mirada cargada de reproche y sigue a su jefa mientras Michael nos regala un *see you later* y se esfuma igualmente. Al menos podría haberse quedado conmigo para afrontar la tempestad: La idea de la comida ha sido suya.

Bertrand da la impresión de estar bastante calmado. Me pregunto si voy a pagar caro lo ocurrido.

—Ophélie, espero que este episodio le sirva de lección. Siempre hay que dejar lugar a los imprevistos, no puede contar con la suerte en cada ocasión para salir del apuro. ¿Me comprende, Ophélie?

De hecho, en verdad está muy tranquilo. Sorprendente.

—Sí, Bertrand.

El problema es que salir en el último momento está realmente en el fondo de mi personalidad. Desde mi punto de vista y en mi vida privada, llegar dos minutos antes es perder dos minutos. Nunca reservo un margen pero, a partir de ahora, juro que en mi vida profesional lo reservaré. Estas dos últimas horas me han hecho envejecer cinco años y la única ventaja es que me he acercado más a Michael.

Bertrand prosigue.

—Igualmente debo felicitarle por su serenidad al gestionar esta crisis y por su espíritu proactivo. Bravo por la escolta de los gendarmes.

—Gracias, Bertrand.

—Pero le advierto que si vuelve a hacerme algo parecido, tendrá que pagar las consecuencias.

Me cuesta tragar saliva y me quedo callada. Me he salvado de la gran bronca, no me ha ido demasiado mal.

Mientras espero a Cate y a Clara, doy las gracias a los gendarmes. Su jerarquía los autoriza a acompañarnos hasta Roissy y es lo mejor que nos podría pasar: de este modo nos aseguramos de llegar a la hora para el vuelo de Cate.

A las cinco menos cuarto, Cate está ya abajo, acompañada de Clara y el botones. Tras despedirnos de Bertrand, nos ponemos en camino e incluso llevamos cuatro minutos de adelanto con relación a nuestra planificación horaria.

Escucho distraídamente la conversación durante el trayecto y poco después, ciertamente cansada por las emociones, me quedo dormida.

Cuando me despierto estamos en la periferia de París y al cabo de veinticinco minutos, estamos delante de la terminal 2 de Charles-de-Gaulle. Esta vez los motociclistas de la gendarmería nos dejan de verdad y Cate les da las gracias personalmente.

Tras facturar el equipaje con rapidez llega el momento del adiós. Cate me toma en sus brazos para el típico *hug* anglosajón, lo que supone una gran diferencia entre nosotros y ellos: nosotros besamos mejilla contra mejilla; ellos prefieren un abrazo más viril, o tal vez más higiénico.

—Gracias por todo, Ophélie. Ha estado formidable. Ha sido un placer trabajar con usted en este festival.

Luego se vuelve hacia Clara que le tiende un paquete. Para mi gran sorpresa, me lo da: es un perfume, Intuition, de Estée Lauder. Estoy emocionada, ¡un regalo de Cate!

—Cate, muchas gracias, no era necesario. Yo también he pasado un día maravilloso. Me alegro de que le haya gustado el festival. Espero que no me guarde demasiado rencor por lo sucedido hoy.

—¡Pero bueno, Ophélie! No ha sido culpa suya, fue Michael quien quería parar a comer. Fíjese, quizá lo hizo porque quería pasar tiempo con usted... En ese caso es usted responsable, indirectamente.

Como está sonriendo no sé si está de broma o no. ¿De verdad habrá querido Michael pasar tiempo conmigo? ¡Me pongo roja como una adolescente al tiempo que me deshago en negativas!

—Cate, no, él lo ha dicho, quería comer con usted, no conmigo.

—De acuerdo, hagamos como que nos lo creemos. Cuídese, Ophélie. No se deje deslumbrar por la luz de las candilejas.

La luz de las candilejas, qué bonita expresión, aunque no caer bajo el influjo de las celebridades es algo más fácil de decir que de hacer. Para Cate ya no es un problema, ya es famosa, aunque, bueno, creo que ella sabe lo que dice.

Después del abrazo de Cate me gano un apretón de manos de Clara, que me da las gracias, pero no con el mismo calor. No sé si me guarda rencor por las peripecias de nuestra salida de hoy o si siempre es así con todos.

Tras un último gesto con la mano, ambas desaparecen de mi vista.

Es hora de volver a Deauville. En el coche, parece como si me hubieran vaciado. Mi trabajo en este festival ha terminado y me siento huérfana. Tengo cierta melancolía.

Me llega un SMS de Laure.

«¿Qué estás haciendo, querida?»

«Acabo de acompañar a Cate al aeropuerto.»

«Ah, ¿entonces no estás en Deauville?»

«No, estoy en la autopista.»

«¿A qué hora llegas?»

«Hacia las nueve y media.»

«¿Vienes a nuestro encuentro en el restaurante?»

«¿Lo de “nuestro” va por David?»

«No, por Michael Brown. ¡Pues claro que es David, gansa!»

«Ya veremos. Estoy cansada.»

«Nada de “ya veremos”. Quedamos en Les Vapeurs, te reservamos un sitio.»

Esta nueva orden de la generala me molesta durante unos segundos, aunque luego pienso que tiene razón, soy joven y no voy a irme a dormir al llegar cuando puedo disfrutar de mi primer festival de cine estadounidense.

Me dejo mecer por el coche y vuelvo a pensar en lo que me ha dicho Cate: «Michael quería comer con usted». Esta frase me la he dicho un millón de veces los diez últimos años. Ah, si ella estuviera en la cierto... Michael... ¿Dónde estará en este momento? Aún quedan dos días, espero volver a verlo... Probablemente...

El coche me deja directamente en el restaurante de Trouville. Distingo a Laure y David al fondo de la sala. Ella se inclina por encima de la mesa para morrearle. No cabe duda: ¡eso es pasión! Nunca hubiera imaginado esto de Laure. Despotrico en francés para no incomodar a David.

—Buenas noches. ¿Acabáis ya con esas cochinadas?

Laure se levanta para darme un beso. Tiene los ojos brillantes, pero mi observación no la ha desconcertado.

—*Hello*, Ophélie. Puedo asegurarte que estas cochinadas, como tú dices, solo acaban de empezar. Ya te contaré, pero estamos batiendo todos los récords.

Como me ha contestado también en francés David no lo ha entendido, pero estoy segura de que ha intuido que hablábamos de él. Me besa en las dos mejillas, a la francesa. Estamos sentados exactamente en la misma disposición que la noche anterior, pero esta vez Laure me incluye en la conversación. De hecho, quiere que le relate lo que he hecho durante el día.

—Bueno, ¿cómo ha ido ese *ménage à trois* con Cate y Michael?

Ha vuelto a hablar en nuestro idioma, pero *ménage à trois*, aunque es una expresión francesa, la emplean con frecuencia los angloparlantes para referirse a las relaciones entre marido, mujer y el amante o la amante de uno de los dos. Además, al echar una ojeada a David veo que está intrigado. Ahora bien, como David es periodista, no sé muy bien qué actitud adoptar. Laure ha notado enseguida mi malestar y se vuelve hacia David.

—David, estamos entre amigos, lo que nos va a contar Ophélie es *off*.

Off es seguramente el término más importante para un periodista, el momento de confianza con su interlocutor en el que va a contarle cosas que no podrá repetir en su periódico.

—¡Es una lástima! Tengo la impresión de que voy a dejar escapar una gran primicia, pero soy corruptible, acepto sobornos.

Laure ha entendido el mensaje.

—De acuerdo, ¿te va bien el pago en especies? Lo negociaremos más tarde. Ophélie, te escuchamos.

Les cuento todo lo sucedido ese día en detalle. Laure y David tienen los ojos desorbitados. Solo omito una cosa: el comentario de Cate según el cual Michael Brown deseaba pasar un momento conmigo. No quiero que David o Laure le echen un jarro de agua fría a mi entusiasmo y mis deseos de creer que es así.

—... y Cate me ha regalado un frasco de perfume.

Laure pone una expresión un poco desengañada.

—¿Qué perfume?

—Intuition, de Estée Lauder.

—¡Vaya regalo! Me sorprendes, ella tiene un contrato con la marca. Tu perfume le ha salido gratis.

—¡Envidiosa! Eso no es lo importante, lo que cuenta es la intención.

No es habitual ver a Laure tan mezquina. En fin, cada cual tiene sus pequeñas flaquezas de vez en cuando. Ella misma se da cuenta.

—Sí, tienes razón, quizá es la envidia. Llevo mucho tiempo en este oficio y nunca había oído hablar de un día como el que acabas de pasar. ¿Y tú, David?

—No, efectivamente, no es que necesariamente me sorprenda que Michael Brown pase un largo rato con dos mujeres, pero no me lo habría imaginado visitando con ellas un cementerio.

Unas palabras cargadas de sobreentendidos. ¡Después de la envidia femenina, él hace gala de la versión masculina!

Durante el resto de la cena, hablamos de varias cosas y esta vez cada uno paga su parte. Si yo pensara con la misma saña de Laure, diría que David, ahora que se ha acostado con ella, ya no necesita invitarla, pero pensar eso es un poco de mala leche aunque se lo merezca después de su observación sobre mi regalo.

La agenda del resto de la noche es muy parecida a la de ayer: volvemos al Brummel Club, que ya parece una especie de anexo de la oficina.

La diferencia es que esta noche bailamos, en vez de permanecer sentados en las butacas. David no es un gran bailarín; después de dos piezas, ha vuelto a sentarse. Ha querido complacer a Laure, que se ha desatado a bailar en la pista aunque no ha sido la única, yo estoy casi a su nivel. Estamos llenas de energía y somos las reinas de la noche. Al cabo de una media hora volvemos junto a David para descansar un poco. Estoy empapada en sudor.

David parece que tiene ganas de volver y negocia con Laure. Buena suerte, querido David.

Me encantaría que David nos invitara a una botella de champán, como ayer, pero no puedo pedirla, eso no se hace. ¡Joder! Pedir una copa me va a costar un dineral y no puedo ponerla a cargo de la empresa. No soy tacaña, pero no me gusta la idea de gastar cincuenta euros en un club para calmar la sed. Le expongo el problema a Laure.

—Laure, ¿crees que debemos pedir algo de beber o crees que tu príncipe azul va a refrescarnos el gaznate?

—¡Refrescar el gaznate, que expresión tan fea! No puedo pedírselo, no sería correcto por mi parte.

¡Vaya suerte la mía! ¡De repente Laure se ha vuelto una joven delicada!

—Entonces ¿qué hacemos? ¿Vamos al bar a tomarnos una copa o seducimos a un ricachón para que invite a una copa a dos jovencitas sin dinero?

Por un momento, Laure duda; luego, su mirada se detiene de pronto en un punto concreto a la entrada del club.

—Creo que tu ricachón acaba de llegar...

Sigo la dirección de su mirada pero, antes de verle, ya sé de quién habla: ¡Michael!

Otra vez está vestido de manera informal, camisa de *cowboy* y pantalón tejano. A diferencia del otro día, no lleva botas de vaquero, sino unos mocasines negros. Me sorprende verle aquí, solo, pasada la medianoche.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Te está buscando, ¡qué cosas tienes!

Y sin darme tiempo para replicar a esta estúpida afirmación, empieza agitar frenéticamente el brazo derecho.

—Pero ¿estás loca? ¡Te va a ver!

—Eso espero, para eso lo hago. ¿Quieres la copa de champán o no?

Trato de hacerle bajar los brazos pero pierdo el tiempo. Se deshace de mí y, de todos modos, ya es tarde, Michael nos ha visto y se dirige a nosotras. ¡Oh, mierda, qué vergüenza! Me siento fatal. David tampoco parece estar del todo a sus anchas, solo Laure está tranquila. Cuando Michael llega a nuestra mesa, es ella la primera en hablar. Le tiende la mano.

—Buenas noches, Michael. ¿Se acuerda de mí? Soy Laure, la amiga de Ophélie.

—Claro que me acuerdo, Laure. ¿Cómo está? ¿Están de fiesta entre amigos?

—Sí, estamos celebrando el primer Deauville de Ophélie y también su cumpleaños. Creo que ya conoce a David.

—Buenas noches, David.

—Buenas noches, Michael.

El intercambio de saludos no es muy cálido, pura formalidad. Laure ha notado el ligero malestar y toma la palabra de inmediato.

—A Ophélie no se la presento. Creo que visitan cementerios juntos...

—En efecto, Ophélie y yo nos conocemos bien. Buenas noches, Ophélie.

Le tiendo la mano, pero Michael y yo hemos superado ya esa etapa que resulta un poco formal. Se inclina hacia mí y me besa. ¡Dos veces! Estoy en *shock*: ni siquiera he tenido tiempo de disfrutar del momento de tan sorprendida como estoy. Me gustaría mucho rebobinar el DVD y revivir ese beso. ¡Ostras! Fue tan inesperado que ni siquiera estoy impresionada, solo sorprendida.

—*Bonsoir*, Michael.

—¿Está celebrando su cumpleaños? Pero ya no tienen nada de beber, voy a poner remedio a esta aberración. Espéreme un momento, ahora vuelvo.

Se aleja para llamar a un camarero. Laure me guiña un ojo y yo le echo una bronca.

—¿No te da vergüenza? «Celebramos el primer Deauville de Ophélie y su cumpleaños.»

—¡Pero si estaba deseoso de invitarte a una copa! Además, así ya vas a tener algo de beber. De qué te quejas... Hasta te ha besado...

Michael vuelve momentos más tarde seguido de un camarero con un cubo de hielo y una botella de Cristal Roederer. ¡Jo! Ha debido de costarle una fortuna. Michael le hace una señal al camarero de que quiere abrir él la botella y dice algo que no consigo oír. Al cabo de un minuto el camarero vuelve con un sable. ¡Michael va a abrir la botella de champán con el sable! Esto es algo totalmente nuevo para mí, me da un poco de miedo: el arma impresiona bastante.

Michael me tranquiliza con una sonrisa.

—No tenga miedo, soy el mayor especialista de Hollywood. Póngase aquí, Ophélie. Laure, David, más hacia aquí.

Sujeta la botella con la mano izquierda, hundiendo el pulgar en el culo de la botella. Coge el sable con la derecha, lo apoya en el vidrio, lo desliza despacio una o dos veces y ¡ya! Con un gesto vivo la descorcha sin que apenas se haya escapado algo del precioso líquido: ¡es una gran hazaña! En todo caso, es mucho mejor que agitar la botella y hacer brotar el champán, como hacen de manera

un tanto vulgar las estrellas del deporte. ¡Qué desperdicio! El método de Michael tiene más clase y él lo ha hecho con tanta elegancia... No puedo evitar aplaudir como una chiquilla y Laure se une a mí, aunque un poco más moderada. David se abstiene.

Michael hace una pequeña inclinación de cabeza para agradecernos los aplausos y después llena cuatro copas.

—¡A su salud, Ophélie, feliz cumpleaños!

—Gracias, Michael.

—¿Es lo bastante joven como para que me permita preguntarle cuántas velas?

—Tengo veinticinco años, Michael. ¿Le sorprende?

—Yo calculaba más bien algo menos de treinta, veintisiete o veintiocho. No pretendo hacerla mayor para ofenderla, pero hoy me ha parecido que ha dado muestras de gran madurez y tengo que añadir que su cultura no es habitual en una chica tan joven.

Esas palabras me chiflan: estoy en la gloria. Por una vez, no me hacen más joven de lo que soy. Laure, detrás de Michael, finge un vómito para dar a entender que es *too much*. Luego se vuelve y se pone a hablar con David. Personalmente, las palabras de Michael me han hecho ilusión, no me parecen palabrería. Estoy contenta pero un poco incómoda, aunque Michael parece muy a gusto. Hablamos de literatura. Lee mucho, sobre todo novelas policíacas estadounidenses: Michael Connelly, James Ellroy, Dennis Lehane y algunos más. Me dice que lo hace por razones profesionales y a la vez por placer: para actuar en películas policíacas prefiere leer las obras originales antes que las adaptaciones del guion, y como se ha convertido también en productor, busca novelas que podría adaptar al cine. Es un hombre increíble. Por utilizar un viejo tópico, bebo sus palabras y devoro al hombre con los ojos.

Tiene la cortesía de preguntarme cuáles son mis lecturas. Compruebo que compartimos la pasión por los escritores suecos, especialmente Henning Mankell y Stieg Larsson. Michael me dice que estuvo a punto de actuar en *Millennium*, en el papel que finalmente hizo Daniel Craig.

—¿Por qué no obtuvo el papel? Daniel Craig y usted deben de ser de la misma generación, en este caso no puede ser una cuestión de edad.

—No, es una cuestión de desnudez. ¿Ha visto la película?

—Sí, me gustó mucho.

—¿Recuerda la escena de amor entre Lisbeth Salander y Mikael Blomkvist? Es una escena de desnudo integral con Rooney Mara cabalgando sobre su *partenaire*. No podía interpretar esa escena...

—¿Rechaza las escenas de desnudo?

—No, es Carolina, mi mujer, quien no estaba precisamente entusiasmada. Me obligó a rechazarlo.

—¿Es celosa hasta ese punto?

—Depende, no siempre, pero en este caso, la escena con la joven y turgente Rooney Mara le olía a chamusquina. ¡Básicamente ejerció su derecho a veto!

Dice esto con humor y me doy cuenta de que no puedo culpar a la esposa de Michael. De hecho, recuerdo ver la película y en esa precisa escena me acordé de lo que podría pensar la mujer de Daniel Craig al ver a su marido montándose, o más bien montado, por aquella joven belleza.

Porque honradamente, aun con su peinado de friki, sus pendientes en la nariz y el labio y sus tatuajes, Rooney Mara es un monumento: superdelgada y al mismo tiempo con nalgas, y un bonito pecho... La pesadilla de las mujeres casadas.

Michael me hace una confidencia:

—Ophélie, ¿puedo contarle un secreto? Yo mismo estoy escribiendo una novela policíaca, llevo alrededor de doscientas páginas. Nunca se la he dado a leer a nadie... ¿Accedería a darme su opinión?

Me siento halagada y sorprendida por esa confianza. ¿Por qué me hablará de algo tan personal, una obra que no ha dejado ver a nadie?

—Gracias, Michael, con mucho gusto, pero ¿realmente quiere que yo la lea?

Antes de que pueda contestarme, Laure se levanta y da la vuelta a la mesa para hablar conmigo.

—Nos vamos, tengo que pagarle a David un soborno. ¿Vienes con nosotros? David no querría dejarte sola.

—No estoy sola, estoy con Michael.

—Precisamente por eso. ¿Estás segura de que quieres quedarte?

—Sí, por supuesto. No te preocupes, Michael es muy majo; además, está aprendiendo a conocer a su futura mujer...

Al decir esto le guiño un ojo. Se ríe.

—Bueno, guarda la noche de bodas para más adelante.

A continuación se va junto a David. Los dos se despiden de Michael y se van. De pronto me siento vulnerable. Hay una pequeña incomodidad y es extraño, porque incluso antes de que mis amigos se fueran, los dos conversábamos tranquilamente. La diferencia es solo psicológica; me he quedado sin carabina. Michel hace una seña en dirección al bar o al *disc-jockey*. ¿Qué será este nuevo truco? ¿Me habrá pedido una tarta? Si es así, creo que voy a lamentar la impostura de Laure.

No sucede nada. Nueva canción y una larga introducción del cantante para el público:

—*We're so glad to see so many of you lovely people here tonight, and we would specially like to welcome all the representatives of Illinois' Law Enforcement Community.*⁵

Michael me mira interrogante.

—¿Lo conoce?

—Sí, está sacado de *The Blues Brothers*. Es la introducción de Dan Aykroyd al principio del título *Everybody needs somebody to love*.

—¿Y está de acuerdo?

—¿Con qué?

—Con que todos necesitamos tener alguien a quien amar.

La conversación adopta un giro un poco extraño. No veo muy bien adónde quiere llegar. ¿Es un mensaje oculto? En fin, si está hablando en código, no es demasiado difícil de decodificar. ¿Estoy soñando o Michael está proponiéndome un plan? Curiosamente, eso me incomoda más de lo que me excita. Él debe de notarlo, pues de inmediato se levanta y me tiende la mano.

—¿Quiere bailar conmigo?

No contesto. La música es pegadiza, me levanto en un estado un poco alterado de conciencia y le acompaño a la pista. Solo me da tiempo a pensar que *Everybody...* es un rock bastante rápido, así que habrá que ser competente. Espero que Michael sea una buena pareja de baile y que conozca los mismos pasos que yo.

Michael no es una buena pareja, ¡es excelente! Habrá recibido clases del mismo John Travolta. Enseguida encuentro el buen ritmo con él: me hace girar, vuelve a atraparme, espalda contra espalda, frente a frente, me coge en sus brazos para lanzarme a lo lejos antes de volver a atraerme hacia él... Todo ello en sincronía perfecta con el ritmo endiabulado de la canción.

No creo que Uma Thurman y John Travolta en *Pulp Fiction* bailaran mejor que nosotros esta noche. Lo estoy pasando mejor que nunca. Es la pareja de baile ideal. Además, es Michael, mi Michael. Estoy viviendo un cuento de hadas. Yo soy Cenicienta, él es el Príncipe Azul, estamos bailando, todo el mundo nos admira... Y, además, aquí no hay la duodécima campanada de medianoche, no hay carroza que vuelva a convertirse en calabaza... Tengo toda la noche para mí si así lo deseo e, incluso, toda la vida si Dios lo quiere.

Al final de la canción, otro fragmento de la banda original de *The Blues Brothers, Jailhouse rock*, lo que hace que prolonguemos nuestra actuación, sin necesidad de hablarlo, con esta canción y otras más que se van sucediendo.

Después de un cuarto de hora de rocks endiabulados, los dos estamos empapados en sudor. Michael gotea pero, a diferencia de la mayoría de los hombres, que se vuelven hediondos, su sudor solo aumenta su *sex appeal*.

Después de este cuarto rock, oigo ahora la voz de *crooner* de Frank Sinatra, es *My way*.

¡Ay, un lento! No puedo bailar un lento con Michael Brown. Primero, los chicos y chicas de mi generación no bailan lentos y, segundo, un lento es muy íntimo. Es extraño, a menudo he imaginado hacer el amor con Michael, pero no bailar un tema lánguido con él. Simulo batirme en retirada hacia nuestra mesa.

Me tiene cogida de la mano y me impide huir.

—Ophélie, *My way, Comme d'habitude*, una canción de Claude François, compatriota suyo, ¡no puede negarse!

Es tarde, es guapo, es sexi y no me resisto.

Aun cuando lo intentara, me tiene sujeta con firmeza. Me acerca a él, me hace girar como si inauguráramos otro rock, el quinto, esta vez al ralentí.

Y rápidamente, me coge la mano derecha con su mano izquierda. La otra mano la tiene ahora sobre mi cadera. La cosa se pone seria.

Mi nerviosismo desaparece muy rápido, ¡estoy entre los brazos de uno de los hombres más guapos de todo el planeta! Y aun así, me refiero a las clasificaciones de la prensa femenina, porque para mí el más guapo es él. Ya no me acuerdo si fue *Cosmopolitan* o *Elle* quienes le situaban únicamente a continuación de George Clooney y Brad Pitt.

El lento es un baile precioso cuando se ejecuta bien. Al contrario de lo que se cree, no es ni muy básico ni fácil: como el ritmo es pausado, hace falta precisión y la mínima desviación con la pareja se nota mucho, mucho más que en cualquier otro baile más rápido. También cuenta la manera en que

los dos cuerpos se posicionan: no hay que estar ni muy distantes ni demasiado pegados, a no ser que se esté ya en la fase de un tremendo beso con lengua.

Michael y yo no estamos ahí. Me guía con suavidad y firmeza y de pronto se pone a cantar. Disfruto de un dúo Michael Brown / Frank Sinatra. Si cualquier otro me hiciera eso, dejaría inmediatamente de bailar con él, no me interesa el karaoke, pero ahora es divino. Michael transforma un baile anticuado, el lento, que ya nadie se atreve a bailar, en un momento excepcional.

Es guapo, tiene una bonita voz, estoy en sus brazos... Pienso que nunca he experimentado un momento de tanta plenitud. Ha sido un día magnífico, seguido de una noche más fantástica todavía. A diferencia de lo que todo el mundo pudiera pensar, Michael y yo estamos construyendo una verdadera relación que aún no es amorosa, pero es un gran paso en la dirección correcta.

La música cesa pronto, demasiado pronto, y el DJ vuelve a un tema más actual; ahora me doy cuenta de que nosotros éramos los únicos que bailábamos cuando sonaba *My way*.

Volvemos a la mesa. Es tarde. Michael percibe una pequeña incertidumbre en mí.

—Ophélie, ¿le gustaría tomar otra copa o desea marcharse?

—Estoy un poco cansada, preferiría volver a casa, si no le importa.

Salimos del club y caminamos en dirección al Royal. Tengo una pregunta en la punta de la lengua.

—Michael, *Everybody needs someone to love*, ¿fue usted, verdad?

—No, Ophélie. Le he dicho que estoy escribiendo una novela, pero no compongo música...

Por su cara, veo que se está haciendo el tonto, que pretende no comprender el sentido de la pregunta.

—No, Michael, me refiero a elegir la canción. La seña que le hizo al DJ, ¿era por eso?

Hace una mueca.

—Lo confieso.

—Pero ¿por qué?

—Porque tenía ganas de que bailáramos juntos y me gustaba mucho la letra. Tiene que ver con usted.

¡Y que lo digas! Tiene que ver con todos: ¿quién no necesita a alguien a quien amar? Yo ya he encontrado al que quiero amar, desde hace diez años, y esta noche se encuentra justo a mi lado.

Guardo silencio durante un instante. Me ha venido otra idea a la mente.

—Y el lento, ¿también fue usted?

—Sí, fui yo.

—Pero un lento es muy delicado, bastante íntimo. Podría haber rechazado bailar con usted.

—Sí, podría...

Tiene una forma de decir eso que me mata. Creo que en ese momento no existe un tío más atractivo que Michael.

No digo nada. Estamos llegando a la entrada del hotel.

—Entonces ¿acepta ser la primera lectora de mi novela?

—Sí, Michael. Con mucho gusto.

—Si quiere, se la doy ahora. La tengo conmigo.

—¿La tiene aquí?

—Sí, bueno, no, está en mi *suite*. Venga conmigo, voy a dársela.

En esto me alegro de tener veinticinco años y no quince. ¿O estoy soñando o me está proponiendo como que me quede a ver sus grabados japoneses?

¿Qué hacer? Lanzo balones fuera.

—Es un poco tarde, Michael. ¿Puede dármela mañana?

—Ophélie, son solo dos minutos. De paso, podrá confirmarme si mi *suite* es tan bonita como la de Cate.

Confusa, siento que más bien podré comprobar cómo es la ropa de cama. En un segundo mi cerebro procesa un millón de informaciones y sopesa los pros y los contras. Contra: no hay que acostarse con un hombre casado; no hay que acostarse en la primera noche. Pro: es demasiado guapo, demasiado seductor, siempre lo he deseado. Añadir el plus: tengo veinticinco años, no me he acostado con un chico desde hace varios meses. El balance está claro: amplia victoria del pro.

—Muy bien, Michael. Voy con usted.

Una vez tomada la decisión, estoy serena. Ningún nerviosismo, salvo que me imagino cosas: ahora hay muchas probabilidades de que haga el amor con Michael. Sonrío internamente: puede que dentro de quince o veinte minutos esté besando a Michael, que estemos abrazándonos desnudos. Quiero sentir su boca en mis pechos y por todo mi cuerpo. Le quiero entre mis piernas, quiero que me bese ahí... Tengo una bonita ropa interior de encaje blanco. No de La Perla, sino de Aubade, muy mona. También me alegro de haber seguido el consejo de Laure e ir a la esteticista antes de venir a Deauville.

Michael me interrumpe.

—¿Está bien, Ophélie?

—Muy bien.

—Parece ausente. Espéreme un minuto. Voy a buscar la llave.

Se aleja hacia la recepción. En el vestíbulo veo a Vincent, el secretario de prensa que Michael rechazó. Me mira, mira a Michael y de repente, como si hubiera visto una boa constrictor, huye hacia un ascensor. Decididamente, este chico es muy extraño. Quizá, después de todo, Michael no estuviera equivocado...

Mi estrella regresa. Nos dirigimos a los ascensores. Presiona el botón de llamada. Mientras esperamos, los dos estamos silenciosos, compartiendo el silencio que precede a la tempestad... Esta vez estoy prácticamente segura de no equivocarme. ¡Ophélie querida, creo que Michael y tú vais a hacer el amor!

Michael presiona otra vez el botón. Ninguno de los ascensores baja, hay dos y ambos están en el cuarto piso.

—Ophélie, ¿cree que estará bajando una persona anciana o que será una joven pareja que busca un sitio original para hacer el amor?

Me hace enrojecer.

—Hablando de personas que se refugian en los ascensores, acabo de ver a Vincent hace unos minutos.

—¿Cree que Vincent... con un empleado del hotel?

Hago una mueca y río.

—No, espero que no.

—¡Vamos, Ophélie, debería tener una mente abierta! Vincent también tiene derecho a tener vida sexual. Bueno, le propongo esperar dos minutos más. Si los ascensores siguen bloqueados, subiremos a pie.

Podría utilizar este pretexto para escapar y volver al apartamento en Pierre et Vacances, pero ni siquiera lo pienso. He decidido que si él me lo propone, ocurrirá esta noche.

Al cabo de un corto lapso de tiempo, Michael me coge de la mano.

—Vamos, subamos por la escalera.

—¿Cuántos pisos, Michael?

—Tres.

—¡Tres! Siento que las piernas ya no me sostienen.

—Prometo darle un masaje para que se recupere.

Masaje en las piernas o masaje entre las piernas... Mi ánimo se vuelve travieso y Michael parece impaciente. No subimos las escaleras a velocidad normal, es más bien como si hiciéramos *footing*. Sigue cogiéndome de la mano y no sé si me soltará antes de que hayamos disfrutado juntos. Mi delirio de mitomanía habitual ha vuelto, pero esta vez parece que está anunciando con un poco de anticipación lo que va a ocurrir.

Ya está, estamos en el tercer piso. Sin dejar el ritmo de trote suave, entramos en el pasillo para encontrarnos delante de una magnífica puerta doble: la *suite* de Michael.

Me suelta la mano para buscar la llave. Bolsillo delantero derecho: nada. Esos segundos de inspección antes de poder entrar en lo que va a ser nuestra alcoba, además del principio de una nueva vida para mí, me parecen interminables. Bolsillo de atrás. *Yes!* ¡La llave! La desliza en la ranura, un pequeño clic, la puerta se abre a la *suite* pero, para mí, de forma más simbólica, también abre una nueva dimensión de la vida. Unos metros más y habré entrado en la cuarta dimensión.

Michael se hace a un lado y me invita con un gesto de la mano a cruzar el umbral de su guarida.

De pronto, una voz, a unos diez metros, en el pasillo.

—Michael, ¿tienen algún problema? ¿Puedo hacer algo por usted?

¡Christine! No puede ser. ¡Clara se ha ido y ahora es Christine quien juega al cabo primera! No pueden hacerme esta faena cada día. ¡Esto es peor que *Un día sin fin!*

—No, gracias, Christine. Solo quería darle un documento a Ophélie.

—Muy bien. Vaya, Ophélie, la espero.

Sigo a Michael. El globo del ambiente sexual de apenas cinco minutos atrás se ha pinchado y ahora el cansancio puede leerse en el rostro de Michael. Siento que a mí me pasa algo parecido. Michael se acerca a su escritorio, coge un texto y me lo da.

—Aquí está, Ophélie. Ya me dirá qué piensa de él.

¡Ah, de verdad tiene un manuscrito! Entonces ¿era sincero cuando decía que quería dármelo? ¿La conexión sexual que presentía era solo fruto de mi imaginación? Estoy agotada y ya no estoy segura de nada.

Me dispongo a salir.

—*Bonsoir*, Michael.

—Ophélie, ¿no se olvida de algo?

—Creo que no, Michael.

—Cuando arreglé el coche prometió besarme...

Es verdad, tiene razón. Me acerco a él, me abraza y le beso. Le beso en las mejillas ya que la puerta de la *suite* está abierta y Christine está fuera. Me habría gustado tanto besarle en la boca... Y poco ha faltado, ya que en el segundo beso nuestros labios se han rozado.

Si me hubieran dicho esto hace veinticuatro horas, habría saltado de alegría, pero ahora no es sino una débil compensación con relación a lo que esperaba.

—Gracias por esta noche, Michael,

—Gracias a usted, Ophélie, por la noche y por el día de hoy. Nunca hubiera imaginado un momento tan simpático al regresar de Deauville y, además, no lo olvide, ¡yo le debo igualmente un beso! Por los gendarmes. Y le prometo que el mío será mucho mejor que el suyo... Buenas noches, Ophélie.

Cierra la puerta entregándome una maravillosa sonrisa. ¿Va a darme un beso mejor que el mío? En vista de que nuestras bocas casi se han tocado, eso abre perspectivas y me devuelve la sonrisa.

Sonrisa de corta duración, ya que me encuentro frente a frente con Christine.

—Gracias, Ophélie, vaya a acostarse, es tarde.

No tengo ningunas ganas de entablar conversación.

—Buenas noches, Christine.

De pronto mi mente desconfiada se pone en marcha y mi lado Sherlock Holmes vuelve a surgir. ¿Qué hacía ella en el pasillo de las *suites* en plena noche? De verdad que no hemos tenido suerte: cinco minutos antes, o más bien un minuto antes, habría entrado en la *suite* de Michael y nadie se habría enterado. Y en ese momento estoy segura de que no me dispondría a devorar su manuscrito sino a saborear su sexo... Ophélie, cuidado contigo, pasas demasiado tiempo con Laure. Tus pensamientos se están volviendo tan desenfrenados como los suyos. Si los dos ascensores no se hubieran parado al mismo tiempo...

Pensándolo bien, esta historia con los ascensores es bastante extraña. Pese al cansancio, subo los escalones de cuatro en cuatro hasta la última planta. Llego al rellano y los dos ascensores están allí, con las puertas abiertas. Entro en uno y luego en el otro. ¡Alguien ha pulsado el botón de stop en los dos ascensores! No había posibilidad de que pudiéramos cogerlos Michael y yo: ahora comprendo que no era casualidad. Parece que a Vincent le encargaron esperar a Michael, pese a que ya no se encargara de él. Cuando nos vio en el vestíbulo a Michael y a mí, corrió a avisar a Christine. Como tenía que ganar tiempo, se le ocurrió la jugada de los ascensores. ¡Qué ingenioso y qué cerdo! Bajo la escalera peldaño a peldaño los cuatro pisos. No he desbloqueado los ascensores: lo siento por los demás festivaleros, ya se las arreglarán.

Regreso a nuestro apartamento. Está vacío, lo que no me sorprende: supongo que Laure estará dando volteretas con su periodista.

Aún me cuesta creerlo, el sueño de toda mi vida estaba a punto de cumplirse. No obstante, estoy mucho menos desesperanzada que el día anterior. Pienso que lo que acaba de pasar con Michael, la visita a los cementerios, los bailes, nuestra charla a solas, la emoción que hemos vivido cogidos de

la mano subiendo por la escalera del Royal..., todo eso no puede borrarse: es el principio de nuestra aventura. Las patéticas maniobras de Vincent y Christine no hacen sino posponer el momento que, inevitablemente, ha de llegar.

Voy a coger el manuscrito de Michael, leer algunas páginas y después, dejarlo a mi lado y dormir. Mañana pondremos la segunda piedra.

Lunes, 2 de septiembre

La noche pasada, después de escribir el relato del día, he hecho algo que no es habitual en mí.

Después de un paso relámpago por el cuarto de baño, me metí en la cama. Como estaba un poco nerviosa, empecé a leer el libro de Michael; me gustan los relatos policíacos y he leído bastantes, pero ninguno empieza como este... Su historia se sitúa en una universidad de Louisiana. En el pasaje inicial, una estudiante de literatura estadounidense escribe un ensayo y se lo da a leer a su profesor. De hecho, es un pretexto, y a partir de la cuarta página están follando como posesos encima del escritorio. ¡La novela de Michael es más pornográfica que policíaca! Avanzo rápidamente a lo largo del libro, leyendo en diagonal y cada diez páginas hay escenas de sexo. ¡Es ardiente, mi Michael! Nunca la podrá publicar bajo su verdadero nombre, tendrá que buscarse un pseudónimo, pero tengo que reconocer que el estilo no está mal en absoluto, especialmente cuando describe con mucho detalle la forma en que su protagonista y el profesor depravado echan un polvo.

La lectura, añadida a mis emociones de la velada y a mi frustración, tiene un efecto inmediato en mi libido. A pesar de que no tengo mucha práctica, decido seguir los consejos de Laure y entregarme al onanismo. Elijo un fragmento especialmente tórrido, en el que los personajes están en la playa y hacen el amor en el mar, para empezar a acariciarme. Paso las páginas con la mano izquierda y me acaricio con la derecha. Me parece raro porque no estoy acostumbrada: paso por mis senos y bajo directamente a la vagina, y me acaricio el clítoris. Siento placer. La imagen de Michael se superpone a la del profesor y me deja el papel de la estudiante. Rápidamente, cierro el libro y apago la luz.

Ahora estoy por entero con Michael sin intermediación de personajes de ficción. Los dedos se insertan en mi vagina para buscar el punto G. Subo, cosquileo el clítoris y después uno los dedos para imaginar la polla de Michael penetrándome. Mi mano entra y sale como si yo estuviera debajo de él y él dentro de mí. En mi imaginario, he elegido la postura del misionero. Él está encima de mí, apoyado en sus brazos musculosos. Su pelvis está pegada a la mía y yo uno las piernas por encima de sus riñones para que se hunda más profundamente dentro de mí. En algunos momentos, flexiona los brazos para besarme apasionadamente. Nuestras bocas se unen y nuestras lenguas tienen un lenguaje común. Mi mano en mi propio sexo ya no me pertenece, es Michael quien me hace el amor. Y, deliciosa sorpresa, el orgasmo en la vida real llega en el mismo instante que lo hace el de mi fantasía.

Los orgasmos solitarios no han sido una constante en mis veinticinco años de vida. No es que no lo consiga: simplemente, la masturbación no es una práctica que haya adoptado en mi vida. No es que sea una vieja reaccionaria que considera que es algo vergonzoso, pero es algo que en realidad nunca me ha atraído.

Tras este momento de éxtasis me sentía maravillosamente relajada y optimista y pensé que el sexo estando sola no era tan triste como podría creerse. ¡Sin duda repetiré!

Esta mañana al levantarme estaba en plena forma, pese a que no eran más de las siete y media y que otra vez había dormido menos de cinco horas.

Esas cuantas horas de sueño, claramente, no habían saciado mi apetito de sensualidad, pero esta mañana quería compartir algo con Michael en la realidad y, sin saber cómo, me vino una idea loca: como Michael no pudo acabar la noche conmigo, voy a ofrecerle que empecemos juntos el día. Me visto deprisa. Esta mañana llevaré ropa interior negra, creo que le gustará y, de todos modos, no pienso seguir llevándola puesta mucho tiempo. Justo antes de salir, entro en el cuarto de baño para echarme perfume por todo el cuerpo, incluso en los sitios más íntimos. No olvido lavarme los dientes y cepillarme la lengua con el cepillo dental. No me apetece nada tener un aliento de coyote en el momento en que bese al hombre de mi vida.

No he comido nada, pero no importa. Mi *breakfast* es Michael.

Ya comeremos manjares de esta tierra después de su segundo orgasmo y el quinto mío.

Voy corriendo al Royal. Estoy convencida de que estará encantado de verme. Además, en cuestión de sexo, los hombres son más bien de las mañanas e incluso podría ser que ya tuviera una erección matinal de esas que tensan pijamas. Y si no, no importa, me arrodillo y lo tomo en mi boca hasta que esté más duro que una barra de acero templado.

Como el día anterior, subo por la escalera de cuatro en cuatro. Hoy, la escalera es mi elección para prolongar la espera hacia el momento culminante. ¿O es quizá para volver a vivir el momento de la subida de ayer, cogidos de la mano?

Segunda planta, inicio la subida del tramo hasta la tercera. No me quedará más que el pasillo hasta llamar a la puerta de la *suite* 307.

Llego al rellano del tercer piso y allí me encuentro con un espectáculo sorprendente: hay una muchacha llorando. Su vestuario me indica que es una azafata del festival. Está en un estado lamentable, con el cabello en desorden y el maquillaje corrido a causa de las lágrimas.

Mierda ¿qué hago? No puedo dejarla justo enfrente de los ascensores del piso donde se alojan las estrellas. Dentro de poco, todo el mundo va a empezar a bajar y se toparán con esta pobre criatura desesperada y se va liar una buena.

He aquí un verdadero dilema entre conciencia profesional y deseo personal. Finalmente, me convengo de que puedo conciliar ambas cosas. Le dedicaré cinco minutos a la muchacha y luego iré a ver a Michael. Una especie de sexto sentido me dice que no es prudente, que debería dejarla plantada e ir directamente a la *suite* 307, pero decido no hacerme caso.

Me acerco a ella. La miro. En circunstancias normales podría parecer bonita, pero aquí, así, da la impresión de no ser gran cosa.

—¿Cómo está? ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien. Todo irá bien.

Y vuelve a estallar en sollozos. Eso lo dices tú, que todo irá bien... Mierda, creo que voy a tener que pasar con ella más tiempo del previsto.

—¿Cuál es el problema?

—Es Michael... Hay un problema con la firma...

¡Michael! Se me paraliza el corazón al oír este nombre. Intento serenarme.

—¿Michael? ¿Michael Brown?

—Sí, Michael... La firma...

La crisis de llanto es aún más fuerte. Lo que dice no es muy inteligible pero está claro que habla de Michael Brown. En cuanto al problema de la firma, no entiendo nada.

¿Qué hacer? ¿Llamar a Christine, a Bertrand? Si elijo esta opción ya puedo olvidarme de mi desayuno pícaro con Michael. Llamo a la recepción desde el móvil.

—Sí, buenos días, Ophélie Delacour de Ciné Organisation. Hay un problema en el tercer piso. ¿Puede pedirle al responsable que suba?

Espero salvar la situación confiándole a la joven y, a continuación, corro a llamar a la puerta de Michael.

—¿Cómo se llama usted?

—Chrystelle.

—Trate de arreglarse un poco. Va a venir alguien a ayudarla.

Acabo de darme cuenta de que tiene la blusa desabrochada, mostrando un escote profundo. Se le ve el sujetador que a duras penas contiene un pecho generoso. La clase brilla por su ausencia. La cremallera de la falda no está del todo cerrada... Le indico con una seña que se arregle un poco y se recompone.

Se abre el ascensor. Es el director en persona quien ha venido hasta aquí. Me reconoce de inmediato.

—Buenos días. Usted es la secretaria de prensa encargada de Cate Blanchett. ¿Qué pasa?

—Es esta joven. Hay un problema. ¿Puede acompañarla abajo?

—De acuerdo. Ya me ocupo de ella.

Se dirige a la joven Chrystelle y le pasa la mano bajo el brazo.

—Señorita, ¿quiere bajar conmigo?

Ella se libera de forma violenta y sufre una nueva crisis de llanto.

—No me voy hasta que no haya visto a Michael Brown.

Vale, ya entiendo. Es una grupi. Me dirijo al director.

—¿No puede pedir al personal que le ayude a hacerla bajar?

—No, no es posible. Si es un problema con Michael Brown, le compete a usted hablar con sus superiores.

Comprendo el punto de vista del director, pero también que esta cabeza de chorlito acaba de tirar definitivamente por la borda mi desayuno pícaro con Michael.

Hablo con Bertrand por el móvil y en cinco minutos está aquí. De un vistazo, ha evaluado la situación.

—Ophélie, voy a ver a Michael. Quédese aquí con esta joven y espéreme.

No estaría de más un «por favor» acompañando la frase... Bueno, tiene aspecto de estar un poco estresado y decido perdonarle esta descortesía poco habitual.

El director vuelve a bajar, el muy cobarde, y me quedo sola con Chrystelle. Debería tratar de reconfortarla o, al menos, intentar comprender lo que le ha pasado, pero no tengo ganas de hacer ese esfuerzo. Estoy bastante nerviosa. No puedo creer que, por segunda vez en pocas horas, no pueda cumplir mi destino.

Ya lo sé, «cumplir mi destino» es un tanto hiperbólico. Laure, en cambio, diría que mi polvo de una noche me ha hecho un *ghosting*. La realidad se encuentra en la intersección de estos dos escenarios.

Bertrand llega unos instantes más tarde.

—Señorita, Michael la recibirá. Ophélie, ¿puede quedarse aquí un momento, por favor? Michael la recibirá a usted después.

¡Michel va a «recibirme»! ¿Qué es este delirio regio? ¡Voy a ser digna de una audiencia!

No tengo tiempo de reaccionar. Ya se han ido y me quedo sola como una imbécil.

No sé si es solo una impresión, pero me parece que tardan un montón. ¡No es posible! ¿De qué están hablando?

Por fin Bertrand me llama. Entro en la *suite* de Michael, que está allí, al lado de Bertrand, y, no muy lejos de ambos, la joven Chrystelle, enjugadas ya sus lágrimas. Veo que tiene una foto grande de Michael en blanco y negro, tipo Harcourt y un sobre grande.

Michael tiene aspecto cansado, casi tanto como si hubiera pasado la noche conmigo en su cama. La diferencia es que, conmigo, tendría buenas razones para estarlo. También parece preocupado y no le culpo: despertarse por culpa de una grupi histérica no deja de ser duro. Me saluda tratando de añadir una leve sonrisa.

—Buenos días, Ophélie. ¿Está bien?

—Buenos días, Michael. Sí, gracias.

Desgraciadamente, hemos vuelto a las frases de protocolo y si pensamos en nuestra complicidad del día anterior, el panorama es desolador.

Bertrand corta mis reflexiones:

—Señorita, todo resuelto. Puede guardar la foto en el sobre. ¿Quiere añadir algo más?

—Gracias, señor. Muchas gracias por la foto, Michael. Señorita, perdóneme por la molestia, pero deseaba muchísimo tener una foto dedicada por Michael.

La «señorita» en cuestión soy yo, así que cómo agradecer sus disculpas, Chrystelle, pero...

- 1) ...¿Cómo se atreve a dirigirse a él como Michael! Para usted debería ser el señor Brown.
- 2) Armar semejante follón para conseguir una foto es de hospital psiquiátrico.
- 3) No olvidaré nunca, y digo bien, nunca, que ha arruinado mi plan íntimo de desayuno con Michael. Eso no se lo perdonaré.

Además, sus disculpas no me parecen muy sinceras, parece que está recitando un texto aprendido de memoria.

Llaman a la puerta. Es Vincent, el Judas de servicio. Viene a buscar a Chrystelle para acompañarla cuando se vaya.

Bertrand se vuelve hacia Michael.

—Y con Ophélie, ¿cómo hacemos?

¿Qué quiere decir ese «cómo hacemos»? Me da la impresión de encontrarme en una película de gánsters, algo así como «¿Prefiere el lago Michigan con pesas en los pies o atada a los raíles de ferrocarril antes de que pase el Transamérica?».

Creo que pongo una expresión extraña, ya que Michael toma la palabra y me dedica una sonrisa, esta vez realmente cálida.

—No, Bertrand, no hay ningún problema con Ophélie, es alguien que he aprendido a conocer y es una persona de gran valor. Confío totalmente en ella. ¿Está de acuerdo conmigo, Ophélie? ¿Puedo confiar en usted?

—Sí, Michael, puede confiar en mí.

He contestado de forma espontánea cuando en realidad no sé de qué se trata. Quizá tendría que comprobar que no haya un cadáver en el cuarto de baño... Por otro lado, con su mirada, su sonrisa y lo que acaba de decir de mí a Bertrand, no veo cómo habría podido negarle esa confianza que él me pide. En resumidas cuentas, entiendo que acabo de firmarle un cheque en blanco.

Parece que sabe leer el pensamiento, ya que me explica de qué se trata.

—Ophélie, si la prensa del cotilleo se enterara de que han encontrado a una joven delante de la puerta de mi habitación al despuntar la mañana, ¿qué cree que publicarían? ¿Que quería una foto dedicada o que he abusado de ella durante la noche? Si bien, usted sabe mejor que nadie que yo no estaba con ella anoche.

¡Oh, mierda! Ha dicho esto delante de Bertrand. Sobre los hechos, tiene razón, sé que la prensa amarilla le masacrará y le arrastrará por el fango. En efecto, soy testigo de su buena fe, soy la que sabe que esta chica no era más que una grupi. Las explicaciones más sencillas suelen ser las más apropiadas. Lo que me preocupa con relación a Bertrand es que tal y como ha expresado las cosas podría inducir a pensar que es conmigo con quien se ha acostado. Tras una breve reflexión, pienso que Vincent y Christine ya han hecho su informe detallado de la noche gracias a Bertrand. Luego, Michael no ha dicho nada que Bertrand no sepa, pero eso no impide que me sienta incómoda cuando le respondo.

—No hay ningún problema, Michael, seré una tumba.

—¿Incluso ante su amiga Laure? No es que no confie en ella, pero no pienso lo mismo de su chico, David Rubinstein. Después de todo, es un periodista.

—Como usted quiera, tampoco le diré nada a ella.

Mi segunda respuesta es más seca. Primero, acaba de denunciar a mi compañera y amiga delante de Bertrand. Por la manera en que él se ha sobresaltado al enterarse de la relación de Laure, entiendo que no sabía nada y también entiendo que este tipo de relaciones entre secretarias de prensa y periodistas no es lo que más le seduce. Segundo, no es precisamente una gran señal de confianza que Michael se vea en la necesidad de ponerme los puntos sobre las íes; en cierto modo es contradictorio con las alabanzas que acaba de hacerme.

Aquí, una vez más, el espécimen demuestra que tiene una percepción acertada de la psicología femenina. Ha sentido que lo que ha dicho no me ha gustado.

—Bertrand, ¿puede dejarme solo con Ophélie un momento, por favor?

—Por supuesto. Ophélie, la espero fuera.

¡No puede ser! También él ha decidido esperarme a la puerta. Me da la impresión de estar aún en la escuela primaria y que mi papá viene a buscarme para que no me secuestren unos señores muy malos... Eh, Bertrand, ¿qué pasa si me apetece hacerle una pequeña felación a Michael? ¿Me dará

tiempo o no? Le advierto que si escucha detrás de la puerta, hay muchas posibilidades de que le oiga gemir.

¡Vaya, qué agresiva me he vuelto! De pronto, Michael me saca de mi diálogo imaginario con Bertrand al coger con suavidad mis manos, al nivel de los dedos, entre las suyas. Las acerca delicadamente a su rostro. ¡No es posible! Va a hacerme un besamanos. ¡No puedo creerlo! Trato ansiosamente de recordar si ha interpretado alguna película ambientada en la corte de Luis XIV. No, no lo creo, no lo recuerdo. ¿O quizá va a meter uno de mis dedos en su boca y chuparlo...? En ese caso, Michael, se lo advierto, Bertrand o no Bertrand, le arranco la camisa, el pantalón, el calzoncillo y le violaré sobre el parqué de esta *suite*. Pero Michael se contenta con mirarme los dedos de una mano y luego de la otra.

—Tiene unas manos muy bonitas: finas e inteligentes.

Manos inteligentes, no tenía ni idea pero lo acepto. Continúa:

—Me fijé en ellas ayer cuando bailábamos. Pasé un momento único con usted, Ophélie. Los acontecimientos han sido un poco complicados después de nuestro dúo en la pista de baile, pero no se deje perturbar por ello: guarde como un tesoro las sensaciones de todo lo que hemos compartido... Y no olvide que todavía le debo un beso.

Al oírle decir eso me cuesta tragar. Tiene tanta razón. Estoy emocionada y sin embargo me obligo a recordarle su promesa.

—No un beso cualquiera, Michael, un beso mejor que el que yo le di.

Se ríe y, por primera vez en lo que va de día, es una risa clara y franca. Una risa que demuestra que tenemos una buena conexión.

—Tiene toda la razón, Ophélie. Un beso único. Bueno, creo que voy a tener que dejarla irse. Bertrand se estará impacientando. De todos modos, volveremos a vernos.

Mi querido Michael, cuento con ello. Si no me equivoco, aún se queda dos días más... En el pasillo me encuentro con Bertrand. Mi malestar indefinido se ha disipado y siento una increíble serenidad.

Como si eso no bastara, Bertrand ha decidido reforzar el aspecto positivo del principio de esta mañana.

—Ophélie, tengo que decirle que me ha impresionado. Tiene un verdadero talento para el trato con las estrellas. Cate, ahora Michael... Hasta Clara ha cantado sus alabanzas.

Bertrand me esboza todo un cuadro de mi futuro profesional. Como sorpresa no está mal. La bruja Clara me ha apreciado. Lamento incluso llamarla por su apodo.

—Si sigue así, pondré a su cargo a las grandes estrellas y, a largo plazo, puede aspirar a una función importante en la industria del cine.

Llegamos a la planta baja. Bertrand me deja. Estoy emocionada y feliz.

Michael tiene razón. Los incidentes que hemos vivido, las intervenciones desafortunadas o incluso malintencionadas de Christine, Vincent y otras Chrystelle, no son sino contratiempos. Lo que queda es la relación auténtica que hemos establecido, casi más fuerte que todo lo que yo había podido imaginar entre Michael y yo en mis fantasías durante todos estos años. Con todo, imaginaba los besos, la sensualidad y hasta nuestro matrimonio con hijos, pero finalmente a todo ello le faltaba la profundidad de los lazos que hemos empezado a crear.

Veo en el bar a Laure haciéndome señas. Laure, ese es mi único pesar, el hecho de no poder contarle los acontecimientos de las últimas horas. Técnicamente, cuando prometí a Michael callar como un muerto, se trataba del problema de la grupi y no del resto de la velada, así que, teóricamente, podría contarle nuestros bailes endiablados, la complicidad de nuestro lento o la promesa de una noche de sexo, que hubo que dejar para más tarde por la intervención de Vincent y Christine. Pero decido guardar silencio también sobre esta parte de la noche. Es una pena: me habría encantado tener la opinión de Laure.

—Buenos días, Laure.

—Buenos días, Ophélie. Déjame mirarte, una sonrisa en los labios que no puedes controlar, un estado cercano al agotamiento... Espera, no me digas que te has acostado con Michael.

Me gustaría decirle la verdad, que casi sucedió. También podría gastarle una broma y decirle que, en efecto, ocurrió, pero prefiero evitar cualquier malentendido y cualquier mala interpretación.

—No, nos acostamos tarde pero cada cual en su habitación. Mi sonrisa es porque Cate y Clara me han tejido una corona de laureles ante Bertrand. Me ha felicitado y me ha dicho que me daría más responsabilidades en los futuros festivales.

—¡*Oh là là*, es genial!

Hay que reconocerle otra cualidad más a Laure, y es que esta chica generosa no conoce la envidia, o casi.

—Sí, hace ilusión.

—¿Y Michael? Entonces, ¿nada picante? Puedes decírmelo, no se lo contaré a David. De todos modos, he negociado y pagado su silencio.

Es increíble hasta qué punto ha conseguido desarrollar su sexto sentido, casi se podría creer que estaba escondida bajo la cama en la *suite* de Michael cuando me pidió que estuviera callada como una tumba.

El tema de Michael tengo que enterrarlo rápidamente y desviar la atención de Laure hacia otra cosa. Creo que tengo una idea:

—Con Michael, estuvo todo muy bien, pude quedarme con él cerca de tres cuartos de hora después de que os fuerais. ¿Cómo has comprado el silencio de David?

—¡En especies, por supuesto! El problema es que, con todo lo que habíamos hecho la noche anterior, apenas tenía algo inédito que ofrecerle.

¡El sexo! Solo ese tema podría desviar al perro de caza de su presa... Parece que se ha olvidado de Michael. El problema es que me voy a encontrar con un nuevo relato, al estilo de *Lady Chatterley*, y que mi humor romántico del momento no me invita a escuchar este tipo de cosas. Pero no se puede salir siempre ganando... Aunque presiento lo que va a venir, le doy pie.

—Entonces, ¿qué has hecho?

—Hemos hecho un *remake* de *El último tango en París*, sin la barra de mantequilla, debo decir...

Hay momentos en que preferiría evitar las citas culturales. Estaba casi segura de lo que Laure iba a anunciarme. Ya me arrastró alguna vez a conversaciones sobre la sodomía, pero nunca por la mañana tan temprano.

—Gracias, puedes omitir las especificidades.

—Te equivocas, estamos en el siglo XXI, querida. Los lubricantes modernos se crearon para sustituir esa forma algo cruda de desencofrado que utilizó Marlon Brando. ¿Te imaginas? Una barra de mantequilla...

—Está bien, conozco la película. Además, te diré que Maria Schneider no guardó un gran recuerdo.

—Lo sé y vas a decirme que las lágrimas de la actriz eran reales, aunque la escena fuera simulada y que siempre le pareció que era casi una escena de violación.

—Exactamente.

—Pero, amiga mía, es una película de 1972. Estamos en 2013, han pasado cuarenta y un años. De diez mujeres, la sodomía la han practicado casi cuatro.

—La última vez que me hablaste de ello, eran tres de cada diez. Se ve que la práctica de la sodomía aumenta más deprisa que el paro.

—¡Qué listilla! Son las cifras de un estudio estadounidense que se publicó en el *Journal of Sexual Medicine*.

—¿El *Journal of Sexual Medicine*? Eso te lo has inventado, no existe.

—Que sí, que sí, te lo juro. Vas a ver, pronto vas a formar parte de la minoría de solteras que permanecieron ajenas a esta experiencia.

—No conseguirás convencerme. De todas formas, en materia de sexualidad cada cual hace lo que le apetece.

—En eso estamos de acuerdo. Dicho esto, deberías probarlo. En todo caso, a mí me apetecía y puedo decirte que David estaba como loco...

—En nombre de nuestra amistad, te lo suplico, ¡para ya con eso! No soportaría una palabra más sobre el tema, no he desayunado siquiera.

Y entonces, sorprendentemente, se calló y pudimos disfrutar del té y la bollería.

Poco más tarde, cuando llegó David, me costó olvidar lo que Laure me había contado sobre su actividad de la noche anterior. Ese es el problema de las confidencias íntimas: rompe lo natural de las relaciones humanas. Creo que eso también puso fin a la edad de oro de Hollywood. Cuando se empezó a dar a conocer los detalles de la vida sexual de los actores y las actrices, parece que eso mató definitivamente el lado glamuroso de las estrellas de cine.

También me reproché un poco no haber dicho a Laure que Bertrand sabía lo de David y que debía tener cuidado y ser discreta. Esta culpabilidad no duró más que un instante, el tiempo que tardó Laure en coger a David por el cuello y darle un enorme beso con lengua. ¡El aspecto discreción ha fallado! Me da la impresión de que Laure está verdaderamente enganchada. ¡No puede ser, me la están transformando!

El día transcurre tranquilamente. Ya no hay estrellas de las que tenga que encargarme permanentemente y ayudo a Christine, que incluso me deja libre las primeras horas de la tarde. Pienso que esto tiene relación con los elogios que me ha hecho Bertrand o, si no, es una consecuencia de nuestro encuentro en medio de la noche delante de la *suite* de Michael.

Sean los motivos que sean, no rechazo esas horas de descanso. Al principio pensé en aprovecharlas para echar una siesta y recuperar algo de sueño, incluso me tumbé, pero como no me quedaba dormida, volví a coger el manuscrito de Michael y no hay duda: es excitante. Michael me

sorprende, no imaginaba que pudiera escribir algo tan erótico o incluso pornográfico. Hay que reconocer que tiene talento y me gusta su prosa. Tiene también un aspecto de *thriller* bastante violento que lo convierte en una novela negra contemporánea. Lo leo de un tirón en tres horas. Al terminar, reflexiono sobre lo que de verdad pienso del manuscrito. En realidad, no es lo mío, pero me gusta el lado áspero de su escritura. Si hubiera menos perversidad y menos sexo, creo que le daría un nueve y medio sobre diez. Tal como está, le doy un ocho. ¿Me atreveré a darle mi opinión sincera? No me gustaría que se sintiera agraviado. La cuestión también está en saber cuándo podré decírselo.

¿Quizá podría tratar de verle esta noche?

La reunión para hablar del desarrollo del festival tiene lugar en una sala del Royal a las cinco. Un cuarto de hora antes salgo del apartamento para no ir justa de tiempo: ahora que gozo de la consideración de Bertrand, no quiero arriesgarme a echarlo todo a perder por un retraso.

Al entrar en el hotel, se me acerca un conserje.

—¿Es usted la señorita Delacour, Ophélie Delacour?

—Sí, soy yo.

—Tengo un mensaje para usted.

Me tiende un sobre con el logo del hotel Royal. Mi corazón pasa de latir a setenta y cinco pulsaciones por minuto a ciento cincuenta en un cuarto de segundo, más o menos el equivalente a subir tres pisos en esprint. Espero que sea de Michael. No sé por qué pero siento que es de él y sin embargo, objetivamente, es más probable que sea de Bertrand o de Christine.

Lo abro. Es la misma sensación que cuando se está mirando la ceremonia de los Óscar y se espera el resultado: *And the winner is...*

«Buenas tardes Ophélie. Espero que haya podido leer el manuscrito. Aunque no lo haya terminado, ¿podría traérmelo y darme su opinión? Si le va bien, le propongo que nos veamos hacia el final de la tarde, a las siete y media, en mi *suite*. Hasta luego. M.»

Michael me invita a su *suite* para hablar de literatura, aunque espero tocar más palos. Desde que ayer tomé la decisión de subir a su *suite*, no pienso en nada más que en estar desnuda entre sus brazos. Es increíble, ya no soy yo. Hay que decir que todos los obstáculos que han aparecido en nuestro camino me han puesto los nervios y la sensibilidad a flor de piel, reforzando mi voluntad de llegar hasta el final.

Debido a esta carta he estado a punto de llegar tarde a la reunión con Bertrand. Están cerrando las puertas cuando entro. Durante la reunión estoy bastante distraída, me da la impresión de que lo que se dice no me atañe. Bertrand está menos agresivo que en la reunión anterior. Bruscamente, me sacan de mi ensoñación porque acaban de decir mi nombre. Vuelvo al momento presente. Bertrand me felicita por mi trabajo con Cate Blanchett, una felicitación pública, algo que no parece propio de él. Laure, unas cuantas filas delante de mí, se da la vuelta para aplaudirme en silencio. Eso es una consagración y sin embargo tengo la cabeza en otro sitio, pienso en el mensaje que he guardado en el bolso. Ahora que él me ha invitado, estoy en tensión. Tiene gracia la evolución de las cosas que se sienten: se pasa de la esperanza a la desesperación, de la serenidad al estrés... Y cómo cansa este incesante cambio de estados de ánimo. Además, aparentemente no hay lógica. Ahora que sé que voy a verle debería estar serena y me encuentro muy lejos de la serenidad...

¿Será porque temo que surja un nuevo problema o, por el contrario, porque sé que se va a realizar? Opto por la segunda posibilidad.

En ese caso, conozco la solución para reducir la presión: prepararse como un gran deportista antes de una final.

Después de la reunión, vuelvo al apartamento para darme un baño y ahí releo fragmentos del libro de Michael. Me encanta leer en la bañera y nunca mojo los libros. Más me vale que el manuscrito de Michael no sea una excepción a la regla.

No sé si es por la cercanía de nuestro encuentro, pero pienso que mi primera impresión ha sido demasiado severa. Sin duda lo que me ha sorprendido es el erotismo desenfrenado del libro. Laure diría que soy una conservadora que se ha quedado atrapada entre velas y naftalina, pero no esperaba que Michael escribiera este tipo de libro. Finalmente Decido ponerle un ocho y medio sobre diez.

Para la ropa, dudo entre el traje pantalón y el vestido. Es tan corto... Pensará que quiero acostarme con él y no puede ser más cierto: lo único que no se imagina es que le deseo desde hace años. Me decido por el vestido, ¡a la mierda la hipocresía! Además resultará más romántico al desvestirse. Siempre he pensado que el momento en que se interrumpen las caricias para desabrochar la bragueta mata el amor. Si el pantalón es muy ajustado, el compañero tiene que tirar de él con todas sus fuerzas y eso es diez veces peor. Con un vestido, él puede acariciarte y hasta hacerte el amor sin necesidad de quitártelo e incluso en el momento de desnudarse, quitarse el vestido puede ser un momento sexi.

Cuando me voy, estoy a punto de meter la pata: saliendo del vestíbulo de Pierre et Vacances caigo en la cuenta de que he dejado arriba el manuscrito de Michael. Tras una subida y bajada de escaleras el error queda reparado, pero ya voy con un poco de retraso.

Ya en el Royal, esta vez cojo el ascensor. En el pasillo acelero el paso tanto como los tacones me permiten. Diez segundos para poner cada cosa en su sitio (cabellos, vestido, senos en el sujetador, bragas...), recupero el aliento y llamo.

—¡Adelante!

Abro la puerta del salón de una *suite* que ya empiezo a conocer, pues es la tercera vez que vengo desde anoche. Esta vez la puerta que comunica con la habitación está abierta. Michael no está visible. Me quedo cerca de la entrada. Oigo su voz pero no puedo situarla con precisión.

—Buenas tardes, Ophélie. Acomódese, voy enseguida. Puede sentarse en el sofá.

¿En cuál? Hay dos... Vale, elijo el primero. Miro hacia la habitación. Veo a Michael de espaldas, en albornoz, secándose el pelo. No me ha visto. Acaba de salir de la ducha. Cinco minutos más tarde, podría estar junto a él o ser yo quien le secara. De pronto, desata el cinturón del albornoz y lo deja caer a sus pies. Por una fracción de segundo, estoy al borde de la crisis cardíaca. ¡Voy a ver a Michael desnudo! De espaldas, es cierto, pero desnudo. Y entonces, no, tiene un calzoncillo negro. Aun así, puedo admirar la musculatura masculina. Espalda fuerte, ligeramente bronceada como corresponde a un hombre de Los Ángeles, culo firme, piernas torneadas. Si quisiera hacerme la difícil, le reprocharía una cintura abdominal que podría ser un par de centímetros más fina. ¡El problema de estar en los cuarenta! Pero, en conjunto, es sumamente hermoso... Me doy cuenta de que

si se diera la vuelta... ¡Joder! Aunque fue él quien me dijo que me sentara, va a pensar que soy una mirona. Despacio, sin hacer ruido, me traslado al otro sofá y el ángulo visual es otro. Ya no disfruto de la vista de Michael, pero al menos evito encontrarme en una situación tremendamente incómoda.

—Ophélie, ¿sería tan amable de servirme un whisky? Con hielo, por favor. El bar está en el rincón. Y sírvase algo también.

El macho que pide a la joven sumisa que le sirva una copa no es lo mío. En ese aspecto, soy más bien feminista, pero todo principio tiene sus excepciones: no olvido que estoy mano a mano con el hombre de mi vida, un bombón sexual con el añadido de un ser inteligente y refinado y cuyo talento se ha reconocido con dos Óscar.

—¿El Glenfiddich está bien?

Prefiero preguntar, hay tres marcas distintas de whisky.

—Es perfecto.

Decido prepararme un whisky con Coca Cola sin whisky. Ya hay suficientes elementos de desestabilización como para que, encima, le añada alcohol.

Michael entra en el salón y viene hacia mí, junto al bar. Aún tiene el pelo húmedo. Está en mangas de camisa, una camisa blanca cuyos últimos botones no están abrochados y la han caído encima unas gotas de agua. También en un hombre resulta supersexi eso de la camisa ligeramente mojada. Lleva un pantalón vaquero y mocasines, sin calcetines. Sinceramente, es atractivo en grado superlativo. ¡Es lo más! Todos los hombres que he conocido hasta hoy no le llegan a la altura del tobillo. Me apetece arrojarme sobre él, desabrochar los pocos botones que le sujetan la camisa con los dientes mientras mis manos abren el cinturón y la bragueta de su pantalón. Le deseo más que nunca.

Está muy cerca de mí. Percibo su olor, mezcla de champú, gel de ducha y perfume, una droga blanda de la que no me canso.

Él me saca de mi ensueño.

—¿Es este mi vaso? Gracias, Ophélie.

De inmediato se lo tiendo.

—De nada, Michael.

—¿Y usted, Ophélie, está tomando...?

—Una Coca Cola.

—¿Una Coca Cola o un whisky con Coca Cola?

—Solo una Coca Cola.

—Ophélie, le invito a tomar una copa, además en mi *suite*, y usted se conforma con eso. He de confesarle que estoy bastante perplejo, casi ofendido.

Por su sonrisa veo que está bromeando conmigo. Al mismo tiempo, es la mitad de una broma. Así que decido complacerle.

—Tomaré un *gin* con pomelo.

—*Gin* con pomelo; es original. Se lo sirvo.

Miro cómo me prepara el aperitivo. Con la dosis de *gin* que me ha puesto, no es raro que me vea derrumbarme y roncando como un jabalí de aquí a los próximos diez minutos.

—Y mi libro, ¿qué le ha parecido? ¿Lo ha traído?

—Sí, Michael, aquí está. Primero me quedé desconcertada por la violencia y la torridez de la intriga y las descripciones. Cuando logré prescindir del hecho de que es usted quien lo ha escrito, he podido centrarme en el estilo, y lo encuentro excelente.

—¿Así que la he sorprendido? Confíese que me tomaba por un *boy scout*.

Me ruborizo. No se equivoca del todo.

—Hay que reconocer que los medios de comunicación no dan la misma imagen de usted que la que deja translucir el libro. Y no podrá publicarlo con su nombre.

—Es probable. Ese es el lado negativo de ser personaje público. No se es libre...

Esta reflexión da lugar a un momento de silencio. Los dos estamos pensativos.

—Ophélie, ¿sabe que el tema de mi libro me ha hecho trabajar todo el día? He revisado todo el principio, que era un poco flojo. ¿Puedo leérselo?

—Claro, encantada.

—Ya me dirá si está mejor. Y no lo olvide, cualquier semejanza con personajes reales que existan o hayan existido solo sería una pura coincidencia.

No tomo en cuenta esta insólita reflexión, pero pienso que incluso los hombres más guapos y más inteligentes son unos animales muy curiosos.

He vuelto a sentarme en el sofá. Él sigue de pie y empieza a leer caminando. En realidad, el principio del relato no me parece muy distinto de lo que recuerdo, tanto en el fondo como en la forma. Al cabo de un rato, llegamos a la famosa noche que va a dar pie a la historia entre el profesor y la estudiante.

Estoy tranquilamente sentada bebiendo, escuchando la hermosa voz grave de Michael.

«El profesor miró a su alumna. Por primera vez la vio como una mujer joven. Se había puesto para la ocasión un vestido negro que se adaptaba a su fina silueta. La ausencia de escote no impedía al profesor ver el bonito pecho de su estudiante. Y si no podía realmente verlo, lo imaginaba. El escote dorsal le permitía ver la textura de su piel. Pensó que daría lo que fuera por probar aquella piel, pero lo que más le fascinó fueron las piernas, descubiertas por el largo de la falda que llegaba hasta medio muslo. Las piernas... el elemento más sexi para él en una mujer. Tanto como las nalgas y ciertamente más que los senos e incluso el rostro. El profesor...»

Estoy estupefacta. Michael ha cambiado el personaje de la muchacha. ¡Ahora ella soy yo! Su vestido es la copia fiel del que llevo esta tarde y que llevaba también en la velada organizada en honor a Cate. No ha podido escribir estas líneas en el tiempo que hace que estoy en la *suite*, lo que quiere decir que ya había empezado a gustarle esa noche. Es halagador y terrorífico a la vez. Y yo que pensaba que no se había fijado... Me equivoqué de todas todas. Ahora comprendo la frase un poco extraña de Michael sobre la inexistente semejanza entre los planos de la realidad y la ficción... ¡Se estaba burlando de mí!

Pero lo peor está aún por llegar, si no me equivoco, si no recuerdo mal y si no ha cambiado lo que he leído. El profesor va a llevar a su alumna a una clase y hacerle el amor. Va a ser difícil escuchar eso... Y por otra parte, si quiero ser sincera, es una buena preparación para lo que va a suceder entre Michael y yo. Sin embargo pienso que no era necesario, que es más incómodo que excitante. Creo que prefiero hacerlo antes que oír a mi amante describirme lo que imagina sexualmente entre nosotros. El amor cerebral no es lo mío.

«El profesor la cogió de las dos manos para invitarla a bailar. Las miró largamente y las calificó de bonitas e inteligentes. Un elogio nada habitual que ella apreció. Después de todo era un intelectual...»

No puede ser. Está poniendo nuestra vida privada en un libro. Esta forma de violar nuestra intimidad me choca.

Una vez más, ha percibido mi cambio de humor. Hace una mueca y me dedica una mirada con sus ojos de un azul profundo.

—Evidentemente, un autor se inspira en los grandes momentos de su existencia. Cuando encuentra a un ser excepcional, no puede evitar utilizarlo para su novela. Lo comprende, ¿verdad?

El problema de las personas Leo es que basta con acariciarlas con un poco de pericia para que se pongan a ronronear; los leones no son más que gatos de gran tamaño. Michael no se disculpó por tomar prestada mi personalidad, sino que me ha calificado de «ser excepcional». Por mucho que una parte de mí piense que hacen falta toneladas de esas caricias para engatusarme, la otra parte no puede resistirse a sus palabras, amplificadas por la intensidad de su mirada. Solo consigo farfullar una débil respuesta.

—Lo comprendo, Michael. Es la libertad del artista.

¿«La libertad del artista»? ¡Qué respuesta más patética! Si yo fuera Michael, echaría a la pequeña Ophélie de mi *suite* inmediatamente, pero él parece más indulgente que yo.

—Ophélie, tengo que prepararme para la cena de esta noche. ¿Puede continuar la lectura mientras yo me cambio? Desde la habitación podré escuchar bien.

Esto, bueno..., Michael, ¿cómo se lo diría? Leerle una escena erótica o abiertamente pornográfica, mientras se desviste, creo que no va a ser posible.

Sin contar con que los dos personajes de esa novela somos nosotros... Creo que esa lectura, sencillamente, va más allá de mi capacidad.

El problema es que no expreso lo que pienso. Antes de que pueda responderle, Michael me ha tendido ya el manuscrito y se dirige a la habitación.

Avanzo rápidamente unas cuantas páginas para saber si mis temores son fundados. ¡Mierda, es peor de lo que pensaba! Veo sobrevolando términos como pene, miembro, erección, clítoris, punto G... Esto es la pesadilla total. ¿Cómo podré salir airoso de esta esperpéntica situación?

—Ya puede empezar, Ophélie, le escucho.

Busco una escapatoria pero no encuentro ninguna, así que no me queda más que comenzar la lectura. Leo y, al mismo tiempo, sigo ansiosamente la progresión de la acción. El profesor ha encontrado un pretexto falaz para atraer a la joven estudiante a la clase. Me gustaría decirle a esa pobre ingenua lo que va a ocurrir. Por otro lado, seguramente tiene más ganas de vivir lo que sigue que yo de leerlo. Ahora están solos, él la bloquea contra la puerta y empieza a besarla... Ah, vaya, el muy cerdo es muy atrevido. El volumen de mi voz es inversamente proporcional a la intensidad erótica de la escena.

«La mano del profesor se posó en su rodilla y subió a lo largo del muslo arrastrando la tela ligera del vestido. Al llegar a la cadera, pareció dudar un instante y luego apartó las bragas para acariciarle el vello del sexo.»

Aquí mi voz suena muy ronca y muy ahogada a la vez. ¿Cómo puede hacerme leer esto en voz alta? ¡Debería darle vergüenza!

—Ophélie, perdóneme, no he oído el final. ¿Puede volver a lérmelo a partir del momento en que el profesor posa la mano en la rodilla de la estudiante?

No es posible. ¿Este cabrón me está vacilando o qué? No sé qué hacer, estoy incómoda, no quiero continuar. Además, parece estar medio desnudo en su habitación. ¿Y si me acercara a él? Me quitaría el vestido y le miraría a los ojos, le empujaría sobre la cama, le arrancaría el calzoncillo y, después de ponerle a tono con una felación como es debido, le montaría sin quitarme siquiera la ropa interior.

Estas fantasías no superan el nivel de una película porno de calidad mediocre, pero estoy realmente excitada, manejada por la frustración y la confusión. ¿Qué está haciéndome? Esto podría ser divertido y excitante, pero de hecho no produce ese efecto.

No voy a releer, acepto solo parafrasear. Comprendo que para un autor puede ser insultante, pero es lo máximo que estoy dispuesta a aguantar.

—Michael, el profesor acaba de deslizar la mano sobre el sexo de la estudiante.

Decirlo a mi modo me permite tomar un poco de distancia y volver a tomar el control de mis emociones. Si se lo toma a mal el problema es suyo, no mío.

Cuando me dispongo a volver a leer, alguien llama a la puerta. La interrupción es muy bienvenida teniendo en cuenta la situación, pero al mismo tiempo creo que nunca podré disfrutar de un momento de tranquilidad con Michael.

—Ophélie, ¿puede ver quién es, por favor?

Ya está, después de musa me he convertido de nuevo en su asistente cuando lo que esperaba yo ahora era ser su amante.

Abro y me encuentro frente a una mujer alta, rubia, con unas facciones bastante duras. Debe de tener treinta y cinco o cuarenta años. Tiene garbo y hermosos ojos azules, pero no parece contenta.

—Buenas tardes. ¿Esta es la *suite* de Michael?

—Sí, así es. ¿Usted es...?

—Dígale que Diana está aquí.

Me habla en inglés. Por su acento, es inglesa, probablemente de Londres. No me da tiempo a pasar el mensaje. La fuerte voz de la susodicha Diana se ha hecho oír y Michael se precipita hacia el salón. Se ha puesto el esmoquin y lleva la pajarita en la mano.

—¡Diana, no sabía que ibas a venir!

La abraza y la besa, pero no en las mejillas sino en la boca, aunque hablando con propiedad, no puede decirse que sea un beso. Es un labios con labios pero a pesar de todo es un poco rudo. Sé que los yankis hacen esto con sus amigos, pero a pesar de eso no me gusta nada. Parecen ser muy allegados.

Tras esta (excesiva) demostración de afecto, Diana explica su llegada.

—Bertrand pensó que te haría ilusión verme.

—Claro, siempre me hace mucha ilusión verte, Diana.

¿Y yo? He dejado de existir? Si hubiera sido una decorativa planta verde no creo que hubiera cambiado nada.

Michael cae en la cuenta de su descortesía y al fin me presenta.

—Ophélie, le presento a Diana, mi *coach*. Diana, Ophélie, la mejor secretaria de prensa de este festival.

Esta vez sus elogios me son indiferentes. ¡Su *coach*! ¿Qué quiere decir eso, su *coach*? Que yo sepa, es actor, no futbolista ni jugador de golf. No puede ser una *coach* para su interpretación de actor. Si no, hablaría de profesora, ¿no? Además, en este momento no está rodando.

—¡Ah, usted es Ophélie! He oído hablar de usted.

No demasiado cálida, es lo menos que se puede decir. Me gustaría saber quién le ha hablado de mí, si no es Michael. ¿Bertrand?

—¡Espero que bien! ¿Y usted, no lo he entendido, es *coach* en...?

Mi respuesta es un poco ácida pero ella no parece tomarlo en cuenta. Se vuelve riendo hacia Michael.

—Es una buena pregunta. Creo que podría llamarse desarrollo personal... ¿Tú qué piensas, Michael?

Michael no contesta y cambia de tema.

—Es hora de ir a cenar. Diana, ¿puedes hacerme el lazo de la pajarita?

Aquí me siento frustrada una vez más. Me encantaría vestir a Michael. En realidad sería difícil, ya que no tengo ninguna idea de cómo se hace un lazo de pajarita, pero empiezo a detestarla.

Sigo teniendo en las manos las páginas de la novela de Michael.

—Michael, ¿qué quiere que haga con su manuscrito?

—Téngalo, Ophélie. Podrá leerlo y darme su parecer. Ya me lo devolverá más tarde. Diana, vámonos, es la hora. Confieso que esta noche no me desagrada cenar en el restaurante del hotel.

Bajamos los tres en el ascensor sin decir palabra. En el vestíbulo, nos separamos con un simple *Good evening*. Es muy difícil para mí verle marchar con esta *femme fatale*. Me recuerda a Charlize Theron pero mucho menos simpática. Parecen entenderse bien y eso me exaspera. Estoy otra vez con el ánimo bajo, casi tanto como la noche en que Bertrand y Clara me excluyeron de la cena. Odio ser rechazada y sobre todo por Michael.

Vuelvo al apartamento. Sorpresa, Laure está allí.

—*Hello*, ¿has perdido a tu amorcito?

—Cena con su jefe, que está de paso en Francia. Y tú, ¿no vas a cenar con Michael?

—No, él también tiene está ocupado.

—Bueno, así nos quedamos entre chicas. ¿Tomamos algo en el bar del Royal? O si tienes hambre, vamos al restaurante.

—El bar del Royal me va muy bien.

Una vez allí, se lo cuento todo a mi amiga, con excepción de la historia de la grupi que prometí no mencionar.

—Con esto me dejas muda de asombro, Ophélie. Cuando pienso que has estado a punto de acostarte con él, me parece increíble.

—Pues sí, de no ser por Christine...

—Es increíble esa manera que tiene de frustrar tus planes. Y la rubia de hoy, entonces, ¿quién es?

—No lo sé. Él dijo que era su *coach*...

—Como por casualidad, la bella Diana cruza el vestíbulo en dirección a la recepción.

—Hablando del Rey de Roma... Laure, es ella, la *coach*.

—¿Esa bomba rubia?

Esa observación me pone de los nervios.

—No está mal pero no hay que exagerar.

—¿Quieres decir que aparte de sus grandes ojos azules, de su metro setenta y cinco, de los dos obuses que tiene por senos, no tiene nada especial?

Laure me pone cada vez más nerviosa. No es mi día.

—Exacto, no tiene nada especial. Además, me parece que la han remodelado por todas partes.

—Llegado el caso, consígueme la dirección de su cirujano. Sea como fuere, creo que sé en qué ámbito es su *coach*...

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—Está más claro que el agua, viene a aportarle un relax corporal. Es su *coach* sexual.

—¿Su *coach* sexual? ¿Dices eso para ponerme de los nervios o eres realmente imbécil?

Mi respuesta ha brotado con gran violencia, no quería reaccionar de esta manera. Es desproporcionado.

Laure no dice nada, está muy sorprendida. Inmediatamente le pido disculpas.

—Lo siento muchísimo, creo que estoy al límite, por el cansancio y por la frustración.

—No importa. ¿Cuál es el plan ahora con Michael? ¿Vas a volver a verle en su *suite*?

—Es delicado, no sé... Aunque Diana no sea una compañera sexual como tú pretendes, de todos modos puede encontrarse en su *suite*. Sería incómodo presentarse a medianoche si ella está allí.

—Sobre todo si él la está montando al estilo perrito.

La imagen de Diana desnuda a cuatro patas y Michael de rodillas detrás de ella es simplemente insoportable. Inspiro profundamente para no contestar de manera desagradable a Laure por segunda vez. No creo que lo haga a propósito, pero me saca de quicio.

—Laure, te lo ruego, ahórrame este tipo de comentarios.

—Vale. Bueno, a Michael no tienes más que dejarle una nota en la recepción para preguntarle cuándo puedes devolverle el manuscrito. Su respuesta te dará una idea más clara de la situación.

No es mala idea. Pido papel y un bolígrafo al camarero.

«Querido Michael, acabo de terminar su novela. Puedo devolvérsela cuando lo desee. Me alegraré de transmitirle mi opinión. Cordialmente, Ophélie.»

El mensaje es terriblemente impersonal para la realidad de nuestra relación, pero no quisiera que fuera mal interpretado si cayera en las manos de otra persona. Lo dejo en recepción.

Gracias por la idea, Laure. Ahora solo queda esperar la respuesta.

—¿Quieres ir a ver alguna película mientras esperamos a que termine de cenar? Están proyectando *Rompenieves* a las nueve y media. Podemos llegar a tiempo si salimos ya.

—Vale. Así tendré la respuesta de Michael cuando volvamos al apartamento.

Tras un pequeño esprint entramos en la sala justo cuando se apagan las luces. *Rompenieves* son dos horas de acción en un futuro glacial a bordo de un tren a toda velocidad. Muy bien ejecutado pero claramente no es lo mío.

En fin, la película ha cumplido a la perfección su cometido; son poco más de las once y media cuando salimos de la sala y diez minutos más tarde estoy en la recepción del Royal.

—Buenas noches. ¿Tiene algún mensaje para mí?

—Usted es la señorita Delacour, ¿verdad?

—Sí, eso es.

—No, señorita, ningún mensaje.

—¿Y sabe usted si el señor Brown ha recibido el mío?

—Sí, ha pasado a recoger sus mensajes con la señora alta rubia, hace una media hora.

—¿Y está seguro de que no hay ningún mensaje para mí?

—Seguro, señorita.

—¿Tal vez se lo haya dado a uno de sus colegas?

Laure me coge del brazo con suavidad pero con mucha firmeza. Doy una impresión patética y ella quiere evitar que haga el ridículo más de lo que ya lo he hecho.

—Ven, Ophélie. Vamos a preguntar al conserje. Gracias, señor.

—De nada, señorita. Efectivamente, es posible que le haya dejado un mensaje al conserje.

Vamos al *desk* del conserje pero ya he perdido la fe y sé que no habrá ningún mensaje para mí. Tanto es así, que al llegar delante de él no digo nada. Es Laure quien se ve obligada a preguntar en mi lugar, pero la respuesta es la misma: ningún mensaje de Michael.

Me siento hundida. Laure intenta reconfortarme.

—Si ha terminado de cenar tarde, seguramente no ha tenido tiempo de contestarte. Tendrás un mensaje mañana.

—Si está revolcándose con la rubia, efectivamente tiene algo mejor que hacer que dejarme notitas por ahí.

Laure no dice nada, porque no hay mucho que decir... No va a defender ahora la idea de que Diana no es su amante, dado que fue ella quien lo sugirió.

La guinda sobre el pastel de este día asqueroso; Laure me abandona. Parece consternada.

—Ophélie, voy a quedarme con David, en el Normandy. ¿Estarás bien?

Va a encontrarse con David en el Normandy, lógico. Laure no construye castillos en el aire con actores oscarizados, ella está en la vida real. Conoce a tíos simpáticos, guapos o inteligentes y a veces las tres cosas al mismo tiempo. Y por la noche, mientras yo vuelvo sola a mi habitación como una grupi atolondrada cargada de calabazas, ella va a ver a su chico y hace el amor con él antes de quedarse dormida en sus brazos.

—Claro que voy a estar bien. No voy a suicidarme por él; ¿Te imaginas el carácter sórdido del asunto «Jovencita se lanza desde el segundo piso del Pierre et Vacances por amor a una estrella»?

—Ya veo que incluso desesperada no pierdes el sentido del humor.

—Es todo lo que me queda... Buenas noches, Laure.

—Buenas noches, Ophélie. Hasta mañana.

Al entrar en el apartamento suena el bip de mi teléfono, un SMS. Un segundo de esperanza y acto seguido recuerdo que Michael no tiene mi número de móvil. Es Christophe.

«Estoy en un descanso. Es el último día. Regreso mañana, estaré en París el miércoles por la mañana. Espero que estés bien. Tengo prisa por verte. Te echo de menos. Christophe.»

Es horrible pero yo no le echo de menos en absoluto, casi he olvidado por qué he salido con él. Claro, es la intensidad de lo que acaba de pasar estos últimos días. Si me hubiera acostado con Michael, todo habría terminado de manera oficial con Christophe, he pecado por intención. ¿Eso también cuenta? ¿Le he engañado? A la vista de mi estado de ánimo, tendría que decirle que no podemos vernos, pero ya no tengo dieciocho años, soy más realista, más pragmática. Quizá no lo he sido durante estos dos últimos días pero ahora vuelvo a serlo. Aunque no sepa por qué, recuerdo que Christophe me gustó cuando salí con él y no voy a quemar mi oportunidad de tener una relación normal con un chico normal.

Me obligo a enviarle una respuesta cordial, una respuesta alentadora.

«Genial. Nos veremos pronto. Buen viaje de vuelta. Besos. Ophélie.»

No es un mensaje apasionado pero es lo máximo que soy capaz de escribir esta noche.

Estas veinticuatro horas han sido espantosamente difíciles. Al escribir estas líneas derramo unas lágrimas, incapaz de detener el llanto. Temo no poder dormir, echo de menos a mi *Romeo*. Espero que mamá lo esté cuidando bien y le dé su paté Gourmet todos los días.

Quisiera tenerlo a mi lado para acariciarlo y oírlo ronronear. Dicen que los gatos tienen la capacidad de eliminar el estrés de sus dueños y ahora me vendría perfecto.

Martes, 3 de septiembre

Hoy era el último día de Michael en Deauville. Último día antes de su regreso a Los Ángeles.

Esta mañana al levantarme no esperaba nada en particular. El mal humor de la noche pasada había desaparecido espontáneamente.

He desayunado sola por primera vez en Pierre et Vacances. No ha habido café en el Royal, voy regresando a una vida más normal.

A las nueve he ido a reunirme con Christine para preparar la actividad del día. No me detuve en la recepción del hotel, solo me dio tiempo a fijarme en que el equipo había cambiado, con gran alivio por mi parte, y que el recepcionista que me había visto hacer el ridículo ya no estaba.

Me acerco a Christine que está contestando correos en su BlackBerry.

—Buenos días, Christine.

—Ah, buenos días, Ophélie. Deme un minuto.

En ese momento me interpela una voz masculina, el recepcionista.

—Señorita Delacour, tengo un mensaje para usted.

Dejo a Christine con sus correos y me dirijo a la recepción con sentimientos encontrados, o como dirían en Estados Unidos, *mixed feelings*.

Por una parte, estoy casi segura de que se trata de Michael, no creo que sea un mensaje de Bertrand o de Laure, las dos únicas otras hipótesis plausibles. Por otra, he estado tan sometida al régimen de la ducha escocesa que estoy mucho menos entusiasmada de lo que cabría esperar.

Abro el sobre y reconozco la letra en la hoja de papel. Es de Michael, pero el corazón no se me embala, he tenido demasiadas decepciones con él estos últimos días.

«Buenos días, Ophélie, puede traerme el manuscrito a mi *suite* a las once. Michael.»

Bueno, cuarta visita a la *suite* de Michael. Aunque los resultados no han estado a la altura de mis expectativas, sigue siendo algo que no habría imaginado antes de comenzar este festival.

Regreso junto a Christine. Echa una mirada a la carta que tengo en la mano pero no hace ningún comentario, no sé si se imagina que el mensaje es de Michael.

Nuestra gestión de agenda no dura más de unos diez minutos. Mis tareas del día no tienen mucha enjundia y no es lo mejor cuando una no está en su mejor forma; lo ideal sería un día lleno de actividad.

La hora de ir a ver a Michael se acerca. Antes voy a buscar el manuscrito al apartamento. Pienso que las once no es una hora que presagie nada verdaderamente íntimo y esta vez no me cambiaré de ropa por él. Estoy en pantalón tejano, pero está muy bien así.

Al subir al piso de Michael, vuelvo a pensar en todas esas fiestas a las que fui sin ganas y en las que luego me divertí como una loca. Podría suceder lo mismo con Michael, quién sabe si dentro de diez minutos me encontraré desnuda entre sus brazos... Pero el corazón no está en eso. La intuición me dice que eso no ocurrirá.

Llamo a la puerta.

—Adelante.

Todos los muebles del salón los han arrimado a las paredes. En medio de la estancia, ahora muy zen, hay solo dos colchonetas de gimnasia de color azul. Estirados en ellas, Michael y Diana, y claramente es ella quien está al mando.

—Una última serie, Michael. Vamos, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, ¡diez! Está bien. Ahora puedes respirar.

¡Más le valdrá respirar después de la serie de abdominales que acaba de hacer! El pobre está completamente rojo y sin aliento. Veo con satisfacción que, al contrario de lo que pudiera decir la mala lengua de Laure, Diana es la *coach* deportiva de Michael.

Con una voz de quien está sin aliento, me recibe con cierta gentileza.

—Buenos días, Ophélie, ¿cómo está? Lo que acaba de ver se incluye en nuestro acuerdo de confidencialidad. No quiero que mis fans sospechen todo el trabajo que hace falta para mantener mi físico de joven galán.

Firma su petición con un guiño cómplice.

—Buenos días, Michael. Es una pena, podría forrarme vendiendo esta información a cierta prensa.

—¿Tiene mi manuscrito? Dígame lo que piensa de la nueva versión. Diana, ¿me concedes diez minutos antes de la próxima serie?

Diez minutos. El tiempo que acepta dedicarme no llega ni a un cuarto de hora. Aunque nuestra conversación de introducción me pudiera haber dejado una diminuta esperanza, ahora está claro que mi papel en su vida es claramente limitado.

Me da diez minutos pero con la mitad me sobra.

—Cinco minutos bastarán, Diana. Michael, para ser sincera, no veo mucha diferencia entre las dos versiones.

Por su expresión, parece decepcionado.

—Pero ¿no ha encontrado la nueva descripción de la estudiante más real, menos cliché?

—Sí, de hecho es más bonita y más sexi que en la primera versión, pero por otra parte eso hace menos creíble la relación con el profesor. Uno se pregunta por qué va a acostarse con un vejstorio como él. Ni siquiera es especialmente rico ni famoso. En la primera versión, la descripción de una estudiante con un físico y una inteligencia más comunes quizá explicaría mejor por qué se siente atraída por alguien cuya única cualidad es la inteligencia.

Lo que expreso refleja lo que pienso verdaderamente. Al mismo tiempo entiendo que Michael puede ver en ello un sobreentendido de nuestra propia relación. Esto no va a mejorar mis posibilidades, pero ¿de qué posibilidades estamos hablando? Se lo monta con la señora *coach* tetona y rubia y acaba de concederme, con gentileza de rey, diez minutos.

Me mira intensamente, un tanto pensativo.

—Comprendo, tal vez tiene razón. Voy a pensarlo. En todo caso, gracias por su opinión. Cada vez es más raro encontrar a alguien que me dé su parecer sincero.

—No hay de qué, Michael. Me despido y buena suerte en su homenaje.

—Gracias. Hasta luego, Ophélie.

Salgo con lágrimas en los ojos. Esta vez de verdad se acabó. Quizá vuelva a verlo antes de que se marche de Deauville, pero de lejos, nunca más a solas.

El resto del día ha transcurrido sin nada de particular. He hecho mi trabajo. Al atardecer estaba libre y podría haber ido a ver cómo recibía Michael su homenaje, pero preferí abstenerme. Hay que saber pasar página.

He llamado a mamá. Las noticias sobre *Romeo* son buenas. Parece ser que ha engordado. Hay que decir que mamá no respeta las consignas y lo atiborra con paté Gourmet, lo mimma como si fuera su nieto.

Hablando de nietos, no sé si los tendrá, pero lo que es seguro es que no tendrán por padre a un hombre de cuarenta y cinco años, originario de Boston y actor de profesión.

Miércoles, 4 de septiembre, 20 h,

El día toca a su fin. He decidido escribir mi relato de hoy antes de cenar, ya que Laure me ha dicho que para esta noche hay organizada una fiesta bárbara. Ha añadido que, antes de que termine, seguramente no me acordaré de cómo me llamo y que caminaré a cuatro patas para volver a mi habitación, así que es más prudente que escriba ahora.

Michael se ha ido esta mañana. No sé muy bien qué pensar. Ayer fui lo bastante fuerte para no asistir al homenaje que le dedicaban. Esta mañana le he visto cruzar el vestíbulo del Royal con todo su equipaje y su *coach*, de quien hay que reconocer objetivamente que es un tremendo bombón. Además, es de verdad muy distinta de mí, más musculosa, más mujer. Pienso con amargura que debe de ser algo extraordinario en la cama. Es curioso este tipo de pensamiento, es más bien el pensamiento de un tío, pero es que cuando la ves tiene sentido. De todos modos me gustó haberla visto dándole la clase de gimnasia a Michael, ya que de lo contrario creería que era su amante. Lo que me tranquiliza es que, si fuera una conquista ilegítima, no aparecería a su lado de un modo tan oficial. Imagino que en ese caso tendría una habitación en el hotel y se colaría en su *suite* en medio de la noche para salir al amanecer. ¡Básicamente lo que yo intenté hacer sin éxito!

Michael, elegantemente, cede el paso a Diana antes de salir del hotel. Al hacerlo, se vuelve hacia mí. No puede no verme y sin embargo no manifiesta nada. *Niente, rien...* dilo en la lengua que quieras que no cambia nada.

¡Qué decepción! Si un ente superior ha querido darme una lección y ponerme en mi sitio, lo ha logrado ampliamente o incluso más, si se piensa en todas las decepciones y frustraciones que he soportado estos días.

Miro a Michael mientras ayuda a Diana a subir al coche y luego me doy la vuelta, incluso el masoquismo tiene límites.

De pronto me parece sentir la mano de Laure en el brazo, por detrás. Al volverme... ¡No es Laure, es Michael! Dada la familiaridad del gesto, estaba segura de que solo podía ser mi amiga, pero vaya sorpresa...

—Buenos días, Ophélie. Me alegro de encontrarla. Me habría entristecido no verla antes de marchar y más con lo dura que fue ayer con mi libro...

Aquí, ahora, esta mañana, cuando otra vez estamos solos los dos, me cuesta seguir de acuerdo conmigo misma.

—Eh, sí, Michael, efectivamente, quizá fui...

Me corta.

—No cambie de parecer, tenía razón. La estudiante que he descrito en la segunda versión no sucumbiría nunca a ese profesor, no porque no tenga dinero o no sea famoso, como sugirió usted, sino porque no tiene el carisma ni el *petit je ne sais quoi* que pueda emocionar a una joven tan bella.

Ha dicho en francés *petit je ne sais quoi*, «cierto no sé qué». Este hombre es increíble, me mira, me habla con aire serio y vuelvo a sucumbir. No soy idiota, comprendo el enorme elogio que me acaba de hacer, y creo que no es un juego, que es sincero.

Le devuelvo la mirada.

—Sí, tiene razón. Pero ¿dónde va a encontrar la muchacha ese «cierto no sé qué»? ¿En un novelista, un periodista, un físico...?

—¡Un periodista, Dios mío, no! Un novelista, solo si ha ganado el Premio Pulitzer o un físico si tiene un Premio Nobel!

—Posiblemente en un actor...

Me dedica una gran sonrisa. Está demasiado guapo cuando me sonrío así. Podría decir que es un rayo de sol que me da en el corazón, si no temiera acuñar el peor cliché del año.

—Un actor..., sí, podría ser un actor... Pero, cuidado, habría que elegir uno propicio, experimentado y a la vez de espíritu joven...

—¡Y guapo!

—Por supuesto, tienen que hacer buena pareja, tienen que ir bien el uno con el otro.

De nuevo estamos en simbiosis pero, como de costumbre, alguien viene a poner fin a este instante de complicidad. Hoy se trata de Diana, a quien es evidente que la espera en el coche se le está haciendo larga.

—¡Michael!

Se vuelve y contesta con bastante dureza a su *coach*.

—Ya voy, Diana. ¡Qué os pasa a todos para estar encima de mí vigilándome! Vuelve al coche. Ahora voy.

La ha puesto en su sitio, estoy en la gloria. Su mirada dura desaparece cuando se vuelve hacia mí.

—Tengo que irme, Ophélie. Ha sido un gran placer pasar estos cortos momentos con usted y espero que volvamos a vernos.

Mi respuesta tiene un tono un tanto desesperado, mucho, para mi gusto:

—Pero ¿cuándo, dónde?

—Jacques Prévert escribió en *Los niños del paraíso*: «París es muy pequeño para los que se aman con un amor tan grande». Al hilo de esto le diría que el mundo del cine es muy pequeño y que es imposible que no nos crucemos en Los Ángeles, Venecia o Berlín.

—A nosotros siempre nos quedará Deauville.

Para esta pincelada cultural he tenido que hacer acopio de todo el valor posible, la declaración de Michael me ha conmovido profundamente. ¡Casi ha confesado que me amaba! O deshacerme en lágrimas o escapar con una broma. La segunda opción era de lejos la mejor.

Mi observación le hace sonreír.

—Efectivamente, Ophélie, siempre nos quedará Deauville. No olvido lo que le debo y no me refiero a su valioso *feedback* sobre mi novela. No puedo dárselo en este enorme vestíbulo de hotel, pero esté segura de que un día satisfaré mi deuda. Entretanto, debo despedirme de usted.

Me abraza y me besa con una dulzura increíble. Estoy en sus brazos poderosos, pegada a su torso... todo es perfecto... Bueno, casi, pues sus labios se posan en mis mejillas y no en mi boca. Lamentablemente, ese momento excepcional se acaba muy pronto y tengo la impresión de que se separa de mí demasiado pronto.

—Hasta la vista, Ophélie.

—Hasta la vista, Michael.

Le veo alejarse, se marcha sin dar media vuelta. Veinte segundos más tarde desaparece en el Espace con cristales ahumados. ¡Esta vez sí que se acabó!

Me cuesta recuperar el aliento, acuso el *shock*. ¿Por qué la vida se complica sola?

Afortunadamente la providencia me depara a Laure, que viene a tomar su clásico desayuno en el bar del Royal.

—*Hello*, Ophélie. ¿Vienes a tomar el desayuno conmigo?

—Buenos días, Laure. No tengo mucha hambre.

—Todos los días lo mismo... De hecho no era una pregunta, era una orden. Te vienes conmigo a tomar un cruasán yunté.

En cualquier caso, nada me lo impide y me siento completamente vacía. Pasar un momento con mi mejor amiga no puede empeorar la situación, a menos que...

—De acuerdo, Laure, pero me prometes que no me contarás tus hazañas de la noche con David.

—Entendido, pero te vas a perder algo... Sobre todo el momento en que una pareja de amigos suyos se reunió con nosotros e hicimos el amor todos juntos. ¡Fue lo máximo!

—¡Laure!

—Es una broma, solo estábamos los dos. ¡Estás tensa como una cuerda de violín, guapa!

—Michael acaba de irse...

—Lo sé, me he cruzado con su coche. ¿Has hablado con él?

Transcribo nuestra conversación porque necesito su *feedback*.

—¿Era realmente una declaración, la cita de Prévert?

—Una declaración de amor, quizá no, pero una declaración de interés por ti, eso es seguro. Es una pena que no se quedara más tiempo...

—¿Y qué crees que va a pasar ahora?

—Desgraciadamente, os separan más de diez mil kilómetros... Yo no soy tan optimista como él, no sé si volveréis a veros.

Me rompe el corazón pero tiene razón. Con Michael, habría podido ser, debería haber sido, pero hay que rendirse a la evidencia: está muerto y enterrado.

Mi móvil comienza a sonar.

—Es Christophe, creo que acaba de llegar a París.

—Adelante, cógelo, no te preocupes por mí.

—No tengo muchas ganas, no estoy de humor, no sabría qué contarle.

—¡Estás loca, contesta! Es muy majo y no vive en Beverly Hills ni está casado.

Palabras cargadas de sentido común. Obedezco a mi amiga. Su avión acaba de aterrizar procedente de Montreal. Va a ir a casa a acostarse porque ha dormido mal durante el vuelo. En la conversación hablamos de hechos concretos, no va a ser fácil reanudar nuestra relación... Al cabo de

cinco minutos, decido abreviar diciéndole que tengo una reunión de trabajo.

Laure me fulmina con la mirada.

—¿Qué reunión es esa?

—Sí, bueno, esto... estoy reunida. Contigo...

—¿Sabes?, si no pones de tu parte, pronto vas a volver al celibato.

—¡Al celibato en brazos de mi gato! Ves, he hecho una rima.

—Ophélie, tienes que hacer algo o te me vas a caer en una depresión. Esta noche vamos a tener una gran fiesta. ¿Qué programa tienes para el día?

—No gran cosa, más bien tranquilo. ¿Y tú?

—Tengo que ocuparme de la conferencia de prensa para la película de esta noche. Por cierto ¿podrías prestarme tu móvil? Tengo que buscar información sobre la película en AllôCiné. ¿Tienes la aplicación?

—Claro que tengo la aplicación. Me la instalaste tú. Pero ¿qué has hecho con tu móvil?

—Creo que lo he dejado en el hotel. Iré después a buscarlo. ¿Me pasas el tuyo?

—Vale.

Se apodera de mi iPhone, presiona algunas teclas, anota dos datos y me lo devuelve.

—Gracias. Bueno, me voy. ¿Quedamos esta tarde hacia las ocho y media en el apartamento?

—Vale.

Nos separamos a las diez. Del resto del día no merece la pena hablar, no ha sido de ningún interés.

Termino estas líneas. No sé lo que ha previsto Laure, pero es posible que esté de acuerdo en agarrar una buena. ¡No todos los días pierde una al amor de su vida!

Jueves, 5 de septiembre, 10 de la mañana

Este diario se está convirtiendo realmente en algo sin pies ni cabeza. Yo, que escribía con precisión de reloj suizo, todos los días antes de irme a dormir, acabo de romper esa norma en dos ocasiones, una tras otra; ayer, escribí al final de la tarde y hoy escribo por la mañana temprano.

Hay que reconocer que los acontecimientos lo merecen.

Laure vino a buscarme a las ocho y media, como estaba previsto. Se puso a criticar mi vestuario.

—Ophélie, no puedes ponerte eso, no es sexi.

—Eso me va bien, no quiero estar sexi...

—Pero si quieres gustar...

—¡Ni me hables de gustar!

—Ophélie, me estás cansando. Cámbiate inmediatamente. Toma, ponte este bonito vestido negro.

Se había apropiado de mi armario. Una vez más, decidí que era más fácil obedecer que resistirse. Me observa mientras me cambio.

—De verdad, tienes un cuerpo estupendo... Puede parecer que estás un poco delgaducha, pero no es el caso. Bonitas tetas, bonito culo, Michael se ha perdido algo sin duda.

—Laure, deja de mirarme, es incómodo.

—No te hagas la remilgada. Seguramente has tenido una o dos experiencias con chicas.

—¡Tú estás mal! ¡No! Jamás de la vida.

—Muy mal. Deberías probar...

—Pero si tú me has dicho al llegar a este apartamento que no te gustaban las mujeres.

—Si no recuerdo mal, he dicho que en general no me gustan las mujeres, pero siempre hay casos particulares... De hecho, besan muy bien y, *top secret*, son mucho mejores que los hombres en los *cunnilingus*. Aunque prefiero, y de lejos, que me penetre un miembro fuerte y bello.

—¡Laure!

—Es que el consolador es muy poco para mí. Ya ves, después de todo soy de la vieja escuela.

—Laure, te lo suplico, solo pásame el vestido.

Llevo puesta ropa interior de algodón de Princesses Tam-Tam y me mira con cara de asco.

—¡No vas a salir con eso! Esa ropa interior es inmunda.

¡Qué dice! Tiene estampados bonitos motivo Liberty.

—En absoluto. Son bonitas. Además, nadie las va a ver.

—Cámbiate. Toma, ponte este conjunto de encaje. Aubade, no es La Perla, pero es más sexi.

—Pero...

—¡Cámbiate! No discutas. Si conoces a un hombre, te alegrarás de haber seguido mi consejo.

—Mi hombre está en un vuelo de Air France, en primera clase, tomándose unos whiskies mientras cuenta las horas para follar con su mujer.

—A ese hay que olvidarle, precisamente porque tiene mujer y está lejos. Hay que atreverse con algo más accesible.

—Espera, no me digas que me has montado un plan...

—Sorpresa... Es por tu bien.

—Oh, no, ¿quién es? ¿Le conozco? ¿Dónde está?

—Está en el Drakkar con David.

—¿Es un periodista? ¿Yanqui? Sabes que me horrorizan las citas a ciegas.

—Le verás allí mismo y le darás las gracias a tita Laure.

—«Tita Laure.» ¿Qué es ese ridículo apodo?

—No lo sé, me ha venido así... Es para subrayar el enorme cariño con que me ocupo de ti. Bueno, vamos, ponte la ropa de Aubade.

Estaba firmemente decidida a decir que no, pero la organización de esa cita a ciegas me ha dejado tan sorprendida que me pongo manos a la obra sin decir ni mu (o casi).

—Vale, pero date la vuelta.

—Está bien, miss Mojigata. No voy a abalanzarme sobre ti, he tenido mi dosis de sexo esta semana, pero date prisa o vamos a llegar tarde.

A los diez minutos estamos en la calle. Nos acercamos al restaurante y, de pronto, los veo a lo lejos, David con... ¡¿Christophe?! No estoy soñando, ¡es Christophe! Pero ¿qué hace aquí? Estaba en París cuando he hablado con él por teléfono esta mañana. Me dirijo a Laure.

—¿Qué plan es este? ¿Cómo ha llegado Christophe?

—En el tren París-Deauville.

—Pero ¿tú cómo has sabido que venía?

—Piensa, pon a funcionar tu cerebro. Demuestra que no eres una rubia tonta...

—¿Has sido tú quien le dijo que viniera? Pero ¿cómo...?

Me mira silenciosa y prosigo con mi investigación.

—Tú no tenías su número y no veo cómo podría él tener el tuyo... ¡No puede ser! Has copiado el número de mi móvil. Esta mañana... Habías perdido el tuyo, me pediste prestado el mío... ¡Lo que anotaste entonces era su móvil!

—¡Bravo, Sherlock!

—Pero, Laure, no puedes seguir utilizando mi móvil cuando y donde se te antoje, ya te he dicho que eso no se hace.

—No si lo utilizara para mí, pero en este caso lo hago por ti.

Es inútil seguir hablando. No entrará en razón. Además, estamos llegando a donde están los chicos y la situación es extraña, no sé cómo tomarme el encuentro con Christophe. Le miro. Parece estar en forma a pesar de la diferencia horaria.

De manera sorprendente, Laure empieza dando un beso a Christophe, lo cual no me deja otra opción que besar a David. ¿Es voluntario por su parte? ¿Ha querido darme unos segundos más para que vuelva a habituarme? Quizá... David ha adoptado la costumbre francesa y ha reemplazado el abrazo por el beso.

Es el momento crucial, en que voy a encontrarme en los brazos de Christophe. Contando rápidamente, la última vez fue hace once días y trece horas, aproximadamente. Confío en que no espere un beso en la boca, aunque sea casto, porque de momento no me sale. Pero me abraza y me besa gentilmente en las dos mejillas. Entonces me da un calambre: había olvidado que era el rey del beso convencional. De inmediato recupero las sensaciones que había experimentado dos semanas antes y esos besos suturan la distancia distancia que el tiempo había abierto entre nosotros.

—Buenas noches, Christophe.

—Buenas noches, Ophélie.

—¡Qué sorpresa verte!

—Espero que sea una buena sorpresa. He dudado cuando Laure me ha telefoneado, no quería molestarte durante el festival.

La pregunta es un poco incómoda, porque en verdad no sé la respuesta... No estoy segura de querer mezclar vida profesional y vida personal y también pienso que hubiera querido recuperarme del episodio doloroso con Michael. Por otro lado, quizá es esto lo que me lo va a facilitar: pasar página y acabar ya con el duelo, en cierto modo. Espero que pronto podamos recuperar nuestra complicidad. Así las cosas, ¿cómo responder a esta pregunta?

La ventaja es que, cuando se tiene una amiga como Laure, no se sufre el dilema durante mucho tiempo, porque ella toma la iniciativa.

—¡Qué pregunta más tonta, Christophe! Por supuesto que está contenta. Me había dicho que te echaba de menos, pero como los dos sois muy cortados y discretos para deciros las cosas con naturalidad, he tenido que ser yo, el hada Laure, quien tome el asunto en sus manos. Vamos, vamos, tenemos que sentarnos o nos cogerán nuestra mesa.

No he respondido a la pregunta de Christophe y él no hace ningún comentario, pero no estoy segura de que se haya quedado totalmente convencido con el discursito de Laure.

A diferencia de mis cenas anteriores con Laure y David, esta vez estamos en perfecto equilibrio, Christophe frente a mí, mi amiga en la diagonal y su novio a mi lado. El principio de la cena es laborioso. Los dos chicos no tienen mucho en común: David no juega a los videojuegos y Christophe no es un gran cinéfilo. Laure y yo tenemos que trabajar mucho para crear un vínculo común, así que empujamos a Christophe a que nos cuente su estancia en Montreal y, oh, feliz coincidencia, David tiene unos primos allí. Este intercambio pone en marcha la conversación. Después, pasamos al tema Deauville. Christophe saca de un bolsillo de la chaqueta una foto doblada en cuatro.

—¿Sabes que apareces en *Paris Match*, Ophélie?

—No, déjame ver.

Desdobla la foto y la pone de manera que todos podamos verla. Es una foto que tomaron en la ceremonia de homenaje a Cate Blanchett. En efecto, estoy en la foto, en un rincón... El problema es que me estoy volviendo hacia Michael que está a menos de dos metros de mí en ese momento.

—¿Es Michael Brown el que está detrás de ti? Se diría que te sientes atraída por él, por la forma en que lo miras.

—Sí, se podría...

Me interrumpo y Laure se viene abajo. Mira la foto y empieza a reír, con lo que pronto se transforma en un ataque de risa. No obstante, la situación no tiene gracia: mi futuro chico me ha cogido con las manos en la masa mirando a Michael, a quien no volveré a ver nunca más en mi vida. Sin duda debería llorar, pero he seguido el camino de Laure en su histeria. Las dos lloramos de tanto reír e incluso me duelen la barriga y los costados.

No podemos parar: en cuanto una llega más o menos a calmarse, inmediatamente vuelve a empezar cuando mira a la otra.

Los dos chicos nos observan como si estuviéramos locas y quizá lo estamos o quizá han sido estos dos últimos días locos de verdad. Para evitar hacerme pis en mis bonitas bragas Aubade, debo ir como sea a los lavabos. Cuando vuelvo a salir, al cabo de diez minutos, tras haberme pasado agua fría por la cara, me siento mejor y mi melancolía ha disminuido de manera notable. Tal vez, a fin de cuentas, olvidar a Michael sea mucho más fácil de lo que pensaba.

Cuando regreso a la mesa, Christophe está muy solícito.

—¿Cómo estás? Por un instante tuve miedo de que te murieras de risa.

—Habría sido una bonita muerte...

—Sí. ¿Era de verdad tan ridículo lo que he dicho?

—No, bueno, sí... Es demasiado largo de contar.

Mi respuesta es franca aunque no demasiado amable. Lo siento, pero no es un tema que me apetezca compartir con Christophe, que percibo que acusa el golpe y Laure también.

—Puedo explicarte por qué hemos reído tanto. El domingo por la mañana, Ophélie llevó a Cate y a Michael...

Se pone a contar nuestra visita a los cementerios militares, la avería, el retraso, los agentes en moto... al final, la conclusión es magnífica.

—...así que por culpa de Michael, Ophélie estuvo a punto de que la despidieran de Ciné Organisation. Por eso nos hemos reído cuando has dicho que se sentía atraída por él; en realidad es más bien lo contrario.

Laure tiene una capacidad para coger un trozo de verdad de aquí y otro de allá y formar con todo una enorme mentira que para mí es totalmente fascinante. Y funciona. Christophe parece que se ha serenado. Hasta David, que sin embargo conoce toda la historia, da la impresión de creerla.

Mi amiga es verdaderamente inteligente.

Al final de la cena, nos peleamos un poco para saber quién va a pagar la cuenta, pero los chicos ganan y son ellos quienes invitan.

Al salir del restaurante, una cuestión me viene de pronto a la mente: ¿dónde va a dormir Christophe? Maldita sea, es delicado. Podría quedarse conmigo en Pierre et Vacances, pero estoy incómoda y encuentro que Laure ha sido imprudente al imponerse su proximidad.

No puedo preguntárselo abiertamente porque ya he estado bastante dura con él esta noche. Decido dar un rodeo ante el obstáculo.

—Christophe, ¿dónde has dejado tus cosas?

—En mi habitación, en el Normandy.

Al ver que estoy sorprendida, me explica:

—Sí, Laure ha podido encontrarme habitación en el hotel.

La susodicha Laure, que se había quedado unos metros atrás, al oír su nombre, interviene:

—No es una habitación, es una *suite*, por favor. ¡Y además gratuita!

Me quedo con la boca abierta.

—El jefe de David se ha ido de Deauville un día antes de lo previsto y le propuso a David que la tomara él, pero nosotros estamos bien en nuestro nidito de amor, así que le he dicho a Christophe que podía quedarse en ella.

Me guiña un ojo discretamente. Es increíble esta chica, sé que le encanta el lujo pero se ha sacrificado con la esperanza de que yo disfrute de esa *suite* con Christophe. Este tipo de cosas demuestran el valor de una verdadera amistad.

Al mismo tiempo, para mí supone cierta presión. No sé cómo va a reaccionar si decido ir a dormir sola a nuestro pequeño apartamento como todas las noches.

Bueno, ya veremos más tarde. De momento, Laure nos propone visitar la famosa *suite*.

Curiosamente, es la primera vez que entro en el Normandy. Caigo en la cuenta de que me he pasado la semana en el Royal, algo lógico ya que todos mis centros de interés estaban allí: Cate, Michael...

El Normandy tiene un estilo muy normando, con entramados de madera... lo que no carece de lógica dado su nombre. Es muy bonito, aun más que el Royal aunque en términos de prestigio sea este último el que se lleve la palma.

No sé por qué pero la *suite* es muy parecida a la de Cate o la de Michael, tal vez ligeramente más pequeña y también tiene vistas al mar.

Laure abre las ventanas y aunque ahora es demasiado tarde para admirar las vistas, se oyen las olas. David se acerca a nosotras con dos copas.

—¿Champán, señoritas?

Hay un cubo con dos botellas y Laure, como es su costumbre, nos proporciona la explicación.

—El jefe de David tiene aperitivos todos los días y siempre pide que le traigan dos botellas de Perrier Jouët, pero esta noche lo disfrutamos nosotros.

Y me dice al oído:

—Espero que este champán me sirva para pagar la deuda de nuestra apuesta, sin contar que os he facilitado esta *suite*.

No pierde el tiempo mi compañera. ¿No será que tiene miedo de echar la mano al bolsillo?

—Vale, está bien. De todas maneras, yo había hecho trampas.

—¡Me alegro de que lo reconozcas!

Los chicos se han sentado en los sofás. Nosotras disfrutamos de la *suite* y del sonido de las olas. Aunque he comido, el champán después del vino de la cena es demasiado para mí, pero me encuentro bien, solo un poco ausente. Hablamos en francés y en inglés indistintamente, nos comprendemos sin preocuparnos. Sin que me dé cuenta, la segunda botella viene a continuación de la primera; me siento genial, pero cuando intento levantarme, vuelvo a caerme sentada en el sofá. Yo sabía que el hotel estaba a orillas del mar. ¿Será por eso que el suelo de la *suite* empieza a tambalearse? Christophe me ayuda a levantarme en mi segunda tentativa y me encuentro en sus brazos. Para agradecerse lo le beso en la boca, apenas un entrante. Contento... sí que está contento,

más que yo, porque para ser sincera, lo he hecho sin pensarlo y en gran parte se debe a mi nivel de alcoholemia. Veo brillar en sus ojos una chispa de amor. ¡Ay! Demasiado deprisa, tengo que atemperar el juego.

Me vuelvo hacia Laure y David. Han superado con creces la fase del beso de cortesía y están morreándose sin moderación. Labios, lenguas y quizá hasta dientes se entremezclan en una sensualidad tórrida. ¡Hagan algo, que alguien les eche un cubo de agua!

Voy a calmar sus ardores.

—Bueno, niños, ¿qué hacemos?

Laure separa su boca de la de David, para gran consternación suya. Está claro que tiene una idea en la cabeza.

—Vamos a darnos un baño de medianoche.

—Estamos en septiembre. ¡El mar no estará a más de 15 grados!

—No, está a dieciocho, lo que tampoco es supercaliente, pero conozco un lugar donde el agua está a 26 grados.

—¿Dónde? ¿En la isla Mauricio?

—No, listilla, en la piscina cubierta del hotel.

—Pero a esta hora estará cerrada.

—En efecto, desde las diez. Vamos a tener que usar la astucia. Ophélie, ven conmigo. Chicos, poneos los trajes de baño, a menos que preferáis bañaros desnudos.

Ambos parecen tímidos porque se levantan de inmediato. Yo sigo a Laure que está bajando a la recepción cuando me asalta un pensamiento en mi mente en brumas.

—¡No tengo bañador!

—No importa, tienes tu ropa interior Aubade.

—Pero es blanca, se va a quedar transparente.

—Mejor, así comprobaremos si tu chico está tan bien dotado por la naturaleza como el mío aun sin quitarse el bañador. Si no, también puedes bañarte desnuda... ¡Ojo! Ahora ponte seria y me dejas hablar.

Laure empieza a venderle una historia al mánager de servicio. Le explica que he perdido mi medalla de primera comunión, regalo de mi abuela. La seguía teniendo cuando entré en la piscina y probablemente la he perdido allí.

Al principio, el mánager del Normandy no parece muy dispuesto, pero para ayudar a Laure, improviso mi papel de muchacha desconcertada, un papel sin palabras pero muy real. Al cabo de unos minutos, accede a acompañarnos. Laure me desliza sus consignas al oído.

—Aléjale de la entrada durante unos momentos.

En el Normandy, la entrada de la piscina cubierta queda un poco retirada en relación con la recepción y los ascensores.

—Señor, yo estaba sentada allí. ¿Puede ayudarme, por favor?

Me acompaña y empezamos a mirar alrededor del sitio que le he indicado.

Aunque mi alcoholemia sea, sin duda, superior a dos gramos por litro, me doy cuenta de lo absurdo de la situación. Estoy buscando un objeto que nunca he perdido. Al cabo de unos minutos, Laure se une a la búsqueda y, de pronto, se pone a gritar.

—¡Ya está, la tengo! Estaba debajo del cojín de la butaca. ¿Es la tuya, verdad?

Y me la pone delante de las narices. Dado que mi verdadera medalla de primera comunión está en mi habitación, en casa de mis padres, en Saint-Germain-en-Laie, no necesito ni mirarla un segundo. En cierto sentido sería divertido decir que no, que no es la mía. Bueno, divertido solo por un instante, pues Laure me asesinaría allí mismo.

—Sí, es esta. Es genial, Laure, gracias. Señor, gracias a usted también por su amabilidad.

El gerente parece encantado de que el asunto quedara resuelto en diez minutos. Le dejamos delante de los ascensores, después de darle cordialmente las gracias una vez más.

—¿Qué tal te ha ido a ti? ¿Qué has hecho? ¿Le has cogido su pase?

—No, he pegado un trozo de chicle en la cerradura de la puerta. No...

—Pero... No es posible, ¿te has creído Ethan Hunt?⁶ Y, además, ¿de dónde has sacado ese chicle? ¿Vuelves a tener seis años o qué?

—No, se trata tan solo de la preparación de una noche magníficamente programada. Toma, también me he hecho con esto para ti.

Y me da una caja con seis preservativos.

—¡Pero es demencial! ¿Por qué los has comprado?

—Porque en el siglo XXI se sale de casa prevenido. Tiene aspecto de ser majo y muy amable, pero no olvides que tiene también follamigas, entre otras, Alexia.

—Gracias por recordármelo. ¡Vaya una buena ayuda para que vuelva a ponerme romántica!

—Está bien, no es virgen, mejor así para los dos. He cogido tallas normales con depósito, no creo que él también calce una XXL. Las ranuras aumentan el placer. En cambio, espero que el depósito sea lo bastante grande, aunque eso depende del tiempo que ha tenido cerrado el grifo.

—¿Qué es esa expresión de «el grifo»? Y todos esos detalles, ¿crees que voy a dar el paso así?

—Espero que mi sentido del detalle no sea tu patética excusa para no disfrutar de una magnífica noche de amor y sexo con un joven atractivo en la más hermosa *suite* en la que hayas estado en tu vida. No olvides que esa *suite* me permitiría renovar el lugar de mis fogosas relaciones con David. La habitación se nos ha quedado pequeña: cama, bañera, ducha, lavabo, mesa de escritorio, silla...

—¡Laure, gracias por no seguir!

—¡Ah, último detalle superimportante! En la caja hay además un sobrecito de lubricante natural, solo en caso de que el joven compitiera con David en tamaño... O por si la ausencia prolongada de relaciones en tu vida ha hecho que se seque la lubricación natural.

—¡Laure, caray, ya basta!

—Solo lo digo por tu bien. No quiero que pesques una micosis.

Bueno, ya no sé qué decir para que se calle. Si ya no estaba de humor para imaginar demasiadas proezas sexuales esta noche, después de esas precisiones clínicas mi libido está en su nivel más bajo.

Llegamos a la *suite* y deslizo rápidamente los preservativos en mi bolso antes de entrar.

Los chicos están charlando mientras beben. David me tiende un vaso, lo huelo.

—¿*Gin-tonic*?

—*Yes*. Es nuestra debilidad, de Laure y mía, tomamos uno cada noche. Me ha dicho que te gustaba.

Es verdad, me gusta casi tanto como el *gin* con pomelo. Pero ¿me apetece justo ahora que empiezo a recuperarme, en gran parte gracias a (o por culpa de) la discusión sumamente pragmática que acabo de sostener con Laure?

Dudo un instante y luego me decido y tomo el vaso. Me había prometido a mí misma emborracharme esta noche, ¿cuál era el motivo? Ah, sí, porque Michael se ha ido. Es curioso, hace menos de veinticuatro horas de eso pero me parece ya algo lejano. Será una buena noticia, quizá esté cerca de sanar.

Brindamos los cuatro por Francia, por Deauville, por Estados Unidos, por el jefe de David, por el gerente del Normandy... De nuevo estoy en una agradable niebla cuando Laure nos invita a movernos.

—Está bien, creo que ya ha pasado el suficiente tiempo. Bajemos.

La seguimos por los pasillos desiertos del hotel. Estos paseos nocturnos con mis tres acompañantes me devuelven a las lecturas de mi juventud, me da la impresión de estar en una aventura del Club de los Cinco en busca del asesino. Solo falta el perro para completar el equipo.

Llegamos a la puerta, momento crucial, veremos si el chicle de Laure va a permitirnos entrar. Laure empuja la puerta. ¡Ábrete, Sésamo! Y la puerta se abre. Ella se vuelve hacia nosotros y hace una reverencia; los demás aplaudimos discretamente.

En menos de un minuto, Laure está en el agua. Solo lleva las bragas y David va a su encuentro. Tiene un precioso traje de baño azul oscuro con un cinturón gris. Lleva impresa la fotografía de Jeff Bridges y la inscripción: *The Dude Abides*. No comprendo el significado del verbo, pero no tiene importancia, alude a la película *El gran Lebowski*, de los hermanos Coen, que me encanta. Muy de culto, su *bóxer* corto. Confieso que pese a todo, lo miro un poco. Está ligeramente rellenito y tiene mucho pelo en el torso, un auténtico oso. Dirijo la mirada más abajo para ver si puedo presentir la presencia de la bestia que me ha descrito Laure pero en reposo no se significa. Me vuelvo entonces hacia Christophe. Le he visto ya casi desnudo, pero me da la impresión de que fue hace un siglo. No está nada mal, pero sigue estando igual de blanco aunque en ese aspecto no soy yo quien puede darle lecciones. El traje de baño es de estilo surfista, bicolor, azul y rojo, sobrio y bastante elegante pero en cuanto a moda, David le gana con creces.

De modo que yo soy la única que está vestida, pero no por mucho tiempo ya que el cabo Laure me llama al orden.

—Ophélie, tienes un minuto para meterte en el agua. Si no, ordenaré a David que te desvista.

No me da miedo la amenaza pero, extraña y probablemente debido al alcohol, no tengo dificultad en quitarme la ropa. Solo me he puesto de espaldas a la piscina. Cuando me doy la vuelta, veo que Christophe está mirándome el culo. Como el ambiente está en penumbra, no sé en realidad si se ha sentido incómodo, pero no me extrañaría que se hubiera ruborizado. No puedo enfadarme con él porque me mire, yo he hecho exactamente lo mismo.

David, por su parte, no corría ningún riesgo de imitarle, porque Laure le ha arrinconado en una esquina de la piscina y está besándole y frotándose contra él. Al ver sus movimientos hasta se podría creer que está dentro de ella. ¡Sería verdaderamente asqueroso! ¡Si eyaculara en la piscina...! Porque de todos modos, aunque no estén copulando, los movimientos sensuales y el ballet de las lenguas pueden dar el mismo resultado. Me deslizo en el agua, que está estupenda y avanzo hacia Christophe.

—¿Hacemos unos cuantos largos?

—Vale.

Nadar me alivia parcialmente la borrachera. No soy una gran nadadora, pero me gusta la braza. Tratamos de quedarnos lo más lejos posible de nuestros amigos en celo. Hay que confesar que nadar en esas condiciones es bastante incómodo y surrealista.

Me arriesgo a hacer un comentario.

—¡Oh, los enamorados, hay habitaciones para eso! Esto es un sitio público.

—De acuerdo, os abandonamos unos minutos. ¡Portaos bien!

Salen y se dirigen hacia el vestuario. Echo una ojeada a David y, en efecto, creo ver un enorme bulto en su traje de baño, aunque está bastante oscuro y quizá es todo fruto de mi imaginación.

Christophe y yo hemos dejado de nadar y charlamos tranquilamente apoyados en el borde. Le cuento detalles sobre la semana y sobre las películas que me han gustado.

De pronto, se escuchan unos inequívocos ruidos procedentes del vestuario. Como no vemos nada, se podría creer que estamos en una sesión de doblaje de una película porno, pero lo que resulta molesto es que la protagonista es mi amiga. Primero oigo gemidos pero después es aún peor, vienen las instrucciones: «¡Espera, David, no tan deprisa. Ah, me llenas. ¡Ah, David! ¡Bésame las tetas! ¡Ah, David, voy a gozar, más deprisa, David, más deprisa! ¡Ah, sí, David, vamos, vamos, ya estoy...!

Todo ello acompañado de gemidos terroríficos. Lo peor es que, hacia el final, ¡también David se puso a gemir! Era un concierto a dos voces. De pronto me dije que si el gerente del hotel o alguien de seguridad aparecían por allí, sería un gran escándalo. ¡Eso sin contar con que el Normandy es el hotel en el que duerme Bertrand!

Christophe y yo habíamos interrumpido nuestra charla debido al ruido que hacían. Nos miramos, yo rompí a reír y él me imitó. La incomodidad se transformó en complicidad. Es curioso, este desenfreno sexual ruidoso tan cerca de nosotros al principio era desmotivador, como para matar el romance, pero después no deja de ser algo turbador.

Me acerco a Christophe y le beso. El primer beso es solo labios contra labios, como poco antes en la *suite*. Christophe se mantiene en una moderación total, soy yo quien lleva la voz cantante. Mi segundo beso incluye un poco de lengua y poco a poco voy en busca de la suya. Es casi tímido en sus besos y eso me excita más. Le tomo la cabeza entre las manos y ahora le beso profundamente. Tiene un gusto a *gin* nada desagradable. Finalmente, se entusiasma y nos besamos con toda la boca. Ah, besa bien de verdad. Para mí, esa es la cualidad primordial en un tío. Siento que me derribo en sus brazos y tengo ganas de más.

De nuevo llegan del vestuario los gemidos de Laure, sin duda han comenzado el segundo asalto. Como hace menos de diez minutos que han terminado el primero, o David se ha recuperado para la causa en tiempo récord o bien está entregándose al placer de su compañera. Apuesto por la segunda solución.

Como no me apetece que nos encuentren flirteando en la piscina, creo que es hora de que nos vayamos. Me aparto de Christophe y le tomo de la mano para salir. Cogemos nuestras cosas y abandonamos el lugar.

Los dos estamos empapados y estamos deambulando por los pasillos del Normandy. Si nos cruzamos con alguien, nos resultará difícil dar una explicación, sin contar con que, aunque me cubro con mi ropa, a nadie se le escaparía que estoy en ropa interior.

Es una buena ocasión para comprobar si sigue persiguiéndome la mala suerte: he experimentado tantos obstáculos en el momento en que debía llegar hasta el final con Michael que, finalmente, sería una especie de milagro si nadie nos ve a Christophe y a mí en paños menores.

Salimos del ascensor en la segunda planta dejando un charco enorme tras de nosotros. Esprintamos por el pasillo lo más silencioso y rápido posible. Llegamos a la *suite*, nadie nos ha visto: el destino ha dado su veredicto. Con Michael, no tenía que ser. Christophe es el feliz vencedor.

He recobrado una serenidad total. Estoy extenuada y aún bajo los efectos del alcohol pero la frustración y la tristeza parecen haberse evaporado, aunque tiemblo de frío por el aire acondicionado del hotel sobre mi piel húmeda.

—Christophe, tengo frío. Ven a darte una ducha conmigo.

Me dirijo al cuarto de baño. La ducha es magnífica, lo bastante amplia para los dos. Sin mirar a Christophe, a mi espalda, me quito el sujetador y las bragas. Abro la ducha a tope y me deslizo bajo el agua muy caliente de frente a la pared. Al cabo de unos instantes, siento a Christophe detrás de mí. Curiosamente, lo primero que siento es su sexo contra mis nalgas y es normal, su erección le precede. Claramente aprecia lo que ve de mí, buena señal.

Después se apoya en mí, su torso contra mi espalda. Ahora siento su pene apoyado por completo en la parte baja de la espalda y el culo. Es tan agradable sentir el deseo que he provocado que me pregunto cómo he podido permanecer tanto tiempo sin hacer el amor. Decido no volverme demasiado pronto y le dejo besarle en el cuello. Tiendo las manos hacia atrás para cogerle la nuca y estimular sus besos. Esta posición le permite acceder a mis pechos, que acaricia suavemente. Los coge con toda la mano y luego se concentra en el pezón. ¡No hay nada mejor! Ya no puedo resistir y me doy la vuelta para besarle. Volvemos a los besos ardientes que nos dimos en la piscina. Su deseo se erige ahora contra mi muslo y lo agarro, duro y caliente. Tengo ganas de él. Hago ir y venir mi mano y muy pronto, él me la coge y me susurra al oído:

—No sigas, es demasiado, te lo ruego, vas a hacerme llegar.

De inmediato, paro. En el estado en que me encuentro, no quiero posponer nuestro placer compartido porque él ha ido demasiado deprisa.

Además, es hora de pasar a la fase siguiente. Salgo de la ducha llevando a Christophe de la mano. Coge una toalla para secarme. Es muy agradable, es muy majo por su parte, pero no es tan erótico. Me seca el pecho, la espalda, el culo, las piernas y los pies, pero pasa por alto mi sexo. Lo comprendo, no deja de ser sumamente íntimo y tiene miedo de dar un paso en falso. En el amor, hay cosas que se sienten y otras, no. Me siento dividida para decidir: por un lado, me enternecen su atención y su moderación; por otro, me gustaría más sexual, más primario.

Le beso dulcemente en los labios para agradecerse, le cojo la toalla de las manos y me dirijo a la habitación. Puede parecer egoísta, pero yo no lo seco a él. Mientras él lo hace, voy a buscar los preservativos en mi bolso. Así, todo estará listo cuando venga a reunirse conmigo en la cama.

Aparto el cubrecama y las sábanas. Abro rápidamente la caja de preservativos. Escondo dos bajo la almohada y decido seguir el consejo de Laure, añadiendo también el sobrecito de lubricante. Aunque no sea muy romántico, siempre es mucho mejor que una relación dolorosa o incluso una no-relación.

Apenas me estiro en la cama, Christophe sale del cuarto de baño. Se ha puesto una toalla alrededor de la cintura para ocultar su pene, encantador y a la vez demasiado tímido en mi opinión. No estoy tan liberada como Laure pero esta noche me hubiera gustado que Christophe se presentara ante mí desnudo. Además, yo le espero sin nada encima y no me he cubierto con las sábanas. No sé si está en relación con lo que ha sucedido estos últimos días, pero tengo la sensación de ser una persona distinta o, al menos, de haber pasado del estadio de chica a mujer. Estoy serena, tengo ganas de él y deseo ardientemente ver las que él tiene de mí.

Voy a su encuentro arrodillada sobre la cama. Le miro directamente a los ojos y desato la toalla que cae a sus pies. Percibo en él una mezcla de apuro y de pasión y para no incomodarlo, poso mi mirada en su rostro y no en su pene, su corazón no lo resistiría. Aun así, mi visión periférica me permite notar su erección. Le tomo de la mano para atraerle hacia la cama y siento plástico en su mano. Me lanza una mirada tímida al mostrarme lo que sostiene: ¡preservativos XXL!

—Regalo de David.

Voy bajo la almohada para retirar los que había preparado:

—¡Regalo de Laure!

Nos sonreímos, nos miramos y nos apreciamos. Es un hermoso momento de complicidad. Un segundo de respiro antes de hacer el amor y no puedo resistir las ganas de tomarle el pelo.

—¡Cuidado! Los preservativos de David son muy grandes, no podrás llenarlos.

—Te castigaré por esas palabras.

Se arroja sobre mí y me deja clavada bajo él sosteniéndome las muñecas por encima de la cabeza. Me debato unos instantes pero me doy cuenta de que no tengo bastante fuerza y cambio de táctica. Tiendo la cabeza todo lo posible para mostrar que quiero besarle. No llego, pero él se me acerca y nos besamos despacio. Es muy intenso. Me suelta y se desliza a mi lado mientras continúa besándome. Está bien, pero quiero más, así que le cojo la mano y la llevo hacia mi sexo. La mano empieza por acariciar el vello del pubis y la proximidad a mi zona erógena me hace gemir. Me gustan esas caricias pero me gustaría que se concentrara en mi placer. Soy consciente de mi impaciencia, estoy buscando eliminar las frustraciones que se han acumulado en mí.

Sin dejar de besarle le cojo el antebrazo para hacerle comprender lo que quiero. Al fin su mano se posa en mi sexo, primero sin entrar en él. Gimo y me arqueo. ¿Cuándo va a empezar a acariciarme? Es insoportable. Al fin siento su mano acariciándome detrás del muslo para venir a situarse en la parte de atrás de mi vagina. Su dedo corazón separa suavemente los labios sin penetrarme profundamente, sube suavemente hacia el clítoris y al fin lo acaricia. Hace varios movimientos de ida y vuelta a lo largo de mis labios deteniéndose con regularidad en el clítoris, exquisito, pero igualmente frustrante. ¡Quiero más! Pongo el cuerpo en tensión para que el dedo entre más profundamente y busque mi punto G, pero no se detiene mucho, vuelve hacia el clítoris y lo cosquillea. Debo decir que hay un detalle molesto, al que Laure ya se había anticipado: no estoy lubricando demasiado y él ha debido percibirlo.

Estoy demasiado cansada y estresada como para que mi cuerpo reaccione debidamente. Al mismo tiempo, siento mucho placer, lo cual puede parecer paradójico, pero soy un manojo de nervios. Quisiera explotar, poder entregarme sin moderación al placer pero, para eso, hay una barrera invisible que eliminar.

Como de momento no puedo recibirlo dentro de mí y prefiero evitar el episodio del lubricante, incitaré a mi enamorado a ocuparse de mí de una manera más personal.

Le premio con el *Ophélie Kiss* para mostrarle que puedo darle placer y después lo llevo suavemente primero hacia mis pechos, en los que se detiene unos segundos y no merece la pena prolongar el momento ahí: los pezones ya están duros de deseo, así que sigo llevándole más abajo. Un breve segundo en el ombligo y después guío su cabeza hacia mi entrepierna.

Por un instante, me pregunto si no soy demasiado dirigista y demasiado sexual para él. Un *cunnilingus*, así, en una primera relación, no es algo que un hombre quiera necesariamente que se le imponga. Christophe no protesta o, en todo caso, no expresa desacuerdo.

Empieza por depositar tres besos en mi sexo y luego siento su lengua que entra entre mis labios. Me lame suavemente con regularidad, su lengua me penetra y después va a cosquillear mi clítoris sin detenerse mucho tiempo. Es muy agradable y él lo hace muy bien. Al fin consigo relajarme y disfrutar. Le acaricio el pelo para animarle y agradecersele al mismo tiempo. Ya está, mi sexo está realmente mojado, pero Christophe continúa dándome placer sin protestar, es un chico generoso incluso en el acto sexual. Por un instante me pregunto si no estoy abusando, si no debería atraerle hacia mí para compartir con él este momento.

Pero el orgasmo está ahí, muy cerca. Si permito que se detenga ¿seguro que volveré a sentir lo que siento en este momento preciso? En la duda, prefiero continuar disfrutando de este regalo que me ofrece mi enamorado. Siento cómo aumenta el placer, empujo su rostro, sus labios y sobre todo su lengua más profundamente dentro de mí y gimo cada vez con más fuerza. Christophe se acopla a la llegada de mi orgasmo y acelera el ritmo. Con los labios aspira mi clítoris y con la lengua lo rodea. De pronto, todos los músculos de mi cuerpo se crispan, mis piernas se tensan y el orgasmo esperado, tan esperado, al fin llega. Estoy sin aliento pero feliz y queda invalidada la mentira de Laure, que dudaba de mi capacidad de disfrutar. Además contribuyo a modificar las estadísticas que publican las revistas femeninas, que consideran que la mayoría de las mujeres no pueden tener un orgasmo antes de los treinta años.

Christophe me besa con dulzura en el sitio en que se concentran mis sensaciones. Un simple roce es ahora demasiado intenso para mi clítoris después del placer. Atraigo a Christophe hacia mí.

—Gracias.

Me mira. Tiene una bonita mirada, amable de verdad.

—De nada.

Es guapo, no de una belleza convencional sino que es una persona bella. Además, también es objetivamente bastante mono, sin exagerar. Tras un minuto de recuperación, decido abordar el acto segundo. No olvido que él no ha tenido su dosis de placer.

Esta vez me pongo a horcajadas sobre él y le beso. Tiene el pene al nivel de mi culo. El breve momento de reposo le ha hecho perder un poco de vigor pero a medida que aumenta la intensidad de mis besos siento cómo se pone erecto y cojo un preservativo debajo de la almohada. Rompo el

envoltorio con los dientes y me decido a encargarme de equipar a Christophe. Es cierto que, a diferencia de Laure, yo no pongo los preservativos con la boca, pero eso no significa que no sea capaz de ponerle uno a mi chico.

Por primera vez miro el pene de Christophe. El sexo de un hombre no es algo que me excite especialmente, no es muy hermoso y lo encuentro menos excitante que unas bonitas manos o un culo musculoso. Cuando era más joven, incluso evitaba llevar la mirada a esa zona y mi compañero de turno se reía de mí.

Por lo que se refiere a Christophe, no es su pene lo que encuentro hermoso sino su deseo de mí. Ahí está, en plena erección, duro como el acero y me facilita vestirle con el trozo de látex. Me vuelvo hacia él, le miro a los ojos, me pongo de nuevo sobre él, cojo su miembro con la mano y lo sitúo a la entrada de mi vagina. Bajo sobre él con suavidad, haciéndolo entrar milímetro a milímetro. ¡Ah, qué sensación increíble! Me siento plena y el placer va aumentando en mí progresivamente. En lo que atañe a Christophe, el efecto es al menos tan importante para él como para mí, está rojo y tiene el rostro contraído. El placer casi parece retenerle entre el sufrimiento y la plenitud. Ahora está totalmente dentro de mí. Me detengo un breve instante en esta posición para disfrutar de la intensidad de la sensación y empiezo a subir para hacerlo salir y entrar en mí. Jadea ruidosamente y antes de dejarlo salir del todo, vuelvo a bajar de golpe y me quedo como empalada en su polla. La sensación en mí es fuerte y en él es enorme. Cierra los ojos y empiezo a subir y bajar con más regularidad y velocidad. Christophe parece no poder resistirlo mucho tiempo.

—Ophélie, no tan rápido, voy a llegar.

Pero yo no deseo ir más lenta aun cuando mi orgasmo no está todavía aquí.

Si reduzco la cadencia, mi placer va a disminuir. Me da igual lo que pase y me la juego.

Ahora me inclino hacia él y le doy un beso total, con la boca, con los labios, con la lengua... recibo a cambio su lengua... y me siento tan bien.

Siento que mi placer final se acerca, pero para Christophe esa danza de lenguas es demasiado para él. Empieza a gritar mi nombre y siento que su cuerpo se eleva para penetrarme más profundamente aún, como si eso fuera posible. Siento cómo se hincha en varias ocasiones durante su orgasmo y gimo de placer, aunque para mí haya sido muy breve, sin llegar a disfrutar hasta el máximo. Es cierto que he sentido su eyaculación dentro del preservativo, pero sin alcanzar la sensación que puede tenerse sin la protección del látex. Continúo cabalgándole, pero veo que la cosa es menos agradable para él. Me detengo de inmediato y le beso con suavidad.

Parece preocupado.

—Ophélie, ¿cómo estás? ¿No ha sido demasiado rápido para ti?

Un tío que se preocupa de nuestro placer no es algo tan corriente, aun entre las jóvenes generaciones. Merece una respuesta tranquilizadora y no la verdad. La franqueza consistiría en decir que tiene toda la razón y que si hubiera podido resistir dos minutos más, habríamos obtenido un segundo orgasmo para la bella Ophélie. Por otro lado, honradamente, he disfrutado de mucho placer aun sin orgasmo y eso que había tenido uno minutos antes. ¡Digamos que ha sido una buena retoma de contacto! Además, solo en los libros la protagonista tiene dos orgasmos durante los preliminares,

seguido de otros tres adicionales durante la relación, llegando en el último a una simultaneidad perfecta con su compañero. En la vida real, aun cuando sabemos que las mujeres son potencialmente multiorgásmicas, ¡no está del todo mal tener al menos uno!

—Para mí fue demasiado, no te inquietes.

Me ovillo en sus brazos para un mimo demasiado breve. El problema en la vida real es que hay que retirar el preservativo. A veces se puede quitar y echarlo al suelo, pero se corre el riesgo de estropear la moqueta. Christophe, que es un joven bien educado, prefiere ir al cuarto de baño. Lo veo marchar desnudo con su sexo cuya rigidez se está desmoronando y el preservativo que empieza a colgar. No es ciertamente la imagen más gloriosa ni más romántica y quizá habría que hacer como en las películas e irse con la sábana para que no se vea la desnudez. En la realidad, tampoco he visto nunca a nadie hacerlo así. Tendré que preguntarle a Laure, que se ha acostado con muchos más tíos que yo.

Cuando vuelve, es la hora del test de ternura, el momento de la verdad para juzgar a un tío, sin duda tan importante como la relación sexual. En fin, por supuesto, es distinto, pero igualmente clave. Es ahí cuando se distingue al hombre que no compartirá contigo sino unas cuantas noches del que tiene el potencial para seguir a tu lado en las bodas de diamante.

Cuando Christophe vuelve a la cama, se ha puesto un pantalón de pijama pero no la parte de arriba, que sostiene en la mano.

—¿Quieres ponértelo?

Esas cosas, el compartir el pijama, parte alta para ella y parte baja para él, para que los dos estén decentes, no las ha inventado Christophe sino James Bond. No obstante, estoy contenta de tener mi propio 007 y acepto asintiendo con un movimiento de la cabeza. Me incorporo a medias para dejar que me lo ponga y le dejo incluso que me abroche la chaqueta. Al hacerlo, se encuentra de frente con mis senos. Por mucho que ya las haya conocido, veo que no le dejan indiferente y le cuesta tragar.

Ahora, ya en pijama, es hora de dormir y dejo que me abrace haciendo la cucharita. Estoy casi estirada sobre su brazo izquierdo y he tomado de manera imperativa su brazo derecho para que me cubra con él. Estoy tan bien... ¿Estará él tan contento como yo de nuestra cariñosa intimidad? En todo caso, no se queja.

No tuve la oportunidad de plantearme la pregunta mucho tiempo porque inmediatamente me quedé dormida.

Esta mañana, el despertar ha sido especialmente difícil pues la sensualidad de la noche nos hizo olvidar cerrar persianas y cortinas.

A las siete y cuarto el sol puso fin a mi sueño reparador. Christophe y yo seguíamos en la misma posición. Seguí entre sus brazos y a las ocho menos cuarto me deslicé fuera de ellos para ir a darme una ducha.

Me sentía mucho mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo. Pensé en Michael por un instante, pero como algo que pertenecía al pasado o incluso a un sueño. Tras la ducha, estaba fresca y disponible.

Fui a despertar a mi amor, un término que podía atribuirle legítimamente, teniendo en cuenta la noche que acabábamos de pasar. Está muy guapo cuando duerme. Me puse encima de él y le hice cosquillas con mi pelo. Se despertó enseguida.

—Buenos días, tú.

—Buenos días, guapo.

Yo estaba de talante romántico y me incliné para besarle, un verdadero beso de amantes. Me devolvió el beso, pero cuando busqué su lengua con la mía, retrocedió.

—Así está bien. ¿No tengo demasiado aliento de hiena?

Me reí; eso me hizo mucha gracia.

—Me huele un poco a mezcla de champán y *gin*, pero no es forzosamente desagradable. Déjame probar otra vez.

Y le besé con más fuerza aún y así seguimos sin interrupción durante al menos diez minutos. La lengua se me había soltado y la de Christophe tampoco se desenvolvía mal. Otra vez me encontraba sobre él, una posición que me gusta especialmente porque así controlo la situación.

Enseguida noté que la pequeña erección matinal del señor se había robustecido con mis besos. Christophe estaba mucho más atrevido que ayer y su mano se deslizó bajo mi pantalón. Solo la retenía la estrechez del espacio, que no le permitió ir más allá del nacimiento del culo. Intentó entonces tomar otro camino, deslizando la mano entre nuestros cuerpos para desabrocharme el pantalón. El problema era que yo tenía la reunión con Bertrand media hora más tarde y ya me había duchado y vestido, imposible hacer algo, por muy rápido que fuese. Sin embargo, Christophe estaba en un estado de suma excitación. En ese caso no queda más que una solución que solo una mujer sexualmente liberada o enamorada accedería a hacer por la mañana. En mi caso, creo que soy un poco ambas cosas. Las últimas doce horas con Christophe tras nuestra separación han reavivado la llama incipiente que existía. Por otra parte, sin llegar a ser Laure, puedo jactarme de ser una mujer lo suficientemente moderna en el aspecto de mi sexualidad para no temer a una pequeña felación por la mañana. Es cierto que no es algo que me apasione, pero no olvido que Christophe no puso mala cara cuando ayer fui yo la agraciada oral.

Me escapo de su mano y me pongo a recorrer su cuerpo. Le beso el pecho con dulzura. Inmediatamente deja de intentar acariciarme, creo que ha comprendido lo que le espera y no parece oponerse.

Voy bastante rápida hacia el pantalón del pijama, meto la mano para cogerle el pene y con la otra sujeto el elástico para empezar a bajarle el pijama. Es algo que conviene hacer: si uno se limita a tirar del pantalón sin tener cuidado, puede bloquear el sexo del compañero con la goma y hacerle daño. Hablo por experiencia, una vez cometí ese error.

Superado el obstáculo principal, solo queda deslizar el pijama con ayuda de Christophe, que levanta la zona de los riñones para facilitar el paso por sus nalgas. Ya está, mi hombre está desnudo, su erección es total y no creo tener que desplegar mucho esfuerzo para satisfacerle.

Estoy a sus pies y me acerco al objeto de mis atenciones. Lo sujeto con la mano derecha y empiezo a lamerlo por los lados como un helado. Christophe se apoya en los codos y me mira mientras lo hago. Después de los lados, paso a la cima del helado, tomo delicadamente la punta entre los labios y hago girar la lengua alrededor. La mirada de Christophe empieza a nublarse, sus ojos se

abren desmesuradamente, no dice nada pero siento cómo se va crispando progresivamente. Esta reacción me anima a proseguir, así que cambio de marcha y ahora me lo meto en la boca lo más lejos posible. No soy una fanática del garganteo profundo, pero uno de los amantes que tuve me explicó que es una sensación única siempre que los dientes no intervengan. Laure presume de tragársela entera a su compañero. O bien es una mitómana o bien se esfuerza como una estrella del porno, aunque seguramente habrá cambiado de opinión después de conocer a David. En mi caso, no vamos a llegar tan lejos.

Ahora no puedo ver a Christophe pero siento que se derrumba sobre la cama. Creo que le gusta mirar pero ahora la sensación es demasiado intensa, soy mejor de lo que creía en esta práctica. Ahora aprieto los labios y subo a lo largo del miembro hasta casi hacerlo salir por completo y ahora no chupo más que el extremo. Christophe levanta la cabeza, nuestras miradas se cruzan, tiene los ojos desorbitados. Si tuviera más de cuarenta años me daría miedo que sufriera un ataque cardíaco. Pienso que la visión de mi boca alrededor de su pene es demasiado para él y deja caer la cabeza hacia atrás. No está muy lejos del final. Para mí, ya es hora de rematar la jugada y vuelvo a comérmelo y ahora hago un vaivén rítmico de arriba a abajo, acompañado de un movimiento equivalente de la mano en la base del pene. Empieza a gemir débilmente y da la impresión de que se retiene pero es más fuerte que él. En un último sobresalto, se dirige a mí como un condenado a muerte que expresa sus últimas voluntades ante la guillotina.

—Ophélie..., me voy a correr...

Es encantador, me lo dice por si acaso no quisiera lo que él está a punto de ofrecerme y en este caso no se equivoca, el sabor a esperma no es mi favorito, sobre todo en el desayuno. Sin embargo no puedo volverme atrás y privarlo del placer de mi boca. Es cierto que, por un instante, pienso en apartarme muy deprisa en cuanto empiece la eyaculación, pero no sería muy generoso. Si hay que pasar por ello, allá vamos. Acelero los movimientos y siento que se convulsiona de repente, ruge como un tigre y un cuarto de segundo más tarde siento un poco de esperma en la boca, seguido de inmediato por varios chorros potentes. Siempre pasa lo mismo, parece que se absorbe un litro de semen cuando en realidad la cantidad no es importante. En el caso de Christophe, no es un litro sino varios y hay dos explicaciones posibles: o yo soy mejor de lo que pensaba o el hombre se había estado reservando desde hace mucho tiempo. Seguramente la verdad se encuentre entre estas dos hipótesis.

Lo mantengo unos segundos en la boca y la sensación no es gloriosa. He tragado un poquito al deglutir, pero me niego a tragarlo todo. Laure me trataría de novata pero creo que he superado la prueba. Me precipito en el cuarto de baño y escupo el contenido de mi boca en el lavabo y de hecho no hay tanto, pero el gusto no es tampoco ideal. Para quitarme el sabor cojo el dentífrico de Christophe y me hago un enjuague improvisado con sabor a menta. Treinta segundos más tarde, el sabor desagradable ha disminuido.

Cuando volví a la habitación me pregunté si Christophe sabía que había ido a escupir, pero el pobre no estaba en situación de preguntarse nada. Yacía en la cama como un cadáver y la visión me hizo sonreír y sentirme muy satisfecha. Fui a darle un beso antes de marcharme y ¡ni reaccionó!

La reunión con Bertrand y Christine ha ido bien. No he visto a Laure pero debo ir a su encuentro dentro de unos minutos para tomar un café.

Jueves, 5 de septiembre, 22 h

El día termina más calmado y sereno que los anteriores. He acompañado por la tarde a Christophe, que cogía el tren de las siete y doce minutos para volver a París.

El adiós ha sido bastante tierno; no creía que podría encariñarme tan pronto...

Sin embargo, durante el día no pude verle tanto como hubiera querido debido al trabajo.

A pesar de todo, pasé dos momentos privilegiados con él. A la una, quería ir a la playa, pero no iba a bañarme en público con ropa interior, así que fui con Christophe a practicar mi deporte preferido: ir de compras.

Lo más sencillo, en Deauville, es ir al Printemps, que queda apenas a doscientos metros por detrás del Normandy. Si tuviera tiempo, preferiría ir a todas las *boutiques* con cosas bonitas, es mucho más agradable, pero tengo que ser práctica: si de verdad quería bañarme tenía que encontrar algo pronto.

Christophe me acompaña. Buscamos cada uno por su lado en la sección de trajes de baño. De pronto avanza hacia mí riéndose.

—Mira, ¿este qué te parece?

Sujeta un bañador de una pieza de un horrible color amarillo canario. Lo cojo en la mano y leo «Colección voluptuosa, especial copa D y E».

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Fantaseas con Titi Tetona o qué?

Bueno, le parece divertido. Mejor para él, aunque su humor me parece un poco *teen*. Será un signo de buen talante unido a lo que siente por mí, aunque decido no perder más tiempo con él y se lo pongo en la cabeza.

Acabo de encontrar dos trajes de baño de dos piezas de la marca Banana Moon: uno negro bastante clásico pero de muy buen corte y otro azul y blanco con lunares rojos, dos estilos diferentes que me hacen dudar. Después de pedir a la dependienta una talla 38, voy a cambiarme al probador. Empiezo por el más moderno, el azul, blanco y rojo. Llamo a Christophe para que venga al probador.

—A ver, ¿qué te parece?

—Bien. Moderno. Me gusta.

—Bueno, me pruebo el otro también.

Me mira sonriente, pero no se mueve.

—¿Qué haces? Te he dicho que quería probar el otro.

—Me estaba diciendo que podía ayudarte a cambiarte.

—¡En tus sueños! Puedo yo solita.

—¿Puedo mirar al menos?

—¡Fuera, perverso!

—Pero si ya lo conozco todo.

—No tiene nada que ver. Lárgate.

Me obedece. De todos modos sé que estaba de broma y debería haberme quitado la parte arriba para ver si realmente se quedaba.

Al probar el negro me he decidido por el tricolor.

Christophe quería regalarme el traje de baño pero yo me negué de firme.

Pasamos por el hotel para cambiarnos rápidamente, él en la habitación y yo en el cuarto de baño. El agua estaba fresca pero exquisita. Jugamos alborotados, como dos adolescentes y también nos dimos algunos besos como enamorados, fue un momento estupendo.

Hacia las cinco, Laure se ofreció a sustituirme y pude ir a reunirme con él en su habitación. Pobrecito mío, dormía agotado. Le desperté con unos besos ardientes y volvimos a hacer el amor. Esta vez quiso ponerse encima y elegimos la muy clásica posición del misionero. Sentí un placer enorme, pero no un verdadero orgasmo. No creo que se diera cuenta. Pese a que sentía un gran deseo de él, la moto tardaba en arrancar. Puede que Laure tenga razón y que la abstinencia ha tenido consecuencias para mi sexualidad.

Nos dimos una ducha juntos una vez más y después salimos en dirección a la estación en uno de los coches del festival.

Nos besamos dulcemente y después me abrazó y me mantuvo así durante un largo rato.

Esta demostración de cariño es quizá lo que más me ha conmovido. Lloré mucho cuando el tren se fue. Espero que esta separación no dure más que unos días.

He cenado como de costumbre con Laure y David. Estoy de carabina y pienso que David tiene realmente mucha paciencia y gentileza al aceptar que yo comparta todas sus citas. Cuando he hablado de ello con Laure, me ha dicho que a cambio gozaba de amplias compensaciones. Puedo imaginarlas... O mejor, no.

Martes, 10 de septiembre de 2013

El festival de Deauville terminó el domingo por la noche con una magnífica cena de clausura. A continuación, Bertrand nos invitó a todos al Brummel Club. No había vuelto allí desde mi famosa noche con Michael en la que todo habría podido seguir otro rumbo. Me pregunté qué habría pasado si nos hubiéramos acostado juntos. ¿Se habría ido a Los Ángeles como estaba previsto? ¿Me habría llevado o estaría sola viviendo el recuerdo de unos cuantos ejercicios de pasión? Lo que es cierto es que, aun cuando me hubiera dejado en Deauville, yo no estaría ahora con Christophe. Primero, no podría acostarme con dos tíos en un intervalo de pocos días (besar a dos hombres distintos en media hora no tiene nada que ver) y, de todos modos, Laure nunca le habría invitado a venir a mi encuentro.

Teníamos champán a voluntad. ¡Fue fantástico! Bailamos hasta las cuatro de la mañana. El lunes, la salida hacia París fue difícil, aunque por suerte pude dormir en el tren. Llevamos todo el material a Levallois y, a continuación, nos fuimos. Estaba en casa a las cinco y Christophe tenía que venir a las siete. Habíamos hablado mucho e intercambiado mensajes después de las veinticuatro horas en Normandía. No había duda en mi cabeza, estábamos juntos, no era algo pasajero, cada conversación lo confirmaba. Por eso acepté que nos viéramos a pesar de mi cansancio. Cuando llegó, me había quedado dormida sobre la cama. Nos hizo mucha ilusión volver a vernos, un placer no sexual, ya que estaba empezando mi menstruación. Esta es otra maravilla inaudita en las mujeres enamoradas de las películas, nunca tienen la regla, lo que sin duda facilita llevar adelante la vida sentimental... En el caso de Christophe tengo que reconocer que fue sumamente fácil, ya que es un muchacho inteligente y sensible. Se lo había dado a entender por teléfono. Lo había captado de inmediato y no había hecho ningún comentario ni una sola broma fuera de lugar. Cuando después de una cena breve y una larga conversación fuimos a acostarnos, intercambiamos largos besos de enamorados que le habían dejado en un estado de gran excitación. Yo quise acariciarlo para provocar su placer pero él me lo impidió interceptando mi mano. Se la llevó al rostro, le dio la vuelta y la besó con dulzura.

Eso fue lo que volvió completamente loca a Laure cuando se lo conté a la hora de comer.

—¿Qué hizo entonces?

—Me besó la palma de la mano.

—¿Y...?

—Se pegó a mí y nos quedamos dormidos en cucharita.

—Pero si estaba detrás de ti, ¿no sentías su erección?

—Sí, me hacía cosquillas en los riñones.

—¿Y no hiciste nada?

—No quiso que lo acariciara...

—¿Y una cinco contra uno?

—Estaba cansada, no tenía ganas.

—¿Y se lo tomó bien?

—Sin problemas.

—Y esta mañana ¿de qué humor estaba?

—Excelente, nos duchamos juntos.

—¿Y...?

Me parto de risa al ver su cara y pensar en lo que le voy a decir.

—Seguía con una erección, pero no estoy segura de si era el final de la de ayer o el comienzo de la mañanera...

—Bueno, no te pregunto cómo acabó todo, me voy a deprimir. El único elemento positivo es que dais la impresión de estar en la misma onda... Cuando un monje encuentra a una monja...

—¿Se cuentan mutuamente historias de castidad?

—¡Exactamente!

Después hablamos de unas cosas y otras. No abordé el tema David, pues sé que se despidieron dejando claro que no habría relación a doce mil kilómetros de distancia, lo que es muy racional, pero sé que Laure se siente más triste de lo que querría admitir.

—¿Y Michael? ¿Piensas en él?

—No, bueno, sí y no. Pienso, pero como si fuera un sueño, no llego a creer que haya pasado de verdad. Sinceramente, si tú no estuvieras aquí, pensaría que soy una mitómana, así que no estoy herida, es incluso una experiencia que me ha ayudado a ser más adulta y me siento preparada para asumir una relación seria con Christophe.

—¿Así que preparo mi vestido para la boda? ¿Me lanzarás el ramo de novia?

—Aún no estamos ahí. Quizá tú encuentres antes.

—Crucemos los dedos.

1 de abril de 2014

Si reempiendo la escritura de mi diario no es para contar una broma del primero de abril. El día ha sido agotador no, lo siguiente. Christophe, *Romeo* y yo acabamos de mudarnos a nuestro nuevo piso y estoy contenta, porque seguimos en el distrito XVIII y tenemos una bonita vista al Sagrado Corazón. Bueno, sinceramente, es una vista parcial pero, aun así, bonita vista.

Esta mudanza señala una etapa importante en mi vida, es la primera vez que me voy a vivir con un chico. Ahora ya no vale enfadarse y cada uno a su casa. La única manera de aislarse es encerrarse en la habitación en nuestro apartamento de cincuenta y cinco metros cuadrados.

Por suerte, Christophe y yo nunca nos peleamos. Laure, que busca siempre tres pies al gato, dice que eso es sospechoso y que detrás se oculta algo. Dice también que es una pena porque eso nos impide reconciliarnos entre las sábanas, pero en ese aspecto no carezco de nada. Christophe y yo nos divertimos mucho en la cama y tengo orgasmos en tres de cada cuatro polvos, creo que supero los porcentajes de la población femenina francesa. Él, por su parte, creo que aprecia igualmente nuestras sesiones horizontales y solo se ríe de mí cuando voy corriendo al baño para escupir después de una mamada. Sí, es el único terreno en el que no progreso, creo que nunca me gustará el esperma, a pesar de los ánimos que me da Laure y de las burlas (sin malicia) de mi amor.

Lo que de verdad me convenció a mudarme con Christophe fue la noche en que *Romeo* se le subió a las rodillas mientras yo hablaba por teléfono con mamá. Primero me puse celosa, después me dije que era buena señal que mi gato adorado adoptara a mi chico. Mis padres también han conocido a Christophe y le aprecian. Los abuelos, ya veremos más adelante. Por su lado, hemos pasado varias tardes con su hermana y su cuñado.

En el trabajo, me encargo de los estrenos de las películas estadounidenses y eso me encanta; Bertrand no ha faltado a su palabra y creo que he llegado profesionalmente al mismo nivel que Laure.

En cuanto a los amores, Laure ha intentado acostarse con un tío pero fue un fiasco por completo. Me ha dicho que no era por su culpa, que él estaba muy bien pero que ella en realidad no tenía ganas. Y yo sin dar crédito a lo que oía. Para Año Nuevo se fue quince días a Los Ángeles, a casa de David. Entre ellos sigue habiendo la misma pasión a pesar de lo hablado al final del festival. Desde su regreso no han vuelto a verse, pero han decidido hacer el amor por Skype, lo que quiere decir que se masturban mirándose en la pantalla y diciéndose palabras dulces o crudas según estén de humor. ¡No sé cómo lo hacen! Yo no podría. Laure hasta me ha confesado que le ha grabado para satisfacerse cuando él no está disponible. Dice que su juguetito Rabbit sigue respondiendo «aunque no es tan bueno como el *Tyranosaurus Rex* de David». *By the way*, creo que es la primera vez que una chica compara penes entre conejos y dinosaurios. Están haciendo planes para verse también este verano.

La vida es sencilla, la vida es bella. Apenas oigo hablar de Michael y no le echo de menos.

14 de abril de 2014

Hoy ha llegado un paquete a la oficina enviado desde Estados Unidos. Cuando lo abrí, sufrí un *shock*. Era un libro: *Fucking Bloody Universities*, de Miles Green. Enseguida comprendí que Michael había conseguido publicar su novela bajo pseudónimo. Abrí el libro, había una dedicatoria: «Para O., a quien debo mucho». En la página siguiente, había una inscripción manuscrita: «No olvide nunca a Jacques Prévert. M.». La suma de las dos dedicatorias me ha matado. Hice un acelerado regreso al pasado, al cementerio de Omaha, a los bailes endiablados, al lento sensual, a la proposición de Michael de subir a su habitación... Recordé que había aceptado lo que debía suceder, deseaba acostarme con Michael. Hace ocho meses de todo eso, pero este libro me vuelve a sumergir en mis sentimientos por Michael. Su entrada en mi vida colmó un vacío sentimental, pero ahora el *flash back* es violento. Me quedo varios minutos sin moverme, sentada a mi mesa y con el libro entre las manos.

Ceo que hubiera podido seguir en ese estado de estupor varias horas seguidas si Laure no hubiera llegado.

—Eh, vaya, cara que pones, ¿estás bien?

No contesto nada, le tiendo el libro.

—Miles Green, no conozco.

—Mira la dedicatoria...

—«Para O., a quien debo mucho.» ¿O., eres tú? ¿Quién te ha dedicado un libro?

—Página siguiente...

—«No olvide nunca a Jacques Prévert.» No entiendo nada. ¿No es un poco raro tu escritor?

—Utiliza el cerebro. Mira la firma.

—«M.», ¿quién es? ¿M., el vampiro de Düsseldorf?

—En cierto modo...

Laure me mira y reflexiona intensamente, aunque yo tampoco ayudo.

—¡Mierda!, es Michael, Michael Brown. ¡Ha escrito con un pseudónimo! Entre nosotras, Green, como pseudónimo, para alguien que se apellida Brown, tela.

—Y Miles es el nombre de su padre.

—¿Y por eso te encuentras así?

—¡Qué graciosa eres! La cita de Jacques Prévert es, a la vez, la promesa de verse en algún lugar y una declaración de amor.

—Pero estás con Christophe, vivís juntos, tú lo amas...

—Sí, sí y sí. Ya lo sé, no es racional, pero este libro ha reavivado recuerdos, años de amor unilateral y de esperanza en una pasión imposible.

—¡Vaya, me alegra oír esa palabra! Imposible, pasión imposible... ¡Me la vas a guardar en un rincón de tu cabeza, el rincón que dice: «Recuerdos obsoletos»! Y, por cierto ¿sabes si los periodistas han descubierto quién se esconde detrás del pseudónimo?

—No, no he pensado en eso.

Tecleo el título del libro, Michael Brown, Miles Green, para ver si se establecen correspondencias en Google. No hay ninguna. Nadie relaciona a Michael Brown con Miles Green. Solo aparecen las críticas, casi todas ditirámicas. El suplemento del *New York Times* habla incluso de un «thriller de una violencia y una sensualidad extremas que refleja magníficamente los problemas del ambiente universitario en Estados Unidos». El resto es por el estilo y los críticos literarios se preguntan de dónde viene ese misterioso autor pero no se detienen mucho en el tema.

—¿No dicen nada de Michael?

—¿Quieres que lo verifique con David?

—Cuidado, es peligroso, no le pongas sobre la pista.

—No soy idiota, voy a decir que un productor está interesado y me ha enviado el libro.

—De acuerdo, pero sé sutil.

—Sutil viene muy a cuento. Sutileza es prácticamente mi segundo nombre.

Hacia el atardecer, David nos contesta que no sabe quién es Miles Green. ¡Uf! Eso es bueno, aunque Laure tiene otra preocupación en mente:

—¿Vas a contárselo a Christophe?

—No lo sé. ¿Tú qué crees?

—Es delicado. Deberías decírselo, ya que no has hecho nada malo. Por otro lado, es una pena contrariarlo sin que haya un verdadero motivo. ¿Crees que se lo tomará mal?

—No tengo ni idea. Quizá no le guste demasiado que me haya acostado con él poco después de haber estado a punto de hacerlo con Michael...

—No tienes por qué contarlo todo, límitate a contarlo a grandes rasgos.

—El problema es la dedicatoria...

—Sí, lo reconozco, se pasa un poco de explícita...

—Bueno, acabaré encontrando el modo de tranquilizarle.

—Y a Michael le verás tal vez en Cannes, el mes que viene.

—Sí, su película está seleccionada, probablemente le verá. ¡Mierda! Todo esto es demasiado complicado, Laure.

—No te preocupes, cariño, yo estaré allí... con David. Vendrá para quedarse todo el festival y te haremos de carabina.

—Quizá sea preferible...

Por la tarde ha habido mucho trabajo pero no podía quitarme de la cabeza la imagen de Michael. Ha sido muy agobiante, yo misma trataba de hacerme razonar pero su belleza, sus ojos, su mirada, nuestras conversaciones, todo estaba presente permanentemente en mi conciencia.

Cuando llegué a casa Christophe no estaba y me puse a leer la novela. ¡Mierda! Michael escogió al fin la segunda versión, en la que la estudiante se parece tanto a mí. Sin embargo, cuando hablamos de esto, parecía haber aceptado la idea de volver a la primera. Los hombres son versátiles...

Oigo la llave en la cerradura. Christophe. Viene a darme un beso.

—*Hello.*

—*Hello.* Qué tal, ¿qué estás leyendo?

—Es un libro que ha escrito Michael Brown bajo un pseudónimo.

—Ah. ¿Está bien?

—No está mal.

Vale, es el momento de lanzarme al agua y hablarle de la dedicatoria.

—Me lo ha dedicado.

—¿Puedo ver?

—Claro, toma.

Lee una dedicatoria y luego la otra.

—O. ¿eres tú?

—Sí, eso creo.

—Es una dedicatoria bastante personal. ¿Qué es lo que te debe Michael Brown?

El tono es bastante frío, algo nada habitual en nuestra forma de relacionarnos y necesitare emplear la diplomacia.

—Me pidió mi opinión sobre la novela, después de la visita que hicimos a los cementerios militares. Creo que valoró mis observaciones.

—Claramente... ¿Y Jacques Prévert qué pinta aquí?

Si le suelto la cita, «París es muy pequeño para dos personas que se aman con un amor tan grande», creo que van a saltar los fusibles, así que me voy a dar permiso para una pequeña mentira.

—Al volver de la playa Omaha en el coche, yo me quejé de la falta de poesía en el cine contemporáneo y Michael y yo nos dimos cuenta de que a los dos nos gustaba *Les enfants du Paradis*. Me dijo que la poesía de Prévert no desaparecería jamás. La dedicatoria debe referirse a esa conversación.

—Seguramente.

Deja el libro y va a buscar un vaso de agua en la cocina. Ay, creo que tenemos un problemilla.

En la cena, he hecho esfuerzos por mantener la conversación porque sentía que el libro de Michael había hecho vacilar nuestro equilibrio amoroso.

Por la noche, me hicieron falta mis besos para reavivar la llama y después, todo se ha inclinado al lado opuesto. Christophe se volvió loco y los celos parecían multiplicar su deseo sexual. Él, que suele ser más pasivo, tomó la dirección de las operaciones. Al principio yo llevaba un bonito pijama rosa de algodón y él estaba sentado en un taburete con el Mac. Llegué hasta él por la espalda y le rodeé con los brazos, se volvió y le besé. Por unos instantes, parecía no responder por entero, como si estuviera en guardia. Entonces le chupé la lengua y le acaricié el labio superior. Eso le volvió loco. Me mordió el labio, después me tomó en sus brazos, me echó sobre el sofá, se puso de rodillas y me quitó la ropa de abajo. Aunque hace seis meses que estamos juntos, me sentía muy intimidada y expuesta por mi desnudez. Tuve ganas de cubrirme, lo cual es bastante idiota. De cualquier modo, no tuve tiempo de explorar mis estados de ánimo porque me separó directamente las rodillas para sumergir su cabeza en mi vagina. Su lengua entró profundamente en mí, casi con ferocidad y me exploró con vigor sin olvidar el clítoris. El fervor del asalto me hizo gemir, era una nueva e incontestable sensación en nuestra vida sexual. Luego se incorporó y se quitó de un solo tirón el pantalón y el calzoncillo. Este detalle confirmaba que no estaba del todo en su estado normal, tenía una erección total. Por una vez, yo no tuve que hacer nada. Me cogió por los pies y me hizo caer en la

moqueta. Pronto comprendí lo que deseaba. Me arrodillé en el suelo, con los codos apoyados en el sofá. Los hombres no son difíciles de entender, quería un poco de la posición del perrito que todas las revistas femeninas recomiendan para alcanzar el orgasmo. Sin embargo, Christophe y yo la practicamos muy poco, quizá porque no es la más romántica. Esta noche, la inseguridad vinculada a la irrupción de Michael en nuestra vida le forzó a exagerar su virilidad, es una reacción normal, no sé si consciente o no. ¿Se está dando cuenta de que lo que intenta es dominarme?

No tengo tiempo para dedicarme mucho al psicoanálisis de mi compañero. Me penetra por entero, la sensación es muy fuerte. Por suerte no ha escatimado en los preliminares o podría haberme hecho daño, pero en este momento estoy lo bastante excitada para recibirlo así, de un solo golpe. Me hace el amor sin brutalidad pero con un vigor inédito y pienso que, a este ritmo, lo más probable es que no resista mucho tiempo. Yo siento placer, mis gemidos lo atestiguan, pero siento que no llegaré al orgasmo. Por una parte, no estoy descontenta del repentino incremento de virilidad de de él pero, por otra, estoy un poco incómoda por aquello que lo motiva. Me doy cuenta de que Christophe está luchando contra Michael, como en esos concursos para saber quién mea más lejos.

Christophe llega hasta el final en su placer. Yo estoy lejos del orgasmo y sé que no llegaré aunque me montara durante diez minutos. Si esta noche no llegamos los dos al orgasmo, tendremos un verdadero problema, se exacerbarán sus celos. Entonces, traigo a la memoria a Meg Ryan en *Cuando Harry encontró a Sally* y me pongo a lanzar pequeños gritos. Esto desata el ardor de Christophe que, a los pocos instantes, se derrama en mí violentamente mientras yo gimo aún más fuerte. Se derrumba sobre mí. Yo finjo desplomarme en el sofá. Se incorpora y se sienta a mi lado, me atrae hacia él y yo lo beso suavemente en los labios. Parece agotado e inquieto.

—¿Ha estado bien?

—Ha estado mejor que bien. Ha sido fuerte, ha sido nuevo, me ha encantado.

—¿Es verdad? Me alegro. Temía que no llegaras al orgasmo.

—No. Ha sido de verdad lo máximo.

Me deslizo en sus brazos para un enorme mimo.

Más tarde, en nuestra cama, lamento las muchas mentiras que he podido proferir en estas dos últimas horas, pero no había otra solución.

Es un día especial que ha hecho volver del pasado un amor que creía definitivamente perdido y que también me ha revelado una fragilidad nueva en mi compañero.

6 de mayo de 2014

Se anunciaba un día tranquilo, solo había en perspectiva la preparación del festival de Cannes. La tempestad se levantó cuando Laure recibió un SMS de David y me lo mostró.

«Noche muy agitada en casa del agente de Michael Brown. Violenta disputa entre Brown y su mujer, Carolina.»

El corazón se me disparó de nuevo. Si esto continúa así, voy a morir de un ataque cardíaco. Normalmente, las mujeres los sufren menos antes de la menopausia, pero temo que pueda formar parte de las excepciones.

—Llámale, vamos, quiero más detalles.

—Pero es tarde.

—Estás de broma, apenas es la una de la mañana allí.

—Aun así, no se llama a la gente a esta hora.

Precisamente en el momento en que la necesito, Laure se pone a jugar a las burguesitas bien educadas. Peor para ella, voy directa al hígado, necesito saber lo que ha pasado.

—¿Tienes miedo de pillarle con el *T-rex* suelto?

Ya sé que no es precisamente muy digno hacerle eso a una amiga, pero consigo el efecto que esperaba.

—¿Estás loca? Vale, le llamamos.

—Ponlo en altavoz.

Marca el número y unos instantes más tarde reconozco el acento neoyorquino de David.

—Hola, David, soy yo. Estoy con Ophélie. ¿Estás en altavoz?

Él se ríe.

—Veo que hay dos curiosas que quieren saber más sobre nuestro amigo Michael.

—Es verdad, estamos ávidas de chismorreó. ¿Y entonces?

—No tenemos mucha información, todo el mundo aquí está pendiente de conseguirla, pero lo que se sabe es que Carolina y Michael llegaron juntos, como de costumbre, al encuentro que celebraba su agente en casa. Entre las diez y las doce de la noche no pasó nada especial, hablaron con varios invitados pero, poco después de medianoche, el abogado de Michael y su agente fueron a su encuentro para hablar con él lejos de oídos indiscretos. Me dijeron que tenía aspecto preocupado. Minutos más tarde, Carolina se unió a ellos, pero la cosa no duró mucho, Carolina montó en cólera. Estaba muy nerviosa pero nadie pudo entender lo que decía. Pidió que llamaran a su chófer y se marchó sin Michael.

—¿Y él se quedó en la fiesta?

—No. Michael, el abogado y el agente salieron con Carolina pero, según lo que sé, ella se negó a que Michael subiera en el coche.

Absorbo las palabras de David y no puedo evitar lanzar un grito.

—¡No puede ser!

—Sí. Incluso me han dicho que estuvo a punto de pillarle la mano con la puerta. Michael cogió un taxi con su abogado y el agente se quedó en la fiesta, ya que era el anfitrión.

Laure interviene.

—¿Así que no conocemos el motivo de su disputa?

—No.

—Un asunto de faldas, sin duda... ¿Van a divorciarse?

—No tengo la menor idea. ¿Por qué? ¿Hay alguien interesada en el puesto? ¿Ophélie, tal vez?

De repente me devora el rubor. Afortunadamente solo Laure puede verme. y respecto a David, antes de su comentario yo ya barajaba esa opción, aunque es como si a doce mil kilómetros de distancia me hubiera leído la mente. No encuentro nada que decir, ni siquiera lo niego, me quedo en silencio.

Laure me salva.

—O yo, cariño, si no te portas bien en Cannes dentro de una semana, no olvides que Michael estará presente también.

—No te preocupes. Me ocuparé de ti con la mayor de las atenciones.

—Conozco tus «mayores atenciones» y te confieso que las echo en falta... ¿Cómo me besarás?

—Empezaré por tu boca, luego bajaré por tus pechos...

No puedo creerlo, son capaces de regalarme una escenita por teléfono. No tienen ningún pudor, sin contar que Laure está en la oficina. Me precipito para cortar el altavoz, ya no puedo oír a David pero veo que el rostro de mi amiga se vuelve púrpura: para que adquiera ese color, es necesario que las palabras de David sean especialmente lascivas.

Ahora es Laure quien habla.

—Y yo te lameré hasta que estés bien duro como Excalibur y puedas traspasarme.

Desgraciadamente, no puedo cortar el sonido de las palabras de Laure. No me queda más que una solución: huir del despacho. De paso también noto que Laure y David se inspiran en el cine para construir su universo sexual. Nunca se me habría ocurrido evocar una espada para hablar del pene de quien sea. Esos dos están realmente chiflados por el sexo y por el cine.

Voy al servicio, lugar de buenas reflexiones.

Si Michael volviera a estar soltero, ¿querría volver a verme? Y si así fuera, ¿estaría dispuesta a dejar a Christophe y cambiar de vida para seguirle? No tengo la menor idea, pero confieso que no descarto la posibilidad... Amo a Christophe más de lo que nunca he amado a un tío, pero Michael sigue siendo Michael... La vida es complicada y, al mismo tiempo, de nada sirve estrujarse el cerebro por una mera hipótesis. No sabemos aún la causa de la disputa con Carolina. Y en cuanto a hablar de divorcio...

Vuelvo al despacho al cabo de diez minutos. Laure está todavía más roja que cuando me fui. Y está acercándose al tono tomate negro. Siguen hablando de sexo y le hago señas para que no siga. Me muestra los cinco dedos, cinco minutos, estás soñando, querida mía. Le contesto mostrándole dos. Pone ojos tristes de labrador y me muestra tres. De acuerdo, vale, tres minutos. Asiento y salgo del despacho. Apenas me da para tomar un café en la máquina. Cuando vuelvo al despacho, Laure sigue al teléfono pero hablando en francés, parece que a un productor.

En los terremotos hay un sismo inicial a menudo seguido de varias réplicas y a veces estas tienen una amplitud aún superior a la primera.

Por lo que atañe del asunto Michael-Carolina, eso es exactamente lo que pasa.

A las cuatro y veinte, Laure recibe otro SMS de David.

«Novedades sobre MB. Necesito hablaros, a Ophélie y a ti. Urgente. Llámame a casa. David.»

Cuando Laure me da a leer el mensaje, de inmediato se me cierra el estómago. Las cuatro y veinte en París son las siete y veinte en Los Ángeles. ¡Debe de ser algo muy serio! Pero ¿por qué David quiere hablar también conmigo?

Laure también parece preocupada y no hablamos mientras marca el número.

—Hola, David.

—Hi.

—A ver, ¿qué noticias son esas?

—Parece que ya se saben las razones de la pelea entre Michael Brown y Carolina Sánchez.

—¿Y qué motivos son esos?

—*Los Angeles Times* ha publicado un artículo esta mañana y afirma que la novela *Fucking Bloody Universities*, al parecer está escrita por Michael Brown. Pero supongo que la noticia para vosotras no es noticia, ¿no?

David emplea un tono muy frío y el silencio responde por nosotras. Mierda, ¿qué se puede contestar a esto?

Por suerte es David quien hace las preguntas y también quien da las respuestas.

—Si no recuerdo mal, me preguntasteis por el autor de esa novela, un tal Miles Green... Vosotras sabíais que era Michael, ¿no?

Laure se lanza al agua y se reconoce culpable:

—Sí, siento mucho no habértelo dicho.

La respuesta de David está teñida de amargura.

—Hubiera preferido un poco más de confianza por vuestra parte, chicas. Creo que la he merecido... De tu parte, Laure, pero igualmente de Ophélie...

Laure y yo nos miramos, nos sentimos terriblemente mal. Por mi parte, le pido disculpas.

—Perdóname, David, tienes razón, pero no queríamos ponerte en un dilema adicional, hablándote de una primicia que no ibas a poder utilizar.

—Un momento, la enorme primicia está aún por llegar y quien está en posesión de ella soy yo...

Ahora tengo la impresión de que unas gotas muy frías me bajan a lo largo de la columna vertebral.

David continúa:

—Porque el artículo de *LA Times* no se detiene ahí. Después de todo, el libro, aunque es muy violento y muy sexual, ha tenido excelentes críticas y al fin y al cabo el resultado es que se valora a Michael. No, el problema no viene de ahí, viene de la dedicatoria.

En ese momento me encuentro al borde de un ataque de apoplejía, me cuesta respirar, miro a Laure pero no me ayuda, tiene pinta de estar hecha polvo. Espero la conclusión de David pero ya la presiento...

—El artículo habla sobre todo del libro y alaba el texto de Michael pero, hacia el final, relata la disputa entre Michael y su esposa e indica que seguramente se debe a la dedicatoria. Dicha dedicatoria «A O., a quien debo mucho» al parecer incomodó mucho a Carolina. El artículo concluye preguntándose quién es esa misteriosa musa a la que Michael rinde tan vibrante homenaje.

Es más grave que todo lo que yo hubiera podido imaginar. David se dirige a mí:

—Ophélie, ¿tienes alguna idea de la identidad de esta misteriosa O.?

No intento negar, no intento justificarme y simplemente confieso.

—Sí. Soy yo, él me lo ha dedicado.

—¿Eres consciente de la tormenta mediática que va a desencadenarse a tu alrededor si se hace público?

—¿Lo vas a publicar en la web del *Variety*?

Tiene una risita seca.

—Desgraciadamente, la lealtad en el amor, como en la amistad, es más fuerte que mi conciencia profesional, no diré nada, pero tú ten cuidado. Mantén el perfil bajo, pasa desapercibida. Han soltado a los perros y reastrearán a todas las chicas cuyo nombre empiece por O.

—Gracias, David.

—Pásame a Laure.

Laure coge el aparato y corta el altavoz. No dice nada.

Por lo que su cara indica parece estar recibiendo un sermón, nunca la había visto con ese aire de niña culpable.

Antes de que termine la conversación, suena mi teléfono. Es Bertrand y quiere verme en su despacho.

Me temo una nueva catástrofe. Llamo a la puerta.

—Pase.

—Buenos días, Bertrand.

—Buenos días, Ophélie. Tenemos un problema. Acabo de hablar con el abogado de Michael Brown. ¿Está al corriente de lo del libro?

—Sí.

—De modo que supongo que conoce la dedicatoria.

—Sí.

—El abogado del señor Brown quería asegurarse de que nadie en Ciné Organisation revelará la identidad de la persona que menciona la dedicatoria.

Veo que Bertrand no me ha pedido siquiera que confirmara que era yo. Soy declarada culpable y condenada sin poder defenderme...

—Por lo que a mí respecta, no diré nada a nadie.

—¿Quién más, entre nosotros, puede estar al corriente o haberlo adivinado? ¿Christine, Vincent...? Hablaré con ellos. ¿Laure también está al corriente?

—Sí.

—Bueno, asegúrese de no decir nada sobre el tema. El abogado de Michael se encarga de contactar a Cate Blanchett y Clara Ferlani.

Estoy impresionada por la organización de la defensa de Michael, en unas cuantas horas el abogado ha logrado taponar todas las fugas posibles.

Pero lo más duro está aún por llegar.

—Una cosa más, Ophélie. Michael Brown viene al festival de Cannes. Parece que están tratando de persuadir a Carolina Sanchez para que le acompañe...

Me pregunto quién se oculta tras ese «están tratando»... Siento todo el poder de comunicación hollywoodiense detrás de ese sujeto verbal elíptico.

—...y preferirían que usted no viniera a Cannes. Les he dicho que estaba de acuerdo.

No me equivocaba cuando hablaba de ese poder, que puede incluso influir en la elección de los secretarios de prensa de una pequeña empresa francesa...

No digo nada, solo hago una señal de asentimiento. Bertrand prosigue:

—De todos modos, es mejor para usted. Si la prensa del corazón se entera de que es usted, va a descubrir las delicias de la celebridad... Y no se lo deseo. Escuche, Ophélie, no voy a echarle un sermón, usted es adulta. Solo le diré que aproximarse a las estrellas es en realidad como el mito de Ícaro. Al acercarse demasiado al sol se arriesga a quemarse las alas.

—Gracias, Bertrand.

Salgo de su despacho y no estoy sorprendida. Tampoco decepcionada. Simplemente estoy en *shock* por el escándalo que se me viene encima, sin tener la impresión de ser responsable en modo alguno.

Al llegar a mi despacho, el teléfono suena otra vez. ¡Bertrand!

—Un último detalle, Ophélie. Quizá sería preferible que hablara de ello a sus allegados, al menos a su amigo. Siempre será menos violento enterarse por usted que por la prensa. Aunque se han tomado todas las medidas para evitar que la identifiquen, más vale prevenir que lamentar.

Cuelgo el teléfono. Ha hablado de mi «amigo», no sabía que estuviera al corriente... ¡Mierda! Me aconseja que hable con Christophe... La cena de hoy va a ser agradable.

Tengo muchas dudas sobre cómo gestionar todo. Se lo digo a Laure pero, por una vez, no tiene ningún consejo que darme. Su idea de preguntar a David si él sabía quién era Miles Green sin confiar en él ha creado un verdadero problema entre ambos. La confianza está, si no rota, al menos tambaleándose. No pienso que esté resentida conmigo porque la idea fue suya pero, al mismo tiempo, puede pensar que esto no habría pasado si yo no hubiera tonteado con Michael y en eso no se equivoca.

Volví a casa sin saber cuál iba a ser la reacción de Christophe. ¿Lo tomaría mal? De hecho, no es que se lo tomara mal: se lo tomó muy mal.

—¿Así que estás diciendo que, potencialmente, toda la prensa internacional puede decir que eres la amante de Michael Brown?

—Básicamente sí, aunque no será fácil identificarme.

—¿Y lo has hecho?

—¿Hacer qué?

—¡Acostarte con Michael Brown!

—¡No!

—Entonces, ¿cómo podría decirlo la prensa si no es verdad?

—Porque la prensa del corazón no tiene precisamente vocación de decir la verdad, ni siquiera se necesita decir que me he acostado con Michael Brown para suscitar chismorreos, basta con que se hagan preguntas sobre la dedicatoria y sobre cuál habrá sido nuestra relación para levantar rumores.

—Qué asco de ambiente. Detesto el cine.

—Pero el cine no tiene nada que ver aquí; el problema es la prensa.

—Y Michael Brown, ¿por qué te escribió esa dedicatoria?

—Ya te lo he dicho, le di un *feedback* sobre el libro.

—Es bastante extraño este asunto. ¿Una dedicatoria por un simple *feedback*? ¿Os habéis besado?

—¡No!

—¿Quería follar contigo?

—¡Christophe, no me hables así! No lo sé, ya se lo preguntarás tú si le conoces.

—¿Y tú? ¿Habrías querido que te follara?

Esta es la pregunta que puede hacernos explotar. Estoy incómoda porque la verdad es que no solo lo deseaba sino que, además, lo busqué con todas mis fuerzas... Me da vergüenza, pero al mismo tiempo estoy furiosa contra Christophe por su agresividad y su grosería.

—¡Acabo de decirte que cambies de tono! Si quieres saberlo, me estás hartando con tus preguntas. ¡No pasó nada, eso es todo!

—No creo nada de esta historia tuya. ¡Vete al carajo!

Cogió la cazadora y se fue dando un portazo. Y Laure encontraba sospechoso que nunca nos peleáramos... ¡Ya está, ya lo hemos hecho! Estará contenta... Estoy asustada por la violencia de sus palabras. Estoy de acuerdo en lo raro de mi relación con Michael, pero eso no es excusa para una reacción semejante. Descubro a un Christophe que no conocía, la gentileza podía dar paso a los celos en grado extremo y de repente mi hombre ideal no lo parece tanto.

14 de mayo de 2014

Hoy ha sido la apertura de Cannes.

La película que ha inaugurado el festival era *Grace*, de Olivier Dahan, pero no me interesaba gran cosa y estaba pendiente de la emisión de *Le Grand Journal* en Canal+ porque el invitado principal iba a ser Michael Brown, ocho días después del «asunto Miles Green».

Los primeros días, los periódicos estadounidenses habían activado la caza de la misteriosa O., y encontraron algunas jóvenes que se habían denunciado a sí mismas, pero los abogados de Michael Brown debieron mostrarse muy persuasivos, ya que rápidamente se retractaron de ser la musa a quien él había dedicado el libro.

Sorprendentemente, los secretarios de prensa de Michael Brown fueron muy discretos y solo sacaron un comunicado anunciando que la editorial iba a reeditar el libro *Fucking Bloody Universities* con el nombre real de su autor y la polémica pronto quedó sofocada.

En última instancia, yo tuve más dificultad en resolver mi problema con Christophe que Michael el suyo con la prensa estadounidense. En cambio, no sé cómo acabaría su conflicto con Carolina, no hay nada en internet pero, a decir verdad, me da un poco igual; por mi parte, ya tenía bastante con lo mío.

La noche en que nos peleamos, Christophe volvió hacia las cuatro de la mañana y estaba visiblemente borracho. Se acostó vestido en el sofá. Por la mañana, le desperté a las ocho y media, antes de salir para la oficina, pero solo se levantó para vomitar y volvió a acostarse. Al atardecer estaba mejor, pero muy callado y yo tampoco dije gran cosa.

Por un instante temí que volviera a dormir en el sofá, pero creo que dudó y después vino a acostarse a mi lado en la cama. Le acogí con una frase de disculpa.

—Lo siento mucho, perdóname. Te quiero.

Tenía lágrimas en los ojos. Se acostó a mi lado. Le besé e hicimos el amor. Esta vez no tuve que fingir el orgasmo, incluso tuve otro cuando volvimos a hacer el amor más tarde, esa misma noche. Le repetí que le amaba. Pensaba que era él mi hombre y que nunca querría a otro, aun cuando se llamara Michael Brown.

Carolina participa en la emisión. ¡Qué gran sorpresa! De hecho lleva un vestido precioso, negro, con transparencias que resaltan sus formas, también evidentes, y con un profundo escote.

Laure no puede evitar un comentario:

—En cuanto a tetas, no jugáis en la misma categoría; te destroza.

En otro contexto me habría reído porque no tengo ningún complejo con mis tetas —es más, me siento orgullosa de la forma y la copa C, creo que es una talla ideal; Carolina debe de tener una E, me resulta vulgar—, pero esta vez no digo nada y me concentro en Michael, que está justo detrás de su esposa.

Antoine de Caunes presenta la película de Michael y descubro que Carolina es productora, lo que explica su presencia en Cannes. Al cabo de diez minutos de preguntas sobre el film y la competición, abordan el tema que me preocupa.

—Michael, hemos sabido recientemente que tiene otro talento, además del interpretativo. Ha escrito un libro, *Fucking Bloody Universities*, que ha sido bien acogido por la crítica.

—Sí, es un proyecto que acariciaba desde hace un tiempo y por fin lo llevé a cabo.

—Este libro ha tenido un gran éxito por parte de la crítica, pero decidió publicarlo bajo pseudónimo. ¿Por qué?

—El tema se presta a la controversia y prefería que lo juzgaran por su calidad en sí y no por el nombre o la popularidad del autor.

—Además, cuando se ha sabido, se ha suscitado cierta polémica.

—Sí, era previsible. ¡Es Hollywood!

—La polémica, en esta ocasión, no estaba en relación con la violencia o la sensualidad de la novela, sino con la dedicatoria destinada a O. Carolina, se ha dicho que esta dedicatoria la había enfurecido, ¿es así?

Primer plano de Carolina; tiene una gran sonrisa, está radiante. Contengo el aliento.

—Sí, estaba muy enfadada con Michael y con su agente.

—Pero permítame preguntarle, ¿conoce a esta famosa O.?

—Por supuesto, la conozco muy bien.

¿Cómo es eso, que me conoce muy bien? Me quedo desconcertada. ¿Acaso Michael le ha hablado de mí? Me vuelvo hacia Laure, pero ella se pone un dedo en los labios para que me calle y escuchar lo que va a decir Carolina.

—¿Y se puede saber quién es? ¿Cuál es su nacionalidad?

—Es francesa.

¡Oh, mierda! Espero que no vaya a revelar mi identidad en directo delante de millones de telespectadores.

—¡Una de nuestras compatriotas! ¿La conocemos?

—Por supuesto, hay un libro que habla de ella, *Historia de O*, ¿no ha leído la novela? Es uno de los libros de cabecera de mi esposo desde hace años. Se podría decir que O. forma parte de nuestra intimidad desde hace tiempo.

—¡El libro de Pauline Réage, la dedicatoria es para su protagonista!

Este giro en la situación es demasiado. Estoy impresionada por la creatividad de la mentira y a la vez aliviada. Laure también acusa el *shock*.

—Ophélie, se diga lo que se diga, en el ámbito de la comunicación los yankis no tienen rival.

—Tenía que haberme dado cuenta de la referencia cultural...

El presentador de Canal+ continúa haciendo preguntas a la actriz.

—Pero, Carolina, ¿por qué enfadarse entonces? ¿Estaba celosa de un personaje de ficción?

—No, pero Michael y su agente, sin hablar conmigo, cambiaron una decisión que habíamos tomado en común. Cuando Michael me dijo que deseaba dedicar su libro al personaje de Pauline Réage, le dije que eso no haría más que provocar rumores sensacionalistas y que no era una buena

idea. Estuvieron de acuerdo y Michael aceptó retirar la cita, pero cambió de parecer y no se atrevió a decírmelo. Eso es lo que suscitó mi enfado.

—Michael, ¿su esposa tiene razón? ¿Debería haber seguido su consejo?

Plano central de Michael, él sonríe con aire humilde, está sobreactuando. Siempre he pensado que es muy buen actor, pero esta vez interpreta mal su papel.

—Carolina suele tener razón.

—Dicen que, cuando se enteró, se negó a que volviera a casa con ella en su coche. ¿Es verdad?

—¡Es cierto! Corrí detrás de ella casi diez kilómetros. No tuvo piedad, pidió que el coche circulara lo bastante deprisa como para que no pudiera alcanzarla.

En el plató de Cannes, los invitados, los cronistas, el público... Todo el mundo ríe al imaginar a Michael corriendo tras el coche de su esposa, todos menos yo.

Es cierto que me siento aliviada al no ser ya el blanco potencial de la prensa, pero no me gusta la idea de que esta bonita dedicatoria fuera una farsa.

Laure me coge del brazo.

—¡Ya está, se acabó!

—Eso parece.

En efecto, con esto concluye no solamente la polémica sino mi relación con Michael. Con sus justificaciones, parecía querer encender una llama entre nosotros, pero nosotros no es una palabra que tenga sentido ahora y ni siquiera sé si aún deseo pensar en él como actor. Le oigo terminar su número en el plató de Canal+.

—... en mi defensa, diré que hay que saber aliñar la vida en pareja y en este sentido O. ha cumplido su cometido a la perfección.

—¡Vete al infierno, Michael Brown, yo no aliño tu ensalada!

25 de mayo de 2014

Dudaba pero al final decidí ver el palmarés del festival de Cannes en Canal+. Cuando la sublime Monica Bellucci llegó al escenario con su larga falda negra y su blusa blanca, me agité un poco, iba a entregar el premio a la mejor interpretación masculina. Michael apareció en la pantalla junto a Carolina y cuando vi su sonrisa, un poco crispada, en espera de los resultados, sentí una punzada en el corazón. Aunque hasta ese momento no quería que se lo dieran, de repente cambié de opinión. Era demasiado guapo, demasiado buen actor y merecía el premio.

Jane Campion se levantó para anunciar al vencedor.

El premio va para Timothy Spall por *Mister Turner*, de Spike Lee.

La cámara se detuvo un buen rato en el ganador y luego hubo un plano muy corto de Michael aplaudiendo. ¡Qué habilidad tienen en Hollywood! Pareciera que son más felices cuando pierden.

Volví a cambiar de parecer y pensé que, al fin y al cabo, operaba una cierta justicia divina y que Michael no merecía ganar después de lo que me había hecho soportar. Es una reacción un poco pueril, puesto que no hay ninguna relación entre una cosa y otra, pero es una reacción humana.

Otra persona se ha alegrado de la derrota de Michael: Christophe.

—Tu Michael Brown ha perdido.

No le señalé el uso del posesivo «tu». Quizá haya sido «mío», pero ya no lo es y no quiero volver a las discusiones.

Ya por la tarde Christophe había tratado de provocarme.

—Así que, ¿al final la dedicatoria no era para ti?

—Creo que quedó claro...

Parecía estar encantado y es mezquino por su parte, pero no he dicho nada. Si cae con tanta facilidad en las desinformaciones de la comunicación hollywoodiense, peor para él, morirá idiota.

Miércoles, 30 de julio de 2014

No sé cómo he podido dejarme convencer para dormir en la tienda de campaña. Es el problema de los compromisos, Christophe quería hacer *camping* en Irlanda y yo quería sol y playa. Resultado: cambiamos la lluvia irlandesa por la luz de Córcega pero manteniendo la idea del *camping*. Como teníamos vacaciones en agosto por nuestros respectivos trabajos, no tuvimos mucho donde escoger, máxime viendo los precios del alquiler de estudios cerca del mar, más de dos mil euros por semana, ¡una verdadera locura!

Así que esta tarde hemos ido a Decathlon. Como actividad cultural, las hay mejores, pero Christophe estaba encantado y mejor así, al menos uno aporta entusiasmo.

Empezamos por comprar la tienda y elegimos el modelo dos plazas grandes con espacio extra para guardar cosas. Se monta y desmonta casi de manera instantánea si nos fiamos del folleto. Hay incluso un sistema de ventilación y un tejido aislante para el calor, imprescindible en Córcega. Con una cama colchón para dos y dos almohadas, estamos listos...

Sábado, 2 de agosto de 2014

¿Estoy sufriendo visiones? Es posible... Sucedió en el aeropuerto de Figari. Hasta entonces todo iba bien, más allá de levantarnos a las siete y media para coger el metro a Denfert-Rochereau y luego el bus a Orly, todo ello muy cargados de equipaje. Con un taxi habría sido más práctico pero Christophe se empeñó en que fuéramos en transporte público. Normalmente es muy generoso pero en esto parece preferir hacer economías de chicha y nabo. ¿Será que quería minimizar las emisiones de carbono?

Finalmente embarcamos a las once. Yo estaba entusiasmada, era la primera vez que iba a Córcega.

Al llegar, tuve miedo de verdad. El aeropuerto está situado entre colinas, hacía un viento endiablado y el comandante de a bordo nos dijo que íbamos a intentar aterrizar. Justo antes de llegar a la pista, volvió a remontar. Yo estaba lívida, me agarraba a Christophe; él tampoco tenía un aspecto demasiado tranquilo, aunque trataba de dar el pego. Entonces el comandante nos anunció que haría una nueva tentativa y que si no era posible tendríamos que desviarnos hacia Ajaccio y regresar en autobús. Tenía sentimientos encontrados, por una parte no quería afrontar un aterrizaje peligroso por segunda vez, pero por la otra viajar en bus tampoco me seducía.

La segunda vez también fue temeraria. El avión iba de derecha a izquierda y sobrevolando la pista daba la impresión de que volaba torcido. De pronto, cuando debíamos de estar a unos diez metros de altura, el piloto plantó el aparato en la pista. En un minuto, todo terminó. Los pasajeros habían tenido tanto miedo que espontáneamente se pusieron a aplaudir. Pude entonces soltar el brazo de Christophe y creo que eso evitó la amputación, dada la fuerza con que me había aferrado a él.

Esperamos unos diez minutos antes de desembarcar. En Figari no se llega directamente a la terminal sino que se baja del avión en el asfalto.

Fue allí donde empezaron mis alucinaciones. La mujer que iba delante de mí le señaló a su marido un avión que iba a aterrizar. Me volví, tal vez para ver si lograba tomar tierra, y vi un *jet* que consiguió aterrizar a la primera.

Más tarde, mientras esperábamos por el equipaje, busqué el *jet* con la mirada. Cuando lo localicé, un coche negro con los cristales ahumados se paró cerca del aparato. Me ocultaba parcialmente la visión pero vi a alguien de uniforme abrir la puerta y desplegar una escalerilla. Acto seguido bajaron dos personas que subieron al coche de inmediato, mientras otras dos se encargaban de llevar el copioso equipaje de la pareja al maletero del vehículo.

No pude ver bien al hombre y la mujer que se habían metido en el coche, pero estaba segura de que eran Michael Brown y Carolina Sanchez. ¿Qué certeza tenía de que fuera así? Por mi parte diría que era como una intuición o, más aun, una evidencia, ¡como si tuviera de un sexto sentido!

Tan pronto como el coche negro se fue llegó nuestro equipaje.

—Ophélie, el equipaje.

Recogí mi bolso de viaje.

—¿Has visto a los pasajeros del *jet*?

—No. ¿Por qué?

—Por nada, simple curiosidad.

Si no vio nada, no merece la pena anunciarle una posible llegada de Michael Brown y su mujer. En primer lugar, no llegó a digerir por completo el episodio de la dedicatoria y, además, me diría que estaba soñando.

Después fuimos a buscar el coche de alquiler, un Twingo rojo, pequeño y muy mono. Insistí para que Christophe me inscribiera como segundo conductor. ¡No puede ser! ¿Se ha vuelto un rata o qué? Me ha dicho que las carreteras en Córcega son muy difíciles y que no tengo costumbre de conducir y eso es cierto, tiene razón, pero si no practico ahora, durante las vacaciones, nunca conduciré.

Se necesitan unos cuarenta minutos para llegar al *camping* Des Îles, cerca de Bonifacio. Se encuentra en las montañas, a un cuarto de hora de la ciudad.

Al llegar no puedo decir que lo que he visto me haya seducido enseguida. Nos han dado un espacio cerca de un murete a la sombra, que era bastante bonito pero teníamos otras dos tiendas a la derecha y a la izquierda a menos de cinco metros.

—¿No te parece que estamos demasiado juntos?

—¿Te da miedo que te oigan gemir de placer?

Por un instante he estado a punto de decirle una cabronada tipo «hazme gemir como yo te hago gemir a ti y hablamos del tema», pero he pensado que existía el riesgo de crear problemas o dudas en un terreno donde cuenta mucho la psicología e iría contra mis intereses dejarle impotente, así que opté por contestar algo más cursi.

—Exacto, querido, todo el mundo nos odiará porque mis gritos no les dejarán dormir toda vez que me hayas honrado, en el sentido bíblico, haciéndome el amor toda la santa noche.

Christophe parece sorprendido. Es verdad que esta respuesta no es propia de mí, he inaugurado un nuevo tipo de humor. ¿Será debido al cansancio o a la visión del aeropuerto? Pero Christophe ya ha pasado a otra cosa: ha empezado a montar la tienda y la publicidad no mentía, en menos de diez minutos tenemos nuestra casa. Es bastante agradable aunque el color verde no sea mi favorito.

A continuación fuimos al restaurante del *camping* para comer una pizza, puesto que ya eran las tres de la tarde. No estaba mal. Luego fuimos a pedir información sobre las actividades del *camping* y reconozco que hay muchas: tenis, minitenis, pimpón, minigolf...

El problema es que en verdad nada de eso es lo mío, pero como Christophe parece encantado, no digo nada para no arruinar el principio de las vacaciones. En cualquier caso me he pertrechado de mis libros.

Por la tarde, fuimos a la playa de Piantarella, donde no cabía un alfiler de tanta gente como había. Si a las cinco había aún tanta gente, ¿cuántos habría entre las once y las dos? Precisamente al lado hay un puesto de tablas de *windsurf* y *kitesurf*. A Christophe se le hace la boca agua pero a mí no. Empiezan a preocuparme un poco nuestras vacaciones, no me imagino sola leyendo un libro y rodeada de miles de personas, la mitad chiquillos gritando y jugando al fútbol. Nos hemos bañado. El mar está estupendo, alrededor de veintiséis grados y el agua muy clara. Eso al menos está muy bien.

Esta noche he intercambiado mensajes con Laure. Está de vacaciones con David entre San Francisco y Seattle y tiene suerte, podrá ir a ver el famoso edificio donde el multimillonario de *Cincuenta sombras de Grey* tiene su apartamento.

—Hola, Laure, ¿has ido a ver el Escala?

—Mejor que eso, he dormido en él.

¡No puede ser! La muy cerda... Leí en internet que estaba abierto al público, pero no terminaba de creérmelo.

—¿Y cómo es?

—Fantástico. David y yo hemos follado toda la noche con un espejo en el techo... ¡Increíble!

—¿Un espejo en el techo?

—Te estoy tomando el pelo, cariño, es un mito urbano. No se puede dormir en él, está prohibido por el reglamento de la comunidad, pero sí es cierto que he visto el apartamento de Christian Grey, vendido por 6,2 millones de dólares.

—¿Cómo lo has conseguido?

—El jefe de David conoce al nuevo propietario.

—¿Y cómo es?

—Genial, grande y luminoso, pero no hay habitación roja, una pena. Es la habitación que más me atraía... Y tú, ¿cómo va todo?

—Acabamos de llegar y no soy una devota de los *campings*...

—Ya me lo parecía. ¡Cuando alguien quiere salir con estrellas...!

—Precisamente, adivina a quién creo haber visto en el aeropuerto.

—Si me dices que a Michael Brown, pondré el grito en el cielo. Te ordeno que pienses en tu reputación, sé responsable y disminuye el consumo de rosado corso.

—Te lo aseguro, estoy convencida de que era él. Estaba con su mujer, los he visto bajar de su *jet*.

—¿De verdad que los has visto?

—De lejos. ¿Podrías preguntarle a David?

—¡No, cariño! No volveré a caer en el error que casi me cuesta el divorcio, arréglatelas tú sola...

—Vale. Lo comprendo.

—Buena suerte, pero no olvides que estás con Christophe.

Es verdad, no voy a repetir mis estupideces. ¡Vamos allá! Esta noche, más cena con mimos y menos locuras hollywoodenses.

Jueves, 7 de agosto

Me empiezan a gustar estas vacaciones. Christophe y yo hemos hecho un montón de cosas.

He descubierto el minitenis, parecido al grande pero en pista más pequeña y con una pelota blanda. Me han dado una paliza, como al minigolf, pero eso no importa.

Vamos todos los días a la playa, pero no a Piantarella sino al Grand Sperone, la playa para la gente rica, normalmente destinada para los dueños de unos chalets magníficos por la zona colindante. Parece que hay famosos que los alquilan. No sé si es verdad, pero he mirado en internet y los precios son una locura, ¡entre diez mil y veinte mil euros por semana! La playa es magnífica, de arena blanca y el mar parece una laguna.

Hay gente, pero mucha menos que en Piantarella. También influye que para llegar hay que andar al menos media hora.

Fuimos a Bonifacio. En el puerto había muchos yates, cada uno más grande que el de al lado. Me pregunté si Michael estaría en uno de ellos, pero no tengo posibilidad de saberlo. No se puede ver a través de los cristales y muy rara vez hay miembros de la tripulación en los puentes, y por lo famoso que es no creo que se deje ver mucho. Me pregunto cómo podría encontrarle, en caso de que efectivamente estuviera aquí. *By the way*, pasar las vacaciones en un yate debe de ser lo más.

En la librería, me encontré con el libro de Pauline Réage, *Historia de O*. Tenía curiosidad y lo compré. Acabo de terminarlo, no es muy largo. Me ha sorprendido tanto que tuve una conversación sobre el tema con Laure por iMessage.

—¿Te has leído *Historia de O*?

—Sí. ¿Te ha gustado?

—Más o menos. Como historia es muy machista: en verdad la mujer es el objeto del hombre.

—Cariño, el sadomasoquismo es eso, tu *Cincuenta sombras* parecería una producción de Walt Disney a su lado.

—Seguro. Todo el tiempo la están golpeando y sodomizando. ¡Incluso se deja marcar con un hierro candente como un animal!

—Pues sí, ahora ya tienes más claros los gustos de tu amigo Michael.

—Eso no quiere decir nada, hablamos de literatura.

—Tal vez. A propósito, ¿le has visto?

—No. Es evidente que Bonifacio es demasiado grande para dos personas que se aman con un amor tan débil...

—¡Ja, ja! Muy bueno, me encanta. Un beso a Christophe de mi parte... donde quieras.

—¡Pervertida! Hasta pronto.

Es verdad que no me esperaba una novela tan cruda, aunque, bueno, tampoco debería sorprenderme tras haber leído el texto de Michael. De hecho, la novela de Michael era más picante, más excitante. Pauline Réage escribe muy bien y puedo comprender su éxito internacional, y más teniendo en cuenta la época en que fue escrito el libro, pero es excesivamente fría, en absoluto mi tipo de sexualidad. A fin de cuentas, me encuentro más cercana a Anastasia Steele: ambas rechazamos el sadomasoquismo impuesto por los hombres.

Con una sexualidad más clásica llego cada noche (o casi) al orgasmo; eso sí, un orgasmo discreto, debido a los vecinos de las demás tiendas.

Viernes, 8 de agosto de 2014

Cuando me desperté era un año mayor. En mi vigésimo sexto cumpleaños he tenido un día memorable.

Christophe ha sido el primero en celebrarlo. Quería ofrecirme su cuerpo como regalo, un presente que tuve que rechazar firmemente porque él tenía cita a las nueve y media con el peluquero, en Bonifacio. Mejor no retrasarse.

Cuando llegamos a la peluquería, le dejé en manos de una bonita morena de treinta y pocos años y Christophe empezó a hacer el tonto, cuando ella no miraba, para decirme lo contento que estaba de que le peinara ella. Así las cosas, creo que los hombres tienen cero sensibilidad: ¡mirar a una vieja el día de mi cumpleaños!

Le dejé para ir a mirar cosas antes de ir de compras: tiene que hacerme un regalo y yo no tengo ni idea. Prefiero mirar tiendas que mirar a la morena.

He pasado por el kiosco del estanco y comprar *L'Équipe* para Christophe. Delante de mí había un hombre de unos cuarenta años, su cara me sonaba, pero no era capaz de darle un nombre. Me acerqué a la caja cuando él pagó su tabaco. La estancuera le habló en inglés y cuando él le dio las gracias, de inmediato reconocí el acento californiano y tuve un *flash*: me acordé de dónde lo había visto, fue en internet, estaba en una fotografía con Michael, era su abogado, Robert Nosequé... Cuando salió, tomé una súbita decisión. Volví a dejar el periódico que había venido a buscar donde lo había cogido y seguí al estadounidense.

Caminaba unos metros por detrás de él y estaba muerta de nervios por saber cómo iban a sucederse los acontecimientos. ¿Debía abordarle ahora o seguirle hasta su destino? Si subía a un yate, me encontraría como una tonta al pie de la pasarela: no podría ni subir ni quedarme allí esperando, así que decidí que tenía que abordarle antes de que desapareciera.

De pronto se dirigió hacia un yate enorme, de al menos cincuenta metros de eslora y un magnífico casco azul marino. Vi el nombre escrito en el casco: *Pleasure is mine*. El momento era ahora o nunca. Me automotivé:

«Ophélie, querida, vas a poner a prueba tu capacidad de relación con los estadounidenses», como diría Bertrand. Cuando me doy ánimos, me llamo así, «querida». No es muy original pero me infunde autoconfianza.

—¡Señor!

Le he llamado *sir*, en inglés, en el momento en que posaba el pie en la pasarela del barco.

Se dio la vuelta, sorprendido de ser interpelado en inglés.

—Señor, buenos días. ¿Está usted con Michael Brown?

Me ha mirado con aire glacial, bueno, lo intuía, porque llevaba gafas negras. En todo caso, el tono de su respuesta no fue alentador.

—Creo que está equivocada.

—Pero usted es su abogado, ¿verdad?

—No, no, se ha confundido de persona.

Y se volvió para subir al yate. Estaba desesperada, dentro de tres segundos perdería definitivamente toda oportunidad de saber si Michael estaba en el yate. ¿Había cometido un error? ¿Y si no era el abogado de Michael? Al fin y al cabo, solo me había parecido verle en una foto en internet y no es necesariamente fácil identificar a una persona con gafas oscuras y que nunca se ha visto en la vida real. Me la jugué a lo loco.

—Soy Ophélie, la O. de la dedicatoria, la verdadera...

Esas nueve palabras tuvieron el mismo efecto que una descarga de diez mil voltios de una pistola Taser. El abogado se quedó totalmente paralizado durante una fracción de segundo y temí que tuviera un ataque cardíaco. Necesitó unos diez segundos para recuperar el uso de sus extremidades y de la palabra.

Vino hacia mí, despacio, como si yo fuera un animal peligroso y, en cierto sentido, le comprendo. Dada la polémica que se había desatado antes del festival de Cannes, admito que lo último que deseaba este hombre era encontrarse conmigo, de modo que solo me queda esperar que no suceda lo mismo con Michael.

—¿Qué quiere?

¡Verdaderamente no es nada afable este hombre! Sé que se siente en peligro, pero podría hacer un esfuerzo; después de todo no soy su enemiga.

—¿Puede decirle a Michael que estoy aquí? Dígale que hoy es mi cumpleaños.

—¿Es verdad esa historia del cumpleaños?

Estoy ofuscada. ¿Por quién se toma este idiota?

—Por supuesto que es verdad. ¿Quiere ver mi documento de identidad?

Saco mi carnet de identidad en señal de provocación, no creo que vaya a comprobarlo, pero este hombre es una máquina y coge el carnet que le tiendo.

Lo mira un buen rato y después me lo devuelve.

—¿Dónde se aloja?

—A unos diez kilómetros de aquí, cerca de la playa del Grand Sperone.

No me atreví a confesar que estoy en un *camping* cuando él se dispone a subir a un yate cuyo precio de alquiler no puedo imaginar. ¡Es demasiado peligroso!

—Bien. Vaya a esperarme en el bar de la entrada del puerto. Veré qué puedo hacer.

¡Y me deja plantada sin esperar respuesta!

No tengo muchas opciones: o le obedezco o voy a reunirme con Christophe.

Vale, no me gusta la idea de obedecer órdenes ciegamente, pero sería una tontería perder la oportunidad de volver a ver a Michael por una reacción soberbia, ahora que ya he hecho lo más duro al abordar a este hombre glacial.

Me instalo en el café mirando el yate, a unos veinte metros de mí. Ni siquiera sé cuándo va a volver el abogado. ¿Y si viene Michael en persona? Sería demasiado bueno, pero no del todo realista: no me imagino a un actor oscarizado viniendo a desayunar tranquilamente a la terraza de un café.

Pasa el tiempo y termino el té, hace un cuarto de hora que estoy aquí. Mierda, si no pasa nada en los próximos cinco minutos, voy a tener que irme al encuentro de Christophe. Creo que a esta hora la bonita morena habrá acabado con él.

De pronto aparece un hombre en la parte alta de la pasarela, ¡el abogado!

Cuando llega junto a mí, es más afable. Casi parece sonreírme...

—Michael podría verla mañana por la mañana.

El corazón empieza a latirme con mucha fuerza.

—¿Dónde?

—¿Cree que podrá estar en la playa del Grand Sperone a las ocho? A esa hora creo que no habrá mucha gente.

Ocho de la mañana en la playa sin Christophe escoltándome, no va a ser pan comido este asunto, pero ya no puedo volverme atrás.

—Muy bien, allí estaré.

—Me ha dado un mensaje para usted.

—¿Sí?

—Jacques Prévert tenía razón, salvo en el lugar.

El corazón me late ahora a más de doscientas pulsaciones por minuto, como si acabara de llegar al final de los cien metros en los Juegos Olímpicos.

—Dele las gracias de mi parte. Mañana estaré allí. Tengo que irme.

Saco mi cartera para pagar la consumición. El abogado hace un ademán con la mano.

—Déjelo, yo me encargo.

Y pone un billete de veinte euros sacado de un fajo que contiene al menos cincuenta.

¿Esta gente fabrica los billetes o qué? ¿Sabrá que un té apenas cuesta cinco euros? En fin, no me importa, pero eso muestra que no vivimos en el mismo mundo y tampoco resulta tan sorprendente si comparamos el yate con nuestra tienda de *camping*...

Le doy las gracias y me voy al encuentro de Christophe.

—¡Cuánto has tardado! ¿Te has encontrado con alguien o qué?

Una pequeña gota de sudor me corre por la espalda. Pero no, es ridículo, no puede saber nada.

—Más bien eres tú quien se ha dejado acicalar por esa bomba morena...

Hay que reconocer que ha hecho un buen trabajo. Christophe está muy guapo, aunque no lo bastante para hacerme olvidar a Michael, lamentablemente...

—¿Has encontrado un regalo?

—No, no del todo.

Lo cual es un eufemismo por «no, en absoluto».

—¿Y en la tienda del estanco?

—No, nada.

Lo que es una gran mentira porque acabo de encontrar a Michael.

—¿Y *L'Équipe*?

—¡Ostras, lo he olvidado!

Normal, con lo que acaba de pasarme...

—Bueno, vamos a dar una vuelta por la parte alta de Bonifacio. Seguro que por allí encontramos algo.

Bonifacio es una ciudad encaramada en el acantilado y parece haber unos doscientos metros de desnivel entre la roca y el mar. Cuando llegamos, después de subir un número incalculable de escalones, estamos muertos y sedientos. Después de una Orangina para mí y una Coca Cola para él, al fin hemos podido ir en busca de mi regalo. Tras una hora deambulando por las bonitas callejuelas de la ciudad, damos con una joyería en la que veo una pulsera de coral muy bonita, ¡genial! Hemos encontrado mi regalo y también será para siempre el recuerdo de esta primera estancia en la isla de la belleza, mis primeras vacaciones con Christophe.

Regresamos al *camping* bastante tarde: sándwich y a la playa. Christophe alquiló una tabla de *windsurf* durante una hora, tiempo en el que leo *La verdad sobre el caso Harry Québert*, de Joël Dicker. Me encanta, pero un mensaje de Laure me interrumpe.

«¡Feliz cumpleaños! La vida es bella, tienes trabajo, un novio y una amiga fantástica.»

«Gracias, Laure.»

«También es el aniversario de tu encuentro con Christophe. Lo sé, yo estaba allí.»

Vaya, qué cosas, yo lo había olvidado por completo.

«Vamos a celebrarlo esta noche.»

«Estupendo. ¿Entonces Michael ya está descartado?»

«Al contrario, precisamente he quedado con él mañana por la mañana a las ocho.»

«¡Ah, muy gracioso! En su yate, supongo.»

«Sí, eso creo. Va a venir a buscarme a una playa.»

«Esto ya es un poco broma pesada. Dime la verdad.»

«La verdad es que me he topado con su abogado en un estanco y Michael me ha citado de verdad mañana por la mañana.»

«¿En serio? ¿Me lo juras?»

«¡Te lo juro por *Romeo*!»

«¡Pero estás loca! ¿Cómo vas a hacer para ir a verle?»

«Por la mañana Christophe está durmiendo y me iré antes de que se despierte.»

«Prométeme que no vas a drogarle.»

«Lo prometo.»

«Aun así me parece una chifladura total este asunto. ¿Estás segura de que sabes lo que haces?»

«Segurísima.»

En realidad estoy cada vez menos segura de lo que estoy haciendo y me pregunto qué ha podido ocurrirme esta mañana. ¡Podría disfrutar tranquilamente de mis vacaciones con Christophe pero voy y me meto en un atolladero! Sobre todo, que mi historia con Michael no es muy gloriosa. Ya hemos experimentado varios episodios de trabajos forzados y no descarto añadir a la lista esta cita matinal en una playa. Si pudiera, lo anularía todo, pero es imposible. También podría darle plantón, pero eso no se hace...

El día continuó de forma tranquila con Christophe. Sencilla cena romántica en una pizzería en la playa y después regreso a la tienda.

Después de besarnos dulcemente hicimos el amor. Seguramente mi mala conciencia tuvo algo que ver con el devenir de los hechos porque esta vez no solo no llegué al orgasmo sino que el propio placer ha sido muy relativo. Dado que era mi cumpleaños y el aniversario de nuestro encuentro, una vez más, simulé. Empiezo a ser buena actriz, pero es un juego que no me divierte, si empiezo a simular a mi edad, ¿qué pasará cuando lleve veinte años de matrimonio?

Me avergüenzo de mí, pero no quiero que mi torpeza llegue a perturbar a Christophe ni echar a perder nuestras vacaciones.

He puesto discretamente el despertador a las siete y cuarto y lo he escondido cerca de mi almohada para poder apagarlo enseguida antes de que despierte a Christophe. ¡Me cuesta creer que vaya a salir a escondidas dejando a mi enamorado para encontrarme con otro! No es algo muy propio de mí, pero también es cierto que mañana voy a ver a Michael.

10 de agosto de 2014, 8 de la mañana

Acabo de leer lo que escribí anoche y me he dado cuenta de que la fantasía se apoderó de manera impropia de mi narrativa. Si dentro de veinte años quiero releer mi diario y recordar este día tan especial, más vale que sea un poco más objetiva.

He preparado mis cosas en un bolso y he decidido adoptar un estilo chic playero, chic porque iba a ver a Michael y playero porque era mi coartada ante Christophe si notaba mi ausencia, a saber, traje de baño negro con vestido *bustier* que me realza hombros y piernas. Cogí una toalla de playa y productos para el sol y los metí en el bolso para que resultara creíble a mi regreso. El despertador no fue necesario; el sol me despertó a las seis y veinte.

Me levanté lo más silenciosamente posible y Christophe ni se movió. El sol naciente era realmente magnífico, hasta tal punto que mi talante cambió radicalmente: estaba serena, alegre e impaciente por vivir lo que me deparaba el día.

Fui a darme una ducha rápida, no había nadie. Desnuda bajo el chorro de agua, imaginé que estaba con Michael y por unos instantes, cuando me enjaboné los senos y las nalgas, sentí los preámbulos del placer y tuve la tentación de acariciarme. Eso da cuenta del estado de ánimo en que me encontraba, pero la masturbación en la ducha no es precisamente lo mío, de modo que me abstuve. Me encaminé hacia la playa hacia las siete menos cuarto. A diferencia de las horas en que habitualmente lo recorro, no había nadie en el sendero. La temperatura era ideal, el sol estaba aún bajo y la luz sobre el mar era magnífica. Anduve a buen paso y llegué con casi cincuenta minutos de adelanto. Me pregunté si Michael estaría allí, si iba a venir en el yate o simplemente en la lancha. Tras la breve conversación con el abogado, no tenía ninguna idea de la agenda de la mañana, una mañana que de cualquier modo tenía que ser sucinta, ya que tenía que estar de regreso en el *camping* a las diez y media como muy tarde. Yo era la Cenicienta matinal con la carroza que se transforma en calabaza a media mañana.

No había nadie en la playa, era impresionante, toda esa preciosa arena blanca solo para mí. Lo que es estupendo en Sperone es que preparan la playa todos los días y parece que pasan el rastrillo cada día a última hora porque a la mañana siguiente está immaculada, como esquiar en nieve virgen.

Estuve mirando al mar, ningún yate en el horizonte. Estiré la toalla y me senté a escrutar el océano.

«Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?» «No veo nada, sino el sol que resplandece y la hierba que reverdece.»⁷

En este caso, es más un problema de mar que de hierba.

Al cabo de cinco minutos y debido al rosado de la pizzería, el sexo, acostarme tarde y levantarme temprano, empiezo a sumergirme en una ligera somnolencia.

Decido aprovechar ese momento de soledad para concederme un breve baño de sol. Me tumbo boca arriba y cierro los ojos unos segundos para descansar antes de volver a escrutar el mar.

De pronto empieza a llover. Parece increíble, pero siento unas gotas sobre el vientre. ¡Mierda, estaba soñando, me quedé dormida! Delante de mí se yergue una silueta a contraluz, un hombre que acaba de salir del agua. Está chorreando y se sacude el pelo por encima de mí para mojarme. Debería gritar e insultarle pero no lo hago porque ese desvergonzado es Michael, que se agacha a mi lado. Ahora, ya completamente despierta, puedo mirarle y para admirarle mejor me apoyo en los codos. Es todavía más guapo que en mi recuerdo, lleva una barba de tres días que destaca su virilidad y subraya sus ojos azules. Además está más musculado y ha desaparecido el ligero espesor a la altura de las caderas que me pareció apreciar en Deauville.

Está tan guapo que me recuerda una de mis primeras conmociones de jovencita, cuando tenía trece o catorce años. Había un anuncio de yogures Tallefine en el que un hombre guapísimo nadaba en un lago y luego salía del agua para que se admirara su musculatura y, publicidad obliga, tomaba su postre cero por ciento.

Pero esto no es publicidad sino la vida real y la voz de Michael está aquí para recordármelo.

—Buenos días, Ophélie. ¿Ha tenido bonitos sueños?

—Buenos días, Michael, era una pesadilla en la que un hombre perverso me salpicaba.

Se ríe. Siempre le hago reír y él siempre me vuelve loca.

—Está claro que tengo que hacerme perdonar. ¿Ha desayunado?

—No.

—¿Qué le parecería venir a mi yate para compartir un *breakfast*?

—¿A nado? ¡Imposible! ¿Qué hago con mis cosas?

No he podido contener la exclamación pero al verle empapado, entiendo que no ha cogido la lancha del yate para venir hasta aquí.

Sonríe y me mira con profundidad. Está verdaderamente guapísimo.

—Habría sido una buena idea surcar los mares juntos, pero el yate está un poco lejos y pensé que preferiría el confort de una embarcación. Mírela, allí está.

Es verdad, una zódiac nos está esperando con un tripulante al timón. Me pongo rápidamente el vestido, meto la toalla en el bolso y sigo a Michael para subir a la embarcación semirrígida.

El joven marinero, magníficamente vestido de blanco con bermudas y camiseta, pone en marcha los dos enormes motores. Empieza despacio, a cinco nudos para respetar el límite de velocidad y, al cabo de unos trescientos metros, va acelerando progresivamente.

De momento no veo el yate, pero a la velocidad que avanzamos no deberíamos tardar en llegar.

Estoy sentada en uno de los asientos delanteros de la zódiac y me salpican algunas gotas por la velocidad, pero es agradable, me da una sensación de frescor.

Michael me mira. Se ha puesto una camisa blanca descuidadamente abrochada en un par de botones. ¿Está tan sexi a propósito?

Me saca de mi ensueño.

—Ophélie, ¿quiere coger el timón?

¿Estará de broma?

—¿Se puede?

—Por supuesto, ya verá, es fácil. Fabio, ¿puede dejarme el sitio? Ophélie, venga aquí. Mire, se conduce igual que un coche, pero es más fácil. El volante aquí es el timón y aquí, los carburantes. Adelante, no hay ningún riesgo.

Cojo el volante, Michael está a mi lado.

—Mire, Ophélie, el yate está a estribor, es decir, a su derecha.

¡Gracias, no soy marinero de profesión pero conozco la diferencia entre estribor y babor! Suena muy machista la observación, bueno, la dejo pasar, está tan guapo...

Empiezo a virar. Debo de estar haciéndolo muy tímidamente ya que siento su mano sobre la mía para ayudarme a girar el timón. Estamos pilotando juntos, lo siento detrás de mí, con la cadera pegada a mi espalda, el muslo derecho me roza ligeramente las nalgas.

—Ophélie, vamos más deprisa.

Aumenta el empuje de los dos motores y ahora la zódiac salta sobre las olas, con las que al rebotar rápidamente me hace resbalar hacia atrás. Michael cambia un poco de posición detrás de mí para que no me caiga y se pega a mí. Yo no evito el contacto, al contrario, arqueo un poco los riñones para disfrutar de él y él no se aparta. Estamos en una posición en la que, desnudos, podríamos hacer el amor. Me siento muy bien al mando, lanzada a toda velocidad hacia ese magnífico yate.

Me apetecería gritar «*I'm the king of the world*», pero eso no le dio suerte a Leonardo DiCaprio... Nos acercamos al *Pleasure is mine* y por un instante pienso que si Carolina nos ve pegados el uno al otro, va a haber sangre sobre el puente de mando... Pero me siento demasiado bien para interrumpir este momento y ya lo hará Michael si lo cree pertinente.

No se mueve, sólo reduce la velocidad y su mano se vuelve más firme para orientarnos hacia la parte de atrás del yate. Ahora estamos muy cerca.

—Gracias, Ophélie. Ha sido una excelente piloto al mando.

Es un cumplido que no tiene ningún fundamento. No obstante ronroneo como mi gato *Romeo* cuando le acaricio el vientre.

Michael lleva la zódiac hacia el embarcadero de atrás y el marinero salta a bordo para amarrarnos. Michael le sigue y me da la mano para ayudarme a subir.

El yate, con tres niveles sin contar el embarcadero, parece aún más grande una vez que se ha subido a él.

Michael me lleva directamente al primero, donde hay una mesa puesta, parte a la sombra y parte al sol.

—Ophélie, siéntese donde quiera. ¿Qué desea tomar? ¿Café, té, zumo de naranja...?

—Quisiera un té y un expresso.

Michael sonrío.

—Por supuesto, la casa no retrocede ante ningún sacrificio. Marco, ¿ha oído?

—Sí, señor. Señora, para el té, tenemos los de la casa Mariage: Marco Polo, Darjeeling, Ceylán, Breakfast o té a la vainilla?

—Un Breakfast, gracias, con leche.

—¿Desea un zumo de fruta? ¿Naranja, pomelo, granadilla?

El mayordomo tiene un fuerte acento italiano y un aire realmente amable. Antes de que me dé tiempo a contestar, Michael interviene.

—Creo que para Ophélie solo puede ser de granadilla, la fruta de la pasión.

La alusión no me parece muy ingeniosa, soy fan de Michael pero no le voy a reír todas las gracias. Se ha de respetar un nivel.

—Tomaré un zumo de pomelo, gracias.

Cuando Marco nos deja, Michael se instala frente a mí y no puedo evitar hacer la pregunta que me quema los labios.

—¿Su esposa no está?

—Está con unos amigos, ligeramente al norte de Figari, están en una propiedad magnífica donde han transformado las granjas en hoteles de lujo.

—¿Y usted no está con ellos?

—Volví en barco anteayer y ella ha prolongado su estancia hasta hoy. ¿Por qué? ¿Quiere conocerla?

Me ruborizo violentamente.

—No, quiero decir, sí, por supuesto, me gustaría mucho.

¡Que te crees tú eso, ni hoy ni nunca!

—¿Sabe, Ophélie?, el pobre Robert ha estado a punto de morir de una crisis cardíaca.

De modo que es verdad que su abogado se llama Robert.

—Sí, ya vi que no se sentía muy a gusto o, en todo caso, menos que Carolina y usted en el plató de Canal+...

Y ¡pam! Le lancé su lastimosa mentira de vuelta a la cara, pero no se inmuta.

—Sí, nos las hemos apañado bastante bien, de algo sirve ser actor. ¿Le gustó cuando nos vio?

—En absoluto, la explicación me pareció en realidad cogida con alfileres.

—Ah, es una pena, la prensa se lo tragó todo...

—Sí. Además fue insultante para la verdad y para mí.

Me mira tan desconcertado como cuando le contesté duramente después de que me dijera que practicaba el amor libre el día en que visitamos los cementerios.

Al cabo de dos minutos, estalla en carcajadas.

—Había olvidado su forma de hablar sin rodeos, Ophélie, para mí es sumamente refrescante. Es algo raro que no suelo encontrar o que he dejado de encontrar. Cuando conozco a una chica, bebe todas mis palabras y leo siempre en ellas una admiración incondicional, algo muy cansado, pero no es ese su caso. ¿Quiere eso decir que no le gusto, Ophélie? ¿No soy su tipo? ¿No me encuentra seductor?

¡El muy cerdo está jugando conmigo! Claro que me gustas pero no creas que te lo voy a decir. En inglés se dice *fishing for compliments*, lo cual, literalmente, significa «ir a pescar halagos».

—Físicamente no está mal. Pero no dijo la verdad sobre la dedicatoria.

—«No está mal físicamente»... Supongo que eso es ya un cumplido. Volviendo a la dedicatoria, no tenía elección: la presión mediática se habría amplificado y no quería que la prensa diera con usted. Y a su amigo, ¿en verdad le habría gustado?

No se equivoca, pero no quiero reconocerlo.

—En efecto, quizá no... Pero eso no es óbice para que no me gustara oírlo.

—Lo siento mucho, Ophélie, no se merece esto. Lo que he escrito, lo pensaba, y su opinión me resultó muy valiosa.

Hay un momento de silencio. Pasa un ángel...

—¿Está en Córcega con su amigo?

—Sí.

—¿Y qué hace en este momento?

—Debe de estar durmiendo.

—¿Le ha dicho que venía a verme?

—No.

—Quizá es lo más prudente.

—Y usted, ¿se lo ha dicho a su mujer?

—Sí, pero no es lo mismo. Nosotros estamos juntos desde hace tiempo. Nos conocemos bien...

¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué no está celosa? ¿Qué no habrá nada entre él y yo? ¿Deauville solo fue fruto de mi imaginación? ¿Qué soy yo para él? ¿Una conocida? ¿Una amiga? Claramente, nada más a juzgar por lo que añade:

—Además, creo que Carolina se alegraría de conocerla, podría venir con su novio mañana por la noche. Damos una fiesta para unos cuantos amigos en el yate.

Quiere presentarme a Carolina. ¡Es de locos! Por otro lado, una fiesta en el yate es algo que no se rechaza. Solo un pequeño problema técnico: Christophe...

—Aceptaría de buena gana, pero no veo cómo podría justificar la invitación sin decir que he estado con usted esta mañana, tengo miedo de que no se lo tome bien.

Se queda reflexionando unos instantes.

—¿Pueden estar los dos mañana por la mañana en el café en el que estuvieron hablando Robert y usted?

—Sí, supongo.

—¡Muy bien! Hacia las once. Arreglaremos esto.

La conversación prosiguió sobre temas diversos: su libro, sus proyectos de cine, las películas de las que me había encargado... Fue muy agradable, incluso más que eso... En un momento dado, miré el reloj. ¡Ostras, son las diez! No podré estar de vuelta en el *camping* antes de las once. Christophe se preguntará dónde he estado.

Le dije a Michael que tenía que irme. Me propuso visitar el barco rápidamente antes de partir y fue allí, al final de la visita, cuando me besó.

Un detalle que no he relatado es que, después de un momento, quise irme y me di la vuelta para subir el primer escalón, pero él me atrapó por la cintura. Estaba a mi espalda y me besó en el cuello. Era excitante. Volví la cabeza para besarle y nuestras bocas, nuestras lenguas jugaban juntas. Tenía la mano izquierda en mi nuca, la derecha fue subiendo hasta mi pecho. En realidad no lo acarició, solo posó la mano allí, suavemente, ¡pero eso fue lo que me mató! Estaba en un estado de máxima excitación, sentí que me disolvía. Si continuábamos dos minutos más, iba a hacerle el amor de pie, en esta escalera, en el suelo o sobre la moqueta, me daba igual. Estaba en un estado tal... Incluso habría podido hacerlo en su cámara nupcial si fuera necesario.

Y después surgió del fondo de mi conciencia un relámpago de razón que lo interrumpió todo.

—Michael, oh, Michael, no tenemos tiempo, tenemos que parar.

Me besó una vez más. Subimos, me acompañó hasta la zódiac y me dijo: «Hasta mañana».

Iba sola en la parte de delante, pensativa. No miraba hacia el yate del que me alejaba sino hacia la playa que se acercaba. Mi conciencia me urgía a pedirle al marinero que me dejara en otra playa del Petit Sperone. Eran cerca de las once menos cuarto y cabía la posibilidad (o el riesgo) de que Christophe estuviera buscándome. ¿Qué podría contarle si me veía bajar de la zódiac pilotada por un joven moreno vestido con uniforme blanco?

Cuando llegué al *camping* encontré a Christophe desayunando, eran casi las once. No pareció sorprenderse cuando le dije que había estado en la playa y, por otro lado, era la verdad, al menos en parte... Mentí por omisión, pero no podía hacer otra cosa.

Por la tarde, cuando Christophe practicaba su hora de *windsurf*, pude conversar con Laure. Ella me llamó, esta vez no bastaba con los SMS.

—Entonces, ¿qué tal fue todo?

—Fui a desayunar a su yate.

—¡Vaya! ¡Cuánta clase! ¿Su mujer no estaba?

—No, había ido a visitar a unos amigos.

—¿Y pasó algo entre vosotros?

—Adivina.

—En vista de tu respuesta y considerando que no teníais mucho tiempo, yo diría que te besó pero nada más.

¡Listilla! Es perspicaz mi amiga, pero al mismo tiempo me arruina la confesión.

—De lleno en la diana.

—No puede ser. ¿Te besó de verdad?

—Sí.

—No merece la pena preguntarte cómo fue.

—No hay palabras...

—No puedo creerlo. La señora mosquita muerta tiene dos enamorados y uno de ellos es una estrella. ¿Cómo harás para manejar esto?

—No tengo ni idea y, además, Michael quiere invitarnos a Christophe y a mí al yate.

—Ay, si quieres saber mi opinión, esto apesta a problemas se mire por donde se mire...

Seguramente tenía razón, pero ¿qué hacer? Seguimos hablando aún una buena media hora y puse fin a la conversación cuando vi que Christophe volvía.

El final de la noche me pareció un poco soso, imposible hacer el amor con Christophe. Le dije que me parecía que había cogido una insolación y es increíble cómo empiezo a parecerme a las caricaturas de algunas mujeres cuya descripción leo en las revistas femeninas. Después de simular, el sempiterno dolor de cabeza... No sé adónde se encamina nuestra relación pero me sorprendería que fuera en la buena dirección...

11 de agosto de 2014, 10.30 h

Pienso que definitivamente voy a cambiar los horarios de escritura de este diario. Cuando estaba soltera solía escribir por la noche, a menudo con mi *Romeo* en las rodillas. Con la llegada de Christophe a mi vida, he dejado de escribir, o casi. Decidí volver a hacerlo durante las vacaciones, pero con todo lo que me está pasando y a las horas en que voy a acostarme, es más sencillo escribir por la mañana cuando Christophe aún duerme.

El día de ayer se anunciaba incierto.

Para empezar, tenía esa cita con Robert, el abogado. A continuación, Christophe y yo íbamos a participar en una fiesta de millonarios e iba a conocer a Carolina: el mero hecho de escribirlo suena raro.

Decidí dejarme llevar por los acontecimientos. Así las cosas, todo es demasiado complicado para tomar decisiones definitivas. Había besado a Michael, así que técnicamente había engañado a Christophe y Michael, a su esposa. Por otro lado, todo era tan volátil, nebuloso e irreal que yo no veía las cosas así; normalmente debería haber dicho a Christophe que todo había terminado entre nosotros, pero no sentía las cosas así. Michael y yo... era otra dimensión, no era la vida real, bueno, no lo fue por un instante.

Ayer por la mañana me concentré en llevar a cabo cosas sencillas, empezando por convencer a Christophe para ir a Bonifacio y, después, meterle prisa para que no llegáramos tarde.

Una vez que estuvimos en la bonita ciudad corsa, fuimos andando hacia el puerto después de pasar por el kiosco del estanco para comprar *L'Équipe*, para él, y *Marie Claire*, *Cosmopolitan*, y *Elle*, para mí. Le propuse que nos sentáramos en el famoso café y él aceptó alegremente ante la idea de poder leer su periódico en la mesa de la terraza.

Estaba un poco nerviosa, leía pero no retenía nada y me dediqué a leer las noticias de las celebridades, enfocadas a sus vacaciones. Me preguntaba si iba a leer algo sobre Michael y Carolina, y también vigilaba discretamente los alrededores. El yate ya no estaba en el lugar en que lo había visto la primera vez. Christophe estaba absorto en las noticias de la Liga 1 de fútbol y no pudo darse cuenta de mi nerviosismo.

De pronto, sin que le hubiera visto llegar, el abogado estaba delante de mí.

—Ophélie, buenos días, ¿cómo está?

Me levanté. Christophe únicamente levantó la cabeza del periódico.

—Buenos días...

—¿Me recuerda? Soy Robert Stein, el abogado de Michael Brown y Carolina Sanchez, nos conocimos en Deauville.

Era una enorme mentira, ya que él no había estado en Normandía... pero supongo que para un abogado no es difícil disfrazar la verdad.

—Buenos días, Robert. Sí, claro que me acuerdo.

Yo también sé mentir, especialmente estos últimos días...

—Es increíble que nos hayamos encontrado aquí.

—Sobre todo para usted, no sabía que los estadounidenses conocían Córcega.

—Sí, Michael y Carolina han alquilado un barco y me invitaron a pasar unos días con ellos.

Christophe abandonó definitivamente la lectura que le ocupaba en cuanto apareció el nombre de Michael.

—¿Y le gusta?

—Sí, es un lugar verdaderamente hermoso. Escuche, tengo que irme ya, pero Michael y Carolina dan una fiesta en el yate esta tarde. Estoy seguro de que estarían encantados de que asistieran. Déme su móvil, le tendré al corriente.

Un minuto más tarde, se había ido con el contacto de mi móvil.

Hay que confesar que el número representado había sido breve pero eficaz, y Christophe no estaba precisamente encantado con esta invitación.

—¿De verdad quieres ir?

—¡Pues claro! Una fiesta en un yate, invitados por dos estrellas... No se puede rechazar.

—Yo la rechazaría...

—¡No eres muy divertido! ¡Sé simpático, es algo único!

Habló en un tono teñido de amargura.

—Y además estará allí tu Michael, la estrella que te dedica sus libros...

—Pero si me habías dicho que la dedicatoria no era para mí...

—Ya no estoy tan seguro, pero esta noche se aclarará.

En menos de media hora, me llegaba un SMS confirmando que estábamos invitados en el yate *Pleasure is mine* a las nueve en punto.

Christophe puso mala cara, sin decirlo abiertamente, durante toda la tarde. Hice como que no lo notaba. En estos últimos tiempos, nuestra relación verdaderamente parece la de un viejo matrimonio.

En un mundo ideal, habría vuelto a Bonifacio para comprarme un vestido para la fiesta, puesto que no había traído un vestuario digno para alternar con millonarios, pero no quise correr el riesgo de que a Christophe le diera un síncope, sobre todo teniendo en cuenta su humor.

Además, quería ponerse un viejo pantalón tejano que está hecho una piltrafa y le tuve que insistir para que se pusiera una camisa blanca y su bonito vaquero negro. Yo me puse mi vestido negro más bonito y las sandalias de tiras, y daba más la impresión de vacaciones que de fiesta chic, pero todo vale en el amor y en la guerra.

Salimos a las ocho y media, yo no quería llegar tarde.

Con las indicaciones fue fácil encontrar el yate y tenía una sensación un poco rara al volver allí menos de dos días después de mi mano a mano con Michael.

Había un marinero vigilando la entrada de la pasarela o, más bien, era un gorila, dada la anchura de sus hombros y su pecho.

—Buenas noches. ¿Su nombre?

—Ophélie Delacour, Christophe Marquet.

—Bienvenidos. Fabio les acompañará.

Fabio, que pilotaba la zódiac el día de mi visita al yate, nos lleva directamente al tercer nivel y en lo alto de la escalera, Carolina recibe a los recién llegados, en este caso, nosotros. Está magnífica, con un vestido blanco que destaca el tono mate de su piel, por no hablar de su increíble escote. Para mí es demasiado, pero claramente Christophe no lo ve igual. Su mirada se ve irresistiblemente atraída por esta vista desde lo alto a la profundidad. No sabía que le atraían los pechos grandes, he aquí un descubrimiento sobre mi pareja. Por otra parte ¿no sucumbiría cualquier hombre a esos atractivos? Los hombres no se han liberado de sus instintos primarios... Por eso nosotras, las mujeres, somos superiores: hemos sabido evolucionar.

Yo me sentiría molesta por la actitud de Christophe, pero Carolina no parece darse cuenta o al menos lo disimula.

—Buenas noches. Usted debe de ser Ophélie, ¿verdad? Encantada de conocerla.

—Y yo, lo mismo digo.

Me besa y vaya, no ha escatimado con el perfume, estoy a punto de desmayarme. Me recupero mientras ella recibe a Christophe.

—Buenas noches. Así que usted es Christophe.

Y le besa también.

No sé si será cosa mía, pero tuve la impresión de que cuando se dirigía a él, su voz era más suave. También sus besos me parecieron distintos, una fracción de segundo más largos.

Impresión o no, Christophe se está derritiendo como un helado que compras en el chiringuito de la playa, apenas ha sido capaz de farfullar un *Good evening* casi inaudible. ¡Cuesta imaginar que el idioma de trabajo de este chico sea el inglés!

Carolina pone punto final a su operación de seducción con una gran sonrisa.

—Ophélie, si todos los franceses dan los besos en las mejillas igual que su novio, ya sé por qué han adoptado este método para saludarse.

Christophe enrojece, no es posible: los chicos caen en las trampas más burdas. Estoy un poco celosa, sé lo especiales que son los simples besos de Christophe y me molesta que haga disfrutar con ellos a Carolina. Por otro lado, para ser justa, no puedo reprocharles nada a ninguno de los dos por lo que hemos hecho Michael y yo, aunque eso no quita que no me ha sentado bien.

Michael se acerca a nuestro pequeño grupo. Su esposa se dirige a él.

—Michael, ¿no es preciosa nuestra parejita de franceses? Empiezo a preguntarme si ha sido una gran idea invitarlos. Normalmente, la pareja del glamur en las fiestas somos nosotros.

Carolina exagera un poco, no suena honesta. Quizá sea debido a sus orígenes latinos. Michael sonrío a su mujer pero no hace comentarios.

—Buenas noches, Ophélie.

—Buenas noches, Michael.

Me besa con mucha discreción, así es más seguro.

A continuación estrecha la mano de Christophe. Podría pensar que mi pareja tendría una actitud más hostil, pero no es así, seguía anestesiado por Carolina. Saluda a Michael con una mirada un poco boba, como si estuviera bajo la influencia de las drogas.

Carolina nos coge a los dos del brazo y nos presenta a los otros invitados. Ninguna famosa, ningún actor, solo conozco a Robert, el abogado. La mayoría de los invitados son estadounidenses pero hay también una pareja de alemanes cerca de los cuarenta y un inglés de cerca de sesenta cuya novia no llega a los treinta. Como es una chica muy bonita, rubia, de ojos azules, no es difícil adivinar lo que motiva su amor por este hombre calvo y con barriga. Carolina le presenta como el propietario de un gran grupo de comunicación y entiendo que su capacidad de seducción es proporcional a la profundidad de su billetera...

El encuentro transcurrió de manera muy natural: tras el aperitivo en el puente superior del yate, bajamos hasta el primer piso donde nos esperaba un bufet estupendo, una mezcla de charcutería corsa y mariscos con vino, pero no uno cualquiera. Cuando Christophe se fijó en las botellas, sus reservas desaparecieron definitivamente.

—Ophélie, ¿te das cuenta? ¡Château Ducru-Beaucaillou, Château Gruaud-Larose, Château Pichon-Longueville Comtesse de Lalande...! ¡Y los blancos son borgoñas, grandes finos de Chablis, Mersault, Cassagne-Montrachet *premier cru* de Louis Latour!

Yo sabía que le gustaban los buenos vinos pero ignoraba que fuera tan entendido, de modo que asentí con la cabeza para dar a entender que era consciente de nuestra suerte, aunque en realidad no conocía ninguno de los nombres que acababa de mencionar y nunca había probado ninguno de esos vinos.

—Y fíjate, Ophélie, hay una montaña de erizos. ¿Quieres probarlos?

—No, gracias, me parece que los erizos tienen un sabor demasiado fuerte para mí.

Christophe comió al menos diez con sus vinos Chassagne y Chablis. Cuanto más iba pasando el tiempo, más a gusto se sentía entre los demás invitados. El ambiente era divertido y no se sentía la diferencia de fortuna; además, la gente estaba vestida de manera bastante informal, aparte de Carolina. Pese a que su presupuesto de ropa y calzado debía de ser al menos diez veces superior al nuestro, este se notaba más en las marcas que en el aspecto.

De forma bastante natural nos separamos en dos grupos, mujeres por un lado y hombres por el otro. Las conversaciones eran fáciles y yo hasta simpatiqué con la joven inglesa, que, pese a mis prejuicios, era muy inteligente y divertida. Tal vez su amor por el marido (pues estaban casados, como la enorme piedra en su anular izquierdo debería hacerme adivinar) después de todo era sincero. Me dijo que tenía treinta y un años y James, su marido, cincuenta y ocho. Veintisiete años de diferencia; la mía con Michael es de veintidós; mejor haría en dejar mis ideas preconcebidas sobre la diferencia de edad en las parejas porque cualquier día pueden decir lo mismo de mí...

Vi muy poco a Michael y nunca a solas. En un momento dado participamos en la misma conversación sobre la duración de la ceremonia de los Óscar y eso fue todo.

Hacia las once, después del café, Christophe se me acercó, con aire incómodo.

—Ophélie, voy a jugar al póker.

La frase me dejó helada.

—¿Con dinero?

—¡Pues claro, si te parece juego con garbanzos! En el póker hay que jugar dinero, si no, no tiene ningún sentido.

—¡Pero, Christophe, esta gente es cien, mil veces o diez mil veces más rica que tú! El dinero no significa nada para ellos.

—Por eso mismo van a jugar de cualquier manera y yo voy a ganar.

—¿Cuánto vais a jugar?

—Doscientos dólares la apuesta inicial.

—¿Y normalmente cuánto apuestas?

—Veinte euros.

—¡Es un disparate! Y además has bebido. ¡De ninguna manera dejaré que pierdas tu dinero en una partida de póker con millonarios!

—Todo va a ir bien, confía en mí.

Michael, que le había acompañado, quiso tranquilizarme.

—Ophélie, no se inquiete, todo va a ir bien, yo cuidaré de él.

Christophe podría haberse disgustado por esta intervención paternalista, pero en realidad se alegraba de encontrar un aliado.

—Ves, Ophélie, el mismo Michael te lo dice, no habrá problema.

Capitulé. Es mayor de edad y podía asumir sus propias estupideces.

Las mujeres decidieron subir al puente superior del yate. Charlamos tranquilamente tomando un té. Carolina es simpática y está estupenda si tenemos en cuenta que ya ha cumplido los cuarenta años.

Al cabo de una hora Christophe volvió.

—¿Qué tal fue?

—He ganado mil setecientos dólares y otro yanqui, que juega muy bien, poco más o menos lo mismo. Michael parece estar perdiendo un poco. El inglés es el que no ha podido evitar la paliza, calculo que estará perdiendo unos seis mil. La apuesta mínima ha subido a quinientos dólares.

—¿Estás seguro de que quieres seguir? ¿No quieres que nos vayamos?

—¿Estás loca? ¡Eso no se hace, marcharse cuando se está ganando! Voy a volver.

Las dos horas siguientes me parecieron más largas. Carolina nos llevó a visitar el yate y fingí descubrir todas esas cosas espléndidas y extasiarme al entrar en su habitación. Cuando pasamos por la crujía donde Michael me besó, tuve una sensación muy rara.

Carolina nos enseñó su guardarropa, sus zapatos (tiene algunos verdaderamente suntuosos...) y la colección de lencería que acaba de lanzar. Yo creía que lo sabía todo sobre la pareja Michael-Carolina, pero acabo de descubrir su talentoso estilismo en lencería.

Hacia las dos de la mañana, las mujeres empezaban a estar cansadas. Nos dirigimos al salón del póker. Yo estaba un poco inquieta, pero bastó con ver a Christophe y su montaña de fichas delante para comprender que todo iba bien.

Carolina se inclinó sobre Michael para susurrarle unas palabras al oído y entonces él anunció a los demás jugadores que iban a hacer las cinco últimas manos.

Un cuarto de hora más tarde habían terminado. El crupier (¡había un crupier!) hizo las cuentas. Christophe estaba radiante.

Me enseña un fajo de billetes de cien dólares.

—¿Has visto?

—¿Cuánto hay ahí?

—¡Siete mil ochocientos dólares! Las vacaciones están pagadas. Ya ves, te lo dije, podía ganar.

—¿Y qué vas a hacer con todo ese dinero en el *camping*?

—Ah, sí, es verdad, no es prudente. Pediré a Michael que me guarde el dinero en el barco.

Estoy soñando, Michael se ha convertido en su mejor amigo.

Va al encuentro de Michael y vuelve con las manos vacías.

¡Qué noche!

En el coche, Christophe estaba voluble.

—Tenías razón, Ophélie, hicimos bien en ir.

—¿Lo dices por el póker?

—No, todo ha sido realmente divertido, Michael es guay, comprendo que te mole y Carolina es un verdadero bombón.

—No sabía que te gustaran las morenas latinas...

—Normalmente no son mi tipo pero ella es sublime. De hecho, hacen una estupenda pareja.

Me alegro de que al fin se entere porque eso es precisamente lo que se escribe en las revistas desde hace diez años.

Cuando volvimos y nos metimos dentro de la tienda, se lanzó sobre mí y me besó con tanta pasión que despertó mi deseo. Durante el coito hicimos al menos tres posturas distintas y yo tuve mi mejor orgasmo al menos desde hace dos meses. Christophe estaba diferente, se sentía más seguro, viril y sexi, aunque menos tierno. Y aunque la ternura es lo mío, en la noche de ayer aprecié mucho ese aspecto más sexual. Tengo que acostumbrarme, nuestra relación evoluciona cada día.

12 de agosto de 2014, 15.30 h

Voy a acabar escribiendo mi diario con veinticuatro horas de retraso si esto sigue así. Estoy sola en la tienda y Christophe está en la playa haciendo *windsurf*.

Trato de recuperarme desde la noche anterior, que ha superado todo lo posible. He de confesar que era la primera vez que consumía droga, yo, que ni siquiera fumo...

Para repasar las cosas en su orden, el día de ayer empezó de modo muy tranquilo. Christophe seguía contento después de la partida de póker.

Después de comer recibió un SMS sorprendente.

—Ophélie, Michael nos propone que demos un paseo por el mar. ¿Qué te parece?

¡Michael tiene el número de Christophe: primera noticia! Y es a él a quien dirige la invitación y no a mí. ¡Vaya un macho! Decididamente, no entiendo a los hombres; me besa y después se olvida de mí, hasta el punto de que parece que yo no existiera.

Tiene gracia, hasta ayer Christophe estaba reticente y yo entusiasmada con la idea de ver a Michael, pero hoy es lo contrario, aunque no voy a poner mala cara.

—¿Por qué no? De todos modos no tenemos nada especial que hacer, así que, el plan crucero en yate con dos estrellas a bordo puede estar bien.

Hacia las cuatro subimos al *Pleasure is mine*.

Las dos estrellas están en el salón. Carolina lleva un traje de baño blanco con un pareo azul real anudado alrededor de la cintura y un coiletero a juego que recoge su magnífica melena. Esta mujer es increíble, tan guapa y sofisticada hasta con las prendas más sencillas. Michael lleva bermudas beis y una camisa de lino blanca.

Nos besamos a la francesa y parece que nuestros yanquis han adoptado esta manera de saludarse. Esta vez encuentro a Carolina mucho más cálida y a Michael menos distante que la noche anterior.

Christophe está tan a gusto como si hubiera encontrado a dos viejos amigos y Michael le señala su vaso.

—Christophe, ¿se une a mí para tomar un whisky? Ophélie, supongo que preferirá una bebida suave.

—Sí, gracias, tomaré un zumo de frutas.

Marco, el mayordomo, acaba de aparecer sin hacer ruido.

—Marco, tomaré un zumo de pomelo, como el sábado...

Apenas pronuncio esas palabras me doy cuenta de que acabo de revelar mi encuentro secreto con Michael en voz alta delante de Christophe. Me quedo petrificada, vamos corriendo hacia el drama...

...Pero Michael tiene la sangre fría y la flema de un noble inglés.

—El domingo, Ophélie, ayer era domingo. Veo que el consumo excesivo de Chablis le hace perder la noción del tiempo. Christophe, entonces, ¿ese whisky? Tengo un Jameson de dieciocho años, ¿qué le parece? Es un irlandés muy bueno, ¿lo conoce?

—No, pero le acompaño de buena gana.

Christophe no ha reaccionado en absoluto a mi metedura de pata. Conociéndolo, eso quiere decir que no ha detectado nada y esta vez le debo una bien grande a Michael.

Bebemos algo juntos y luego Michael nos propone subir a la cabina de mando.

¡Es magnífico! Una gran cabina con una amplia cristalera y dos asientos de cuero blanco para dirigir el barco. Hay pantallas y, esta vez, un timón de verdad de acero cromado.

El comandante, que está con su adjunto, nos saluda y tras las presentaciones nos explica el funcionamiento del yate. Michael da entonces la señal de partida.

—Vámonos si queremos bañarnos antes de la cena. Iremos al puente superior en cuanto hayamos salido del puerto.

Comprendo su problema.

—Tiene miedo de que le localicen los paparazzi, ¿verdad?

—Sí, siempre hay riesgos. Ya en el mar es más fácil detectar a los intrusos. Tony y Fabio con sus prismáticos especiales pueden ver a los fotógrafos antes de que ellos nos asalten con los teleobjetivos.

Christophe se muestra compasivo.

—Tiene que ser una carga enorme, confieso que nunca había pensado en ese inconveniente, no veía más que las ventajas de la celebridad.

—Sí, bueno, no voy a quejarme. Basta con tener buenos abogados y ser prudente.

A propósito de abogados, ¿dónde estará el suyo?

—¿Y Robert no está?

—No, Robert prefirió no salir otra vez al mar, está un poco harto. James lo invitó a su yate.

James es el viejo inglés casado con la guapa y joven rubia.

Seguimos charlando mientras el yate maniobra. Cuando sale del puerto, Christophe y yo salimos para admirar la vista: la ciudad de Bonifacio en lo alto del abrupto acantilado es magnífica e impresionante.

Veinte minutos hasta salir del puerto y nos encontramos ahora en mar abierto. El viento arrecia, también el oleaje, pero este barco es tan grande que no cabecea.

Volvemos al encuentro de Carolina y Michael en el puesto de mando.

Christophe quisiera recordar este momento.

—Michael, ¿podemos sacarnos una fotografía sentados en los asientos de mando?

Siento que Michael duda durante una fracción de segundo.

—Sí, claro, deme su iPhone.

Christophe y yo nos sentamos en los dos asientos él muy orgulloso, pero yo algo molesta.

Christophe, cada vez más entusiasta, hace otra petición.

—¿Podemos hacernos una foto los cuatro, también con Carolina y usted?

Aquí tengo que intervenir:

—Christophe, no puede ser, están de vacaciones de incógnito; nada debe relacionarlos con este barco ni con Córcega.

Michael parece aliviado.

—Christophe, Ophélie tiene razón. Nunca hacemos fotos de vacaciones, una vez más, el precio de la fama. Preferimos guardar los recuerdos en la memoria.

—¿Nunca hacen fotos?

—Solo en circunstancias especiales.

Se volvió hacia su esposa. Desde donde estoy no puedo verle la cara, pero juraría que le ha guiñado un ojo. ¿Qué está pasando? ¿Una broma que solo ellos entienden?

Poco más tarde al fin salimos todos a la cubierta superior.

Michael adopta el papel de guía.

—Dense la vuelta, miren lo magnífico que está Bonifacio sobre el acantilado.

Es realmente un espectáculo único, esas casas grandes posadas en lo alto del acantilado vertical.

—Debe de haber unos trescientos metros.

—No, Ophélie, trescientos metros es la altura de la torre Eiffel, aquí hay sesenta metros.

Christophe se echa a reír con la broma de Michael. Yo no lo encuentro tan gracioso, así que me enfado y pongo mala cara durante unos diez minutos.

Michael nos dice que vamos a las islas Lavezzi para bañarnos.

¡Mierda! No hemos traído ni trajes de baño ni toallas...

—Michael, nos hemos olvidado de coger los trajes de baño.

—No se preocupen, se los prestaremos. Carolina, encárgate de Ophélie, yo buscaré uno para Christophe.

Sigo a Carolina a su magnífica habitación con vestidor y se me hace raro encontrarme con ella en este espacio.

—Ophélie, estoy encantada de que haya olvidado sus cosas, he traído prendas de mi colección de baño y me va a servir de maniquí.

Abre dos cajones. Hay al menos unos cincuenta trajes de baño.

—Creo que debe de tener una talla 6.

—En talla francesa, ¿a qué equivale?

—A la 38.

—Sí, creo que estará bien.

Me saca una docena de trajes de baño de mi talla y hay uno precioso de dos piezas, negro. Podría parecer que el negro es un color básico y que todos los negros se parecen, pero es totalmente falso, depende del tejido, del brillo, del acabado y del corte. Este es verdaderamente especial, con mucha clase. Lo tomo en las manos, me encanta la textura.

—¿Quiere probárselo, Ophélie? Puede ir a mi cuarto de baño.

Me lo pongo y vuelvo a la habitación.

—Ophélie, está preciosa. Venga al vestidor, tengo un espejo.

Carolina está justo detrás de mí y el vestidor es una estancia exigua.

Leí un estudio interesante sobre la distancia necesaria entre dos personas para que se sientan a gusto: la gente del norte necesita más distancia que los latinos, que pueden estar muy cerca unos de otros sin problema.

Carolina es definitivamente del sur, pues está pegada a mí e incluso pone las manos sobre mis hombros.

—Mire qué guapa está, Ophélie. Esta parte de arriba en forma de triángulo pañuelo le queda muy bien, pero pruébese esta en forma de banda, creo que le realzará los hombros. Se lleva con la misma parte de abajo.

Gracias, Carolina, es muy amable su oferta pero necesito pasar al cuarto de baño si quiero cambiarme la parte de arriba. Sin embargo, Carolina no se mueve, algo lógico si tenemos en cuenta que no he dicho ni mu.

¿Qué hago ahora? ¿Le pido cortésmente que se aparte, arriesgándome a pasar por una ridícula mojigata o me quito la prenda delante de ella? ¡Y yo que pensaba que los estadounidenses eran puritanos! Ellos, que no permiten mostrar un pezón en la televisión a no ser en canales de pago...

Bueno, elijo la segunda opción y todo para evitar pasar por una niña que tiene miedo de desvestirse delante de una adulta. Desabrocho la parte de arriba y la paso sobre la cabeza: tengo el pecho al aire. Cojo el de la forma de banda y me lo ajusto, y sé que Carolina no me ha quitado ojo durante el rápido cambio. Es un poco incómodo... pero Carolina parece muy a gusto.

—Tiene un pecho muy bonito, Ophélie, tiene todo muy bien puesto. Me pregunto si mi nuevo modelo top con relleno no le quedaría mejor, espere, no se mueva.

Y entonces me pasa una mano por la espalda y me desabrocha la parte de arriba, que recoge con la otra mano. Al hacerlo me ha rozado la base del seno y me quedo muda. Es demasiado cercana, ¿no? Me entrega el top con relleno y me lo pongo de inmediato.

—Tenía razón, está preciosa, un verdadero bombón. No sé si es prudente dejar que se acerque a mi marido con este modelo...

Estoy lívida, su comentario es totalmente inesperado y da directo en el blanco, no puedo evitar enrojecer. ¡Mierda! Se va a dar cuenta de que hay gato encerrado.

Ella ríe amablemente.

—No se ruborice, Ophélie. Déjeme que la vea mejor.

Lo hago y me encuentro a unos centímetros de ella. También nuestras caras quedan a la misma altura, porque ella es más baja pero lleva zapatos de tacón. Es realmente muy hermosa y no puedo dejar de notar con la mirada su generoso pecho que desborda el bikini. Me cuesta tragar saliva y lo que añade no contribuye a hacerme recuperar el equilibrio.

—¿Sabe, Ophélie? Usted es tan guapa que podría gustar igualmente a hombres y a mujeres.

¿Qué quiere decir con eso? ¿Me está proponiendo un plan o solo quiere ser amable?

Se inclina hacia mí... ¡No puede ser, va a besarme! Yo, que nunca he besado a una chica, voy a estrenarme con una mujer estupenda de cuarenta años y cuyo marido me estrechaba entre sus brazos dos días atrás! Y además los dos oscarizados. ¡Tierra, trágame! Estoy viviendo un sueño o una pesadilla... Al menos voy a tener algo que contar a Laure... ¡Hasta puede que la impresione!

Me mira directamente con sus ojos que hechizan y me siento como el conejo hipnotizado por la serpiente, soy incapaz de moverme.

A pocos centímetros de mi boca, Carolina sonrío.

—Le regalo este traje de baño con los tres tops, le quedan muy bien.

Y me besa... ¡en la mejilla!

¿Me ha dado a propósito la impresión de que iba a besarme o ha cambiado de parecer al ver mi expresión? ¿O quizá soy yo quien se ha hecho esas ideas? Un psicólogo encontraría indicios suficientes para interpretar que el deseo que tengo de su marido ha provocado esta fantasía lesbiana por un fenómeno de transferencia. ¿Qué pensarían Freud o Lacan de esto?

Mientras, le he dado las gracias lo más calurosamente posible, lo cual no ha sido fácil, teniendo en cuenta la confusión en que me encontraba.

—Gracias, Carolina, creo que ya podemos ir al encuentro de los demás.

Esbozó una pequeña sonrisa irónica.

—Tal vez sí. Se estarán preguntando qué hacemos...

Cuando llegamos junto a los hombres, están charlando al sol con un vaso en la mano y espero que lo que está bebiendo Christophe no sea más que Coca Cola, sin nada de whisky. Si no, va a estar en un estado lamentable.

Carolina se pone maternal:

—Señores, quizá esté ya un poco avanzada la tarde, pero un poco de protección solar no hace ningún daño. Michael, imagina qué diría tu agente si te viera tomar el sol así, sin protección.

Michael murmura una respuesta en voz baja y solo puede oírle bien Christophe, que se echa a reír. Creo que entendí algo así como: *Fuck my agent*, que quiere decir: «Que le den a mi agente». Un aspecto grosero de su personalidad que yo no conocía, pero, por otra parte, le hace más joven.

Carolina ha ido a buscar las cremas y unta amorosamente la piel de su marido mientras él continúa bebiendo y charlando, como si tal cosa. Es una persona verdaderamente entregada o enamorada para seguir poniéndole la crema solar después de tantos años de vida en común. A mí, aunque no llevemos más que seis meses de convivencia, ya me harta.

Después de terminar, le tiende un tubo a su marido.

—Toma, ve a ayudar a Ophélie, yo se la pongo a Christophe. Ophélie, tengo del factor cincuenta para usted, para evitar que se le arrugue la piel a los cuarenta. Christophe, venga por aquí, para usted será factor treinta.

Michel se acerca a mí, pero no voy a dejar que lo haga delante de su mujer. Él tampoco parece estar muy seguro de cómo actuar, así que tiendo las manos hacia delante, igual que los creyentes delante del cura para recibir la hostia y Michel vierte en ellas un poco de crema. Empiezo a aplicármela en el vientre, pero Carolina, que está extendiendo la loción sobre la espalda de Christophe, no muestra la misma reserva. Está al borde de apoyar los tetos en su espalda. Si le provoca una erección, monto un cirio. Ella está muy cómoda y nos encuentra visiblemente acorralados.

—Michael, ¿podrías ayudarla en la espalda? No tiene cuatro brazos, no es el dios Shiva, no te quedes ahí como un lerdo.

Yo trato de protestar pero Michael me hace señas de que no merece la pena y quizá no se equivoca. Se pone detrás de mí y siento sus hermosas manos posarse sobre mi espalda y empezar a acariciarla. En realidad no la acaricia, hace lo que se supone que debe hacer, pero a mí me parece lo

mismo. Si pudiera, cerraría los ojos para disfrutar más de la sensación, como mi gato *Romeo*, pero no me atrevo, sería demasiado fácil adivinar mi placer.

Aunque Carolina y Christophe no parecen tener tantos escrúpulos como yo.

—Dese la vuelta, Christophe, voy a pasar al otro lado.

Espera, aquí ya no comprendo bien por qué Christophe no puede ponerse él solito la crema en el torso y, para más inri, hace este comentario:

—Para un experto en videojuegos que pasa el tiempo encerrado, tiene buenos pectorales y sus abdominales también son firmes.

Demasiados piropos. No puedo ver bien a Christophe dada nuestra posición pero creo distinguir un ligero bulto en su traje de baño. Realmente no puedo culparle, ya que tiene el escote de Carolina delante de los ojos y ella tiene la cabeza a la altura de su vientre, a unos treinta centímetros de su pene. Me gustaría intervenir pero me vería obligada a interrumpir a Michael, que se está tomando su tiempo y ya hemos pasado al masaje. ¡Qué bien me siento! Peor para Christophe o, tal vez, mejor para él. Al mismo tiempo, veo el mal por todas partes. Sé que Carolina es muy de contacto físico.

Tras ese momento de «poner cremitas» nos lanzamos al mar. El yate se ha detenido a cierta distancia de la costa y nadamos al abrigo de miradas curiosas detrás del casco del barco.

Michael se me acerca nadando a crol pero a mí me va más la braza. Después pasamos otra media hora entre chapoteo y buceo. Los peces los prefiero en el plato, no sé, siempre me dan miedo las profundidades que puedo ver debajo de mí. Tampoco me gustan demasiado todos esos peces que se pasean cerca de mi cuerpo, probablemente quedé conmocionada después de ver *Tiburón* y quizá también comparta la psicosis que han debido de sufrir muchos de los espectadores de la película de Steven Spielberg ante la idea de alejarse de la orilla. No obstante, me siento orgullosa por ser capaz de bañarme.

Christophe y Michael se han quedado más tiempo que nosotras. Cuando vuelven a bordo, Carolina nos ofrece un camarote para darnos una ducha y cambiarnos y me gusta la idea porque la mezcla de crema solar, agua salada y sol me irrita la piel. Me precipito en la ducha seguida muy de cerca por Christophe. Por su expresión me doy cuenta de que tiene malas intenciones. Se coloca detrás de mí y, como tantas otras veces, coge un poco de gel y se pone a acariciarme los senos, lo que, casi siempre, termina en un apasionado acto amoroso, de pie bajo el agua o en el suelo del cuarto de baño...

Pero olvida que no estamos en casa.

—¡Christophe, no podemos!

—Pero ¿por qué? Vamos, serán solo cinco minutos...

Su sexo se yergue, duro, pegado a mis nalgas. No sé si es por la proximidad de Michael, pero no siento ningún deseo.

—No, es imposible, nos están esperando. Va, dúchate primero si quieres, yo iré después.

Salgo, cojo una toalla y me seco. Christophe no parece nada contento, incluso es posible que se enfade conmigo pero no importa, no había otra opción.

Minutos más tarde entra en la habitación en calzoncillos sin dirigirme la palabra. Tenía razón, se ha enfadado, pero no tengo tiempo de hacerme perdonar. Ha dejado libre el cuarto de baño, que es lo principal.

Una ducha fresca después de esta tarde soleada es una auténtica dicha. Mientras cae el agua vuelvo a pensar en Carolina y su actitud, estaba demasiado cercana: el episodio en el vestidor y también la crema con Christophe... Bueno, sin ser grave no la imaginaba tan atrevida.

Un cuarto de hora más tarde vuelvo a la habitación para vestirme y Christophe no me ha esperado. No mola, pero bueno...

Envío un breve SMS a Laure para decirle dónde estoy y vuelvo junto a mis anfitriones.

Están en la cubierta superior, se han cambiado. Michael se ha puesto de nuevo una camisa blanca, esta vez con un pantalón beis y unos zapatos Weston sin calcetines: elegante, moderno y siempre igual de guapo... Sobre todo porque no lleva gafas de sol y eso me permite sumergirme en sus ojos azules. En cuanto a Carolina, no es en sus ojos donde uno se sumerge... Y bate un nuevo récord de escote con un vestido negro que indudablemente lleva sin sujetador. Estéticamente, esta ausencia de ropa interior tiene sentido, ya que las dos partes de la falda no se unen hasta la altura del ombligo, pero de frente el efecto es ya pasmoso. Christophe, que está sentado a su derecha, parece tener una vista casi completa de su seno izquierdo, lo que unido a otro vaso de whisky, evidentemente le ha vuelto a poner de un excelente humor y charla con Michael. Este se levanta para recibirme.

—Buenas noches, Ophélie. ¿Tomará una copa de champán o un zumo de fruta?

—Una copa, gracias.

De paso, observo que Christophe no se ha movido de su asiento, qué falta de educación, ¿no le han enseñado que uno se levanta cuando llega una dama? Soy un poco antipática porque si fuera una velada con nuestros amigos, nadie se habría levantado por mí, así que voy a añadir este detalle al crédito de Michael: definitivamente es un *gentleman*.

El aperitivo, al borde de la piscina del yate, dura un buen rato; no me había fijado en ella en mis visitas anteriores. Está al fondo del barco, unos escalones por encima de nosotros. Es preciosa, ovalada y el agua es de un verde azulado profundo. Es una bañera gigantesca de unos cuatro por dos metros. Imposible nadar pero sin duda un medio excelente de refrescarse o incluso de compartir un momento de intimidad. Me pregunto si Carolina y Michael la han probado ya... Solo sé que yo de buen grado cabalgaría a Michael en ella aunque, aparte de la ducha, nunca he hecho el amor en el agua, ni dulce ni salada. El borde de la piscina parece de piedra blanca o de mármol, no sé, con amplias tumbonas con cojines a la altura de la piscina. Como instalación es preciosa y permite hacer el primer asalto en la piscina y el segundo sobre los cojines. Apenas me cuesta imaginarlo...

Marco, el mayordomo, hace una señal a Michael, es hora de pasar a la mesa.

El tema de la cena es claramente el mar, lo que es muy lógico: para empezar, sopa de pescado. Al principio la idea no me entusiasma, pero está deliciosa.

—Michael, es la mejor sopa de pescado que he comido en mi vida.

—No es una sopa de pescado, es una bullabesa típica de Marsella, como nuestro cocinero, por cierto un gran fan del club de fútbol Olympique de Marsella. ¿Está al tanto del fútbol, Christophe?

—Sí, pero yo soy del París Saint-Germain.

—Volviendo al plato de esta noche, en realidad es una base de sopa a la que añadimos trozos enteros de peces que pescamos nosotros mismos. ¿Qué tenemos esta noche, Marco?

—Señor, tenemos rescaza, pez araña, dorada, rape, pez de San Pedro y rubio.

—Muchas gracias, Marco. Ophélie, hay que mezclar la sopa con estos trocitos de pan frito frotado con ajo y hay que añadirle *rouille*.

—¿*Rouille*? ¿Quiere decir «herrumbre»?

—Sí, es una especie de mayonesa provenzal, déjeme servirla, no olvide los trocitos de pan crujiente. Es delicioso e imprescindible, a menos que después vaya a besar a alguien en la boca...

Y aquí me echa una mirada en versión escena final de película romántica, es cursi y yo debería reírme, pero es demasiado guapo y no puedo permanecer impassible cuando me mira así. Me cuesta tragar y me esfuerzo en pensar en algo triste para evitar enrojecer, ¡sin éxito! Por suerte, Christophe está inmerso en una conversación con Carolina (y en su escote), así que no se da cuenta de mi azoramiento.

Michael sí que se ha dado cuenta de mi turbación y comenta el éxito con aire satisfecho.

—Me tranquiliza, temía que mi *sex appeal* fuera inoperante con usted, mi ego habría sufrido un duro golpe. Rara vez me han calificado de «no estar mal físicamente», aunque en realidad creo que me concede una nota mejor, ¿no es así, Ophélie?

Segunda mirada que mata y el muy cerdo está reforzando su ventaja. Me ruborizo aún más y ahora puede que parezca un camión de bomberos, muy incómoda además porque Christophe está a dos metros de mí. La suerte me sonrío de nuevo porque Michael ha hablado en voz baja y mi enamorado no tiene ojos ni oídos más que para Carolina.

—Quizá le he dado una nota más bien baja, pero es que tampoco iba a servirle los piropos en bandeja, ¿no?

—No, tiene razón, Ophélie. Eso es precisamente lo que aprecio de usted.

Me aprecia y no es la primera vez que me lo dice. Curiosa esta sensación de recibir halagos teniendo a Christophe tan cerca.

Pero no quiero permitirle que tenga tanta influencia sobre mí.

—Michael, ¿puede pasarme los trocitos de pan, por favor?

Me tiende la panera con un aire un poco interrogativo y me sirvo tan generosamente que casi no se ve la sopa de pescado debajo de mi estructura de trocitos de pan. Cojo el último, el más grande, y lo como con los ojos fijos en él, poniendo en la mirada el equivalente femenino de la intensidad sensual que tenía la suya hace un minuto. Él no es el único que sabe seducir.

—Es verdad, Michael, se nota mucho el ajo, me encanta, así me aseguro de que si algún temerario me besa es porque realmente desea mi boca...

De verdad no sé por qué dije eso, es diez veces más sexual que el mensaje que deseaba transmitir, no me reconozco. Podría ser el vino, porque voy por la tercera copa de Chassagne-Montrachet. ¿O quizá es solo una ridícula excusa para disimular la perversidad que emana de mí?

En todo caso, Michael está más divertido que turbado por mis palabras, aunque me ha parecido que tragaba saliva con un puntito de dificultad.

El resto de la cena continúa por el estilo. Vuelvo a servirme bullabesa y sigo hablando con Michael mientras Carolina charla con Christophe. No sé si se debe al tamaño de la mesa pero no compartimos ninguna conversación a cuatro. Si cortaran la mesa por la mitad parecería que estamos en sendos *tête-à-tête*.

No nos interrumpimos hasta que anuncian el postre, cuando Marco nos propone una «variación alrededor del chocolate» o una ensalada de frutas. Yo dudo tanto que Michael me pide los dos y Christophe y Carolina optan por el chocolate. Michael, comedido, elige las frutas y una vez más, todo es delicioso. Ahora charlamos todos juntos y la temperatura, la vista, el ambiente... Todo es maravilloso, pura y auténtica felicidad. Michael ha hecho traer una de sus grandes botellas de burdeos. No oí qué era, pero al ver la cara de Christophe comprendo que es algo increíble. ¡Es la tercera botella que tomamos en la cena! Si sumamos el aperitivo, damos positivo en cualquier control de alcoholemia.

Cuando Carolina nos propone que pasemos al salón para el café, me resulta difícil levantarme, siento que el puente se balancea y tengo que apoyarme en Michael, que me coge del brazo para guiarme. No obstante, no soy la única que necesita un caballero, y Carolina ha cogido firmemente el brazo de Christophe y se aferra a él con las dos manos. ¡Lo apoya incluso contra su seno derecho! Su familiaridad no tiene límites.

Cuando nos sentamos, Marco nos trae los cafés. Para estar lúcida y despierta, he tomado nada menos que tres. Después, me siento mejor. Sin embargo, aún noto los efectos del alcohol y estoy flotando en una especie de bruma ligera, aunque no desagradable. Apenas noto el momento en que Michael le dice a Marco que la tripulación puede retirarse. Estamos solos en el puente superior, salvo por el oficial encargado de la guardia.

Michael adopta entonces un aire misterioso para hacernos una pregunta:

—¿Conocen la doble cero?

Yo conozco el doble cero de las novelas de Ian Fleming, son agentes del MI6, el servicio de información británico, cuyo elemento más conocido es James Bond, *of course*. Si no recuerdo mal, el primer cero significa que tienen licencia para matar y el segundo, que ya lo han hecho. James Bond es el séptimo agente, de donde sale el famoso 007.

Mi sexto sentido (o el séptimo en este caso) me hace pensar que no es la respuesta correcta. De todos modos, Christophe reacciona más deprisa que yo.

—¿En serio? ¿De la de verdad?

—Sí, mire.

Y Michael, cual si fuera un mago, saca una cajita que abre delante de nosotros. Dentro hay hierba. Aun dormida, está claro que es marihuana.

Es como si Christophe acabara de descubrir la octava maravilla del mundo, otro aspecto más de su personalidad que yo no conocía...

Michel coge un papel de fumar y empieza a liar un porro.

—¿Le tienta?

—¡Y tanto! Nunca he tenido ocasión de probarla, pero sé que es la mejor marihuana del mundo.

—Pero ¿ya ha fumado alguna vez?

—Sí, claro, desde hace unos diez años.

Habría que hablar con los servicios secretos antes de iniciar una relación... No es que me hubiera negado a salir con él de haberlo sabido, pero tengo la impresión de descubrir a otra persona...

Michael enciende el primer porro y se lo ofrece a Christophe, que da varias caladas antes de pasárselo a Carolina para que pueda fumar también. Claramente, Michael comprendió que no volvería a ver este primer cigarrillo y está preparando el segundo. Lo enciende, aspira una calada y me lo tiende.

—Ophélie, ¿quiere probar?

—No sé, Michael, nunca he fumado un porro.

—Ya verá, es muy agradable, tome solo una pequeña calada para empezar.

Podría rehusar y tal vez debería hacerlo, pero no quiero romper el ambiente, está siendo sin duda una de las noches más hermosas de mi vida.

Así pues, consumo droga por primera vez y de inmediato me pongo a toser. Por lo demás, no siento gran cosa, casi estoy decepcionada... Michael ha cogido el porro y posa los labios donde yo he posado los míos, una especie de beso con papel de fumar interpuesto. Cuando vuelve a tenderme la doble cero, no protesto e incluso llego a tragar el humo.

La velada continúa al ritmo de este singular intercambio y me parece que Carolina y Christophe han atacado el segundo. Se están emocionando un poco.

Yo me siento superbién. Para facilitar nuestro consumo mutuo, Michael ha venido a sentarse en el brazo de mi sillón, está casi encima de mí y le encuentro más guapo que nunca. La marihuana me da una increíble serenidad. Converso tranquilamente con Michael sumergiéndome en sus hermosos ojos azules.

Carolina se levanta.

—¡Vaya! He fumado más de la cuenta, voy a tomar el aire. Christophe, acompáñeme.

Antes de que tuviera tiempo de comprender lo que sucede, salen y nos dejan solos a Michael y a mí.

Después de unos minutos, Michael se levanta también. No tengo tiempo de darle vueltas a mi decepción de verle alejarse de mí cuando me coge de la mano y como un mago (de hecho gracias a un minimando a distancia que tiene en la mano derecha), acaba de aumentar el volumen de la música. De algún recinto disimulado surge la voz de Claude François, *¡Comme d'habitude!*

—La segunda sesión de nuestro curso de baile. Pero esta vez no canto.

Tiene razón, no quiero que cante sino que me coja en sus brazos, con la cabeza en su hombro y esta vez sus manos son mucho menos prudentes que en Deauville. Están en mi espalda, muy abajo. Bailamos así durante unos minutos. A nuestro Cloclo nacional, le sucede una cantante negra cuyo nombre no recuerdo y no me importa, no quiero saber quién es, solo quiero disfrutar de este momento en los brazos de Michael.

—¿Ophélie?

—¿Hum?

—Si no recuerdo mal, tengo una deuda con usted.

Mi mente, en la que se mezclan los efectos del alcohol y de la marihuana, trata de hacer balance de la situación.

—Pero la deuda la pagó ya el sábado por la mañana, después del desayuno.

—Más bien tengo la impresión de que fue usted la que me besó...

Me coge por sorpresa. Levanto la cabeza de su hombro, nuestros rostros se encuentran ahora a unos centímetros el uno del otro. Me sumerjo en sus ojos y quisiera incluso ahogarme en ellos.

—Ophélie, usted es de una belleza perturbadora...

Y sin darme tiempo para contestarle o siquiera disfrutar de ese halago excepcional, acerca sus labios a los míos y me besa.

Puede que la hierba amplifique el efecto, pero no me decepciona la manera en que Michael paga su deuda. Si el beso del sábado fue orgásmico, este lo es diez veces más. Sus labios y su lengua juegan conmigo y mi cuerpo responde de manera instintiva: no solo le devuelvo sus besos apasionadamente sino que mi pelvis se acopla a la suya. Estoy tan pegada a él que mis pies apenas tocan el suelo. Michael tiene que sostenerme en sus brazos. Me besa tan bien... Me empuja suavemente hacia el gran sofá y me tiende en él. Ahora está encima de mí pero tiene la delicadeza de no hacer reposar todo su peso sobre mi cuerpo. Cojo su rostro entre las manos para besarlo, es guapísimo y me siento vivir como nunca. Olvidados todos esos oscuros pretendientes con quienes he intercambiado unos besos. Este es el placer absoluto, la felicidad en estado puro.

La mano de Michael va bajando y se posa delicadamente en mi muslo, un suplicio entre cosquillas y deliciosas caricias, pero Michael hace más firme el contacto de su mano para no correr el riesgo de hacerme reír y sube con ella lentamente. Se dirige peligrosamente hacia una zona muy sensible. Si posa la mano en las bragas, voy a tener un orgasmo instantáneo. Le beso cada vez con más ardor a medida que se acerca a mi intimidad.

La mano ha subido hasta el hueco de la ingle, a unos milímetros de mi vello púbico y no mucho más lejos de mi clítoris. Tal como esperaba, ahora su mano está de plano sobre mi sexo a través de la ropa interior y no se mueve, pero la sensación es abrumadora. Dejo de besarle para gemir.

—Michael...

Y después un pensamiento cruza por mi mente: estamos a punto de hacer el amor y Christophe y Carolina están a unos cuantos metros y pueden volver en cualquier momento.

—Michael, no podemos... Podrían vernos.

Se levanta y me mira amablemente.

—Venga, vamos a refrescarnos en la piscina.

No estoy en contra de un encuentro a solas con Michael, en esa magnífica bañera gigante al claro de luna. Así podría disfrutar de Michael controlando este irreprimible deseo de hacer el amor con él. Así no engañaría a Christophe... Al mismo tiempo, me siento muy bien y la mano de Michael me ha excitado mucho.

Llegamos al lugar donde tomamos el aperitivo. Tan solo unos escalones para llegar a la piscina. Michael va delante y, de pronto, se hace a un lado.

—Ah, creo que ya está ocupado...

Veo en la penumbra dos cabezas pegadas la una a la otra. Es un *shock*. Carolina está estirada encima de Christophe y se están besando. Me quedo de piedra ante el espectáculo y, de pronto, Carolina levanta el busto y ofrece sus tetas a su compañero, que en este caso es el hombre que comparte mi vida.

No doy crédito, no sé si es el efecto de la marihuana pero no intervengo, cuando siempre había imaginado que en una situación así me pondría a gritar y le partiría la cara a mi rival.

Sin más motivo, levanta la cabeza y tengo la impresión de que me mira fijamente unos instantes y luego baja a lo largo del cuerpo de Christophe. Ahora está por completo oculta a mi vista, pero adivino fácilmente lo que está haciendo. ¡Esto es demasiado!

De pronto, me echo a volar: mis pies ya no tocan el puente, mi cabeza se ha vuelto hacia el cielo y mis ojos se pierden en la mirada azul de Michael. Me ha cogido en sus brazos.

—Venga, Ophélie, creo que ha tenido un mal sueño, déjeme ponerle remedio.

Dilema entre el deseo de venganza y el deseo de un placer que espero desde hace tiempo, pero los ojos de Michael y el recuerdo de sus besos me hacen tambalear. Finalmente, está bien que Christophe y Caroline estén en la piscina haciendo lo que quieran. Así las cosas, no hay mala conciencia que me impida disfrutar de Michael.

Mis brazos se aferran a él, le beso en el cuello y él sonrío.

—Ah, esto me gusta más. Al fin voy a poder saldar mi deuda...

Ah, porque ¿el beso que me había prometido en Deauville no es el del sábado por la mañana ni el de esta noche? Me estremezco de deseo al imaginar la continuación.

Ha conseguido bajar la crujía llevándome en sus brazos y penetramos en una habitación magnífica con una cama gigantesca y de inmediato observo que no es la habitación que habitualmente comparte con su esposa.

Me deposita delicadamente en la cama, coge un mando a distancia y presiona un botón. La luz se vuelve más íntima.

Se sienta en la cama y se inclina despacio hacia mí. Yo retrocedo hacia la cabecera de la cama para apoyarme en las almohadas. Nuestro movimiento sincronizado parece el de una gacela intentando escapar de un felino mientras lo mira fascinada.

Pero soy yo quien lo devora con los ojos, llega hasta mí y vuelvo a besarle sosteniendo su rostro entre las manos. De pronto, su mano vuelve a la posición que había abandonado cuando interrumpí su avance, de nuevo sobre mis bragas y, una fracción de segundo más tarde, está en su interior. La sensación es tan fuerte que dejo de besarle y empiezo a gemir. Me siento tan dispuesta y excitada que desliza directamente su dedo dentro de mí. Tengo un instante de apnea, no puedo respirar. Al fin espiro en medio de una serie de gemidos y creo que soy tan ruidosa y expresiva que él podría creer que lo estoy exagerando para complacerle, pero no hay nada de eso; siento verdaderamente unas sensaciones únicas. Quizá se deba a la hierba. Si es así, le encargaré un kilo a Michael, aunque lo más probable es que esté relacionado con una fantasía tan vieja que ya ha cumplido diez años. La realidad suele ser inferior al sueño pero en este caso es lo contrario. Michael ha ido en busca de mi punto G sin demorarse en exceso en el clítoris y está en lo cierto, porque estoy tan excitada que no necesito ninguna estimulación adicional. De hecho, creo que acariciarme el clítoris podría tener un efecto contraproducente.

Llevo la cabeza de Michael hacia mi cuello y le beso sin reserva alguna. Me hace sentar para quitarme el vestido, me desabrocha el sujetador y me mira a los ojos. Le veo muy serio, no está de broma.

—Ha llegado el momento de pagar mi deuda.

No voy a poder aguantar más, tal como había adivinado se desliza a lo largo de mi cuerpo y cuando me besa los pechos, gimo aún con más fuerza. Tengo los pezones duros y erectos, estoy al límite de lo soportable. Él lo siente, baja a la altura de mi sexo y me quita las bragas tan rápido que no tengo claro si me las ha arrancado, aunque tampoco importa demasiado porque de inmediato se mete entre mis piernas. En un instante, su lengua está dentro de mí, dura y precisa y me siento penetrada por un objeto mojado que me arranca un grito. Creo que es la primera vez que grito de verdad durante el sexo. Utiliza su lengua como un pene de pequeñas dimensiones y eso produce un efecto diabólico. De golpe me tiende un dedo. Lo tomo en la boca y lo chupo un buen rato. Este hombre no solo es guapo, también es diabólico y cuando retira la mano, le miro. No veo más que sus bellos ojos azules, pero sigo sintiendo el placer que me da su boca. La mano desaparece de mi vista pero siento de pronto el dedo que acabo de chupar deslizarse profundamente dentro de mí: su lengua y su dedo a la vez es demasiado placer... Gimo cada vez más rápido y me acerco al orgasmo, pero un orgasmo de tal amplitud que ni siquiera podría medirse con la escala Richter.

Grito, todos mis músculos se contraen, me muero... pero mi agonía es deliciosa.

Michael me deja al fin en paz. Hace bien, he tenido el orgasmo absoluto, ya puedo dejar este mundo. Cierro los ojos.

Cuando los abro, está a mi lado.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Bien.

—¿Podemos considerar que mi deuda está pagada?

—Sí, podemos.

Es divertido pensar que he empleado el *Yes, we can* famoso de la campaña de Obama, espero que Michael no sea republicano...

Empiezo a recuperar el aliento.

Michael me mira con una sonrisa divertida y caigo en la cuenta de que estaba aún completamente vestido. Desabrocha el primer botón de su camisa y sus ojos azules se anclan en los míos.

—¿Me ayuda, Ophélie?

¿Ayudarle? ¿A desvestirse? ¿A quitarse la camisa y el pantalón? Sueño con hacerlo y al mismo tiempo temo ese momento. A los veintiséis años, desnudar a un hombre no me da miedo, pero no estamos hablando de un hombre, se trata del Hombre, de la belleza y el encanto absolutos.

Miro sus ojos azules. Me tiende la mano y se la cojo. Estoy completamente pegada a él, como en un lento. Mis manos liberan el segundo botón, el tercero y último, el cuarto. La camisa está abierta y paso la mano por su pecho. Nunca he acariciado a un hombre tan guapo. Subo para retirarle la camisa de los hombros y hacerla caer al suelo. Toma mis manos en las suyas, las besa y las dirige a su cinturón, el mensaje está claro, pasamos a las cosas serias.

Me repito que tengo veintiséis años, que he visto penes y que son todos muy parecidos, pero eso no quiere decir que no esté nerviosa.

Abro el cinturón, luego el pantalón, la bragueta... Y con un movimiento de las caderas lo hace caer al suelo, pasa por encima y lo aparta de una patada.

Me coge por la barbilla, me traspasa con la mirada y me besa profundamente. Mmm, hace unos cinco minutos que no lo ha hecho y lo echaba en falta.

Después del beso, me lleva hacia atrás hasta la cama, me coge por los brazos y me sienta en ella.

Ay, quiere que le dé otro tanto de lo que él me ha dado y siento una emoción extraña cuando tengo su calzoncillo a la altura de los ojos. Experimento cierta excitación y a la vez tengo la impresión de entrar en otro mundo, otra sexualidad, más adulta, más asumida, menos romántica...

No me imaginaba las cosas necesariamente así.

Pero es normal, Michael tiene cuarenta y ocho años, es un hombre, no un chiquillo. Sabe lo que quiere y acaba de demostrarme que es capaz de dar mucho... ¡Y con unos resultados inéditos! No es momento para hacerse la mojigata.

Cojo el calzoncillo con las dos manos y empiezo a bajárselo. Levanto la cabeza y veo que no pierde ojo de lo que le hago. Su mirada está brillante de pasión y eso refuerza mi deseo de darle placer.

Libero su pene y dejo caer al suelo el calzoncillo. Al contrario de lo que podría imaginar, la erección ya no es total, sin duda por el tiempo que ha pasado en satisfacerme.

Lo tomo en las manos y luego intento darle el mayor placer posible con la boca. Para mi gran orgullo, recupera muy pronto el vigor mientras me acaricia el pelo y me guía en la felación y, de pronto, pienso que no recuerdo haber hecho una felación a Christophe en esta posición. Trato de metérmela todo lo que pueda abriendo la boca al máximo. Es imponente, me gusta sentir su deseo y me llama por mi nombre en una suerte de gemido.

De pronto la saca de mi boca y me levanta, sus labios buscan los míos y su lengua dialoga con la mía. Ahora me empuja casi violentamente contra la pared, me besa con pasión y me muerde el labio.

Se deshace del abrazo, se aleja unos segundos y se inclina hacia el cajón de la mesilla para sacar un preservativo. Me pone el sobrecito delante de la boca.

—Muerde.

Hay momentos en que no se discuten las órdenes. Rompo la punta del envase, él termina el trabajo y saca el preservativo y se lo acomoda. Ah, ahora van a empezar las cosas serias, voy a tener a Michael dentro de mí, los dos vamos a ser uno solo: Michael, tengo ganas de ti, ven pronto a la cama y hazme el amor.

Pero mi estrella preferida tiene claramente otros planes. Me sujeta contra la pared y me besa en el cuello. Tiene una mano sobre mis pechos y la otra desciende hacia mi vagina. De nuevo estoy en un estado de excitación extrema y está claro que a Michael no le es indiferente.

—Ah, Ophélie, me gusta sentirte mojada, mojada por mí y caliente...

Antes pensaba que los discursos y las palabras soeces durante el sexo era algo que mataba el amor y, a priori, no había experimentado demasiado, pero aquí, en boca de Michael es distinto, es excitante. Me gusta que sienta mi pasión por él y que me lo diga. El problema es que claramente quiere lo mismo de mí.

—Ophélie, dime que me deseas, que me quieres dentro de ti.

—Sí, Michael, te deseo.

Es lo máximo que puedo decir. Cuando escribo estas palabras me doy cuenta ahora de que puede parecer ridículo, pero en el momento, cuando se siente de verdad, decir esto al hombre más guapo del mundo es una sensación muy fuerte.

Su mano derecha abandona mi zona íntima, levanta mi pierna y la coloca contra su cadera. Dobla las rodillas para ponerse a la altura adecuada, coge su sexo con la mano y lo pone a la entrada de mi vagina.

Siento su pene contra mi clítoris unos segundos antes de que me penetre y la sensación tanto física como psicológica es muy fuerte. Me da tiempo a pensar que va a estar dentro de mí y que estoy tan solo a unos milímetros, unos instantes de un momento único.

Cuando está bien posicionada, Michael se levanta de golpe y su pene me asalta. Yo me aferro a su cuello.

—¡Michael!

Podría haber sido un grito de dolor, de tan fuerte como era, pero es un grito de placer y sorpresa. Tengo la impresión de sentirlo en mí por completo, mucho más que ningún hombre lo haya estado nunca.

Me sonrío.

—¡Ophélie!

Creo que se ríe de mí y, a la vez, sale de nuevo de mí casi totalmente para volver con la misma fuerza.

Esta vez me muerdo los labios y me aferro aún más a él. Su ir y venir roza el límite de lo brutal y no estoy acostumbrada a tener esta clase de relación, pero con él es algo único. Su pene frota mi clítoris cada vez que pasa y yo gimo cada vez que él entra en mí. Me besa y me sonrío.

—Agárrate, Ophélie.

Me levanta la otra pierna y me lleva hasta la cama. Sigue dentro de mí, está en mí y ya no se mueve, solo me mira. El color de sus ojos azules se ha enturbiado por la intensidad del esfuerzo y el placer.

—Ophélie, quiero llegar al orgasmo contigo.

Yo también, Michael, yo también. Es un pensamiento muy fuerte, pero no puedo decírselo.

Me penetra despacio cogiéndome las piernas y poniéndolas sobre sus hombros. Su rostro está encima del mío y nos besamos con pasión mientras él vuelve a hacerme el amor, siempre con la misma intensidad y tengo la impresión de que esta nueva posición le permite entrar aún más profundamente en mí. La dulzura insoportable de los besos sumada a la sensación de recibirlo de una manera total me proporcionan un placer y un ascenso único hacia el orgasmo.

Michael me ve crisparme.

—Ophélie, dime, dime el momento.

—Oh, Michael, ahora, Michael.

Él se desata, me está montando... Me aferro a él como puedo. De pronto veo que se tensa y pese al espesor del látex, siento cómo su pene se hincha con la eyaculación. Esta sensación es lo que yo necesitaba para explotar y ya no es un orgasmo, es más que eso. ¿Hay una palabra o una metáfora

para expresar lo que siento? Podría hablar de deflagración nuclear, pero resulta demasiado guerrero para describir un momento tan positivo y, sin embargo, es la imagen más elocuente. Habrá que preguntarle a Laure, ella tal vez sabe de lo que hablo, o no... En ese momento pienso que soy la única mujer en el mundo que ha experimentado un orgasmo así y no sé si deseo otra cosa de esta vida terrenal. He conocido el cénit y ni siquiera el paraíso divino podrá brindarme algo más fuerte.

Michael se ha derrumbado sobre mí con todo su peso sobre mi cuerpo. Pesa mucho, pero me gusta la sensación de aplastamiento que procura este hombre magnífico.

Dejo que mis manos recorran su espalda y de pronto siento un líquido ligeramente caliente y graso en los dedos. Miro mi mano y ¡es sangre!

—Michael, ¿está sangrando?

Es a la vez una pregunta y una afirmación. Su mirada se cruza con la mía y me sonrío.

—Sí, Ophélie. Sabía que era Leo pero confieso que he subestimado su naturaleza felina.

¡Joder! Al darse la vuelta veo que tiene arañazos y sangra por varios sitios.

—Oh, Michael, lo siento, de verdad, no lo he hecho a propósito.

—Es halagador, Ophélie, no se preocupe.

—¡Pero le dolerá! Espere, voy a ver si encuentro algo con que curarle.

—Ophélie, le digo que no es nada.

Yo no quiero dejarle en semejante estado y a pesar de sus protestas voy al cuarto de baño. Estoy un poco confusa y, al mismo tiempo, me hace gracia y me siento orgullosa. Pienso que, al contrario que la mayoría de los hombres, Michael no es un quejica; he conocido hombres que cuando se hacían daño parecía que se acababa el mundo, pero Michael, en cambio, es un hombre de verdad.

En el cuarto de baño no hay desinfectante pero encuentro compresas de algodón. Humedezco algunas y vuelvo a la habitación.

—Déjeme ayudarlo, Michael.

Juego a ser la enfermera de Michael Brown, a quien he lastimado durante mi segundo orgasmo en su yate... Esto supera mis sueños más locos.

Para entonces la noche ya estaba muy avanzada y estábamos agotados por el amor, el alcohol y la droga. Me quedé dormida al lado de Michael sin pensar en Christophe, que también estaría durmiendo en alguna parte del yate.

Cuando me desperté, estaba sola en la habitación. Miré el reloj: eran las once y media. Subí al puente en el que habíamos cenado y vi la mesa preparada para el desayuno. Allí también estaba sola. Me fijé en que el barco estaba de vuelta en Bonifacio, en el muelle. Al cabo de unos instantes, apareció Marco, el mayordomo.

—Buenos días, señora.

—Buenos días. ¿No hay nadie?

—No, señora. El señor Michael y la señora Carolina tienen una comida fuera y han preferido dejarla dormir. El señor Christophe también se ha ido, ha cogido el coche para volver a su alojamiento, pero se ha puesto de acuerdo con el señor Michael y la llevaremos por mar o por tierra, como desee.

Así que Christophe me ha plantado llevándose el coche... Quizá es mejor así, y también darnos un poco de tiempo antes de volver a vernos. Mientras tanto, hay que reponer fuerzas.

—¿Puedo pedirle algo para desayunar?

—Claro, señora. ¿Como la otra vez?

—Sí, perfecto. Gracias, Marco.

Esta mañana, antes del retorno a lo cotidiano del *camping*, he seguido jugando a ser la mujer de un multimillonario, en cierto sentido, a ser la mujer de Michael. Tenía el yate para mí y Marco a mi servicio.

Por el mismo motivo he pedido que me acompañaran de vuelta a casa por mar, aunque fuera dos veces más largo que por carretera.

Hace apenas una hora la zódiac me ha dejado en la playa pequeña del Petit Sperone. He vuelto a pie temiendo el reencuentro con Christophe. ¿Qué decir en este caso? Él ha tenido un desliz y yo también. ¿Lo hablamos o evitamos el tema? He tratado de llamar a Laure para pedirle su opinión pero no he podido contactarla. Al llegar a la tienda no había nadie, apenas una nota de Christophe diciéndome que estaba haciendo surf. Ahora ya no tardaría en volver.

13 de agosto de 2014

Estoy un poco inquieta, no sé nada de Christophe. No responde al móvil cuando intento llamarle y no he vuelto a verle desde esta noche cuando, al dejarlo, todo iba bien para él o incluso muy bien.

Michael ha enviado dos personas a buscarle, una al *camping* y otra a Bonifacio.

A pesar de todo, la tarde de ayer transcurrió mucho mejor de lo previsto.

Mientras esperaba a Christophe tuve tiempo de reflexionar sobre mi noche con Michael y las implicaciones que iba a tener para mi relación de pareja.

Traté de ser racional.

En primer lugar, el punto más positivo es que hice realidad el mayor de mis sueños. He tenido una aventura con Michael Brown.

En el aspecto sexual estuvo muy por encima de lo que hubiera podido imaginar, no solo durante mis diez años de fantasías sino también de lo que podía esperar del encuentro en sí, que ha ido más allá de cualquier orgasmo que haya experimentado nunca.

Curiosamente, eso no refuerza mi pasión por Michael, sino que, al contrario, rompe la fantasía para entrar en el ámbito de lo real. Fue mucho menos romántico pero tiene mucha más fuerza y parece paradójico pero es así. No sé si debo alegrarme por ello.

En todo caso, había que preparar lo que iba a decirle a Christophe. Primero, tenía que saber yo misma lo que quería. ¿Dejarle? ¿Regresar con él si estaba de acuerdo? Pero en tal caso, eso quería decir que mi aventura con Michael tenía que acabar... ¿Quería de verdad hacer eso? Y si yo dejara a Christophe, ¿dejaría Michael a Carolina? Nada me hacía pensar que así fuera.

Cuando Christophe volvió yo no había tomado ninguna decisión. Enseguida se inclinó y me dio un beso ligero en los labios. No es que obligara a nada, pero era señal de que no todo estaba roto entre nosotros.

—Hola.

—Hola.

—Acabo de recibir un SMS de Michael, nos propone ir al yate de James. Organizan una partida de póker, creo que quieren una revancha.

Es increíble, los dos acabamos de pasar la noche con otra persona, es decir, de engañarnos mutuamente y él me habla de una partida de póker. Me resulta difícil de creer.

—¿Y tú quieres ir?

—Sí, por supuesto, la otra noche fue todo muy divertido y le he cogido gusto a los yates.

Me sonrío como si fuera una broma entre nosotros. Vamos, Christophe, te has acostado con Carolina, yo con Michael y me propones volver a verlos hoy sin siquiera aclarar la situación.

—¿Eres consciente de que Carolina y Michael estarán allí?

Se toma un momento antes de reaccionar. Su mirada es más grave.

—Claro, ¡nos está invitando Michael! Escucha, Ophélie, lo que pasó, pasó, y de nada sirve volver a ello. Además, no podemos retroceder en el tiempo.

Esto no es *Regreso al futuro* con Michael J. Fox, esto es la vida real.

Él también se pone a hacer citas cinematográficas. ¿Adónde vamos a llegar? Al menos los seis meses que ha pasado conmigo le han servido para algo, aunque, bueno, culturalmente hablando Zemeckis tampoco es Antonioni... En cambio, lo que dice Christophe no es tan estúpido como parece y resuelve el problema de mi indecisión. Vamos a decidir no tomar ninguna decisión.

—Entonces ¿nos dejamos llevar por los acontecimientos?

—En cierto sentido, sí. He reflexionado mucho sobre esto, es una aventura fuera del tiempo, no se la puede juzgar según las normas habituales. ¿Te acuerdas de cuando veíamos *Friends* los dos?

Bueno, ahora pasamos a las referencias de la tele y, para ser justa, de lo mejor de la tele.

—Sí, ¿y...?

—Hay un episodio en el que Chandler y Ross hacen una lista de cinco celebridades con las que tendrían permiso para acostarse.

Realmente ya no me acuerdo.

—¿Y...?

—Si se acuestan con alguna persona de su lista, no cuenta. Con nosotros, pasa un poco lo mismo, solo que no habíamos establecido ninguna lista previa.

Christophe tiene una manera increíble de arreglar las cosas: o tiene una gran madurez o yo no le importo tanto. De todos modos ya me va bien, porque no quiero preguntas sobre lo que hay entre Michael y yo y, además, tampoco sabría qué contestarle.

La situación era bastante surrealista, pero volvimos a salir hacia el puerto de Bonifacio como si no hubiera pasado nada.

Habíamos quedado en el barco de Carolina y Michael, quienes nos recibieron como a viejos amigos, besándonos calurosamente sin ninguna referencia a la noche anterior. Carolina tenía una actitud especialmente amistosa. Cuando me abrazó, me costó procesar que ella sabía que había pasado la noche con su marido mientras ella se había acostado con mi chico. Yo veía en eso algo que me ponía de muy mala leche: cuanto más pensaba que su sonrisa se debía a las proezas sexuales de Christophe, más me cabreaba.

Por suerte, Michael adivinó los motivos de mi mal humor y me dejó caer en el oído:

—Ophélie, ¿no me pregunta cómo están mis heridas?

Me miraba con su espléndida sonrisa y su mirada teñida de ironía. Su belleza y humor me aliviaron las tensiones de inmediato.

—¿Por qué, Michael? ¿Se ha cruzado con una grupi?

—No puede hacerse una idea, Ophélie.

—¿Lo lamenta, Michael?

—Ni por un segundo, Ophélie, ni por un segundo.

Yo tampoco lamento nada, Michael. En este momento, creo que habría cambiado los seis meses que he pasado con Christophe por esta única noche.

A continuación fuimos al yate de los ingleses que, por inconcebible que pareciera, era aún más grande que el de Michael y Carolina. El encuentro fue semejante, aparentemente, al que pasamos hace dos días, solo cambia el personal, que es inglés en lugar de italiano. El bufet es aún más suntuoso; los vinos, más caros...

Volvimos a formar los mismos dos equipos, masculino y femenino. Christophe está muy a sus anchas con James, nuestro anfitrión de esta noche, con Robert, el abogado, e incluso con Michael. No parece darse cuenta de que esta gente no tiene nada que ver con él, con nosotros.

Hay que reconocer que todo el mundo es sumamente amable y nadie muestra señal alguna de ostentación de su fortuna, pero hay detalles que no dan lugar a error, como la belleza y juventud de la italiana que acompaña a Robert esta noche. Teniendo en cuenta la edad y el físico del abogado, no tendría posibilidad alguna de llevarla del brazo si no tuviera mucho dinero. Igualmente, creo que podría trabajar cien años y aun así no podría pagar el collar que lleva Allison, la esposa de James. Tendría que casarme con Michael para, quién sabe, poder poseer uno que se le parezca.

Casarme con Michael es una perspectiva que incluso parece más factible después de lo ocurrido la noche anterior, pese a que el camino hacia el altar sea largo y tortuoso, a juzgar por la amabilidad que me ofrece Carolina mientras Michael apenas me ha hablado desde que estamos en el yate de James. En cambio, ha ido varias veces a ver a su mujer para saber de ella y besarla... *I don't get it...* ¿Están dando el pego en público? No puede ser que sigan aún enamorados el uno del otro. Si así fuera, no habrían podido acostarse con Christophe ni conmigo. No tengo respuesta para esas preguntas, pero no me lo tomo demasiado en serio, prefiero dejarme llevar por el encuentro, las conversaciones, el placer de probar platos sofisticados, las burbujas del champán que estoy bebiendo...

Hacia las once, como si se tratara de un ritual ya establecido, Christophe viene a verme para su partida de póker.

—Ophélie, vamos a jugar.

—¿Vienes a pedirme permiso?

Está incómodo.

—No, vengo a decírtelo por cortesía.

—¿Sabes lo que haces? ¿No vas a cometer imprudencias?

—No, domino la situación. Son los mismos jugadores que ayer, con excepción de Robert y he podido estudiar su juego. Soy mejor jugador y esta noche he bebido mucho menos que ellos.

—Vale. buena suerte entonces.

—Ophélie, no hay que desear buena suerte a un jugador. ¡Trae mala suerte!

Las supersticiones de los deportistas, igual que las de los jugadores, me superan y me parecen una tontería, pero no quiero estresar a Christophe sin necesidad.

—Si eso puede hacerte ganar, te digo la palabra de Cambronne.

—Dila por favor, Ophélie.

—Bueno, entonces, «Mierda».

Creo que la expresión americana *Break a leg* no deja de ser menos vulgar, aunque, en el fondo, me importa un carajo. Complacerle de este modo no cuesta nada; me lo agradece y me besa en la boca antes de marcharse.

El problema es que al cabo de una hora ya empezaba a aburrirme mientras Allison nos hacía una visita guiada por el barco, que es magnífico, no hay nada que decir. Fue después cuando comencé realmente a hartarme. Bajé otra vez para ver a los jugadores y de nuevo Christophe volvía a tener un montón de fichas delante, las cosas iban bien, pero no me quedé por miedo a traerle mala suerte.

Cogí una copa de champán en la mano izquierda, una botella de Ruinar rosado en la derecha y subí sola al puente superior del yate. Me senté y me puse a mirar los otros barcos, más bajos, alrededor de nosotros, al tiempo que escuchaba los ruidos que emanaban de los diferentes restaurantes en el muelle. Me serví una copa, luego otra...

Pensé mucho en Michael. Estar en sus brazos, hacer el amor con él, sentir su lengua, su pene dentro de mí... Estoy enamorada de él desde hace tanto tiempo que no sé si haber consumado nuestra unión ha cambiado las cosas. No soy capaz de darme cuenta realmente, quizá debido a la actitud de Christophe, de Michael y de Carolina. Al mirarlos, se diría que no ha pasado nada.

Lo que yo siento es muy distinto. Quisiera ir y gritarles el placer que sentí cuando Michael y yo llegamos juntos al orgasmo, sería el chispazo que me daría lugar a disfrutar plenamente de mi sentimiento amoroso. En este momento, la negación en que viven los que me rodean me exaspera.

Cuando termino la segunda copa, siento una presencia detrás de mí.

—¿Qué tal, Ophélie? ¿Conversando a solas con su botella de champán?

Estaba pensando en Michael. En una película, tendría que ser él quien viniera a mi encuentro para compartir un instante romántico. En la vida real, la de verdad, la que viene es su mujer.

Charlar con Carolina dista de ser insoportable, pero no es precisamente lo que más me apetece en este momento.

—Sí, es un diálogo que fluye con bastante facilidad.

—La comprendo. La velada se nos puede hacer un poco larga, abandonadas por nuestros enganchados al póker. No pienso esperar a Michael, voy a volver al *Pleasure is mine*. Las otras mujeres se están yendo, si quiere venir conmigo la invito con mucho gusto, a no ser que prefiera quedarse con Allison mientras espera a Christophe, pero puede que sea una espera larga.

Allison es agradable, pero creo que ya he tenido suficiente dosis. Carolina es más divertida y tiene a su favor algo más que unos ojos azules, unos hoyuelos y unas pecas. Carolina y yo tenemos en común la pasión por el cine.

—Gracias, Carolina, déjeme comprobar que Christophe no me necesita e iré con usted.

Cuando llegué abajo, el montón de fichas delante de Christophe era lo menos el doble de las que tenía antes. Debe de ser muy bueno en ese juego. Entre dos manos le dije rápidamente al oído que me iba con Carolina y su respuesta fue un monosílabo, estaba muy concentrado. No era el único, había una tensión en la mesa que no estaba presente dos días antes.

Quince minutos más tarde estábamos de vuelta en el salón del *Pleasure is mine*. Marco nos ofreció café aunque Carolina veía las cosas de forma un poco distinta.

—Gracias, Marco, el café es perfecto, pero tendrá que traernos también un cubo con hielo y una botella de Perrier-Jouët, a menos que Ophélie prefiera seguir con el Ruinar rosado.

Pensé que había entrado de verdad en otro mundo, un mundo en el que se puede elegir el champán que se va a beber... Yo, en la vida normal, en una noche, me conformo con una marca que no me dé una espantosa resaca al día siguiente.

—Gracias, Carolina, prefiero continuar con el Ruinar rosado.

—Bien, Marco. Tráiganos una botella de cada.

Tres cafés más tarde, vuelvo a tener una copa en la mano y converso con Carolina como si fuéramos las más viejas amigas, y, de hecho, hablamos sobre todo de ella, de su carrera, de las películas que ha hecho o de los realizadores que ha conocido. Para alguien como yo, que me encanta el cine, es apasionante. Es una mujer fascinante, que ha llegado a la cumbre por sí misma, desde las afueras de México D.F. a los chalets de Beverly Hills.

Es carismática pero también tiene una belleza arrebatadora y, como de costumbre, ha batido récords de escote. Lleva el pelo recogido en lo alto y su peinado le realza los hombros. Es más mujer que yo, sin discusión, no tan alta pero tiene estilo, tiene clase.

—¿Cómo me encuentra, Ophélie?

—¿Perdón?

—He visto que me observaba. ¿Qué piensa de mí, Ophélie?

¡Oh, vaya! Será el champagne... Tiene razón, la estaba observando. ¿Qué decir?

La ventaja de estar un poco borracha es que las respuestas son más espontáneas, uno no pasa cincuenta años buscando una respuesta diplomática.

—Es usted preciosa, Carolina. Es una mujer de una gran belleza.

Me sonrío. Tiene en común con su marido el don de la sonrisa tanto con la mirada como con la boca.

—Gracias, Ophélie. Me alegro de gustarle... ¿Le apetecería un poco de hierba para terminar la noche?

¡Otra vez marihuana, además del alcohol! Voy a convertirme en una verdadera adicta, no sé si es muy razonable. De todos modos, la pregunta de Carolina era retórica y no ha esperado a mi respuesta para abalanzarse sobre el cofrecito de su marido. Una vez que ha encontrado la preciosa hierba, prepara un porro y se muestra al menos tan hábil como Michael en este quehacer. Desprende una verdadera sensualidad cuando lame el papel de fumar para pegarlo y prefiero no imaginar los efectos de esa lengua en el pene de Christophe. La idea cruzó mi mente pero no me irritó. Debo de haber adoptado la filosofía de Christophe: todo sobre la marcha.

Carolina me pasa el porro. Esto me va a ayudar a pasar página. He aprendido a fumar y, sin llegar al control de Carolina, ya no hago el ridículo en esta práctica.

Me hace más efecto que la primera vez, siento que me he ido y la conversación me parece lejana, pero me siento bien. Eso es lo principal. Carolina y yo estamos compartiendo el porro sentadas las dos en el sofá, muy juntas como dos viejas amigas, hablando de las parejas de Hollywood, de la dificultad de separar vida personal y profesional. El tema es un poco delicado dado que yo me he acostado con su marido y ella con mi novio.

—¿Sabe, Ophélie? Las películas no son la realidad, hay que ser capaz de interpretar, incluso en las escenas de amor.

—Sin embargo, usted impidió a Michael que actuara con Rooney Mara debido a una escena de amor.

¡Mierda! Me ha salido así, no debería fumar y beber al mismo tiempo, hablo de lo que no debo. No sé qué diría Michael si se enterara, pero en todo caso, Carolina no parece haberse molestado y sonrío.

—Si Michael le ha hablado de eso es que confía en usted. De hecho, no era por celos con relación a esa actriz. Yo no quería que Michael rodara esa escena porque él y yo decidimos un día no rodar nunca escenas de desnudos.

Comprendo a Carolina. Con el desarrollo de internet, a mí tampoco me apetecería encontrarme sin llevar nada encima en YouTube o Dailymotion.

—En cambio, Ophélie, las escenas de besos no son tan difíciles de rodar.

—A pesar de todo, no sé si sería capaz de besar a cualquiera si trabajara en una película.

—Primero, nunca es «cualquiera», siempre es alguien seductor o carismático, «la flor y nata».

—Estoy de acuerdo pero, personalmente, no sé si podría.

—Claro que podría, besar es muy fácil.

Y entonces, sin previo aviso, se vuelve hacia mí y posa sus labios en los míos.

En mi estado normal habría dado un salto de seis metros de alto, pero aquí no reacciono, mis labios se dejan hacer por los suyos. Está inclinada sobre mí y su lengua invade mi boca en busca de la mía. Es increíble, pero casi instintivamente mi lengua se tiende hacia la suya. Hay que decir que besa divinamente y es muy muy diferente al beso de un chico. Tengo la impresión de que es más dulce, más sensual, más húmedo. Ya sé, eso no parece tener sentido, pero es así. Nos besamos durante unos treinta segundos sin que nuestros cuerpos estén en contacto.

Y después, tan súbitamente como ha empezado, se detiene.

—Ya ve, Ophélie, usted también podría ser actriz. Solo faltaban las cámaras...

Ya está, acabo de besar a una mujer por primera vez en mi vida, así, sin venir a cuento y sin ganas. Tengo que tener cuidado de verdad con los efectos de esta hierba.

Carolina es de verdad muy extraña, este beso no parece haberle provocado ninguna emoción. ¿Era solo para demostrarme que tenía razón? No puede ser lesbiana, está casada con Michael.

Está claro que para ella eso no incide en ningún aspecto de la conversación.

Es incansable y ahora me habla de sus otras actividades, como cuando quiso ser decoradora de interiores, aunque después encontró su camino diseñando colecciones de lencería y trajes de baño.

—Mi primera colección salió en noviembre y he completado mi primera temporada. Los trajes de baño han salido muy bien, usted se ha probado algunos. ¿Le han gustado?

—Los encuentro excelentes, sobre todo los que elegí. ¿La colección de lencería ha tenido el mismo éxito?

—Mucho menos, no sé por qué, quizá es demasiado sofisticada o puede que sea un problema de precio.

Se queda en silencio, pensativa...

—Ophélie, ¿accedería a darme su opinión?

—Sí, por supuesto.

—Venga conmigo.

La sigo por las crujiás del barco. Entramos en una habitación que no conozco, no es el camarote donde he hecho el amor con Michael ni tampoco es la habitación de Michael y Carolina. Hay un gran escritorio en el que se pueden ver muchos esbozos de mujeres en ropa interior. Los tabiques están recubiertos de dibujos, me acerco para mirarlos. Las siluetas dibujadas por Carolina son graciosas y sofisticadas. El conjunto de su trabajo es magnífico y tiene un trazo increíble.

—Ya ve, Ophélie, nunca estoy ociosa. Cuando estamos en el mar, como debo permanecer en el interior del yate, diseño. Estoy preparando la próxima colección. Envío los diseños a una fábrica en Italia donde confeccionan las prendas y voy a pasar allí unos días para elegir los tejidos y comprobar la confección. ¿Qué le parecen?

Estoy verdaderamente impresionada.

—Me encantan, me gustan mucho sus modelos.

—Ya he recibido algunos del taller. Mire, han llegado esta mañana.

Se dirige a una gran caja de cartón de la que extrae corsés, ligeros, bragas, tangas y toda clase de sujetadores. Me va tendiendo las prendas una tras otra y ya no es una caja de cartón sino la caja de Pandora, por una vez, en sentido positivo.

—Póngalas sobre la cama, por favor, Ophélie.

Siempre me ha gustado la lencería bonita, pero lamentablemente no tengo los medios para regalarme prendas interiores de las grandes marcas.

Por eso, para mí, este momento colocando la lencería que me tiende Caroline como si la colocara en el escaparate de Le Printemps es como un sueño.

Esto me vuelve voluble y comento cada pieza que voy colocando sobre la cama. Estoy entusiasmada, me gusta todo.

—Es genial, Carolina, me encanta su colección.

Me dedica una gran sonrisa.

—Gracias, Ophélie. ¿Cuál es su preferida?

¡Qué pregunta más difícil! ¿Cómo comparar un zafiro, una amatista y un rubí?

Tras una larga vacilación, elijo un corsé de encaje negro.

—Creo que esta es la que más me gusta, sofisticada y refinada. Es difícil elegir, todo es muy bonito.

—¿Lleva corsé en París?

—No, nunca. De hecho, creo que nunca he tenido uno.

Me coge el corsé de las manos.

—Creo que le quedaría bien. ¿Quiere probárselo?

Es el suplicio de Tántalo. Me gustaría probármelo aunque me acuerdo de la escena del traje de baño. Carolina es un poco extraña a veces y no tengo ganas de desnudarme delante de ella.

—No sé muy bien... ¿Hay un sitio para cambiarse?

Bueno, ya sé, la pregunta suena un poco simple, pero no he podido evitar hacerla.

Carolina parece comprender mi inquietud. Me contesta seria, aunque creo detectar un matiz irónico en sus palabras.

—Tranquila, puede ir al camarote de enfrente, al otro lado de la crujía. Haremos un desfile para nosotras dos. Yo voy a ponerme mi conjunto preferido. Tenga, estas son las braguitas para el corsé y tome también estas medias, deben de ser de su talla.

Un minuto más tarde me desvisto antes de ponerme las braguitas. Luego me peleo un rato con el corsé para descubrir cómo abrocharlo y con las medias que sujeto con las ligas. Dudo si ponerme los zapatos, creo que la altura de los tacones no es suficiente. Me miro en el espejo y la imagen que me devuelve me gusta muchísimo: sin falsa modestia, estoy magnífica. Así que, a fin de cuentas, el hábito

hace al monje... Ahora soy tan sofisticada como las prendas que llevo puestas, salvo un detalle a cambiar, el peinado. Cojo una goma de mi bolso y me hago una cola de caballo alta. Ya está, es perfecto. De pronto pienso que me gustaría que Michael me viera así para hacerle perder su actitud flemática. No sé si es señal de la evolución de mi estado de ánimo, pero me doy cuenta de que ahora, cuando pienso en un hombre, solo pienso en Michael.

Me hago una mueca en el espejo. Fantasear con el marido de la mujer con quien estoy pasando la noche no es el paradigma de la clase sino un poco perverso...

Ya es hora de enseñarle el resultado a Carolina.

Cuando entro en el camarote, Carolina está de espaldas y lleva unas bonitas bragas de satén negro y se está poniendo una camiseta negra a juego. He llegado un poco pronto y está medio desnuda, es un poco incómodo pero nada importante.

—¡Oh, perdón, Carolina, lo siento mucho!

Más valdría que me hubiera callado, pues mi exclamación hace que se dé la vuelta antes de que el tejido le haya cubierto el pecho. ¡Joder, tiene realmente unas tetas grandiosas! Laure tenía razón: no boxeamos en la misma categoría, por lo menos tendrá una 95D. No es que la envidie necesariamente, pero tengo que reconocer que estoy impresionada por su belleza.

—No tiene importancia, Ophélie. A ver, muéstreme el resultado. Venga, avance hasta aquí.

Va hacia la cama, aparta la lencería que yo había colocado encima y se sienta para mirarme. Me mira en detalle un buen rato y luego me pide que me dé la vuelta.

—Ha elegido muy bien, este conjunto le va de maravilla. Ha hecho bien en recogerse el cabello, eso le realza los hombros pero también el cuello y el nacimiento de los senos. ¿Cómo se encuentra, Ophélie? ¿Le gusta el corsé?

—Carolina, nunca he llevado nada tan bonito, es un sueño. ¡Me siento como si fuera una estrella!

Ella se ríe y me envuelve con una mirada cálida.

—Pero es que usted tiene la belleza de una estrella, Ophélie. Ese modelo le queda perfecto, se lo doy.

Estoy a punto de atragantarme, es un regalo de gran valor, no me atrevo ni a imaginar el precio de este conjunto.

—Carolina, es usted muy amable pero no puedo aceptarlo, es demasiado.

—¡Claro que puede! Si lo rechaza, pensaré que todos sus elogios a propósito de mis creaciones no eran sinceros...

Caigo en la trampa de inmediato.

—Pero claro que sí, Carolina, se lo aseguro. ¡No es posible ser más sincero!

—Lo sé, lo sé, no diga nada más y acepte mi regalo.

¡Qué hermoso presente! Tengo los ojos llenos de lágrimas de tanta gentileza. Me precipito hacia Carolina, que sigue sentada sobre la cama, me inclino hacia ella y la beso en las mejillas estrechándola en mis brazos.

Y luego, de pronto, la imagen de Michael vuelve a imponerse en mi mente: el cansancio, el champán rosado, la marihuana, la amabilidad de Carolina, mi relación con su marido... Todos esos elementos se combinan para formar unas lágrimas, que ruedan por mis mejillas.

—Ophélie, ¿qué pasa? Siéntese a mi lado.

Lo hago y ella me acaricia el rostro y enjuga unas lágrimas con el índice. A continuación se lleva el dedo a la boca.

—Ophélie, está más salada que el Mediterráneo.

Me mira de un modo amable.

—Puedo entender que la situación le parezca un poco complicada, Ophélie. No hay que analizarlo todo, disfrute del momento, usted es joven...

Otra que me anima a instalarme en el *carpe diem*. O se han puesto de acuerdo o soy la única que se ha equivocado de cabo a rabo.

—Michael se quedó corto cuando me habló de usted después de Deauville. Es usted muy hermosa, muy deseable...

¿Michael le habló de mí después de Deauville?! Espero que no le haya dicho todo, pero no me da tiempo a pensar porque Carolina se inclina sobre mí y me besa en la boca.

Sus labios presionan los míos, su lengua fuerza el dique de mis dientes.

Si ha habido la menor duda sobre su bisexualidad tras los episodios de la prueba del traje de baño o del beso de cine, ahora esa duda se ha disipado.

Por otro lado, no estoy de verdad tan sorprendida por su actitud sino más bien por mi reacción: no solo no me resisto sino que respondo a sus besos. Mi mente está bloqueada y no ha dado formalmente su aprobación, pero mi boca, como con vida propia, acepta el beso de la bella mujer latina.

Ya está, esto es la esquizofrenia total. ¡Me vuelvo bisexual con la mujer de mi amante! ¿Será que han añadido cocaína a la hierba?

Carolina aprovecha mi falta de resistencia para estirarme sobre la cama. Se acuesta sobre mí y su lengua se lanza a explorar mi paladar. Si algún día dudé del ardor sexual de las mexicanas, ahora ya no es el caso.

Empiezo a recuperar la conciencia y me doy cuenta del avispero en el que me he metido. Intento contemporizar...

—Carolina, Carolina...

Me cierra la boca con un beso y es difícil hablar con claridad ante alguien que te está mordiendo el labio o te lo acaricia por dentro con la lengua.

—Carolina, no debemos...

Entre dos besos, justifica su ofensiva. Su voz ha cambiado, está ronca, cargada de deseo:

—¿No le gustan mis besos, Ophélie?

¿Qué puedo responder a eso? Si solo hablamos del aspecto puramente físico, admitiría que me gustan pero, desde un plano moral, no puedo porque me he acostado con su marido.

Desgraciadamente esta respuesta no sale de mi boca y la que le doy no es tan clara.

—Sí, Carolina, pero no podemos.

—¿Es por Michael, Ophélie? ¿Tiene miedo de que a él no le guste?

Vaya, no se corta. B2, objetivo alcanzado, tocado y hundido, como en el juego de la batalla naval. De verdad no sé qué contestarle.

Por suerte, se detiene y se sienta, pero al estar sentada encima de mí, yo no puedo hacer otro tanto. Me mira muy seria, directamente a los ojos.

—Usted es muy bonita, me gusta su silueta, la gracia de sus senos pequeños. ¿Por qué Michael debería ser el único con derecho a disfrutarla?

Al decir esto se quita la camiseta y queda medio desnuda encima de mí. ¿Estoy soñando o es una pesadilla? ¡Socorro! Que alguien me eche un cubo de agua fría, es absolutamente necesario que me despierte.

—¿Qué le parecen las mías, Ophélie? Son muy suaves y sensibles. Cójalas.

Me ha cogido la mano derecha y la ha puesto sobre su pecho izquierdo, usando mi mano para acariciar su pezón. ¡Qué horror! Ahora sé que yo no soy bisexual, pero a pesar de todo, sigo sin reaccionar y estoy paralizada por lo extraño de la situación.

Sin embargo habría que poder salir de este estado catatónico, pues Carolina ni flaquea ni cesa en su ataque. Ha posado mi otra mano sobre su teta derecha, endureciendo sus pezones como si yo fuera su juguetito sexual.

A continuación se inclina sobre mí, me aplasta con su cuerpo y me besa, pero ahora yo estoy mucho menos cooperativa que minutos antes, y sin embargo sigo tan paralizada como un conejo cegado por la luz de los faros de un coche. Ahora tiene la mano en el interior de mi muslo y se dispone a acariciarme.

O reacciono o terminará violándome, bueno, tal vez el término sea muy fuerte, pero no deseo en absoluto hacer el amor con ella.

De pronto, una voz grave nos interrumpe.

—A ver, chicas, ¿aprovecháis mi ausencia para divertir os sin mí?

Es divertido (en fin, en relación con el contexto). Carolina y yo respondemos a coro:

—¡Michael!

Carolina se ha incorporado.

—*Hello*, Michael, llegas justo en el momento oportuno.

—Ya lo veo. No os detengáis por mí, ver a las dos mujeres más hermosas del mundo acariciándose no puede desagradarme.

¿Está de broma o habla en serio? Hay tres posibles soluciones:

1. Quiere mirar mientras hacemos el amor.
2. De acuerdo con la fantasía más común entre los hombres (pero por suerte rara vez llevada a la realidad), se va a unir a nosotras para una sesión de sexo a tres bandas.
3. Va a sacar su revólver, disparar a su mujer, arrojarla al fondo del mar con un peso para que el cuerpo no vuelva a salir a la superficie, hacer creer que se ha ahogado accidentalmente, casarse conmigo y darme tres bebés de ojos azules.

La tercera solución, evidentemente, es la más tentadora pero la menos probable. Esta vez, el análisis de la situación no requiere una eternidad y la llegada de Michael me ha hecho salir del letargo. Aprovecho ese momento de fluctuación para saltar fuera del camarote y me lanzo por la crujía en dirección a la escalera.

Michael me llama por mi nombre y me persigue, pero yo me lanzo sin mirar atrás sin saber bien el camino de salida. Una escalera, allí, al fondo de la crujía. Subo los peldaños de cuatro en cuatro. Otra crujía. Al fondo, reconozco el sitio, el salón en el que hemos estado fumando, así que no es la dirección que busco. Giro a la izquierda y veo el muelle en el puerto. Me acerco, pero estoy a un nivel demasiado alto. ¡Mierda! ¿Dónde está la escalera para bajar? Ah, aquí. Estoy llegando a la pasarela para escapar.

El muy cerdo parece haber ido por un atajo. ¡Eso no vale, yo no conozco el barco tan bien como él! Me está esperando tranquilamente con las manos en los bolsillos y la camisa arremangada en los antebrazos. Me mira sonriendo y en la penumbra es de una belleza apabullante. No obstante, me paro en seco y vuelvo a subir la escalera de espaldas, sin dejar de mirarle.

—Ophélie, ¿acaso le doy miedo hasta ese punto?

No digo nada y subo otro peldaño. Él me sigue, manteniendo una distancia constante de unos dos metros.

—Ophélie, pese a todo no creo que su intención fuera pasearse por el puerto de Bonifacio vestida con un corsé de encaje negro y con medias. Reconozco que la pieza le queda perfecta, pero podría dar pie a una mala interpretación por parte de las autoridades locales...

Claramente se está riendo de mí y tiene razón, estoy ridícula. En mi precipitación, he olvidado que estaba en ropa interior y que todas mis cosas, bolso incluido, estaban en el camarote de abajo. ¡Joder! ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde está Christophe? Quiero volver al *camping*, estoy cansada. Estoy harta. Ya no quiero jugar a ser millonaria... Me siento y me echo a llorar. Me miro las manos y las lágrimas corren por mi cara...

Michael se ha acercado.

—Ophélie, no pasa nada, míreme. Si quiere voy a buscar sus cosas, podrá cambiarse y, si lo desea, haré que la lleven a casa. ¿Es eso lo que quiere?

No tengo fuerzas para contestarle salvo por una señal de la cabeza.

Me coge de la mano y me hace bajar. Le sigo por las crujías del barco. Temo encontrarme con Carolina. Al cabo de unos minutos, él abre la puerta de un camarote.

Una habitación más, debe de ser la quinta o la sexta que veo en este yate.

—Ophélie, puede quedarse aquí, voy a buscar sus cosas. Vuelvo dentro de un instante.

En el momento en que va a cruzar el umbral de la puerta, le retengo por el brazo.

—Michael, no se vaya.

—Solo será un minuto.

—Se lo suplico, no me deje.

El cansancio, la droga, el alcohol, la conmoción y el miedo que me ha causado la escena con Carolina me empujan a echarme en los brazos de Michael.

Por un instante acusa la sorpresa, luego cierra los brazos para estrecharme con fuerza. Estoy temblando como una hoja.

—Ophélie, no dejaré que nadie le haga daño ni le dé miedo. Me voy a ocupar de usted, Ophélie, se lo prometo.

Sus palabras me reconfortan, lo necesitaba. Michael, mi Michael va a protegerme. Me acurruco aún más entre sus brazos.

—Ya sé lo que le haría bien, Ophélie, un buen baño, voy a preparárselo. Creo que tengo baño Kneipp con esencias de enebro para relajarse. Puede esperarme aquí...

Me aferro a él como a un salvavidas tras el naufragio de mi barco y él comprende claramente el mensaje.

—... o, si lo prefiere, espéreme en el cuarto de baño.

Se desprende de mí con suavidad y me coge de la mano para ir hacia la bañera.

—Siéntese aquí. Suélteme la mano dos segundos, Ophélie, para que pueda dejar correr el agua y echarle las esencias, prometo que se la devolveré y la pondré a su disposición el resto de la noche si lo desea.

El tono es irónico pero dulce y gentil. Dudo si obedecerle.

—¿Prometido?

—Lo juro: «Cruz de madera, cruz de hierro, si miento voy al infierno».

Hago lo que me indica mientras le veo preparar el baño en esa magnífica bañera ovalada donde cabrían cuatro personas.

Observo cómo corre el agua de los grifos y la visión me calma. Michael prueba la temperatura con la mano y dosifica la cantidad de sales que vierte en la bañera. Me entenece verle ocupándose así de mí. Es guapo y amable y no comprendo cómo puede estar casado con esa loca ninfómana.

—Ophélie, está listo. ¿Desea que la deje sola?

Niego con la cabeza.

—Bueno, venga, voy a ayudarla a quitarse ese bonito conjunto.

Me vuelvo mientras me quita el corsé. Luego me sienta en el borde de la bañera para deslizar las medias a lo largo de mis piernas. Está a mis pies y creo que ha aprovechado la situación para acariciármelas.

—Ophélie, su belleza es perfecta pero creo que sus piernas son mi parte preferida.

Su piropo acaba de remontarme el ánimo y hasta soy capaz de una pequeña provocación: me quito las bragas y se las tiendo dejándole frente a mi sexo desnudo, pero doy la vuelta rápidamente y me deslizo en el agua espumosa.

—Michael, venga a mi lado, no quiero estar sola en este baño enorme...

—Estoy muy feliz al ver que ha recobrado el uso de la palabra.

No se equivoca, no he debido de pronunciar más de cuatro palabras desde mi fracasada evasión.

—¿Está segura, Ophélie?

—Segura.

—Bueno, voy a desvestirme y vuelvo dentro de un minuto.

¡Ni hablar de perderme un *striptease* de Michael Brown! Cuando pienso en los millones de mujeres que soñarían con estar en mi lugar...

—Puede desvestirse aquí, Michael.

Me mira un poco sorprendido y aprovecho la ventaja.

—Le prometo que no miraré... Bueno, casi...

Me mira fijamente con sus ojos azules y se echa a reír.

—Bueno, veo que la verdadera Ophélie ha vuelto. Puede mirar, jovencita, seguramente no habrá visto muchos hombres tan guapos como yo.

—Tiene razón, está usted entre mis diez hombres favoritos.

—¿Solo?

Se quita la camisa botón por botón y la deja caer al suelo.

—No tan rápido, Michael, déjeme disfrutar...

Se desabrocha el cinturón, abre la bragueta y deja caer el pantalón a sus pies. Está en calzoncillos y es realmente superguapo, musculoso, bronceado y con ese tatuaje sexi por encima del ombligo... Ese tatuaje es la última señal de sensualidad y modernidad, aun mejor que David Beckham, sobre todo porque solo tiene uno y parece ser la llave del tesoro oculto...

Tesoro que Michael no quiere mostrar demasiado pronto, dándose la vuelta para quitarse el calzoncillo. Le admiro. Él hablaba de la belleza de mis piernas pero cuando veo las suyas y su culo... Siempre se habla del culo de las mujeres, pero en el hombre es también un elemento físico primordial.

—¡Vaya! Michael, no se mueva...

Vuelve la cabeza y me lanza una gran sonrisa.

—Si tiene miedo de lo que va a ver puede cerrar los ojos, jovencita.

—No, Michael, no lo entiende. Solamente quiero disfrutar de cada centímetro cuadrado de piel que usted me va revelando.

Una vez desnudo, se vuelve y se dirige a la bañera. Su pene está erecto porque claramente la situación le excita.

—Déjeme un poco de sitio.

Se desliza detrás de mí y me atrae hacia él. Estoy confortablemente instalada entre sus brazos y contra su pecho en esta inmensa bañera y respiro el olor embriagador del enebro: es curioso cómo se puede pasar rápidamente de la desesperación a la felicidad absoluta.

Nos quedamos en esta posición un tiempo infinito o, en todo caso, el suficiente para que tenga que añadir agua caliente dos veces.

El agua caliente y las esencias que respiro me hacen recobrar todos mis sentidos. Me doy la vuelta y le beso, primero buscando suavemente sus labios y luego de forma apasionada. Hay demasiadas cosas que olvidar en esta noche tan larga y tan extraña, así que me apodero de su miembro y lo masturbo casi con violencia. Me froto con su polla dura cerca de mi vagina. Estoy como loca, dispuesta a hacerle el amor en la bañera, a olvidar todas las lecciones de precaución y a montarle allí mismo, en ese instante.

Michael está ciertamente más lúcido que yo o domina mejor su deseo. Me coge por las axilas para levantarme y sentarme contra la pared sobre el reborde de la bañera y se sumerge entre mis piernas en un *cunnilingus* que me recuerda instantáneamente nuestra primera noche. Me levanta la pierna derecha para ponérmela a la altura de las nalgas. Ahora estoy totalmente abierta y ofreciéndome a sus besos, disfrutando de este momento de placer, con las manos perdidas entre el pelo de Michael y le empujo a mayor profundidad dentro de mí. Quiero su lengua en mí, la quiero en mi clítoris, la quiero en los labios, quiero que busque mi punto G y me dé un orgasmo.

La presencia de Carolina en alguna parte del barco no tiene ninguna importancia y gimo sin preocuparme del ruido y la discreción. Por primera vez guío a Michael y le animo, voy derecha hacia un nuevo orgasmo, el tercero con Michael. Este hombre logra hacerme disfrutar como nadie. Es intenso, es delicioso, es violento. Mi pierna izquierda súbitamente se tensa, golpea a mi amante en el hombro derecho y le propulsa hacia atrás en el agua.

En un segundo compruebo que está bien, veo su cara de asombro y me echo a reír. Casi le he hecho tragar agua.

—¿Así que esto la hace reír, jovencita...? Prepárese, mi venganza va a ser terrible.

Sale de la bañera y me toma en sus brazos en dirección a la habitación, arrojándome sin cuidado sobre la cama. Me apoyo en los codos para admirar su belleza y prepararme psicológicamente para lo que vendrá a continuación. Me gusta este momento que precede al acto mismo y le escruto de abajo arriba, las pantorrillas, los muslos, el pene, que pronto estará dentro de mí, sus abdominales, sus pectorales y su rostro, que es la perfección matizada de madurez. Unas arrugas vienen a rodear unos ojos azules que brillan. Conozco esa mirada, es el presagio de un momento sexual intenso y ardiente.

Le veo coger una almohada grande y tendérmela.

—Date la vuelta y ponla debajo del vientre.

Sé exactamente lo que va a pasar.

Aunque no entra dentro de mis hábitos sexuales, obedezco porque me excitan la voz y las órdenes de Michael.

—Estírate al máximo y separa las piernas.

Se hunde detrás de mí para besarme el clítoris. ¿Será este segundo asalto una repetición del primero? No, solo era un beso en mi zona íntima.

Retrocede. No puedo verlo pero el ruido del plástico y luego del látex me da una idea de lo que viene a continuación.

Siento sus rodillitas que se posicionan entre mis piernas. Las fuerza a separarse y coloca su pene a la entrada de mi vagina para acto seguido penetrarme de una sola y profunda vez.

Prácticamente no conozco a Michael y solo soy su amante desde hace cuarenta y ocho horas, pero creo saber lo que le gusta sexualmente y en la cama corrobora la imagen de macho que desarrolla en la pantalla. Me hace el amor con fuerza y potencia. Está entre mis piernas, con el torso encima de mi espalda sostenido por sus brazos. La intensidad del esfuerzo hace sobresalir sus bíceps y experimento este asalto con placer. Me gusta sentir a este hombre, que amo, desencadenarse en la pasión.

Parece estar en un control total y es el primer hombre que es capaz de esperar para mi orgasmo.

El mío llega tan arrasador como los otros, sin que las palabras puedan describirlo y no siento siquiera el de Michael. Me quedo jadeante, agotada.

Michael me da la vuelta y se estira a mi lado, besándome dulcemente en los labios.

—Ha estado bien.

—Ha estado mejor que bien, no te imaginas... ¿Y tú?

—El principio ha sido formidable, pero el final será sin duda aún mejor.

¡Mierda! No ha llegado al orgasmo, no sé qué decir. Se quita el preservativo.

—Quería estar seguro de que llegabas al orgasmo, Ophélie. He esperado y luego todo ha ido demasiado deprisa, pero no importa, eso va a permitirme saciar una fantasía que tengo desde el día en que te conocí en el vestíbulo de ese hotel de Deauville. Quiero disfrutar dentro de tu preciosa boca, Ophélie.

Es un *shock*. Michael ha fantaseado conmigo desde nuestro primer encuentro. Lo que yo sentí hace diez años cuando le vi en foto en una revista le pasó a él cuando me vio en Deauville. El flechazo a primera vista que todo el mundo creía imposible entre una chica de Saint-Germain-en-Laye y un actor famosísimo de Hollywood, finalmente, se ha dado.

Bueno, para ser más exactos, la realidad es más sexual que en las novelas románticas y obviamente no estamos en *La cenicienta* ni en *La bella durmiente del bosque*. Es un hombre de cuarenta y ocho años, es de esperar que exprese su deseo, aunque eso no es óbice para que se haya fijado en mí, máxime viendo todo lo que ha hecho para que estemos juntos.

A pesar del cansancio y el deseo de dormir, no puedo negarle este placer que espera desde hace meses. Él ha hecho realidad mi fantasía y yo voy a hacer realidad la suya.

Me deslizo a lo largo de su cuerpo y me apodero de su pene con la mano. Con la lengua, rodeo su extremidad y gime mientras su mano se coloca en mi cabeza para hacer que lo tome más profundo. Claramente tiene el deseo y la necesidad de llegar pronto al final y lo entiendo. Empiezo a moverlo en mi boca.

—Más al fondo, Ophélie, traga más.

Intento satisfacerlo pero es difícil, parece tener tantas ganas de mi boca que espero no decepcionarle... En realidad soy bastante buena con la felación, pero nunca nadie había expresado un deseo tan grande. Me presiona la nuca y lo acaricio con las dos manos para poder darle el placer que merece. Lo cojo en mi boca tanto como puedo. Por suerte, mi perseverancia se ve recompensada y siento que se contrae y de pronto paladeo una gotita salada cuyo sabor no me es desconocido. Acto seguido vierte su esperma en mi boca: en su placer, su otra mano se une a la primera y ambas se crispan sobre mi cabeza, impidiéndome todo movimiento.

Aunque hubiera querido que su semen no se vertiera contra mi paladar, no habría podido evitarlo. Aunque sea de Michael, el sabor no me mata.

He tragado un poco y me gustaría ir al cuarto de baño para deshacerme del resto, pero Michael, vencido por el placer, no parece querer liberarme y tengo que decidirme a tragar la totalidad de su esperma. Me mantiene aún un largo rato en esta posición y luego me suelta, se inclina hacia mí y me lanza esa mirada azul de la que no me canso.

—Gracias.

Si el lado animal de nuestro acto y la felación final me hubieran hecho dudar de mis sentimientos hacia él, esa simple palabra bastaría para sanarme. Es guapo, es generoso y creo que me ama.

Me besa con una dulce presión de los labios y luego me abraza.

La última sensación que tengo de esta velada es mi cabeza que reposa en su hombro y su brazo rodeándome la cintura.

Esta mañana, antes de darme cuenta de que Christophe había desaparecido, he tomado el desayuno sola, ni Carolina ni Michael, en lo que ya parece ser una costumbre.

Entonces, frente al té, al zumo de pomelo y a la bollería, he escrito a Laure.

«Hello, puedes llamarme Ophélie Brown.»

Por suerte, esta vez me ha contestado.

«¡No! ¿Lo has hecho?»

«Yes.»

«¿Orgasmos o no?»

«Cuatro.»

«¡No te creo! ¿En una noche?»

«No, qué dices. En dos.»

«¿Has pasado dos noches con él? Me muero de envidia.»

«¡Pero si no te gusta!»

«Sí, pero si es capaz de hacerte disfrutar cuatro veces, conmigo serían ocho o incluso dieciséis.»

Con Laure siempre hay una excusa para competir pero no le doy pábulo.

«Por lo menos.»

«¿Y su mujer?»

«A ella solo la he besado.»

«¿Qué desvarío es ese? ¿Has besado a Carolina?»

«Sí. Ah, me olvidaba, también le acaricié las tetas.»

«¿Has fumado o qué?»

«Sí, también, seguramente esa fue una de las razones por las que todo fue así.»

«¿Vas a decirme que has hecho un plan a tres con Michael y Carolina?»

«Me lo propusieron pero, ya me conoces, tengo una sexualidad un poco *old school*, preferí un encuentro a solas con Michael.»

«Júralo por tu propia cabeza que es verdad.»

«Lo juro por mi cabeza.»

«No, espera, por la cabeza de *Romeo*.»

«Lo juro por la cabeza de *Romeo*.»

«Increíble. Siento no poder decírselo a David, aunque estoy deseando que me lo cuentes de viva voz.»

«¡Ah, sí! No le digas nada a nadie. Es un secreto entre las dos.»

«No hay ningún peligro, lo mío con David terminó.»

«No puede ser. Ay, por ahí llega Michael, hablamos más tarde.»

Tuve que abandonar a mi amiga de un modo un poco abrupto. Michael me saludó sin besarme en las mejillas, a lo yanqui. Con la posible presencia de Carolina y la proximidad de la tripulación lo entiendo, pero de todos modos me ha dolido un poco después de nuestra noche.

Se sentó a la mesa y tomó un café. Hablamos de unas cosas y otras hasta el momento en que abordó un punto más importante.

—Acabo de volver del aeropuerto para acompañar a Carolina. Ha ido a Italia para visitar los talleres de lencería.

—Sí, me habló de eso.

De hecho no sabía que se iba hoy, noticia interesante. ¿Entonces estoy sola con Michael? Bueno, sola a excepción de Christophe. Por cierto, ¿dónde diablos está? Le he enviado un SMS esta mañana y no he tenido noticias.

—Michael, ¿sabe dónde puede estar Christophe? Le he enviado un SMS y no me ha contestado.

—No sé. Ayer cuando tuve que dejar la partida seguía ganando, menos que antes, pero ganaba.

—¿Podría hacer que alguien me lleve al *camping*, por favor?

—Puedo mandar a alguien a buscarle. Puede esperarle aquí. Es mejor, así no hay riesgo de cruzarse si él decide volver al yate.

He aceptado el ofrecimiento de Michael y no queda otra que esperar aquí.

13 de agosto de 2014, 23 h

He paseado sola a orillas del mar, el mundo acaba de derrumbarse bajo mis pies: cualquiera que sea el resultado final, la relación entre Christophe y yo nunca podrá volver a ser la misma.

Al mismo tiempo no debería sorprenderme, hemos jugado con fuego y nos hemos quemado.

Permanecí en la incertidumbre toda la tarde. Las personas que Michael envió en su busca regresaron sin noticias.

A las siete de la tarde, decidí volver al *camping*. Michael estaba preocupado por Christophe, pero sobre todo por mí, y me hizo prometer que le daría noticias además de hacerme acompañar por un miembro de la tripulación. En el momento de separarnos, me mantuvo un buen rato en sus brazos y me hizo mucho bien sentir que alguien estaba a mi lado en este momento trascendental. Michael no solo es un hombre magnífico físicamente hablando, sino que también es alguien con quien se puede contar y sé que se preocupa de verdad por mí. El momento no es el mejor, pero yo pienso que tal vez entre nosotros esté naciendo algo serio.

Al llegar a la tienda, Christophe no estaba y todo seguía igual que como lo dejamos cuando abandonamos el *camping* juntos la víspera. No había dormido allí...

...ni ha dejado una nota. He intercambiado varios SMS con Michael. A las diez propuso venir a buscarme para que pasara la noche en el yate y confieso que me tentó la idea de volver al lujo, y sobre todo al consuelo de una presencia amiga en este momento difícil, pero lo rechacé por no poner un punto final a mi unión con Christophe. Tras nueve meses de relación, era lo mínimo que podía concederle, una noche de espera y angustia. Michael comprendió mi decisión aunque no se la esperaba. También me dijo que habría que avisar a la policía si Christophe no aparecía.

Veinte minutos más tarde, Christophe apareció delante de mí, irreconocible, sin afeitarse, con la ropa arrugada y sucia.

—Christophe, ¿dónde estabas?

—¿Ya te has enterado?

—Podrías haberme dicho dónde estabas. ¡Estaba muerta de preocupación!

—¿Entonces estás al corriente?

—¿Al corriente de qué? ¿De qué hablas?

—La partida de póker...

Me quedé helada por lo que presentía...

—¿Has perdido mucho?

—Bastante...

—¿Diez mil?

—Frío...

—¿Veinte mil?

—Sigue siendo frío...

—¿Más de treinta mil?

—Ah, empieza a estar un poco más caliente...

—¡Dímelo, es insoportable!

—Cuarenta y dos mil y pico...

Era peor que todo lo que yo hubiera podido imaginar.

—Pero ¿cómo es posible?

—Unas cuantas decisiones erróneas y una o dos manos desafortunadas...

—Pero yo creía que jugabais a doscientos la apuesta.

—Eso fue al principio, después subió y hemos acabado a diez mil dólares.

—Diez mil dólares. ¡Pero es una locura, es el precio de un coche! ¿Y Michael por qué se fue?

—Decidió parar después de haber perdido diez mil dólares. Quizá tenía algo mejor que hacer en el yate... ¿Qué piensas tú?

Ignoré la insinuación, Christophe tenía razón y admitirlo no mejoraría en nada la situación.

—¿Cómo vas a hacer para pagarlo? ¿Tienes ese dinero?

—No, tendré en total mil euros en la cuenta de ahorro.

—¡Joder! ¿Y a quién le debes ese dinero?

—Principalmente a James y un poco a Robert.

—¿Y piensas que han podido hacer trampas?

—No. ¿Por qué dices eso? Me han ganado de la manera más legal, incluso en la última mano, que me fue horrible, fui yo quien repartió cartas.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Llamaré al banco mañana por la mañana para saber si me hacen un préstamo. Podría hablar también con mi hermana, pero ahora acaban de comprarse un piso. Preferiría evitar pedírselo a mis padres.

Me fijé en que a mí no me mencionó. Por mi parte, no le ofrecí nada, estaba bastante enfadada.

—Pero ¿cómo has podido hacer una idiotez semejante? ¿Por qué no te fuiste al mismo tiempo que Michael? En ese momento estabas ganando, ¿no?

Me lanzó la peor de las miradas.

—Pues quizá para darte la posibilidad de follártelo una vez más.

Era asqueroso sacar eso como defensa y no dije nada. Él remachó el clavo.

—Porque anoche no te preocupaste demasiado por mi suerte, ¿ah? ¿Cuántas veces follasteis? ¿Una, dos, tres? ¿Estuvo bien? ¿Te hizo disfrutar?

—No estuvo bien, estuvo mucho mejor que eso, fue único.

Ahí me metí a fondo y se puso lívido. Me tocaba a mí atacar.

—En fin, tú no parecías quejarte cuando te vi en la piscina del barco la otra noche con Carolina. Cuando le lamías sus enormes tetas no parecías preocuparte mucho por mi suerte, ni cuando la vi bajar por tus piernas, ¿estaba buscando sus lentes de contacto? Para tu información, en ese momento yo aún no me había acostado con Michael. ¡Y no creo que hubiera cedido si no hubiera visto a esa guarra hacerte una mamada!

—Claro, todo es culpa mía, es gracioso. ¿La dedicatoria para quién era? ¿La invitación para quién era?

Seguir insultándonos no servía de nada. Lo que le dije era verdad aunque solo a medias, porque si uno de los dos soñaba con una estrella, esa era yo con Michael y no él con Carolina. Sin embargo, fue él quien había ido por esta vía peligrosa antes que yo. Había errores de ambas partes y echarse en cara las responsabilidades no iba a arreglarlo.

—Vale, dejemos ese tema, busquemos una solución. Hablaré con Michael, quizá él pueda hacer algo. Después de todo, es un poco responsable, prometió que cuidaría de ti.

—De acuerdo.

La rapidez con que Christophe aceptó el cese de hostilidades y estudiar mi solución demostraba en qué estado de desesperación se encontraba.

—Christophe, ve a darte una ducha mientras tanto. Te hará bien.

Asintió con la cabeza, cogió algunas cosas y se fue a las salas de duchas del *camping*. Estábamos muy lejos del lujo en que habíamos vivido los últimos días.

Una vez sola, envié un SMS a Michael.

«Christophe ha vuelto. Problema: ha perdido 42.000 dólares al póker. ¿Una idea para solucionar el problema? Ophélie.»

Era muy consciente de que era un mensaje frío, pero me sentía decepcionada por la ligereza de Michael, ¡había dicho que se ocuparía de Christophe!

Recibí la respuesta dentro de los cinco minutos siguientes.

«Hablaré de esto con Robert. Vamos a encontrar algo. ¿Queréis venir a dormir al yate?»

«No, gracias, vamos a quedarnos aquí esta noche.»

«¿Estás segura? Puedes venir tú sola, si quieres.»

«Gracias, pero no, me quedo con él. No está muy en forma...»

«De acuerdo, quedamos en el yate a las diez. Vamos a encontrar una solución.»

«De acuerdo. Hasta mañana.»

Christophe no debería tardar en volver. Voy a cambiarme y acostarme. Parece estar tan lejos la última noche que Christophe y yo nos deslizamos bajo este edredón en esta tienda...

Era casi otra vida, una vida sencilla... Hace tres días hacía el amor con Christophe y me llevaba al orgasmo... ¿Desearía ahora volver atrás? ¡No! Desde entonces, está Michael.

14 de agosto de 2014, 14.45 h

Cruce de caminos. Dentro de unos minutos, dentro de un cuarto de hora exactamente, todo se solucionará de una forma u otra, puede que mis deseos se vean escuchados... o tal vez no... Depende de mí, de mi decisión... bueno, no totalmente.

Si Christophe se niega, ¿se mantendrá la proposición de Michael a petición mía? Lo dudo, porque aunque desee materializarla no creo que Robert esté de acuerdo, le dirá que el riesgo es demasiado grande, que hay que conformarse y renunciar.

Por lo que a mí respecta, voy a aceptar. Los acontecimientos me empujan hacia una dirección y no puedo volverme atrás. Michael y Robert me pidieron que lo pensara bien y no consultara con nadie, es estrictamente confidencial y tengo que decidir sola.

Christophe se ha ido del yate. Espero que vuelva a la hora para dar su respuesta.

La situación está muy tensa, no sé qué decisión va a tomar.

Esta mañana nos hemos levantado bastante temprano, estábamos más optimistas que ayer y nuestra relación también parecía mejorar cuando fuimos a desayunar al bar del *camping*.

Michael y Robert nos recibieron en el yate, concretamente en el salón donde habíamos fumado y había tensión en el ambiente. ¡Estábamos lejos de la noche herbal! Nos invitaron a tomar asiento y Marco vino a preguntarnos qué queríamos beber.

Entonces fue cuando sentí que la situación era más grave de lo que esperaba, con el silencio colectivo que dejó la salida de Marco hasta que volviera. Estábamos los cuatro frente a frente, Michael y Robert en un lado, y Christophe y yo en el otro.

Marco nos sirvió y luego Michael tomó la palabra.

—Christophe, Ophélie, me siento un poco responsable de la situación. Robert y yo hemos hablado mucho y pensamos que hemos encontrado una solución. Robert se la va a exponer.

Yo debería haber sentido un alivio inmediato, pero no fue el caso. El tono muy formal de Michael, el hecho de que pidiera a su abogado que expusiera una solución... Y además, me fijé en unas carpetas sobre la mesa delante de Robert. Pude leer del revés el nombre inscrito en el primer dossier: Ophélie Delacour. He visto suficientes películas y leído suficientes libros sobre abogados estadounidenses como para comprender que entrábamos en una fase de negociación, una negociación especial, tipo «O lo tomas o lo dejas», una negociación en la que Christophe y yo no teníamos nada que negociar.

Preferí no mirar a Christophe, no quería ver si él también había comprendido o si el anuncio de Michael le había llenado de esperanza. En ese caso, no quería privarle de esos pocos segundos de ilusión.

Robert tomó la palabra. No era el mismo hombre que aquel que besaba a la bonita italiana y decía palabras ingeniosas. Este Robert se parecía más al que había tratado de negar la presencia de Michael en Bonifacio cuando nos vimos por primera vez.

—Para empezar, me interesa precisar que Michael no tiene ninguna responsabilidad en la pérdida financiera de Christophe. Ninguno de los demás jugadores tiene tampoco responsabilidad alguna, aparte de haber jugado con toda su capacidad para ganar. Cada jugador era mayor de edad y consciente de lo que estaba en juego y ninguno estaba bajo la influencia de estupefacientes. El resultado, aunque lamentable para Christophe, no es culpa de nadie. Creo que estamos todos de acuerdo en ese punto.

Sentí a Christophe crispase a mi derecha pero no hizo ningún comentario. Robert continuó su exposición:

—De modo que hemos comprendido que Christophe tenía dificultades para cumplir con su deuda y que ustedes se preguntaban si podíamos ayudarlo. Por nuestra parte, también necesitamos ayuda. Como bien saben, Michael y Carolina son personajes públicos cuya imagen es de una importancia capital para sus respectivas carreras. Confiaron en ustedes y se entregaron a actividades que, aunque completamente legales, podrían serles perjudiciales si fueran reveladas al gran público.

En ese momento, Christophe no pudo evitar intervenir.

—¿Completamente legales? No creo que el consumo de marihuana entre en esta categoría. La posesión y el consumo de drogas blandas en Francia es ilegal.

—No hay ni ha habido nunca droga en este yate.

—Y la doble cero ¿para usted qué es?

—No sé de qué habla. Solo puedo repetirle que si la policía hiciera una indagación en este barco, no encontraría ningún producto ilícito, a menos que hayan añadido el champán a la lista de productos prohibidos sin que yo haya tenido conocimiento de ello.

Siento que huele a chamusquina y que Christophe va a lanzarse sobre él. Le miro y le digo:

—Escucha hasta el final. De todos modos, no hay pruebas sobre la marihuana, olvídale.

Robert tiene una sonrisita, un signo de superioridad que me gustaría borrar de su rostro. Prosigue, imperturbable:

—Para volver a los momentos que han pasado con Carolina y Michael, nos gustaría que firmaran un Acuerdo de confidencialidad y un Documento de consentimiento sexual.

Christophe trabaja en una compañía internacional y yo también, sabemos lo que es un Acuerdo de confidencialidad, en inglés NDA, *Non Disclosure Agreement*. En general, los propietarios que quieren vender sus empresas piden a los posibles compradores que firmen un NDA para evitar que la información confidencial llegue al mercado si el trato no se concluye. Respecto al otro documento, nunca he visto ninguno pero no hace falta ser un experto jurídico para comprender de qué se trata.

Comprendí adónde quería llegar Robert y me impuse en la discusión.

—Y a cambio, ¿qué le ofrecen a Christophe?

—Michael le ayudará a pagar la mitad de su deuda o incluso llegar a los veinticinco mil dólares.

—Con todo el respeto que le debo, pienso que Christophe necesita más que eso y que la situación económica de Michael puede permitirle un gesto adicional.

—Es mucho dinero, señorita Delacour.

Hoy, en plena discusión no soy Ophélie, soy la señorita Delacour.

Tengo una idea pero dudo en comunicársela y miro a Christophe, que está postrado. Vamos allá, ya no hay nada que perder. Me vuelvo hacia Michael. Le miro a los ojos.

—Michael, ¿puedo decirle algo a solas?

Me mira, sin decir nada, con sus ojos azules que están en conexión directa con los míos. No pestañeo, permanezco impassible y Robert se siente obligado a intervenir.

—No creo que sea posible, señorita Delacour.

—¡Yo creo que sí lo es! ¡También creo que la decisión es de Michael, no de usted!

No he mirado a Robert mientras le contestaba, mi mirada no se ha apartado en absoluto de Michael. En su rostro aparece una pequeña sonrisa.

—¿Por qué no? Venga, Ophélie, vayamos al puente superior.

Le sigo y dos niveles más arriba nos sentamos en los bonitos sofás al sol.

Michael cruza las piernas, tiene un aspecto relativamente tranquilo.

—A ver, Ophélie, ¿qué tiene que decirme tan confidencial que ni mi abogado ni su novio están autorizados a oír?

Tengo los labios secos y me paso la lengua para humedecerlos antes de tomar la palabra, no es coquetería o seducción, es solo para poder lanzarme. Muchas cosas dependen de lo que voy a decir y de la manera en que Michael va a recibirlo, y si lo hago mal Christophe estará perdido y yo habré perdido a Michael.

—En primer lugar, voy a firmar sus papeles sin contrapartida. Es normal y comprendo por qué los necesita y por qué Robert insiste para que los firmemos.

Michael no dice nada, imposible saber lo que piensa.

—Por lo que atañe a Christophe, estoy convencida de que en una situación normal no revelaría nada de lo que ha sucedido, pero está desesperado y necesita ayuda. Veinticinco mil dólares no bastarán para salvarle. ¿Sabe, Michael? Christophe debe de ganar unos cuatro mil euros al mes y siempre está rozando los números rojos en el banco...

—¿Quiere que yo pague la integridad de la deuda?

Me mira intensamente con aspecto muy serio. Cuidado, terreno resbaladizo. Mi respuesta, tanto en el fondo como en la forma, decidirá lo que venga a continuación.

—Michael, entiendo que no puedo pedirle un esfuerzo tan importante por Christophe, a quien conoce muy poco. Si puede poner un poco más, yo añadiré la diferencia.

—De modo que, ¿si yo le entrego treinta mil dólares usted añadirá los doce mil restantes? ¿Es esa su idea? Pero para usted es mucho dinero, ¿no?

Todo se está decidiendo en nuestros ojos más que en nuestras palabras. Estoy estresada y conmovida, pero intento dar firmeza a la mirada.

—Sí, es mucho, pero se lo debo a Christophe. Y los momentos que he pasado con usted fueron algo único, no lamento nada. Si tuviera que volver a hacerlo no cambiaría nada, usted está más allá de todo lo que he podido desear en la vida...

—¿De modo que dos noches conmigo equivalen a doce mil dólares, si he entendido bien?

Me dispongo a protestar; eso no es en absoluto lo que yo quería decir, pero él sonrío por primera vez desde que nos hemos sentado los dos. Me hace una pequeña señal con la mano para impedir que le responda.

—No diga nada, Ophélie, perdóneme por esta broma tan mala. También es verdad que no me desagrada esa imagen de *toy boy*... Bueno, eso no resuelve nuestro problema. Ophélie, no quiero que pague por Christophe. Yo abonaré la totalidad de la suma.

Estoy conmovida, este hombre es verdaderamente formidable. ¡Qué generosidad! Me gustaría echarme en sus brazos, pero no me atrevo. Mis palabras de agradecimiento tienen poca fuerza en relación con el regalo que acaba de hacerme.

—Gracias, Michael.

—A cambio, Ophélie, Christophe tiene que firmar esos papeles.

—Por supuesto, no hay ningún problema, los firmará.

—Yo también tengo algo que pedirle...

—Todo lo que quiera, Michael.

Me muestra una amplia sonrisa.

—No se comprometa hasta saber de qué se trata. Imagínese que le pido que continúe lo que había empezado a hacer con Carolina ayer por la noche...

Enrojezco hasta las orejas, tiene razón, no soy más que una imbécil.

—Tranquícese, Ophélie, no se trata de eso. Solo quisiera que considere la propuesta que voy a hacerle. No necesita decidirse ahora mismo. Prefiero que lo piense antes de darme la respuesta.

El corazón me late a ciento ochenta pulsaciones por minuto. ¿Qué será esa propuesta que merece tantas reservas comunicativas?

—Sí, Michael.

—Aquí está. Desearía que dejara a Christophe para venir conmigo a hacer un crucero a solas en el *Pleasure is mine*.

Me quedo sin voz, o como suele decirse en inglés, *speechless*... Michael no solo va a resolver el problema de Christophe sino que me ofrece aquello con lo que siempre he soñado: ¡estar en pareja con él! En pareja, de acuerdo, pero su mujer, ¿qué va a hacer con ella? No puedo evitar hacer la pregunta.

—¿Y su esposa, Michael?

La sonrisa se ha borrado de su rostro. ¡Ah, mierda, no podía cerrar la boca y disfrutar del momento presente!

—¿Sabe, Ophélie? Carolina y yo vivimos juntos desde hace tiempo y usted ha visto que no somos una pareja, en el sentido tradicional de la palabra. No puedo prometerle que la sustituirá oficialmente pero es con usted con quien quiero compartir este crucero en el yate. No me dé una respuesta ahora, Ophélie. La situación es complicada y necesita pensarlo. Ahora podemos bajar.

Estoy bajo el efecto del *shock*, casi me ha confesado su amor. ¡Quiere vivir conmigo! Estoy haciendo realidad mi sueño, voy a vivir con Michael. Tengo ganas de echarme en sus brazos, pero me abstengo por dos razones: la primera es que me ha pedido que reflexione y en este aspecto quiero obedecer; la segunda es que sería indecente alegrarme cuando voy a provocar la desesperación de Christophe.

Estamos de vuelta en el salón. Robert y Christophe siguen sentados e igual de silenciosos, cada uno con un vaso de whisky en la mano.

Michael toma la palabra.

—Vamos a simplificar. Yo voy a pagar la totalidad de la deuda de Christophe...

Robert no puede evitar dar un salto ante lo que acaban de anunciarle.

—¡Pero Michael...!

—Silencio, Robert, es mi decisión.

Christophe reacciona también por su parte y sus ojos brillan de un modo extraño.

—Y a cambio Ophélie y yo firmaremos sus papeles, ¿es eso?

—Exactamente eso.

—¿Y si me niego?

Si no estuviera ya de pie, habría salido disparada del sofá.

—Christophe, Michael te regala los cuarenta y dos mil dólares. ¿Por qué reaccionas así?

—Claramente, ha sido necesaria vuestra conversación a solas para que acepte. ¿Los cuarenta y dos mil dólares son por las dos noches más lo que tú has debido añadir cuando estabais allá arriba?

Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Christophe, ¿cómo puedes...? ¡Eres horrible!

Michael interviene, con mucha calma y con mucha firmeza.

—Christophe, tenga mucho cuidado con sus palabras, está cruzando la raya.

—¿O qué? ¿Le va a pedir a la tripulación que me tiren por la borda?

—Es una posibilidad en la que no había pensado y tal vez habría que considerarla. Pero, hablando con más seriedad, ¿por qué no quiere simplemente aceptar mi propuesta?

—¡Quizá porque podría hacer mucho más dinero contándolo todo a la prensa sensacionalista!

¡Mierda! Qué amenaza más idiota. ¿Por qué lo complica todo? ¿Es porque he intervenido sin que él esté presente? ¿Es por celos?

La sonrisa de Michael se ha crispado un poco. Yo grito:

—¡Christophe!

Robert es más rápido y formula una pregunta.

—¿Tiene pruebas para sostener lo que dice? Le perseguiríamos por difamación a usted y a cualquier medio que se hiciera eco de su fábula.

—¿Y Ophélie? Ella ha sido testigo de lo que ha sucedido.

—¿Está hablando de la joven cuya carrera quiere usted destruir cuando precisamente acaba de intervenir amablemente en favor suyo, ante Michael, que ha aceptado pagar los cuarenta y dos mil dólares de su deuda sin ninguna contrapartida?

—¿Cómo es eso, destruir su carrera?

Lo que Christophe no parece comprender es que si revela lo que sabe a la prensa sensacionalista, yo ya puedo ir cambiando de oficio.

—Piense en esto, Christophe. ¿Por qué querría el mundo del cine trabajar con alguien que ha organizado un ataque contra dos de las estrellas más conocidas y respetadas del séptimo arte? ¿Quién querría confiarle la más insignificante misión después de aparecer en las portadas de las revistas de cotilleo? ¿Quién podría confiar en una joven que ha tratado de romper la pareja más famosa y con más glamur de Hollywood? Sobre todo, después de la entrevista que Carolina ha concedido a Oprah Winfrey...

Me quedo helada ante el cuadro que pinta el abogado. Es totalmente exacto. Quedaríamos destruidos y yo ya podría decir adiós a mi pasión y mi opción de vida. Acabaría de cajera en un supermercado y durante años las mujeres se pararían a preguntarse si era yo la que había tratado de romper la famosa pareja.

Christophe se queda en silencio, atontado por la carga de Robert, que remacha el clavo.

—Creo que Ophélie ya ha aceptado firmar los documentos. Si usted se queda solo contando esta historia y todos nuestros amigos dan testimonio a nuestro favor, ningún periódico correrá el riesgo de publicarlo. Aun en el caso de que una lealtad suicida la impulsara a apoyarle, eso no cambiaría fundamentalmente el orden de cosas. En pocas palabras, usted tiene un dos y un siete y nosotros tenemos dos ases.

Christophe se vuelve hacia mí.

—¿Mentirías por salvar a Michael y Carolina y a toda esta gente?

—¿Y tú? ¿Rechazarías su ayuda para hacer dinero sin que te preocupe arruinar mi vida?

No he contestado a su pregunta, no tiene derecho a preguntarme eso después de lo que he hecho por él. No puedo estar más enfadada, pero me contengo, aún no quiero echar más leña al fuego. Michael trata de serenar un poco la discusión.

—Escuche, Christophe, dejemos las amenazas de una y otra parte y entremos en razón, le ofrezco mi ayuda. Acéptela y dejémoslo aquí.

—¿Puedo pensarlo?

¡No veo qué otras opciones le quedan! La elección me parece clara. Me está volviendo loca. Robert también parece irritado y solo Michael conserva la calma.

—Por supuesto, vuelva cuando haya tomado la decisión.

Robert interviene:

—Pero tiene que darnos la respuesta antes de las tres. Después, la oferta se habrá acabado.

Christophe parece abatido.

—Muy bien, estaré de regreso a las tres. Ophélie, ¿vienes conmigo?

Si quisiera influir en él en el buen sentido para empujarle a tomar la única decisión razonable, debería acompañarle, pero mi ira no se ha calmado. En cierto sentido, me ha traicionado.

—No, no quiero influir en tu decisión, voy a esperarte aquí.

Ni siquiera protesta, solo se ha puesto muy pálido.

—De acuerdo, nos vemos luego.

En cierto sentido, el no ir con él también es señal de que ya no estoy en su línea.

Se fue del salón acompañado por Robert, yo estaba al borde del llanto y Michael me puso la mano en el hombro.

—Todo va a ir bien, Ophélie, todo va a acabar bien. Comprendo que es un momento difícil. ¿Sabe? Para él tampoco es sencillo.

Encima le defendía después de que le insultara, defendía a aquel a quien había querido salvar: este hombre o es un santo o es un loco.

—Venga a comer algo, Ophélie.

—De verdad, no tengo ganas.

—Hacer huelga de hambre no sirve de nada. Tome al menos un poco de melón u otra fruta. Marco puede prepararle también un poco de pescado.

Me dejé convencer y mientras escribo estas líneas estoy comiendo.

Este es el resumen del triste desencadenamiento de los acontecimientos de la primera hora de la tarde. En teoría Christophe debería llegar y aceptar la propuesta de Michael. Si es así, todo quedará resuelto; de lo contrario, será el caos... De todos modos, este será el capítulo más negro de mi diario...

14 de agosto de 2014, 16.30 h

Ya está, todo acabó. Finalmente, todo fue muy rápido. Christophe llegó a la hora. Estábamos otra vez en el salón. No me miró, fue directo al grano y con una voz opaca dijo:

—De acuerdo, dígame dónde tengo que firmar.

Todos nos sentimos aliviados pero nadie hizo ningún comentario.

Robert sacó dos carpetas, una para cada uno de nosotros.

—Aquí está el suyo, Ophélie, el Acuerdo de confidencialidad y el Documento de consentimiento sexual. El primer documento la compromete a no revelar nada de todos los momentos que ha pasado en compañía de Michael y Carolina. El segundo indica que consintió todos los intercambios sexuales que ha tenido con mi cliente.

Me pongo a leer el segundo documento. Tengo curiosidad por saber si el Documento de consentimiento sexual abarca también lo que pasó entre Carolina y yo y no me sorprende en absoluto ver que es así; los abogados estadounidenses de este nivel no dejan nada al azar.

Robert se vuelve hacia Christophe.

—Para usted, Christophe, hemos preparado un reconocimiento de deuda de Michael para con usted de cuarenta y dos mil dólares. Este reconocimiento de deuda es transferible y podrá dárselo a James. Eso le dejará así libre de sus propios compromisos.

—Pero ¿en qué ocasión ha podido Michael contraer una deuda conmigo?

—En una partida en este barco en la que Michael, usted y yo hemos participado.

—Ha pensado en todo.

—Es mi trabajo. Michael firmará este reconocimiento de deuda en cuanto usted firme los otros documentos. ¿Lo ha comprendido?

Christophe asiente con la cabeza, lee los papeles en diagonal y empieza a firmarlos.

Cinco minutos más tarde el intercambio de documentos está terminado.

Robert anuncia la continuación de los acontecimientos:

—Voy a acompañarle hasta el barco de James, nos está esperando. A continuación, le llevaremos al *camping* donde se encontrará con Ophélie.

Ah, bueno, ¿así que vuelvo al *camping*? ¿La proposición de Michael ya no está vigente? Quizá Robert no esté al corriente.

De todos modos, no puedo decir nada. Christophe ya está bastante devastado. Ni siquiera ha preguntado por qué no le acompaño a ver a James, está dispuesto a aceptar cualquier cosa.

Se va del barco sin una palabra para mí. Michael se despide de él y él responde con voz apagada. No le dio las gracias por los cuarenta y dos mil dólares y no se dieron la mano.

Después, cuando dejaron atrás el puente, Michael se volvió hacia mí.

—Y usted, Ophélie, ¿ha tomado una decisión?

Le respondí con una voz opaca:

—¿Qué quiere decir? ¿Sobre qué?

—¿Ya lo ha olvidado, Ophélie? Nuestro crucero, nuestro viaje a solas en el yate. ¿Acepta venir conmigo?

En ese momento, las compuertas se abrieron y fue como si explotara un dique y la aguas rompieran con fuerza. Me eché a llorar con grandes sollozos.

Michael se sentó a mi lado y me tomó en sus brazos. Ese gesto de ternura aumentó el caudal de mis lágrimas.

—Ophélie, Ophélie, ¿creyó que renunciaría a usted por un pequeño conflicto de cuarenta y dos mil dólares? A mis ojos usted vale infinitamente más...

Esas palabras son el tipo de declaración con el que he soñado toda mi vida. Es como *Pretty Woman*, pero mejor. No obstante, eso no recompuso mi estado y vertí al menos cinco litros de agua salada en la camisa de Michael, que me tendió un pañuelo.

—Suéñese, Ophélie. Después todo irá mejor.

Normalmente, antes de conocerlo en Deauville, habría considerado el pañuelo de Michael Brown una reliquia sagrada y aquí, esta tarde, he hecho la cosa menos romántica que se pueda imaginar. He seguido su consejo y me he sonado, echando a perder su pañuelo.

En cuanto he podido, he intentado explicarme con una voz entrecortada por los sollozos.

—Cuando Robert ha dicho que Christophe vendría a mi encuentro en el *camping*, creí que ya no quería marcharse conmigo...

—No fue la idea más feliz de Robert pero me apremió a que aceptara. No quería que Christophe, al enterarse de que venía conmigo, rechazara firmar por celos, por eso dijo que se encontrarían en el *camping*. Por otra parte, es la pura verdad, porque es necesario que recoja sus cosas, ¿no es así? En caso de que al final acepte mi proposición... Y aún no me ha dado una respuesta.

Me arrojé sobre él y le besé impetuosamente sin dejar de resoplar. No es nada sexi, pero si le intereso de verdad tendrá que conformarse...

Después del largo beso, se apartó y me miró sonriendo.

—Supongo que esto equivale a un sí. Pediré a Fabio que la lleve al *camping* para recoger sus cosas y decir adiós a Christophe.

El adiós, he aquí una perspectiva aterradora... Conozco a Christophe desde hace un año, estoy con él desde hace once meses y ahora, en unas horas, he decidido dejarle.

Los veinte minutos de trayecto a Sperone me parecieron muy cortos.

Cuando llegué a la tienda, Christophe estaba bebiendo una cerveza, sentado en una silla plegable.

—¿Todo ha ido bien con James?

—Muy bien. Me propuso que tomara algo, pero yo decliné. Le di el documento de Michael, no parecía sorprendido. Seguramente el abogado lo había prevenido. Me vine aquí de inmediato. Ahora todo acabó.

Estaba calmado pero parecía lejos, como perdido. Me miró a los ojos y continuó:

—Supongo que para nosotros también se acabó, ¿verdad? Has venido a recoger tus cosas, te vas con Michael.

Eran más bien afirmaciones que preguntas y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Ha sido Robert quien te lo ha dicho?

—No, lo he adivinado en el camino de Bonifacio a Sperone. Hasta entonces estaba atontado, había perdido la lucidez, pero cuando volví a pensar en todo lo que habías obtenido de Michael por mí, era lógico suponer que quería que fueras con él, y más teniendo en cuenta que Carolina no está. ¿Cuándo te vas?

—No lo sé con exactitud, quizá esta noche. ¿Y tú qué vas a hacer?

Me mira y me sonrío, una sonrisa triste. Me parte el corazón.

—Mi vuelo de regreso es dentro de tres días. Me queda esta noche más dos días completos para disfrutar de Córcega: ahora es la única belleza que podré admirar.

Me echo a llorar, no quiero ser la mala. Cómo quisiera no hacerle daño. Me abraza y me habla con dulzura.

—Esa es la ventaja de ser una chica. Si os deja el novio, lloráis y hasta puede que le insultéis. Si sois vosotras las que lo dejáis, lloráis también y es él quien os consuela. Deja de llorar, Ophélie; el que de verdad sufre soy yo. Aunque quiero creer que estás sinceramente triste, no debes apoderarte de lo único que me queda: la pena de perderte.

Me esfuerzo en dejar de llorar.

—Lo siento...

—Como diría una antigua ministra, eres responsable pero no culpable. En fin, no la única... Yo he jugado con fuego y he perdido... Primero, dinero y después, porque no tenía medios para retener a mi lado a la persona con la que compartía mi vida. Como suele decirse: «El dinero no lo es todo, pero la falta de dinero no puede decirse que no sea nada». Nunca me ha parecido tan cierto este refrán. Debería haber tenido más cuidado, tú me habías advertido. Cómo me gustaría volver atrás, no jugar al póker, quedarme charlando contigo y las otras mujeres en el barco, no volver al yate al día siguiente para esa maldita salida al mar...

Es horrible verlo así y lo peor de todo es que yo, a pesar de las dificultades del momento, no desearía que las cosas fueran distintas. Esto parece convertirme en una joven sin corazón pero, aunque amé a Christophe sinceramente, no se puede comparar con la pasión que siento por Michael, se está cumpliendo mi destino. En este momento, ya no puedo dudar de que haré mi vida con él. Hemos superado tantos obstáculos para llegar hasta aquí, donde estamos...

—Deberías coger tus cosas, Ophélie, es inútil detenerse más tiempo, eso no haría más sencilla la situación.

Asiento con la cabeza y entro en la tienda. Hacer mi bolso no me lleva más de unos minutos ante la mirada silenciosa de Christophe. Después, llega el momento de decir adiós...

—Hasta luego, Ophélie, debería darte las gracias por interceder por mí ante Michael y conseguir que pagara la totalidad de mi deuda, pero no puedo. He perdido demasiado y él ha ganado demasiado... En cuanto a ti, deseo sinceramente que salgas ganando como esperas, pero en el fondo de mí tengo dudas. Podrías pensar que esto no es más que los celos de un chico al que han eliminado, pero te equivocarías. Tengo un mal presentimiento con Michael, muy malo... Ten cuidado.

No estoy en absoluto de acuerdo con él, conozco la generosidad de Michael, su bondad hacia mí y, más aún, su amor... Debería llevar la contraria a Christophe pero no lo hago, sería demasiado cruel echarle en cara todas las cualidades de su rival, no se lo merece. Le doy una respuesta breve.

—Tendré cuidado. Tú también ten cuidado.

Esboza una sonrisa.

—Yo no corro demasiado riesgo, aparte del ataque de un tiburón... pero no se ha visto ningún devorador de seres humanos desde hace tiempo en esta parte del Mediterráneo.

Nuestra historia termina con esta broma triste. No nos besamos, ni siquiera en las mejillas.

—Adiós, Christophe.

—Adiós, Ophélie.

Me fui al coche donde me esperaba Fabio sin mirar atrás. No servía de nada.

Ahora me voy acercando al puerto de Bonifacio. Dentro de unos minutos me encontraré con Michael y mi nueva vida podrá empezar.

Notas

1. Esta última pregunta contiene dos versos de la canción *Your song* (Elton John/Bernie Taupin). (*N. del e.*)

2. Tullerías, en francés Tuileries, derivado de *tuile*, 'teja'. (*N. de la t.*)

3. Nadadora olímpica francesa. (*N. del e.*)

4. Textualmente: «Quien va despacio va seguro». (*N. del a.*)

5. «Nos alegramos mucho de ver a tanta gente maravillosa aquí esta noche y quisiéramos dar la bienvenida especialmente a todos los representantes de las fuerzas del orden de Illinois.» (*N. del a.*)

6. Ethan Hunt, protagonista de las películas *Misión imposible*.(N. del a.)

7. Cita de *Barba Azul*, de Charles Perrault. (N. del a.)

Biografía

Alex Cartier trabajó durante veinte años para un estudio de cine en Estados Unidos y en Europa. Actualmente, después de haber colaborado con estrellas de Hollywood, desarrolla proyectos de series para la televisión.

Movie Star 1
Alex Cartier

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Movie Star 1*

© Belfond, un département de Place des Éditeurs, 2016

© de la traducción María Méndez, 2017

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

© Song for a guy, 1998 Mercury Records Limited, interpretada por Elton John.

© Candle in the wind, 1990 Universal Records, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Elton John.

© Your song, 1995 Mercury Records Limited, interpretada por Elton John.

© Everybody needs somebody to love, 1980 Atlantic Recording Corp., interpretada por The Blues Brothers.

© Jailhouse rock, 1978 CC Music, interpretada por The Blues Brothers. © My way, 2009 Frank Sinatra Enterprises, LLC., interpretada por Frank Sinatra.

© Comme d'habitude, 1997 Mercury Music Group, interpretada por Claude François.

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2017

ISBN: 978-84-08-17489-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

